

Alma Hendricks

Me olvidé de mí



ME OLVIDÉ DE MÍ

Alma Hendricks

© Título original: Me olvidé de mí

Autora: Alma Hendricks

ASBN:

1ª edición, junio de 2019

Ilustración portada: Maruki Maremotto (@marukimaremotto)

Corrección: José Antonio Moreno y Elisa Mayo

Maquetación y Edición: Eme2 Desing.

Impresión y encuadernación: Estugraf (www.estugraf.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mis padres y mi hermana,
por su apoyo incondicional.

PRÓLOGO

Ten el valor de vivir. (De) Morir todo el mundo sabe.

Las relaciones personales son como una montaña rusa, empiezan la mayoría de las veces suavemente, pero en su trazado te encuentras con curvas sinuosas. tramos con remansos inesperados y finales a los que llegas con el espíritu y el cuerpo más o menos mareado.

En un tiempo donde consumir es más fácil que ser o estar, y la desvirtualización es moneda de cambio sin trueque, es necesario comprar boletos útiles de acceso al mundo que nos teje e hilvana como seres individuales y sociales.

Somos individuos emocionales con anhelos, esperanzas y sueños que se van realizando a medida que vamos creciendo y teniendo experiencias internas y externas en este lugar enigmático llamado tierra.

Los encuentros nos interpelan, nos sacuden, nos apuntalan, nos hacen ver claro hacia donde no queremos dirigirnos, hacia donde sí y hacia donde nunca, jamás, volveremos; aquel mágico lugar al que Peter Pan y compañía accedían y donde eran libres con tanta naturalidad.

Nada ni nadie es en vano si sabemos y optamos por posicionarnos desde ese yo, a veces amargo, otras dichosos y siempre perfectamente nuestro.

Para escoger relaciones sanas es necesario experimentar y fracasar, pues la conexión con lo que deseamos surge de ello y con ello.

La vida se divide en encuentros que nos hieren al tropezarnos con personas tóxicas y en choques que nos reparan las heridas al regalarnos personas *medicina*.

Las mujeres en especial, y particularmente, somos unas grandes desconocidas, incluso para nosotras mismas. Amamos, odiamos, nos erotizamos y decepcionamos por igual y en ese proceso hallamos nuestro centro.

Al leer ciertos relatos de este libro, nos vemos proyectadas, podemos sentirnos identificadas. Pues, a pesar de que nuestras vidas sean diferentes,

convergen en ciertos aspectos, sensaciones e instintos.

Tener las ideas claras y las emociones controladas es una tarea que nos desgarrar y nos implica a la vez, pues para ser fuertes un día, en el pasado debimos ser débiles y bailar al compás marcado por la fragilidad.

Así pues, cada relato que nos propone este libro es un viaje hacia el trabajo individual de empoderamiento y un ejemplo de que la vida es literatura y nosotras relatamos nuestros prólogos, capítulos y epílogos.

La clave está en no dejar de reír, de arriesgarse, de arrancarse los miedos y de vivir intensamente la vida, conjugándola en todo su esplendor.

Que la suerte, el criterio y el espejo nos acompañen y protejan en esta aventura de descubrimiento que es nuestra mayor obra de arte y hagámosla maestra.

1

La Noticia

Salgo justa, Lisa, pero que no cunda el pánico, que con la moto llegó en un momento.

—Alma, no corras, por favor. Olivia aún no ha llegado y Sofía está todavía preparando la cena. ¡Vas a flipar con el postre! Marifé se ha superado esta noche.

—Ufff, no me digas eso. Mañana la báscula marcará dos kilos más, por lo menos.

—Ya te digo, pero... ¡qué dos buenos kilos, nena!

—Sabrosos, sabrosos —oigo que dice Marifé de fondo. Ella es de pocas palabras, pero siempre tiene un as en la manga para, tal y como dice ella, *darle alegría al asunto*.

—Alma, vas a flipar con la presentación.

—Ah, muy bien. ¡Tócate las narices! Y encima será bonito para que no me pueda resistir.

—Eso, eso...

—Bueno, guapa, que me pongo el casco, que ya he llegado a la moto.

—Ok, hasta ahora.

Una vez en marcha, mientras recorro las calles, soportando un viento infernal en la cara, no puedo dejar de pensar dónde demonios voy a encontrar algo rico, sabroso y apetitoso con lo que sorprender a mis amigas.

—Nena, tienes treinta segundos para pensar dónde vas a ir a buscar algo

que les guste a esas locas —digo en voz alta cuando miro el reloj—. Son las nueve y media de la noche. Piensa con rapidez.

En este momento, mi cabeza es como un Google Maps. Estudio el recorrido que tengo que hacer para llegar a casa de Sofía, qué tiendas me encontraré abiertas a esas horas y...

¡Zasca!

¡Ya lo tengo!

Acaba de llegarme la idea apropiada y en tiempo récord. Recuerdo las palabras de mi amiga Mady y no puedo evitar sonreír.

«Nena, a ti, si no es al límite, no te sirve, ¿verdad?».

Así es.

Confieso ser una fan de la improvisación. Forma parte del carácter y de la naturaleza de una retraída lateral como yo, si hablamos en términos de Morfopsicología.

Bueno a lo que íbamos...

Después del momento «idea genial», la mayoría estaréis pensando de mí fatal. Seguro que alguien ha dicho: «pues vaya mierda, ¿qué idea ha tenido esta mujer para no querer contárnosla y dar tantas vueltas al tema?». Estad tranquilos. Toda la información llegará a su debido tiempo, por supuesto. Es más; estoy segura de que os sorprenderá.

Sigo recorriendo las calles y... ¡Joder, ¿cuándo han abierto ese local de comida japonesa ahí?! ¡No me lo puedo creer! ¡Va a ser mi salvación! Y, encima, voy a disfrutar como una enana en la cena. Desde hace años soy adicta a las algas, a los *makis* y a las *gyoza*.

A la carrera, hago un cambio de sentido un tanto prohibitivo, estaciono la moto entre dos vehículos y me lanzo a la calzada sin parar el motor.

—¡Mierda! —grito, pateando el suelo como una energúmena cuando me doy cuenta de que el local está cerrado a cal y canto hasta el lunes.

Desesperada, miro el reloj.

21:45 p.m.

Asustada, cojo el móvil, abro el chat del grupo de *Las Florecillas* que mis amigas y yo tenemos en WhatsApp y escribo:

Alma

Chicas, estoy de camino. Sin algas, sin *makis*, sin *gyoza*... ¡¡¡Sin nada!!!

Lisa es la única que contesta.

Lisa

Los *japos* nos han *jodío* hasta el lunes.

Alma

Aquí tenéis la prueba del delito.

Inmediatamente después de haberles enviado a las chicas la fotografía del cartel que aparecía en la persiana, subo a la moto —el motor ronronea como una gatita en celo— y me fundo con el tráfico de la gran ciudad.

No me resulta difícil aparcar cuando llego al barrio.

Acelerada, subo por las escaleras hasta el primero. Como no voy cargada con bandejas de comida, el ascenso al Kilimanjaro, nombre con el que bauticé hace tiempo a las escaleras del bloque de Sofía —son más empinadas que el desnivel del cuarenta y ocho por ciento que tiene que recorrer el tren de cremallera que circula desde Alpnachstad hasta el monte Pilatus, en Lucerna, Suiza central—, no me resulta tan difícil como en otras ocasiones.

Lo que peor llevo, y eso sí que me sabe mal, es no haber podido comprar nada. Odio visitar a alguien y no llevar algo en las manos.

Sofía asoma por la puerta cuando me oye llegar. No me extraña. Mis fosas nasales parecen la chimenea de un tren. El aire casi no llega a mis pulmones y, el poco que me queda, sale a marchas forzadas por mis fosas nasales.

—Hola, cosa guapa —me saluda mi amiga cuando me detengo a escasos tres peldaños del rellano para tomar aire. Estoy ahogada.

—¡Hola, bonita! —le digo con entusiasmo, el poco que me ha permitido recuperar la bocanada de aire que he conseguido dirigir hasta mis pulmones—. Vengo muerta...

—¡Estrés con patas, ven aquí, que te achucho!

Sofía me envuelve con sus brazos. Ese simple gesto hace que mis pilas se recarguen de nuevo. Algo más animada, le doy un beso sonoro en la mejilla —a mí me gusta que los besos se sientan—, y esbozo una amplia sonrisa.

—No sabes cuánto te agradezco que me recibas así, Sofi. Tus abrazos son mágicos.

El olor de la cena reactiva mis papilas olfativas cuando cruzo el umbral de

la puerta.

A lo lejos veo a mi prima Lisa. Acaba de cruzar el pequeño recibidor que conecta el salón con la cocina. Cuando la veo salir con un par de botellas de vino, que seguramente llevarán horas enfriándose en la nevera, trato de llamar su atención.

—Eh, cosita linda, ¿qué tal?

Observo cómo mi prima se detiene en seco y mira hacia atrás.

—Alma, ¿eres tú? —Asiento, mientras dejo el abrigo y el casco sobre el aparador—. ¡No te había visto!

—Limpia los cristales de las gafas, guapa.

Cruzada de brazos, Sofía nos observa a escasos tres pasos de distancia, apoyada contra la pared y con una sonrisa de medio lado.

—Chicas, sois tal para cual, ¿lo sabéis?

—No tanto —afirma Lisa, componiendo una divertida mueca con la nariz.

—Anda ya —replico sagaz, colocando mi mano sobre su hombro izquierdo para que comience a caminar. Olivia y Marifé están charlando animadamente, casi a gritos, en el salón.

Después de brindar con una copa de vino, demasiado fría, por cierto, y de haberle dado a la sinhueso durante más de media hora, justo cuando un silencio atroz interrumpe la conversación que estamos teniendo, me pongo de pie y digo:

—Bueno va... Ahora que estamos sentadas, ¿os cuento lo que me traigo entre manos?

—¡Uy, uy, uy! Esto suena a noticia —dice Olivia con una media sonrisa dibujada en la cara.

—¡Di que sí, rubia! —exclama Sofía al tiempo que alza su copa, que nuevamente está vacía, en señal de aprobación—. No hemos empezado con el picoteo, y tú ya estás dándolo todo. ¡Así se hace!

—Alma, no me digas que tienes novio.

Olivia y Marifé comparten una carcajada tonta e infantil que me hace reír a mí también.

—No, Lisa, ¡no! —Abro los ojos de par en par—. No tengo novio, pero me encanta ver cómo os venís arriba con mis primicias.

—Nena, que nos conocemos. —Mi prima sonrío maliciosamente y me guiña un ojo con picardía—. Tu euforia de hoy es por haber echado tres polvos seguidos como mínimo. No me equivoco, ¿verdad?

—¡Madre mía, pero qué fama! —contesto, riendo.

—Venga va, cerrad el pico y dejadla que cuente —sugiere Olivia, al cabo de unos segundos con cara de expectación.

—Ehm...

Marifé se pone en pie de un salto, haciendo que mis pulsaciones se aceleren otra vez, une las manos frente al corazón y comienza a bailar las rodillas.

—Alma, espera un momento, *porfa*, que me hago pis. —La vemos salir corriendo hacia el baño. A mitad de camino, se detiene, gira el cuello un poco para mirarnos y, sin dejar de danzar como si tuviera una docena de pulgas entre las piernas, añade—: No tardo ni un minuto, os lo juro.

—No me miréis así, flores. Se mea —informo tras carraspear algo confusa, cuando veo a mi prima y al resto de mis amigas observándome como hienas a punto de devorar una buena porción de carne fresca.

Olivia está con las manos en la cabeza y los codos apoyados sobre las piernas en una pose un tanto peculiar. Sofia, absorta en el trasero de su pareja, que sigue dando saltitos en el pasillo porque es incapaz de abrir la puerta del cuarto de baño. Y mi prima, que, a priori, es la más centrada de todas, aunque no siempre, no deja de abrir los ojos —creo que Bugs Bunny nunca abrió tanto los suyos, todo sea dicho de paso— para que suelte prenda de una vez. Ella es muy fan de mis aficiones, al igual que yo de las suyas, y casi no existen secretos entre nosotras. Nuestra relación va más allá de una simple figura de prima. Para mí, ella es como una hermana.

—Alma, por Dios, cuéntanos ya eso que te hierve en la boca.

—Sofi, no pienso soltar prenda hasta que tu mujer salga del baño —anuncio, guiñándole un ojo con picardía.

—Menuda seductora estás hecha. Anda que no tienes tú peligro ni *na*.

—A saber qué se traerá entre manos —resopla mi prima.

—Me parece que os estáis montando una película que no tiene nada que ver con lo que os voy a contar.

—Tal vez la culpa sea tuya, Alma —interviene Olivia, recuperando una pose mucho más relajada sobre el sofá.

—Ya estoy, ya estoy... —Marifé acaba de entrar en el salón. Aún lleva el botón del pantalón sin abrochar. Se deja caer pesadamente en el sofá, se abre de piernas para elevar las caderas un poco, reajustar la posición de la cinturilla y se abrocha el botón haciendo una docena de malabares con las

manos—. Venga, Alma, cuenta, ¡cuenta!

—Vamos a ver... —Inspiro hondo y las miro una a una—. Creo que ya sabéis que la literatura romántica y erótica es una de mis aficiones.

—Ajá —oigo decir a mi prima, la más desesperada de todas.

—Últimamente he ido a varios certámenes literarios y me he comprado un montón de libros que, por cierto, ya he devorado.

—Joder —resopla Olivia, rodando los ojos hacia atrás—. Esto va a ser peor que estar un mes sin echar un polvo.

—Pues bien. Vuestra amiga, esta que está aquí... —Abren los ojos a la expectativa—. Sofi, un redoble de tambores, por favor.

Mi amiga comienza a golpear una copa de cristal con el canto de un cuchillo.

—Vas a romper la cristalería —protesta mi prima, dándole un golpe en el antebrazo para que se detenga—. Alma, por favor, dispara de una vez. Me estás sacando de quicio esta noche.

Sonrío para controlar la emoción.

—He escrito una novela.

—¡¡¿Quééé?!!

—Que he escrito una novela —repito—. Quiero que vosotras seáis mis lectoras cero. Si os apetece, claro.

—¿Que quieres que seamos qué? —Olivia obliga a Sofía a dejar el cuchillo sobre la mesa y se pone de pie—. ¿Tus lectoras cero?

—Sí.

—Nena, a mí los únicos ceros que me gustan son los que aparecen en los cheques de un millonario —confirma Sofía.

—Pues no te lo vas a creer, Sofi, pero a mí me encanta la idea de Alma —anuncia Marifé muy animada—. Yo quiero leer esa novela. Cuenta conmigo.

—Yo también me apunto —confirma Lisa, levantando la mano para hacerse notar.

Marifé me sirve un poco de vino, antes de decir:

—Oye, Alma, que yo de pasteles lo que quieras, pero si te tengo que aconsejar sobre literatura lo llevas claro, ¿eh?

—Chicas, solo quiero enseñaros a mi *bebé* y que me digáis qué os parece.

—Será guapa o guapo como su madre, sin duda —comenta Sofía con sarcasmo, golpeando ligeramente otra vez la copa con el mango del cuchillo.

—¡Cari! —Marifé acaba de darle un golpe en el costado a Sofía y me ha

guiñado un ojo—. Deja a Alma que hable.

—Chicas, no os preocupéis. Pondré el manuscrito en manos de expertos para que lo corrijan en todos los sentidos. Lo único que necesito es que mis mejores amigas me den su opinión. Nada más.

—Y, si no es mucho preguntar, ¿se puede saber de qué va?

De nuevo, el interés de Sofía hace que la tensión que he sentido de repente en las cervicales comience a desaparecer y que las comisuras de mis labios empiecen a ascender.

—Uy, miedo me da esa sonrisa —susurra mi prima con suavidad.

—Alma, corazón, no te pongas tan sexi que te huelo. —Sofía comienza a mover la nariz, como si estuviera olisqueando.

—Eso, eso... —sugiere mi prima Lisa, tanto o más nerviosa que antes—. Dispara de una puñetera vez porque me tienes en un sinvivir.

—En la novela se recoge una serie de citas románticas —anuncio.

—De Mahatma Gandhi, de Lao Tsé, de... ¿de quién? —pregunta mi prima frunciendo el ceño.

—Lisa, me refiero a citas, citas... Tú ya me entiendes.

—Aquí las únicas que entienden son estas dos. —Señala a Sofía y a Marifé—. Mis capacidades para ciertos temas son un poco...

—Da igual —la interrumpo—. La cuestión es que en la novela he querido reflejar la historia que han vivido ciertos personajes durante una cita, digamos que... romántica.

—Ya.

—Bueno, pensándolo bien, no todas las citas son de ese tipo.

Lisa abre los ojos de par en par.

—¿No?

—No. Las hay de todo tipo: románticas, singulares, surrealistas... Eso sí, todas están basadas en hechos reales.

—¿Lo dices en serio? —Me muerdo el labio inferior y asiento con un sutil cabeceo—. ¿Vas a contar las citas que tú has tenido? Vale que son para mear y no echar gota, pero...

—Alma —interviene Olivia, casi desesperadamente. Entre unas y otras no la dejamos hablar—, ¿no crees que has elegido un tema delicado?

—Espera, espera, ¡no te embales! Algunas de mis historias personales aparecen en el libro, por supuesto, pero la mayoría son de personas que conozco y que me han autorizado a publicarlas. Con condiciones, por

supuesto.

—¿Con condiciones?

Muevo la cabeza afirmativamente y bebo un poquito de vino, mientras el resto pincha unas croquetas de pollo que ha preparado Sofía.

—Ahí está la gracia del proyecto.

—Ah, bueno, pues así está todo solucionado —exclama Sofía, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Alma, ¿estás segura?

—Muy segura, Lisa. Más de lo que te imaginas.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—Ufff, vaya cojones tienes.

—Yo sí, lo veo —afirma Sofía.

—Yo estoy de acuerdo con Olivia, lo tuyo es de Almodóvar —insiste mi prima—. No voy a negar que tu novela será buenísima. Además, con la naturalidad que tú tienes, seguro que nos haces flipar y nos sacas más de una sonrisa.

—Pero...

—Alma, lo que creo que quiere decir tu prima —continúa Sofía— es que, como amigas tuyas que somos, debemos preocuparnos por ti. Nos conocemos desde hace muchos años, demasiados, en realidad, y ya sabemos de qué pie cojea cada una. Tú, sin ir más lejos, eres una camicace de mucho cuidado. Y no lo digo solo porque lo piense yo, corregidme, flores, si no es así, pero...

—Todas las que estamos aquí sabemos lo que hemos sufrido por ti en más de una ocasión —suelta mi prima, casi a bocajarro—, y no queremos volver a pasar por lo mismo.

—Tu intensidad es muy muy muy intensa y...

—Sofía, frena, ¡frena, por favor! —le exijo al intuir la perorata que va a seguir a ese «y» tan misterioso que ha soltado después de decir que soy demasiado intensa, cosa que, por otra parte, es verdad.

—¿Qué ocurre ahora?

—No os he contado el porqué de todo este proyecto.

—Vale, vale... pero no me negarás que eres un rato intensa, ¿no?

Con esa última pregunta, volvemos todas a reír.

Lo reconozco. No se me caen los anillos por hacerlo. Lo cierto es que mi carácter es muy apasionado. Soy muy extrovertida y vivo las cosas de manera

plena, casi como si no hubiera un mañana. También soy cautelosa cuando las circunstancias lo requieren. Sin embargo, pienso que ese aspecto de mi personalidad no resalta tanto.

En nuestra sociedad hay muchas personas que viven con la monotonía como compañera de trabajo, como amiga en el metro y como pareja en la cama. A lo largo de varios meses, he conseguido recopilar historias de distintas mujeres que han vivido una cita como *La Cita*, dándolo todo y sin recibir nada a cambio. Nadie tiene derecho a anular nuestra manera de ser, hacer y crecer en la vida. Todos necesitamos proteger nuestro talón de Aquiles para que no nos hagan daño y vivir el momento como más nos plazca. Y no por ello vamos a ser ni mejores ni peores personas.

Simplemente seremos personas.

Punto.

—Flores, sabéis que la gente confía en mí para contarme asuntos de todo tipo.

—Pobres infelices —suspira mi prima.

—¿Habrà sexo en la novela? —pregunta Olivia, abriendo los ojos de par en par.

—Las intimidades entran dentro de la clasificación asuntos de *todo* tipo —recalco, enfatizando la palabra todo—. Cuando leáis la historia, veréis que también he incluido las preguntas, las respuestas, muchas de ellas basadas en mis propias experiencias, y algunas citas de personajes ilustres como los que ha nombrado mi prima hace un rato.

—Haces bien.

Sonrío. Lisa siempre tiene que sacarle puntilla a todo.

—Lo único que pretendo con esta novela es que los lectores se distraigan y se olviden del dolor que les haya podido causar una cita digamos que...

—pensativa, me llevo la mano al mentón y miro hacia el techo—. Ehm..., sí, eso es. Con un final no tan idílico o apetecible como se esperaba. ¿Entendéis lo que os quiero decir?

—Perfectamente —responde Olivia, la más callada del grupo en la velada de hoy.

—Espero que mi intensidad —observo de reojo a Sofia y ella me sonrío— pueda ayudar a todas aquellas personas que hayan pasado por un mal trance.

—Lo hará, estoy convencida.

Por primera vez en lo que llevamos reunidas, las palabras de mi prima

Lisa me sorprenden para bien.

—Todos tenemos que luchar por encontrar a esa pareja que nos valore, que nos quiera, que nos admire... Todos necesitamos de vez en cuando esas mariposas en el estómago y no un enjambre de abejas asesinas picoteándonos hasta el alma. En definitiva, necesitamos encontrar una mitad, nuestra mitad, y sentirnos complementados.

—¡Wow! —exclama Sofia, sorprendida por mi exposición—. Presiento que te vas a convertir en una consejera matrimonial.

—¡Cállate!

Asombrada, veo cómo mi amiga se masajea la nuca después de que Marifé le haya arreado una colleja que ha hecho temblar hasta a la estructura del edificio.

—Jooo, cari, que es broma, que yo te quiero mucho...

—Le dijo la trucha al trucho —contesta Marifé con seriedad, pinchando otra croqueta.

Lisa, a la que no se le ha escapado la pequeña disputa que han mantenido nuestras amigas, suelta la servilleta sobre la mesa, se levanta de la silla para ir a la cocina a llevar los platos vacíos y, a su regreso, me dice con entusiasmo, el mismo que le ha faltado hace un rato:

—No te lo vas a creer, Alma, pero me gusta tu idea.

Sorprendida, hago un barrido visual por la sala.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. —Reconozco que algunas veces me cuesta seguirla. Es la típica mujer que primero pone el grito en el cielo y luego te acaricia el lomo como si fueras un lindo gatito—. Creo que tú eres la persona más positiva del mundo. Siempre tienes a mano un consejo que ofrecer. A pesar de lo que te he dicho antes, creo que tu novela va a ayudar a muchas personas.

—Estoy contigo, Lisa —añade Olivia al instante—. Estoy convencida de que la novela de Alma va a ser la bomba. Estoy deseando leer los primeros episodios de la historia.

—Capítulos —la rectifico yo.

—Eso, eso, capítulos. Me he equivocado.

—¿Cuándo no? —la bombardea Sofia, sacándole la lengua con guasa.

—Os aseguro que va a ser una lectura muy divertida.

Marifé voltea ligeramente los ojos antes de decir:

—Alma, conociéndote, no me extrañaría nada que...

—También va a ser muy constructiva —le corto, dejándola con la palabra en la boca. No tengo ganas de que la tensión se vuelva a apoderar de mis cervicales.

—Y me atrevo a decir que tendrá también un toque calenturiento, ¿no?

Vuelvo a sonreír. No recuerdo cuántas veces lo he hecho en la última media hora.

—Puede ser.

—Seguro que hay más de una escenita subida de tono —afirma mi prima con rotundidad, dirigiéndose a nuestras amigas en lugar de a mí—. Como dice, aquí, nuestra amiga Sofía, a Alma le puede la seducción. De hecho, no sé si alguna vez os habéis percatado de una cosa. Alma tiene una mente muy calenturienta.

—¡Yo también! —exclama Sofía, alzando las manos.

—Entonces, ¿aceptáis el reto? ¿Os gustaría leer mi libro? —Suspiro aliviada cuando todas asienten después de unos segundos de silencio sepulcral—. Perfecto. Os enviaré el manuscrito por e-mail, sin el prólogo para que, al menos, veáis algo nuevo cuando me compréis el libro.

—¡¿Qué?! —Lisa abre los ojos de par en par—. ¿Para qué vamos a comprar el libro si lo vamos a leer directamente del manuscrito?

—Para apoyar a tu prima, joder —espeta Sofía con cara de pocos amigos.

—Podéis hacer lo que queráis, chicas. Lo que más me importa en este momento es que me deis vuestra opinión y, sobre todo, que no os asustéis. Vosotras sois las únicas que me conocéis de verdad y vais a tener la oportunidad de saber qué capítulos son reales y cuáles están complementados con algo de ficción.

—Eres una caja de sorpresas, Alma.

—Lisa, lo mejor de la vida no se planea, simplemente sucede —afirmo con rotundidad, dando por zanjada la conversación.

Cuando digo que la realidad supera la ficción, es cierto.

Para muestra, un botón.

2

El Rey Mago

3 de Enero

Cinco de la tarde, en la tienda, trabajando. Y compaginando la actividad en la que participo para la campaña de Reyes que organizamos los comerciantes del barrio.

Abrí mi correo, como hago cada vez que me siento en mi oficina y, cómo no, me encontré algunos mensajes nuevos en el chat de la página de citas en la que me había registrado hacía unas semanas.

Como esos días, la faena no era agobiante, decidí abrir alguno de ellos, y después de observar con un vistazo rápido los súper comentarios que habían escrito, porque os prometo que algunos se lo curraban de lo lindo, pero la mayoría no pasaban del «hola», «hi» u «hola, guapa»; estaba claro que allí cada uno sacaba lo mejor de su esencia, pero... ¡un poquito más de sangre, señores! Que me aburro...

Me llamó la atención en particular uno de los candidatos; miré su perfil y caí perdida al leer en su ficha la palabrita mágica: «metro ochenta y tres de estatura». ¡Joder, cómo me gusta todo lo que mide más de metro ochenta y dos! «Como hable bien...», pensé... «¡Alma, estás perdida!» Pero vamos a ello.

Su mensaje literal: «Hola... buenas, ¿qué tal?». «Voy a darle un cinco y medio porque lo de la altura le suma algún punto y consigue superar el suficiente pero por pelos», pensé. En resumidas cuentas, la conversación era fluida, correcta y adulta. ¡Por Dios! Os aseguro que no es nada fácil, porque

edad tenían la mayoría, pero madurez... eso es otro cantar. Total, quedamos para hablar en otro momento porque a mí se me giró la faena, así que aplazamos la conversación hasta el día siguiente.

4 de Enero

¡Bien! Siguió siendo aún más interesante la charla con él. Me ofreció hablar por WhatsApp, ya que el chat no era el formato más cómodo y ágil. Accedí, raro en mí, eso también os lo digo, porque el segundo día que hablé con alguien a través de una página de esas, me parecía poco prudente pasarle mi teléfono personal. Amig@s, con la de locos que hay sueltos, como para exponerme tan fácilmente, pero su metro ochenta y tres me pudo; fue el detonante de mi osadía, lo confieso.

Héctor

¿Te puedo invitar a un café?

Alma

Claro, sin problema.

El tipo no se andaba por las ramas; era claro, directo y conciso, y yo, que soy más bien de acción-reacción, lo tuve claro en cuestión de segundos.

Héctor

Mañana podría acercarme a tu tienda y hacerte una visita, ¿qué te parece?

Alma

Pues por mí bien, aquí me vas a encontrar; pero creo que con la actividad que tengo estos días, no por la propia de mi trabajo, sino, más bien, por la temporal con la que estoy colaborando en el barrio, nos van a interrumpir en más de una ocasión, seguro.

Pero si lo pienso bien, me dije a mí misma... «Quizá forma parte del encanto, si es que... no se puede ser tan romántica», y ya entenderéis por qué os digo esto. Sigo.

Él, de todas formas, insistió en que se pasaría.

5 de Enero

La tarde fue entretenida, había cabalgata de Reyes en las calles colindantes y mucho bullicio de gente por la zona de mi trabajo, pero ninguna presencia masculina de metro ochenta y tres a la vista. El chico en cuestión no llegó a venir.

Tanto interés para nada, pues vaya tela, otro que... «digo, y luego hago lo que me sale de los mismísimos». En fin, aún me pregunto dónde se han quedado los modales y la palabra de la gente, y no me llaméis antigua, porque para mí eso es ser educado. Bueno, pues dicho esto, y todavía sin entender por qué, en ese caso, su comentario de que «se iba a pasar» me pareció más creíble de la cuenta, esperé a que regresara mi amigo Xenxo, para cerrar e ir a tomar una copa al local del al lado, que regentaban mis queridas vecinas Mía y Cat. La tradición es la tradición, así que antes de irnos cada uno a su casa (bueno, él a la de su prima, que celebraba el aniversario de ella y cenaban allí toda la familia), nos zampamos un trozo del delicioso roscón, que nos ofrecieron mis amigas para brindar a manos llenas. Lo sé, confieso que estaba a dieta, pero os juro que fue un trozo pequeño, y... ¡qué narices!, al roscón de Reyes, que hacían mis amigos Juan y Montse, no había ser vivo que se resistiera.

Llegué a mi casa, cené y me dediqué a envolver los regalos que había comprado para la familia. Moría de ganas por ver las caras de sorpresa que me regalarían al descubrir lo que se escondía bajo esos envoltorios bonitos, que tanto disfruté haciendo.

Y fue justo en ese momento «envoltura de paquetes», las once y media tocadas, cuando recibí un *wasap* de él.

Héctor

Disculpa, me ha sido imposible pasar esta tarde, tal como te comenté.

Ni un «hola, ¿qué tal?», ni nada parecido. Como empezaba a sospechar, ese era un tipo directo, no se andaba con demasiados preámbulos; su disculpa a bocajarro encabezaba la frase con la que volvía a contactar conmigo.

Alma

Hola, Héctor, tranquilo no hay problema. Seguro que encontramos otro día de la próxima semana que nos encaje mejor.

Héctor

Bueno, si te apetece y no estás cansada, por mí podemos quedar y tomar una copa ahora mismo.

«Vaya, pasamos de un café a una copa en menos que canta un gallo», pensé. Mi cabeza, en ese momento, empezó a funcionar; obvió el metro ochenta y tres por poco rato, eso también... y le contesté.

Prefería dejar claras un par de cosas, porque a mí no me molestaba quedar a esa hora con nadie, si era lo que me apetecía, pero la noche confunde a muchos y a muchas, y como soy una ansias, eso me ha traído más de un problema.

Para que me entendáis, si quedaba para un primer contacto con él, tanto me daba que fuesen las tres de la tarde que las doce de la noche. Sé que muchos diréis: «Hombre, Alma, lo mismo, lo mismo no es», y sí, en parte tenéis razón, pero para qué alargar algo a lo que no le doy tanta importancia; quedo, lo veo y, si hay *feeling*, pues ya volveremos a quedar... ¿dónde está el problema? En que no eran horas, pero ¿os he dicho que soy una ansias? Pues eso.

Alma

Mira Héctor, no tengo ningún problema en cambiar un café por una copa, pero ¿eres consciente de que solo hace dos días que hemos cruzado poco más de cuatro palabras? Sinceramente, desconozco bastante tus intenciones y te aseguro que las mías las tengo muy claras y lo sabes porque me faltó tiempo ayer para puntualizarlas, cuando me comentaste que te gustaría conocerme. Héctor, ¿te importa si te llamo, en lugar de hablar por WhatsApp? Va a ser mucho más ágil, tanto mensaje, quizá, nos lleva a confusión, y estarás conmigo de que a viva voz todo es más directo y más fácil de interpretar.

Lo llamé, y escuché cómo su voz carraspeaba un poco al otro lado de la línea telefónica. A mí ese carraspeo, que denotó un asomo de nerviosismo por su parte, logró que me hiciera sentir más segura, así que, como me gusta jugar con ventaja, puse la directa y empecé a poner todos los puntos sobre las íes, y sin dejarme ninguno.

—Prefería llamarte porque no te conozco de nada, y el café por la copa está bien, pero siempre y cuando hayas entendido que lo que estoy buscando es quedar con alguien y volver a tener interés por tomar un segundo café, copa o lo que acordemos. Pero, sobre todo, lo que me apetece es encontrar ese *feeling* que, cuando aparece, no sabes bien bien por qué es, pero hace que tengas ganas de saber todo de esa persona; ganas de sentirte cerca, aun habiendo distancia de por medio, y quedarme con ganas de que llegue el día de la segunda cita, e ir tranquilos conociéndonos.

—Es decir, Alma, ¿estás pensando que voy a bajar a la ciudad para quedar contigo y conseguir un polvo? —Su respuesta fue directa, clara y contundente. Este tampoco se iba de rositas... Si cuando os digo que iba directo, no estaba equivocada—. Mira, si piensas que busco eso, estás muy equivocada, bonita. Yo también quiero encontrar a alguien especial, que me interese de verdad, pero si es una excusa porque no te apetece quedar, lo entiendo, pero no me taches de que quiera quedar a estas horas para propiciar un posible momento con la intención de buscar sexo.

—Héctor, insisto, estamos hablando por teléfono, somos dos desconocidos, no tengo ni idea de si tus fotos son reales, ¿como quieres que no dude de tus intenciones? Por el chat todo el mundo es maravilloso, valiente y mucho más. Es verdad que te acabas de expresar de un modo claro y directo, pero te recuerdo que somos dos desconocidos, e igual que yo tengo mis dudas, es muy lícito que tú también las tengas. Bonito, mis dos últimas experiencias, con otros candidatos de esta página, han sido de lo más instintivo que puedas imaginar. Se me tiraron a la yugular en un *plis* y también estaban advertidos de que quería ir con calma, así que, si después de este rapapolvo, aún te apetece que nos conozcamos, porque como puedes comprobar, yo también sé ser directa como tú, y te repito de nuevo que no estoy cansada, estoy cómoda en mi casa, hablando ahora mismo contigo, que es lo que me apetece, e intentando dejar claro que no tengo ningún problema en quedar de aquí a un rato, ya que sigue siendo una opción que valoro; pero siempre que tengas en cuenta qué es

lo que me apetece y busco hoy por hoy. Quizá no es el caso, pero la noche confunde a muchos, y si no te gusta que sea clara, vale más que no demos pie a más conversación.

—Por mi podemos quedar en media hora —me dijo—. Es el tiempo que tardo en llegar a la ciudad, dime dónde y allí estoy, ¿ok?

Le comenté que, para no coger el coche, fuésemos por mi barrio y así para una primera impresión sería bastante cómodo para ambos. Le sugerí aparcar en mi garaje, así se ahorraría buscar aparcamiento, ya que iban a dar las doce, y tampoco era plan que nos dieran las quinientas.

A la media hora estaba aparcado. Bajé a buscarlo y la primera impresión fue... ¡brutal! ¡Joderrrr! Ese metro ochenta y tres, junto a esa sonrisa y ese poderío que desprendía, lo hacían irresistible, ¡mucho mejor que en foto! Parecía más joven, cosa que no puedo decir de otros candidatos con los que me crucé anteriormente.

Él, amable, más bien callado, pero sin dejar de mirarme, seguía la conversación que yo inicié. Me fijé en que su rostro hablaba mucho más de lo que podía detectar en foto; hablo del análisis morfopsicológico que yo le había hecho anteriormente.

Los que me conocéis, sabéis que he cursado tres años de Morfopsicología, y que ya no puedo mirar a nadie del mismo modo, como antiguamente hacía. Ese hombre estaba allí, delante de mí, con todo su saber estar, porque tenía, eso se nota, ya fuera porque se dedicase al trato con el público por su trabajo, pues era psicólogo, o porque es innato, como en muchos otros tíos que, con solo verlos, te das cuenta y te llama la atención ese punto varonil acompañado de un temple y seguridad, completado con una sonrisa maliciosa. En su rostro unas marcas de dolor resaltaban a la vista de mis ojos. De ímpetu íbamos bien, bastante control. Todo era mejor de lo que en foto me había parecido. Una de mis razones por entrar a cortar el hielo desde un inicio, fue que lo veía dubitativo y, como lo de hablar con un tocho o un vergonzoso era lo último que me apetecía, me preparé para tener paliqúe de entrada y hacer que ese inicio fuese más cómodo para ambos. Todo y que a mí lo que es mucha preparación para tener charla no me hace falta porque, aunque de pequeña tardé en hablar, luego fue empezar y encontrarle el gusto a esto de lo lindo.

Toda la conversación fue correcta hasta llegar al bar; allí dentro, la cosa mermó, no por mi parte, os lo aseguro. Lo que tenía delante me motivaba bastante, pero observaba que él, por mucho que me miraba... entregado, lo

que se dice entregado, yo no lo veía. Hablando claro, lo encontré soso, seco, y pensé... «Este se está aburriendo». Y no me dejé acabar de pensarlo, que ya me estaba diciendo:

—Alma, hace mucho calor aquí, ¿no?

—Sí, tienes razón.

Y era verdad, el calor empezaba a ser molesto, pero a mí, como aguantarlo se me da bien, no era mi primer foco del problema; sinceramente, me pesaba mucho más ver su actitud de pasotismo, o poco interés. Con esto me refiero a ese momento de «estoy aquí, pero en mi casa estaría mejor», que era lo que su persona me transmitía desde hacía diez minutos.

Pagó las cervezas, y salimos.

En la calle había bastantes terrazas, es una zona peatonal. Había bastante gente, la mayoría joven; los papis con niños, esa noche, estaban obligados a pasarla en casa, esperando a que los Reyes llegaran con los regalos para sus peques. Recuerdo que, aun siendo invierno, la noche no era nada fría y propiciaba a estar fuera sin problema.

Le dije:

—Héctor, mira, si quieres podemos ir a esa terraza. —Señalé discretamente unas mesas que teníamos a pocos metros.

Y el tío, sin más, me contesta:

—Mejor vamos tirando, ¿te parece?

¡Lo que yo decía, amigas! Se estaba aburriendo de lo lindo, Dios. ¡Jooo! Qué lástima, porque la impresión al primer momento de conocernos no me cuadraba para nada con la que estaba observando en ese instante. En fin...

—Claro, vamos —contesté.

Qué brutal. Me parece que no superó por poco la cita más rápida que he tenido, pero si apenas hacía cuarenta minutos que aparcó... ¡Vaya tela!

Bueno, pues cuando íbamos camino de buscar el coche, os he de decir que la conversación volvió a ser divertida, fresca y hasta me atrevería a decir que tenía puntos interesantes. Él hablaba mucho más que yo, lo veía mucho más participativo, ¿sería el calor del bar? Sería, sería... porque menudo giro hizo él. Fue solo salir del bar y, a cinco metros de la puerta, me suelta:

—Alma, ¿sabes que es mucho más bonita tu sonrisa al natural que en foto?, y mira que en foto es preciosa.

¡Jooo! ¡Cómo no iba a estar en ese momento ruborizada, niñas! ¡Que era un metro ochenta y tres el que me estaba diciendo esooo! Madre mía... ¡y a mí

que no me cuesta sonreír! En fin, pensé: «Mira, al menos, me voy a llevar este piropo, porque otra cosa... está claro que no».

Mientras caminábamos, me contó que llegó a salir en varias ocasiones con otra chica del chat. Me confesó que le gustaba y que le atraía mucho, pero la mala cabeza de ella con el tema drogas provocó situaciones en las que él no se sintió nada cómodo; y aun así, tuvo oportunidad de conocer a la madre de ella en alguna comida, pero no quiso continuar por los despropósitos en los que se vio envuelto.

—¿Sabes, Alma, qué me atraía de ella? Aparte de su físico, su faceta garrula... ¡Madre mía, la de palabras malsonantes que continuamente salían de su boca! No te haces una idea, te lo aseguro. Nunca he conocido a nadie que diga más palabrotas seguidas, y no exagero ni un pelo. Un día le dije: «Elisa, mira que sueltas cada taco...», ¡y no te pierdas su respuesta! Aún me estoy riendo. Me dice: «Hostia, Héctor, me cago en la puta, lo siento. Ya sé que soy malhablada, joder, pero ¿qué mierda quieres? Es lo que hay». —Podéis oír mi carcajada, ¿verdad? Ja, ja, ja, ¡qué momentazo!—. Alma, te juro que es una tía espectacular, y que todas mis horas de lectura las tiene ella de gimnasio, porque se me ocurrió preguntar si sabía quién era Ludwing Wittgenstein, o si había leído algo de Sigmund Freud, y va y me contesta: «Mira, Héctor, tengo el día tan poético que te follaría sin cruzar palabra!». —Allí me desternillé de risa.

Está claro que de filosofía la chica no andaba muy puesta, pero ¡su poesía era lo más! Tanto reír, hizo que me despistara, caminado con mis tacones, y casi me metí dentro de un charco que había en medio de la calle. Hice una maniobra un poco forzada, él se acercó para cogerme del brazo y conseguir que mi pirueta no terminara con un mal final y, al mismo tiempo, aprovechar para llamar mi atención.

—Gracias, casi me meto en todo el charco.

Él, en ese momento, rápido y con mi brazo agarrado, me dice:

—Alma, ¿te puedo pedir una cosa?

—¿Cómo? —pregunté un poco confundida por la situación, viendo que él seguía sujetándome del brazo—. ¿Qué cosa, Héctor? Claro, dime.

—Es que... verás, desde que nos hemos saludado en la puerta de tu casa, y me has dado dos besos... sinceramente, me quedé con las ganas de darte dos más.

Mi cara de alucine, sorpresa y risa, os la estáis imaginando, ¿verdad? Me dio

por sonreír y, cómo no, ya que estábamos puestos en modo charla, a preguntar:

—¿Me quieres dar dos besos? ¡Claro, hombre, sin problema!

Y ahí, de cero a cien, ya lo tenía besándome, y no precisamente en la mejilla... ¡me cago en todo! Qué forma de besar más apasionada e intensa. ¡Qué morreo más brutal e instintivo! Buf, es que me puedeee... ¡esto me pone petarda perdida en nada! Dios, su mano no perdió el tiempo tampoco; no tardó ni un segundo en estar bajo mi falda. Yo alucinaba, pero... qué directo y a saco. ¿En qué momento se desató ese hombre y de esa manera? Él y yo, allí, en medio de la calle, con una farola que nos iluminaba. Es verdad que el perímetro que nos rodeaba estaba desierto, porque esa zona está muy apartada de las calles con viviendas, justo un parque enorme nos daba la espalda, y otro lo teníamos también rodeándonos. ¡Jolín, qué intensidad! ¿Sería el parque lo que le inspiró para liarme ese momento de pasión?

Cuando logré recuperar el aliento, solté por mi boca:

—Joder, Héctor, ¿qué parte de quiero conocer a alguien con tranquilidad no has entendido? —Él se reía, y yo volví a mi reivindicación—¡Ostras! Si es que yo no quería esto, y menos cuando no hace ni una hora que te conozco en persona.

Y él, con su pose de tipo tranquilo, me respondió entre risas:

—¡Anda, vamos!

—¡¿Cómo que vamos?! Pero, Héctor, que te lo estoy diciendo en serio.

Se separó un poco de mí y me dijo:

—Alma, para nada he visto que te molestase lo que estaba haciendo; es más, me permito decir con certeza que estabas totalmente entregada.

«¡Hostias!», pensé. Si yo a esto me entrego siempre, ¡joder! Que, por otro lado, me encanta. Y mientras yo seguía flipada, él soltó:

—Venga va, vamos. —Y me cogió de la mano.

Tócate las narices, yo que esto de ir agarrada de la mano de un desconocido lo encuentro de un cursi increíble, pero él allí bien agarradito sin soltarla para nada... yo quejándome, y el sonriendo.

A los cinco minutos, antes de llegar a la puerta de casa, me solté. Supongo que ahora diréis: «Alma, ya te vale, ¿te parece ridículo estar agarrada de su mano, y vivir ese momentazo de manoseo lo das por hecho como lo más natural?». Pues no, señores, ni una cosa ni otra; todo tiene su qué, y a mí que me besen y sepan hacerlo me vuelve loca... ¡muuyy loca! Es así, pero ir cogida de la mano para mí es un gesto delicado y de complicidad, de pareja;

para nada comparable a la fogosidad instintiva del beso con el que él me sorprendió. Así que cada cosa en su contexto. Un momento pasional, con un desconocido tiene más sentido porque entran elementos instintivos en juego, pero la sensibilidad de un roce de manos; eso es demasiado delicado. Y decirnos que ese no era el momento adecuado; me vais a perdonar pero yo lo veo así, y eso que me las doy de romántica, pero ¡un poquito de por favor! Jolín, vale, para el beso quizá tampoco, pero con ese tipo delante... ¡os digo yo que todas caéis de cuatro patas! Si el metro ochenta y tres sumaba puntos, el lengüetazo... ¡no os digo nada! ¡De cuatro patas todas! Y no hablo de sus habilidades para las *manualidades*, porque con que os diga que un poco más y soy yo la que creé un nuevo charco, creo que quedáis por enteradas también de su destreza manual, ¿verdad? ¡Pues eso, joder! Si solo al escribirlo ya me vuelvo a meter en situación. Ventajas que tiene eso de visualizar con facilidad. Qué pruebas de voluntad me hacen pasar, señor, señor... Yo caminando hacia casa y pensando... «Aguanta el calentón, bonita, y ¡duchita fría!».

Llegamos a mi portal, y me dijo:

—Déjame subir, por favor, que me estoy meando.

Me reí y le contesté:

—Sí, claro. ¿Tú te crees que soy tonta y me chupo el dedo? —Seguro que él pensó «deja el dedo tranquilo y chupa otra cosa». ¡Por Dios! Si su cara lo decía todo...

—¿En serio no vas a dejarme subir?

—Ni de coña.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—¿Tú me ves cara de no hablar en serio?

—Alma, por favor, que solo quiero ir al baño, por Dios. Pero ¿qué película te estás montando?

—Ninguna, Héctor, solo evito que me la lées, nada más.

—Madre mía, chica, se te va mucho la pinza, ¿eh?

—¿A mí? No creo. Te aseguro que no soy yo la que está buscando excusas para subir.

—Alma, de verdad, solo quiero ir al baño, por favor te lo pido.

Tanta insistencia ganó credibilidad a la situación. Total, que ya estábamos subiendo escaleras, con las manos quietas, con distancia y aire entre ambos; y eso que a mí la subida de escaleras de mi edificio me inspira de lo lindo, pero claro, como para calentar el ambiente y después decirle: «Venga, a casita».

Así que quieta del todo me teníais, abrí la puerta, y al entrar, me dijo:

—Oh, qué bonito. —Mientras contemplaba un cuadro que había colgado en la pared principal—. Se nota que trabajas con obras de arte.

Fue escuchar eso, y ya me veis a mí con una sonrisa de satisfacción total.

—Gracias, ya sabes, si necesitas de mis servicios, me pegas un toque.

Vi que se adentraba en el piso, colándose en la habitación; tarea fácil, ya que, al no haber puerta, queda muy accesible. Caminé tras él, y le encendí la luz para que viera bien la escultura y los dos cuadros que tengo como detalles de la decoración principal. ¡Ilusaaaaa! Sí, muy ilusa, amigas. Me agarró de las manos, me acercó a él para besarme y me empotró con pasión contra las puertas del armario. Empezó a besarme como hacía un rato en el parque, resiguiendo el mismo guion que anteriormente había aplicado. Mi punto de excitación estaba al límite y observé que no era la única de los dos que estaba así. Intenté pararlo como pude, no siéndome fácil, pues me debatí entre si lo frenaba del todo o dejaba que ocurriera algo más; ya que su ímpetu y sus ganas no me ayudaban a frenarlo. Madre mía, la situación hubiese estado de lo más excitante y genial si, desde un inicio, fuese lo que hubiera buscado en él, pero no era así; y por mucho que ese hombre me estuviese poniendo petarda perdida, mi condición de no más rollos puntuales por el momento, y cómo no, el ver que iba a saco a lo que iba, hizo que tuviera el temple suficiente para, después de una lucha de fuerzas, lograr empujarlo y decirle que parase de una vez.

—Héctor, joder, te he dicho que no estoy buscando esto... ¡Joder! —Mi mente decía eso, aunque mi cuerpo bien sabíamos los dos que no contestaba lo mismo; pero esa noche no, no podía pasar nada. Yo no iba a desacreditarme con la charla que le había metido hacía poco más de una hora, cuando se decidía a venir a tomar una copa. Mi insistencia porque no me buscara en ningún aspecto sexual, advirtiéndole que no me encontraría, fue bastante contundente, y en esos momentos... ¡se la estaba pasando por el forro!—. Anda, pasa, ahí tienes el baño. —Le señalé la puerta, pero pasó de largo y siguió caminado hacia el salón—. Héctor, el baño está ahí.

Se giró, me miró y me dijo:

—Lo del baño era solo una excusa, Alma.

—¡Me cago en todo! Eres un cabrón, ya puedes hacer el favor de salir de mi casa.

Él, sin mirarme, caminó hacia la ventana y me dijo:

—Menudas vistas tienes.

—Sí, preciosas, la verdad es que son muy bonitas —contesté con toda la indignación que sentía.

—Como tú. —Y de nuevo, lo volví a tener encima.

Otro arrebató de pasión como el anterior; aquella situación cada vez era más insostenible, los besos más intensos. ¡Joder! Ese hombre tenía muchos aspectos de los que a mí me atraen, pero una mala maniobra por su parte me hizo entrar en razón. Empezó a desabrocharse el cinturón del pantalón, y allí, sí que me cuadré.

—Que te he dicho que no, joder, Héctor. ¡Que no!

Me clavó una mirada con una dureza e intención desmesurada que yo reconocí; no por él, pero sí por una antigua vivencia.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó al percatarse de mi asombro, aunque seguía mirándome con ojos de deseo, pero no del normalito... jolín, no sé cómo expresarlo, porque esto o lo has visto, o lo has vivido, o no hay modo de contarlo para hacerlo entendible.

La cuestión es que esa mirada la reconocí, porque no era la primera vez que la veía, y como los recuerdos que me traía no eran, ni mucho menos, los que quería volver a revivir, no porque fuesen malos, todo lo contrario, eran recuerdos excitantes llenos de pasión, pero la mente del que me los proporcionó era enfermiza, y con un hijo de puta en mi vida ya había tenido bastante. Fue allí cuando entendí la cantidad de cosas que había en ese tío que me atraían... Sí, pero gente tóxica no quiero a mi lado, por mucho que me ponga a tono. Así que lo corté y le contesté seca y enfadada:

—Miedo de nada, solo que no quiero esto y lo sabes, vete de una puñetera vez.

—¿Estás segura?

—Totalmente, ¡vete!

Volvió a girarse como si nada, observó la lámpara colgante del techo, que tiene una lanza que soporta la pantalla que cae sobre la mesa de comedor, y apuntando con el dedo, me dijo:

—Esto me recuerda a un látigo. —Y me echó una mirada que flipé.

—Pues mira qué cosa, yo siempre he visto una caña de pescar, así que ya ves qué distintas son nuestras interpretaciones.

Se volvió a acercar, me cogió los brazos y me los levantó. Me tiró de nuevo hacia el cristal de la ventana, me besó intensamente como él sabía

hacerlo, pero por mucho calentón propio...

—¡Basta!

—¿Me voy?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Del todo, ya te he dicho antes que te marcharas, no quiero esto y lo sabes.

—*Ok*, pues entonces un beso de despedida. —¡Y me dio un pico de mierda!

Joder, ¿qué mierda de despedida era esa? Pues la única que podía esperar de alguien que no consiguió lo que había venido a buscar.

Reconozco que me gusta el riesgo, pero también me gusta cuidar de mí. La suerte estuvo de mi parte... ¡totalmente! Si hubiese querido sexo, lo tenía garantizado, pero decidí que esa noche mandaba yo, y el metro ochenta y tres sucumbió a mis peticiones, aunque me tocase superar tres asaltos. Después de todo, el mejor premio fue que un hombre como ese me deseara con tanta intensidad; pero igual que os digo esto, tampoco aconsejaría a nadie que llegara tan lejos como lo hice yo, ya que la suerte puede estar o no de nuestro lado.

Pero si de algo estoy orgullosa es de que, aparte de ganar esta batalla con éxito, me reconocí capaz de ver a una Alma muy segura de lo que quiere y que por mucho que me pongan delante al prototipo de tío que me gusta y me ponga de cero a cien en muchos sentidos, mi línea recta de encontrar a un hombre con unas actitudes distintas a las de solo una noche de sexo, estaba bien firme. Lo que también tengo muy claro es que, si no dejo de exponerme, el riesgo de que me metan un gol está ahí, pero la combinación de no tener ansia y tener la cabeza en más de una ilusión, ya sea laboral o personal, hacen el terreno mucho más fácil y menos propicio a equivocarme, aunque la suerte estuvo de mi lado... también lo tengo claro.

3

1, 2, 3, 4...

Hola Lisbeth.

—Hola, bonita, perdona, pero antes tenía al de la caldera y mi padre, también, controlando. Le he dicho que viniera porque yo no estaba segura de llegar a casa desde el trabajo, a tiempo... Total, que de cero hombres en casa he pasado a tener dos en un momento; ninguno aprovechable, antes de que me lo preguntes. Así es la vida, amiga.

Y antes de contestar me reí. Con ella es fácil que se te escape alguna que otra carcajada; tiene un carácter *mu salao*, es ingeniosa, dulce, cariñosa, con mucho temperamento también, de ahí sus dotes de jefa de departamento, que desarrolla de maravilla, y termino aquí porque podría rellenar toda una hoja solo con adjetivos positivos de mi amiga Lisbeth. ¿Que es preciosa os lo he dicho? Pues sí, por dentro y por fuera, para ser exactos; pero me callo, que tengo la sinhueso con ganas de más.

—Nena, a ver si la que es una *ansias* eres tú y no yo.

—No, Alma, no, bonita; ese título es tuyo, a *ansias*, en referencia al género masculino, yo no te gano. Ese título lo defiendes tú de maravilla. Te digo yo que se te estropea la caldera a ti, y en lugar de un técnico, aparece uno con ayudante y tu vecino por si necesitas refuerzos. Eso sí que es pasar de cero a dos o tres en un momento.

—Lisbeth, estoy segura de que eso es cosa de la marca de la caldera...

—¿Marca de la caldera...? ¡Ya! Pero digo yo... que tú no me has llamado para comentar nada que tenga que ver con electrodomésticos, ¿me equivoco?

—Jajaja. Pues no, no te equivocas, vas bien enfocada, amiga.

—Déjate de enfoques y empieza a largar por esa boquita tuya, que

quedamos en que me contarías la cita del viernes, ha pasado una semana, y aún tienes la indecencia de tenerme en ascuas. Greace, cariño, deja a mami hablar con Alma, y ahora estoy por ti.

—¿Qué hace la pitufa? Tengo que escaparme un día a ver a mis chicas, que hace mucho que no hacemos una de esas tardes maratonianas de café, tortitas y buenas charlas que duran hasta altas hora de la madrugada.

—No mareas la perdiz, Alma, que entre las tortitas y mi hija, te despistas y a este paso llegamos al otro viernes. Cuenta.

—Mejor te reenvío el mail que esta mañana le he mandado a Vera, y mañana lo comentáis en la oficina. Te vas a reír con los emoticonos que le he puesto, lo escribí cuando salí de la cita camino hacia casa, y se lo mandé al grupo de *Las florecitas*. Verás que está con toda la intensidad de ese momento.

—¡Qué fuerte me parece! ¿Me estás diciendo que no me vas a contar nada y que me lea el mail?

—Es que entro en la consulta del dentista en menos de cinco minutos, y he aprovechado para llamarte mientras iba de camino.

—Qué fuerte me parece... ¡Para un día que te tengo a tiro! ¡Espero que ese dentista esté bueno, por lo menos!

—¡Lisbeth!

—Ni Lisbeth ni *na*, ¡pendón! Cómo te gusta a ti dejarme con la miel en la boca. Busca ese mail y envíamelo antes de saludar al doctor, por lo menos, ten *esa* decencia, mala amiga.

—Colgamos y te lo reenvío.

—Un beso. Hala, cuelga.

—No, cariño, cuelga tú...

—¡Encima cachondeo! ¡Señor, Señor... dame amigas como esta, pero antes un saco de paciencia!

De: Alma Hendricks

Para: Sofía, Marifé, Lisa, Olivia

Asunto: 1, 2, 3, 4... ¡¡Anoche me montaron... un buen cuadro!!

Bueno, flores, está claro que, si uno no apuesta ni arriesga, no tiene opción ganadora... y como a mí me va el riesgo, pues decidme lanzada, pero quise llegar hasta el final de esta historia...

Después de cuatro días hablando por WhatsApp, me decidí a decirle que ya era

hora de oír de pura voz con quién estaba hablando, así que nos pusimos manos a la obra y mantuvimos una conversación de dos horas, de la cual solo tengo un buen recuerdo.

Hacía un par de días que habíamos negociado nuestra cita, tras haber consensuado unas normas.

Yo fui muy clara, y le dije:

—Mira, Duncan, sabemos lo que buscamos. Al menos, por mi parte te lo he dicho y dejado clarísimo, pero, por si tienes alguna duda, durante la jornada de la cena, te lo comento y te lo dejo por escrito para que puedas hacer memoria de forma inmediata.

Chicas, sabéis que no me cuesta reírme y disfrutar de lo que tengo entre manos, sea una fiesta múltiple o íntima, pero esta vez no quería ir del palo *aquí te pillo y aquí te mato*, por mucho *feeling* que hubiese desde el momento cero. Mi comentario fue:

—Duncan, por muy cómoda que me veas en la cena, por mucho que me ría, por bien que creas que va la cosa, no te pases y compórtate como un *gentleman*. Porque va a ser lo único que me dará pie para volver a vernos. Me gusta mucho disfrutar de lo que hago, y voy a ir a pasarlo muy bien contigo ese día; que no te confunda mi comodidad con que esté *entregada* totalmente, ¿ok?

Él lo tenía muy claro; así me lo dijo.

Todo esto quise puntualizarlo porque él, cada día, tenía una corazonada, un palpito... y yo, hablando claro, estaba hasta los cojones. Decidme incrédula o incrédula total, pero con los *chalaos* que me había cruzado en anteriores citas, como para fiarme de esos pálpitos que el señor tenía.

Bueno, como todo en esta vida... ¡llegó el momento *cita*!

Con un retraso de quince minutos por su parte, llegó... apurado no, lo siguiente.

—Perdona, disculpa... qué mal me sabe. —Esas fueron sus palabras.

«¡Jolín, he llegado cinco minutos antes! ¡Yoooo, que siempre llego tarde! Y él que se las da de puntual... Uf, bueno, tómatelo con humor, Alma, que el momento *apuro* lo vale».

Recuerdo que, mientras se disculpaba por su tardanza, me repasaba de arriba abajo y de abajo arriba... parándose a medio de camino, eso también. No os negaré que yo no hiciese algo parecido, pero es que es lo necesario en ese momento. Llevar días hablando con alguien, solo teniendo una o varias fotos de esa persona como referencia, no es suficiente; al menos, para mí no lo es. Así que, dicho esto, continúo contando.

La cena fue genial, no podía ser de otro modo.

Él me miraba con *ojitos* y se iba poniendo más tierno, contentito y calentito, por qué no decirlo. Todo pasaba por momentos.

Al final de la cena, ya lo empezaba a dar todo. Me decía: «me gustas y me gustas mucho. Me lo estoy pasando muy bien».

Yo, sonrojada y, al mismo tiempo, calmada. Iba calmando ese volcán que intuía, amigas... que, como no lo controlara, iba a entrar en plena ebullición.

A mí, a diferencia de él, no me entró ni calor. La cita necesitaba un *plus*... Me lo estaba pasando muy bien, por el buen rollo, pero ese *feeling* total no lo percibía; así que, con la copita de vino que llevaba en mi *body*, confieso que todo me parecía algo más gracioso, pero tampoco más de la cuenta, no os vayáis a creer. Del puntito no pasé.

En el baño del restaurante, me encontré con una amiga, bendita casualidad. Ella había quedado con su novio; un chico muy majo que me presentó.

Yo hice lo mismo al llegar a la mesa, donde estaba mi acompañante esperando a que llegara del baño.

Hasta ahí todo correcto. Aunque, si soy sincera, la cara de cordero degollado estaba cada vez más presente en el rostro de Duncan.

Salimos del restaurante y fuimos a tomar una copa. De camino a la coctelería, en ese momento, en plena calle... se paró de golpe, me tiró del brazo, me agarró con fuerza... ¡y me metió la lengua hasta la garganta!

¡¡¡¡Joder!!!!

Cuando por fin recupero el aliento, continuamos caminando.

¡Él, decir que iba eufórico era poco! Yo me tomé ese morreo apasionado como un momentazo, pero tenía claro que... no. No quería más, porque el conjunto de él a mí no me molaba.

A una calle del local al que nos dirigíamos, se paró delante de un escaparate de una agencia de viajes de aventura. No me pareció extraña su actitud, ya que sabía que él trabajaba en un negocio de ese tipo, pero lo que sí me sorprendió fue que, por momentos, girara casi noventa grados la cabeza hacia un lado y hacia otro para leer las ofertas o visualizar los detalles del escaparate.

Hasta aquí casi todo dentro de unos estándares. Atentas, flores, que ahora comienza lo bueno...

Entramos en la coctelería. Yo, en ese momento, empecé a observar que no estaba fino; veía que se movía de forma extraña... pero lo fuerte empezó cuando nos trajeron las copas...

¡No os podéis hacer una idea de cómo desvarió el tema!

¡*Mamma mía!*

Para mí que se había metido alguna mierda, porque fue tomar el primer sorbo del *gin-tonic* y empezar la noche loca...

Yo alucinaba ... Él empezó a contar: «1,2,3,4...». Yo no daba crédito...

Y el seguía con su idea de contar del uno al cuatro... y mientras se aguantaba de pie como podía. Empezó a hablar...

—Alma, ahora en serio, lo... —se callaba de golpe... ¡y vuelta a contar números!

¡1,2,3,4!

Yo: «pero... ¡esto no me puede estar pasando!».

Él aguantándose como podía de pie; ahora me siento, ahora me levanto, ahora me caigo y... ¡¡¡ahora salto!!!

¡¡¡¡Mi cara era un poema, os lo aseguro!!!!

Por un momento, pensé: «esto es una broma y soy la víctima de una cámara

oculta...».

¡¿Qué coño le pasa a este tío?!

Los de la mesa de al lado me decían:

—¿Necesitas que te ayudemos? ¿Estás bien? Mi indignación era lo más grande, así lo expresaba mi rostro...

Y él, mientras tanto, contando números... a su rollo.

Yo soportando e intentado que no se cayera más veces ni se diera un tortazo más grande del que ya había tenido ocasión de estrenar... porque sí, ya llevaba el primer hostión de la noche.

En fin... ¡indignada total ¡Con ganas de meterle una bofetada en toda la jeta! Así que le dije:

—Duncan, ya está bien de hacer el numerito, ¿no?

¡Y él... a su bola!

Loco perdido, amigas, ¡contando números!

Volví a hablarle:

—Mira, yo me marché fuera y te aconsejo que hagas lo mismo.

Y aproveché para preguntarle si las copas estaban pagadas, y me contestó, mirando al limbo:

—¿Eh? Sí. ¿Eh? No...

¡Yo lo estrangulaba en ese momento!

¡¡¡¡Pues ahora empieza el número final del show!!!!

Salí, me cagué en todo, la verdad... y pensé: «si no están pagadas las copas, ya se apañará... y si no es capaz de salir de pie de la coctelería, pues que salga a cuatro patas... pero ¡yo paso! Ya mucho hago esperando fuera...».

¡Pues sí! Ni diez minutos pasaron que salió dándolo todo. Con las dos copas en la mano, diciéndome:

—¡Brindemos!

O qué sé yo... Agarré las dos copas de cristal, alucinando por que lo hubiesen dejado salir con las bebidas a la calle, y las dejé en una de las mesas de la terraza. Y él... indignado, me miró súper enfadado.

—¡Ya basta, Duncan!

¿Y sabéis cuál fue su reacción? ¡Pues lo normalito en estos casos! ¡Salió corriendo calle a través, como un loco!

No había llegado a los cincuenta metros, que se empotró contra la persiana de un garaje... y allí, refregándose, se quedó un pequeño rato. La camisa blanca quedó gris antracita.

Mi alucine, podéis imaginar cual era... Pues nada, me dirigí hacia donde estaba. Y él, allí, aguantando de pie como podía... Me vio, lo miré y le dije:

—Bueno, ¿qué? Vale ya, ¿no?

Y en ese momento, me volvió a mirar y... ¡salió corriendo de nuevo!

¡Corría con los brazos en alto!

La gente de la calle se lo miraba... ¡si es que... por Dios!!! ¡Era un espectáculo! Yo empecé a reírme, la gente también... ¡era para verlo!

En ese momento pensé: «vete tú a saber adónde va a llegar corriendo... mientras no lo atropellen...». Eso era lo único que me daba pena... Pero nada, decidí que esa película no era para mí.

De camino a casa, lo encontré a tres cientos metros, tirado sobre el bordillo de un local; allí, loco como estaba, sentadito... ahora levantando un brazo, ahora una pierna, ahora todo... Vamos, dándolo todo de nuevo.

Más indignada y sorprendida yo no podía estar.

Así que, después de intentar grabar ese momento, para tener una prueba gráfica de lo que os estoy contando... pero sin éxito, porque no tenía espacio en el teléfono, decidí irme y dejarlo con su fiesta particular en el bordillo.

Es verdad que la calle estaba súper concurrida de gente, y daño no se iba a hacer si se caía del bordillo al suelo. Lo vi tan ido, que pensé en llamar al servicio de emergencias, pero al final decidí no hacerlo...

Me dije: «Alma, es mayorcito. Este se habrá drogado, y los del servicio médico son capaces de pensar que lo he drogado yo. Así que... no me responsabilizo de más gente... ¡¡¡a la mierda!!!».

Y me fui a casa. Eso sí, le escribí un mensaje para decirle que nunca volviera a dirigirme la palabra.

Y una vez metida en la cama, recibí su mensaje de contestación: «Estoy en el hospital, me ha dado una bajada de tensión».

Alma Hendricks

El Francés No Siempre Es Un Placer

Ese día, había ido con el coche a trabajar porque, al salir, tenía comida con mis amigos de la zona de la costa. Íbamos a comer a un restaurante que habían reformado y que estaba muy cerca de la playa. El día acompañaba, y tenían un servicio magnífico para los niños; de ese modo, los papis podrían disfrutar de la comida sin estar pendiente de los pequeños.

Los sábados, en la zona de mi trabajo, cuesta poco aparcar; la gente del barrio se marcha fuera a pasar el fin de semana, así que, como llegué antes de mi hora de abrir, aproveché para tomarme un café en la cafetería donde me tenían súper mimada; bueno, a mí, y a todos los clientes que acudíamos allí. Montse y Juan son los dueños de ese establecimiento, un matrimonio entrañable y con un corazón grande como pocos. La atmósfera de ese lugar tiene el mismo carisma que los que lo regentan; solo puedes sentirte como en casa, porque sus detalles te abrazan. El aroma del café hace que tus papilas olfativas enloquezcan y si, por aquellas cosas del día, tienes mono de chocolate... entonces, te sorprenden con un cruasán que puedes, literalmente, entrar en *shock*. Una suerte la mía tenerlos tan cerca.

Salí de la cafetería y, al llegar a mi trabajo, oí a mi vecino, desde la acera de enfrente, gritar como un loco unos piropos; en su línea, con su acento francés y su toque salvaje. Sí, salvaje, habéis leído bien; ese hombre tenía un puntazo que le hacía un rato peculiar. Y yo que soy de estudiar todo tipo de fauna, podéis imaginar lo exótico que me pareció; bueno, y guapo de la muerte, porque si algo era ese hombre, aparte de extraño, era bonito, un adonis, un dios griego, con sus cánones de belleza perfectos. Siempre me decía a mí misma: «Mira, si hablase francés, qué fácil sería...», porque creo que el idioma nos fallaba a la hora de entendernos. No es que él no hablara nada mi lengua, es que la hablaba como podía, y yo, como soy de poner voluntad y

ayudar, entre una cosa y la otra, él no sé qué interpretó, porque desde que nos conocimos han pasado algo más de dos años. Aún recuerdo perfectamente el día en que decidió darse a conocer; se presentó en mi negocio y me dijo que era el vecino de enfrente. Yo disimulé, toda digna, como si no lo hubiera visto; vamos, ¡como el chico no destacaba ni nada!, pero yo, muy profesional, le contesté sobre las dudas que utilizó como excusa para poder entablar conversación conmigo. A partir de ese día, todo fueron encuentros casuales, que él preparaba y provocaba, pensando que yo no lo había pillado; y sí, sí, logró, lo admito, que más de un día me fuese con una sonrisa enorme a casa. Y así pasaron dos largos años, sorprendiéndome casi a diario; increíble, yo no daba crédito, porque a él las clientas le entraban en la tienda solo para verlo. Lo sé porque estábamos puerta con puerta, y más de un día nos habíamos pillado mirándonos el uno al otro.

No sé cómo se lo montó, pero un día me dijo que le apetecía mucho tomar una cerveza, que no tenía amigos, porque era muy selectivo, y lo creí, porque nunca lo vi con nadie. Bueno, sí, miento; uno, que cuándo tuvo ocasión, le faltó tiempo para hablarle de mí y decirme que si me parecía bien conocerlo, porque se ve que el amigo me había visto y yo le había gustado. Claro, con ese comentario, deduje que a él le caía bien como amiga, pero nada más. Sí, mucho piropro y mucho rollo conmigo, pero con ese comentario sobre su amigo, me dejó claro que nada más. ¡Pues no! Nada de eso. Cuando le dije que a mí su amigo no me gustaba nada, él se animó de golpe y, en menos que canta un gallo, me soltó la propuesta de ir a cenar.

—Vale, Alma, pues vamos a cenar nosotros, porque yo quiero conocerte, porque a mí me gustas mucho y tienes cosas que me encantan. —Yo me reí, porque estos comentarios os los traduzco, pero él me los decía medio en francés y como podía. Como yo no soy, para nada, de las que les gusta quedarse con dudas, sino, más bien, de las que les gusta dejar las cosas claras, y viendo que, quizá, lo de *gustarle*, en su idioma, era que le caía muy bien, quise llegar más lejos y ver hasta dónde quería llegar él.

Total, esa mañana, después de saludarme con toda efusividad y un buen retablo de piropos; y, cómo no, yo, al mismo tiempo, intentando calmarlo para que con sus gritos no llamase más la atención de la gente que pasaba en ese momento por la calle, le dije que luego pasaría a verlo. Y así, con un «ok», quedó satisfecho.

Bueno, pues cual fue mi sorpresa, cuando pasé a verlo, que se acercó a

darle dos besos, no sé cómo lo hizo, pero fue directo a oler mi cuello. Ese gesto me sorprendió y, al mismo tiempo, no os negaré, que me hizo reír.

—Pero, Sean, ¿qué haces?

—Mmm... hueles como una manzana y dan ganas de comerte. Si hueles de este modo, no quiero llegar a imaginar cómo sabes.

¡Bueno! Mis ojos no alcanzaban a abrirse más. Mi alucine era grande, pero no por las palabras que él me acababa de ofrecer... ¡qué va, qué va!, bueno, en parte también, pero fue más porque hacía casi dos años que no paraba de acercarse y marear la perdiz, y a mí que quisiera tomar una cerveza de tanto en cuanto, hasta me parecía divertido, porque éramos un espectáculo allí donde íbamos. Es más, hasta un día fuimos a cenar y todo; allí pensé que pasaría algo, pero, una vez más, nada de nada. Aunque después de esa cena continuaron los acercamientos descarados que solo me ofrecían confusión, pero ese sábado yo no estaba con tanto tiempo para que me mareara, y él lo notó, y antes de nada le dije:

—Veo que te ha entrado hambre con mi perfume, Sean, ¿sabes que yo también tengo el estomago que me ruge? —Y él me miraba con ojos de no entender muy bien mi comentario—. He pasado a verte, pero tengo muy poco tiempo. Precisamente, hoy he quedado para comer con unos amigos y no quiero llegar tarde, así que me voy.

—Alma, ¿por qué no nos vamos tú y yo de fin de semana? Nos perdemos, tú y yo solos, en la playa y en un hotel, y disfrutamos de nuestros cuerpos. Yo quiero sexo contigo.

¿Os hacéis una idea de mi cara con los ojos como platos, la boca abierta de par en par y con prisa?

—¿Cómo? A ver, Sean, a ti no hay quien te entienda. ¿Me estás proponiendo irnos de fin de semana para tener un rollo?

—¡Sí, sí! Me encantas, me gustas mucho, y sé que tú también quieres; lo veo en tus ojos, Alma.

«¡Qué cabrón!», pensé. Por querer, queríamos yo y todas las féminas que lo tenían calado, ¡vamos! Por Dios, si era un sueño de hombre; raro, pero un sueño. Y me lo estaba diciendo a mí. No daba crédito. Habíamos hablado de sexo en más de una ocasión, tomando algo, porque a él le gustaba que yo le comentara con tanta naturalidad cada tema que él me planteaba; a cambio, eso sí, él me ilustraba contándome todo tipo de detalles sobre la ciencia que me descubrió, la Morfopsicología, ya que tenía un amplio conocimiento sobre

ella, porque en Francia, por lo que me contó, se utiliza en estudios de Ciencias Empresariales. Así que sí, también tengo mucho que agradecerle, porque en mi vida tienen un puesto muy importante esos estudios. El autodescubrimiento es vital para ser más consciente de los potenciales y carencias que cada uno de nosotros tenemos, y esa técnica te lo muestra de un modo increíble y, sobre todo, muy preciso. ¡Bueno, al grano!, que es hablar de Morfopsicología y me pierdo.

Pues bien, a su respuesta le contesté que «ok», que me apetecía, porque así era, y que me dijera cuándo para poder organizarme con mi trabajo. Y él me comentó que lo habláramos con calma la semana siguiente, porque por él podía ser ya mismo.

—Alma, quedamos el próximo viernes, ¿te apetece que vayamos a cenar para concretar fechas? ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto, el viernes que viene genial, así que de acuerdo. Dime, ¿cómo lo hacemos?

—Pásate al *plegar* por mi tienda, y decidimos donde vamos, ¿ok?

—Genial, pues quedamos así. Te dejo, que me están esperando. —Y con dos besos, nos despedimos.

Bueno, imagináis cómo iba a buscar el coche, ¿no? Levitando, sí, y con una cara de felicidad que no cabía en mí.

Llegué eufórica a la comida. Y me encontré con Lina y Julio, que habían llegado los primeros. A los cinco minutos de estar conversando con ellos, llegaron los recién casados, su hija Gala y Darío, su marido. Y en pocos minutos de diferencia, el resto; Lisbeth con su pequeña, y Vera con su marido, Justin, y su niño.

Quedamos en un restaurante, como os contaba al principio, donde había un espacio de juego para los pequeños, así los papis podían comer tranquilos, ya que unos monitores se encargaban de darles la comida a los críos y, al terminar, hacerlos jugar con todo lo que tenían preparado para ellos. A mí me pareció genial ese lugar, porque, aparte de ser muy bonito, esa iniciativa era estupenda y, puestos a decir, la comida estaba exquisita.

Siempre disfrutamos de cada uno de nuestros encuentros, sabemos montárnoslo bastante bien. Para mí son como una gran familia y la verdad es que ya son muchos los años que llevamos compartiendo viajes, comidas, bodas y mucho más.

Ese día lo recuerdo tan bien porque los recién casados nos comunicaron

que estaban *embarazados* de mellizos, así que, si contábamos el niño que también tenía él de su anterior matrimonio, pasaron de la noche al día a ser familia numerosa.

Una maravilla esto de ser mamá, si yo hubiese conocido al hombre de mi vida también me hubiese puesto manos a la obra, pero sola no me apetecía hacerlo, porque mi trabajo y mi vida no estaban montados para traer un bebé al mundo.

Pero ese no fue el único motivo de celebración. Nuestra amiga Lisbeth, había salido de una operación victoriosa y estaba deslumbrante; preciosa era poco, así que volvimos a brindar. Aunque conteniéndonos, porque llevábamos todos coche, el ambiente festivo sirvió para contarnos todo lo bueno que últimamente nos había pasado a cada uno de nosotros.

Cuando llegó mi turno, me dio apuro contar que la euforia de ese día venía precedida por «una petición de sexo en toda regla», así que, como consideré que eso no venía a cuento para contar en la mesa, aunque Vera y Lisbeth estaban al día del susodicho, ya que hacía más de dos años que me mareaba a diario, me dio por contar la cita que no hacía mucho había tenido con el chico que contaba del uno al cuatro sin poder dejar de hacerlo. Así que podéis imaginar las risas que se dieron todos en esa mesa. Por suerte, en el restaurante, solo quedábamos nosotros.

Lina, secándose las lágrimas de risa, me comentaba:

—Alma, qué cosas te pasan, mira que tienes historias raras... Chica, parece que los encuentres a todos, de verdad, a cuál más extraño. Porque aún recuerdo esa historia con ese chico que nos contaste, el amigo de un amigo tuyo que te vio por Instagram y quiso conocerte, y vamos... que os conocisteis y, aparte de ser el antítesis de ti, te montó el numerito con la cuenta al pagar la cena... ¡era para ver tu cara por un agujero! —Seguía riendo—. Y por si no habías tenido suficiente, luego te lo remató obsequiándote con un peinado improvisado, saliendo del baño con el pelo mojado... Contando que estabais en pleno invierno... todo un espectáculo. Lo siento, Alma, es que aún me hace reír cuando lo recuerdo.

—Esa historia no la sé, Alma —dijo Lisbeth.

—Guapa, porque pasó cuando te estaban operando y, si te lo contaba, te ibas a desternillar de risa y los puntos hubieran peligrado, así que procuré por tu salud y no te lo conté.

—Pues es muy bueno —dijo Vera.

—A mí tampoco me suena, yo tampoco la recuerdo —comentó Justin, su marido.

—¿Quizá porque se lo conté a tu mujer, bonito? —le dije, mientras le guiñaba el ojo, en símbolo de complicidad—. Justin, tú mujer, alias mi amiga, no te lo cuenta todo, nosotras tenemos nuestras cositas.

—Pues, a mí también me gusta saber esas cositas, que para algo soy como un hermano para ti. A ver, Alma, yo tengo que supervisar al personal. Así que, venga, cuéntalo, así los que no lo sabemos nos enteraremos.

—Bueno, pues nada, fue una cita sin mucha importancia, pero tuvo sus puntazos graciosos. En el momento en que pasaron, también tengo que decirles que no me hicieron ni pizca de gracia, pero después me tuve que reír porque las situaciones extrañas y ridículas sirven para eso.

—Bueno, pero tú y alguna de nosotras, Alma, sabemos que quien se lleva la palma en montarte situaciones peculiares es tu franchute particular, que está realmente como una regadera —dijo Lisbeth, mientras me miraba y visualizaba cómo mi rostro iba enrojándose.

—Alma, ¿me lo parece a mí, o te acabas de poner roja como un tomate?

—¡No, no! —respondí con rapidez.

—¡No ni poco! —gritó Vera.

—Que no, bonitas, que no...

—Almita, ¿qué está pasando? Dime, al menos, que te ha montado un numerito nuevo y es de los buenos... Anda, venga va... sé buena e ilústranos —insistió Vera.

—Mejor no.

—¡¿Cómo que no?! Anda, empieza a cantar por esa boquita de piñón, que para que tu te lo calles es que ha sido de órdago; después de más de dos años, le hemos cogido cariño a ese hombre, tienes que entenderlo —se justificó Lisbeth.

—Si no es nada, mujer, es que me ha hecho una petición esta mañana, justo antes de venir para el restaurante, y aún me dura el alucine.

—Sigue, no te pares, que ahora ya no hay vuelta atrás —dijo de nuevo, toda eufórica, Lisbeth.

El resto de los comensales de la mesa preguntaban para saber de quién estábamos hablando, y después de ilustrarlos con un pequeño resumen, les comenté la propuesta que unas horas antes me había hecho.

—¡Bueno! Por fin, el chico se ha decidido a conocerte en todos sentidos,

ya era hora. Anda que no ha mareado la perdiz, madre mía... —dijo Vera, que estaba al día de todo lo transcurrido hasta el momento.

—Pues, Alma, el viernes por la noche queremos que nos pases el parte, nos mandas un audio de los tuyos...

Y sin dejar que terminara de hacer la petición Lina, su hija Gala la interrumpió para darme un poco más de prórroga.

—Mamá, deja que Alma nos cuente con detalle todo el sábado que, si la cosa va como tiene que ir, el viernes se alargará.

Y allí, Vera y Lisbeth aplaudieron y los chicos brindaron porque esa noche todo saliera como esperábamos. Pero yo no lo tenía nada claro, pues eran dos años los que llevaba mareando la perdiz el amigo en cuestión.

—Estáis muy eufóricos todos, y no quiero ser aguafiestas, pero de este hombre nos podemos esperar cualquier situación surrealista. No olvidéis que lleva más de dos años ofreciéndome situaciones de lo más extrañas, mareando que da gusto.

—Alma, que te ha pedido lo que te ha pedido, más directo y sincero imposible; no hay confusión que valga —comentó Darío, mientras todos seguían celebrando que *mi* francés favorito hubiese dado un paso en firme.

—Yo te digo, Darío, que conociéndolo como lo conozco, es capaz de sorprenderme con que se le ha olvidado la petición de esta mañana.

—¡Sí, hombre! ¿Qué dices, Alma? ¡Anda ya! Cuando alguien te dice eso, y con esas palabras, no hay confusión que valga.

—Darío, que lleva dos años soltando cada una que, de verdad, es para estar confundida. Más de una vez he pensado que quizá todo es culpa del idioma, pero no os preocupéis que el sábado os paso el *wasap* con el informe completo, y entonces opináis.

Y así lo hice. Llegó el sábado y les mandé un audio al grupo de WhatsApp:

«Bueno, pues aquí tenéis el parte: bien, bien, no sé por dónde empezar, pero solo con que me calibréis el tono de voz, notaréis que la noche no fue tan idílica como pintaba. Que vale, que yo puedo ser muy peliculera, lo reconozco, pero lo de él tiene narices. Reconozco que, aparte de ser un tipo súper extraño y parecer una escultura griega, el típico adonis... ¡a este francés le falta un hervor!

»Por favor, si uno va claramente a lo que va... ¿en qué momento se puede complicar? Y si ninguno de los dos se opone, en ningún instante, a entrar en el juego de seducción... a ver, que me lo explique alguien, porque yo no lo

entiendo.

»A la pregunta de si es gay, ya os contesto que no... Sí, sí, tal como os lo comento. Por muy bestia que os parezca, se lo pregunté; me lo hice venir bien, y de forma sutil y súper glamurosa se lo casqué... Y tanto que se lo pregunté, ¡vamos, hombre! Después de hablar con él de sexo, de forma explícita y directa, no era momento de ir con rodeos.

»Por Dios, nunca hubiese pensado que fuera tan difícil tener *tema* con alguien cuando siete días antes quedó hablado. ¿Te acuerdas, Darío? ¿Qué te dije? Ni con peticiones directas me podía fiar. Así que ya me diréis dónde está el quid de la cuestión, porque yo, después de lo que os voy a contar, aún alucino. Eso sí, por favor, si alguien, después de esto que os explico, encuentra la respuesta lógica... que me la cuente. ¡Por Dios!

»Bueno, sabéis que el elemento en cuestión lleva mareándome casi dos años con encontronazos de los suyos; unos, en el aparcamiento de la moto, aunque lloviera o nevara; quedadas varias para tomar un cerveza... En fin, una de idas y venidas, con su estilo particular; entre ellas, el episodio de querer morderme el cuello, poco después de querer emparejarme con un amigo suyo; o sea, todo del estilo surrealista que lo caracteriza y al que me tiene habituada.

»Pues bien, como ya os conté la semana pasada, ese mismo sábado, tuvo la valentía y el descaro de proponerme que nos fuéramos de viaje a pasar un fin de semana lleno de pasión juntos por ahí. A una isla o a algún rincón de la costa, porque le encanta el mar.

»¡Cómo no! Yo flipé, no voy a engañaros, porque, aunque tenía un montón de muestras directas de él, su freno momentáneo me hacía dudar; bueno, eso, y que, no es por nada, pero alguien como él podía optar a la modelo más bella que se le antojara, porque ese tipo es otro modelo... Y si, además, tengo en cuenta que unos meses antes quiso colocarme a su amigo Marcos, pues qué queréis que os diga... ese gesto te hace perder el último pensamiento en creer gustarle a alguien. Pero ese giro por su parte volvió a conseguir que mi interés por él estuviese de nuevo latente y que, hablemos claro, ganas había y muchas, para ser precisa. Quitarme esa espinita de poder estar con alguien con quien tenía *feeling* y química de una forma un poco bestia se había convertido en una posible realidad, y yo no quería perder esa oportunidad.

»Después de que me presentase en su tienda el lunes para confirmarle que este fin de semana lo tenía bien para quedar con él, pasaron una serie de situaciones absurdas durante la semana, que paso de contaros, pero, viniendo

de este personaje, os podéis imaginar que de normales y racionales no tenían nada, en fin...

»Deciros que el momento fin de semana expiró por arte de magia, pero quedamos igualmente para cenar y todo lo que surgiera.

»¡Voy al grano! Momento noche del viernes.

»Os recuerdo que por su parte, durante la semana, no tuve ninguna propuesta de restaurante; entonces, como os podéis imaginar, con lo peliculera, controladora y planificadora que soy, busqué un plan que pudiese ser redondo:

»Plan A. Restaurante súper chulo con vistas panorámicas de la ciudad, al aire libre y con lugar cercano donde ir a rematar la noche

»Plan B. Él quedó hace un año y medio en invitarme a cenar a un restaurante de lujo, que está situado en un hotel de cinco estrellas, con unas vistas de la ciudad espectaculares.

»Miré precios por si me tocaba ir a medias en el peor de los casos. Sí, sí, no resopléis, que ahora está de moda ir a medias con todo.

»Empiezo por contaros que el miércoles le mandé un SMS; sí, SMS, lo habéis entendido bien, él no tenía WhatsApp. Cositas del muchacho, no me preguntéis más, porque no os puedo responder a todo; ya me gustaría, como podéis imaginar. Pues bien, como él no me había pedido el teléfono, pero, por otro lado, me pidió que yo me apuntara el suyo para mandarle un SMS con mi número... Pues nada, a mitad de semana, ese mismo miércoles le mandé uno para que tuviese mi número. Bien, la cosa es que no recibo respuesta del mensaje hasta ayer viernes, exactamente a las cinco de la tarde. Me envía un SMS diciéndome, traduzco literalmente: «He recibido un mensaje que no puedo leer hasta el final, porque está cortado y no puedo ver si ha sido firmado, y este número no lo conozco. ¿Puedo saber de quién es? Gracias». ¡Mi cara de flipada era lo más! Pero si ponía: «Hola, Sean, este es mi número, ¿paso por tu tienda a las ocho y media? Alma».

»Y ahí me pregunté a mí misma con cuánta gente había quedado mi amigo a las ocho y media ese viernes. Vale, que sí, lo sé, le había llegado cortado, no podía haber leído mi nombre al final del mensaje, pero...

»En fin, a las ocho y cuarto, lo veo pasar por la calle camino de su tienda. Pienso: «Esta es la mía, ¡voy para allá!».

»Le mandé antes un SMS, avisándole de que en quince minutos estaba en su tienda para hablar del tema cena; todo bien claro para que no hubiese

confusión alguna, porque, después de tantos mareos, empezaba a conocerlo. Ya os dije que con él es mucho mejor dejarse de indirectas, ya sea por el tema idioma, o su forma de interpretar las cosas. Así que le puntalicé que la del SMS cortado era yo.

»Cuál fue mi sorpresa cuando llegué a su local y me dijo:

—*Hola, Alma, ¿qué tal?* —Sonriente y sorprendido, al ver que entraba en su tienda.

—*Bien, gracias* —le contesté, después de ver su alegría y sorpresa—. *Oye, Sean, ¿se puede saber qué te pasa con los mensajes que los recibes a medias?* —Todo esto con unas risas para quitar un poco de bruma al asunto.

Y me contestó:

—*¿Cómo?*

—*Sí, hombre, lo digo por el mensaje que te llegó cortado. Era mío. Te lo he puesto en el segundo mensaje.*

—*¿Segundo mensaje? ¡Oh! es que lo he recibido hoy y la fecha era del miércoles.*

—*Sí, claro, ya lo sé. Normal, es lo que pasa si te lo mando el miércoles, que en teoría te tenía que llegar ese día.*

Y va el tío y me suelta, mostrándome el teléfono para que observaba que había otro con el mismo remitente:

—*Mira, mira... ¡hay otro!*

Yo pensé que el tío estaba empanado del todo... ¡por Dios!

—*Claro, el que te he mandado hace quince minutos.*

—*¡Ostras! Este teléfono no me funciona bien* —dijo, mirando el aparato.

Total, que yo, con tanta tontería del teléfono, ya me estaba impacientando por saber qué plan había preparado mi cita de esa noche. Le dije, para dar por finalizada la explicación del teléfono:

—*Bueno, Sean, no te preocupes por los mensajes; da igual, ahora ya tienes mi número.*

¡Alucinad! No va el tío y seguidamente a mí comentario me suelta, ¡OJO AL DATO!

—*Alma, ¿vamos a tomar algo?*

»¿A tomar algo, desgraciado? Este tío me quería volver loca, pero ¿en qué momento nos hemos perdido o no nos hemos encontrado? ¡Joder! ¿Y que a mí alguien me explicase dónde cojones se quedó la cita? Entonces, pensé rápido, porque de lenta no tengo demasiado. «Yo hoy ceno contigo, aunque tú no

recuerdes el plan que teníamos. Ya me ocupo yo de hacerte memoria», me dije. «No sé dónde, pero yo hoy ceno contigo sí o sí. ¡Vamos!».

—*¿Cómo dices, Sean?*

—*Ahora, al salir, si te apetece, ¿vamos a tomar una cerveza?*

—*Nada de tomar algo, nos vamos a cenar.*

Y él, al escuchar mi contundencia por querer ir a cenar, me miró con cara de susto, observando mi rostro y mi mirada que decían más palabras de las que salían por mi boca, y sin atreverse a contradecirme, no pudo decir que no. Pero su respuesta no fue sencilla; no, qué va... si esperabais que no me volvería a sorprender, siento deciros que estáis muy equivocados, porque el amigo, si algo tenía, era gracia para maravillarme con sus ideas y me ofreció de nuevo uno de sus momentos de traca.

—*Ah, vale, ok. ¡Pues vamos al WOK!*

¡Bueno, bueno, bueno! Si os digo que mi cara antes era un poema, en ese momento se convertía en... me callo, aunque todos somos adultos, ¡pero me callo!

—*¿A un Wok?* —le dije.

—*Sí, ¿no has ido nunca, Alma?*

—*Sí, sí, por supuesto. Claro que he ido, Sean.* —Y mi cabeza, en ese momento, solo podía pensar en el poco glamour que tiene un lugar así, ¡por favor! Mientras, él continuaba eufórico, comentando que el nuevo que habían abierto en el centro comercial cercano estaba muy bien—. *Lo conozco, Sean, ya he estado* —contesté con cara de bastante decepción y empezando a buscar alternativas mucho más bonitas y que, sobre todo, pudiese lucir el modelito que había elegido para esa cita, la cual, por cierto, mi compañero no recordaba en absoluto. En un momento de inspiración exprés, recordé que en la planta superior de ese mismo centro comercial había un restaurante italiano magnífico. Para empezar, la mejora de las vistas era un cambio sustancial, aunque, a decir verdad, me parece que a ese hombre las vistas le son de poca importancia, porque con su respuesta no tuve lugar a duda... Va el tipo y me suelta, para acabarlo de redondear:

—*Alma, ¿un italiano? Pero si el wok está muy bien, allí podemos repetir toda la comida que queramos.* —Yo ante esto... ya me moría por segundos; mis ojos cada vez estaban más abiertos por el alucine de cada respuesta, pero ¡por Dios! ¿Quién tenía ganas de cenar? Si lo que menos me apetecía era comer... ¡Ostras! ¡Montañas de comida!, decía. Indignada salí, ¡in-dig-na-dí-

si-maaaaaaaaaaa!

»Pero aún con la esperanza de terminar en el italiano, eso sí, menuda cabezona soy yo para estas cosas, decidimos quedar a las nueve y media en el centro comercial.

»Me fui a casa y me cambié, aunque no como yo hubiese querido, pues, a decir verdad, si mi amigo se salía con la suya y, finalmente, terminaba cenando en un Wok, mi indumentaria quedaba fuera de lugar. Así que opté por un *look* informal pero arreglado, que encajara en cualquiera de esos lugares donde aún cabía la posibilidad de ir. Ah, y que conste que no tengo ningún problema para comer en un *wok*, pero ¿para una cita como esta? ¡No, hombre. no! ¡En qué momento, por Dios!

»Me mandó un SMS cuando llegó, le contesté que me retrasaba diez minutos y le propuse que fuese tirando para arriba, y que mirase el restaurante italiano; si le gustaba, que reservase mesa, y si no le gustaba, pues ningún problema, iríamos al *wok*. Entendedme, lo tenía que intentar hasta el último momento.

»Pues bien, llegué y lo llamé para preguntarle dónde estaba. Me comentó que estaba esperando turno en el restaurante italiano, pero que había mucha cola y mucha gente delante. Y yo pensé: «¡Qué caray! ¿Quién tiene prisa?». Y le contesté:

—*Tranquilo, seguro que va rápida, y a mí no me importa esperar, pero si te apetece que vayamos al wok, me da lo mismo.*

—*No, da igual, ya estoy en la cola, te espero aquí.*

«Primer asalto ganado, Almita, ¡BIEN!».

»Una vez sentados a la mesa, la conversación fue de lo más normalita. Me habló, ¡cómo no!, de su tema preferido: los negocios. ¡Dios santo! Qué pesadito es con esto... aunque he de decir que su vida empresarial es bastante interesante, pero esa noche no tenía que ser el tema destacado y, penosamente, lo fue. En fin, lo que no esperábamos ninguno de los dos fue la casualidad con la que nos encontramos. Sí, sí... ¡ahora vais a flipar! Pues ¿no me dice, al cabo de media hora, que se habían sentado en la mesa de enfrente una pareja que él conocía?

—*Alma, ¿a que no sabes quiénes son?* —dijo todo nervioso, mientras los miraba para que yo supiera a quienes se refería.

Yo, en ese instante, medio alucinando y viendo su comportamiento un tanto exagerado, le contesté:

—*Pues no, la verdad, no tengo ni la menor idea, no los conozco.*

—*Son amigos franceses* —me dijo.

»Y pensé: «Aún me lo pones más difícil, porque tú, quizá, te relacionas con ellos, es lógico, habláis la misma lengua; pero a mí ya me cuesta entenderte a ti, como para tener que entenderme con otros cuantos más». Y continué con mis pensamientos, mientras lo visualizaba entre contento y nervioso, a punto de comentarme algo.

—*No me lo puedo creer, Alma, qué fuerte me parece esta situación.* —Y yo, observando su cara de alucinado, empecé a observar de nuevo la pareja y a recordar que la cara de la chica me era algo familiar, pero tampoco mucho, tenía mis dudas. ¿Dónde había visto yo a esa mujer? ¿Y por qué él daba por hecho que quizá conocía a la pareja?—. Alma, es la hermana de Marcos —me explicó. Y pensé: «¡Qué pequeño es el mundo!».

»Marcos, por si no os acordáis, en un momento os ilustro. Es el hermano de esa chica, el amigo con el que antes de proponerme tener un fin de semana de pasión con él, cosa que por lo visto no recordaba en absoluto, supongo que por algún tipo de amnesia que desconozco y que lo había abducido para dejarme a dos velas ese viernes... bueno, pues ese chico era el mismo que le había comentado que yo le gustaba. Y bien, ahora os preguntaréis de qué me sonaba la chica, pues fácil; sabéis que me gusta documentarme, así que cuando él me habló de su colega, yo entré en el Facebook de Marcos y la vi a ella en varias fotos con su hermano. Con razón me sonaba, menuda casualidad. Podían estar en la otra punta del restaurante, pero no; el destino es así de caprichoso y nos los sentaron en la mesa que justo teníamos al lado, ¡qué fuerte! Observé como Sean seguía con su alboroto particular, no podía disimular ni pizca.

—*Ve a saludar, por mi no te cortes* —le dije.

—*No, no, todo en su momento* —me contestó con contundencia, provocando que yo volviese a flipar, porque una cosa que encontraba de lo más natural la volvía a hacer extraña con su manera de actuar.

»Pues nada, chicos, no pasaron ni dos minutos, que se levanta de golpe de la mesa, como no podía ser de otro modo, como venía siendo costumbre, él iba a su royo... Quien lo entienda, de verdad, que se merece un Guinness, porque a este francés se le va con una facilidad la pinza que... En fin, estaba claro que dos minutos eran los que determinaban *su momento*.

»Mientras tanto, yo me quedé observando desde mi silla. Lo vi saludar y, como los tenía tan cerca, escuché que ellos le preguntaban por mí, y él, de un

modo muy natural, les comentó que era una amiga, presentándome; ahí, en la distancia y cercanía a la vez, porque estaban sentados a dos metros de nuestra mesa. Decidí levantarme, cuando él me dio pie, más que nada por hacer el momento más amable, y ya nos tenéis a todos allí de pie, sin decir demasiado. ¡Menuda cita más surrealista! Cenando al lado de la hermana del colega de este, que meses antes me había tirado los trastos y no sabía como entrarme. ¡Por favor! Con lo grande que es el restaurante y tuvieron que sentarse al lado.

»La noche continuó tranquila y sin ninguna perspectiva, ni indirecta ni directa que apuntase a nada.

»Yo comenzaba a estar cansada y, si os soy sincera, con ganas de irme a casa, así que pedimos la cuenta que ya nos traían, y allí fue cuando recibí un mensaje de mi amiguísima Mady, diciéndome: «¡Esconde la tarjeta!».

Él enseguida cogió la cuenta y me dijo:

—*Deja, me ocupo yo.* —Y pensé: «Pues claro, esta vez te tocaba a ti». Yo lo invité en la anterior cena, y era realmente como habíamos quedado. Así que cogió el dinero, lo puso en la cuenta y me dijo si tenía dos euros—. ¡Clarooooo! ¡Y cuatro!

—*Ok, gracias, Alma. Voy al baño, ahora vuelvo.*

»¡Otra cosa no, pero limpio es lo más! Se pasó la noche lavándose las manos en un par o tres de ocasiones, y a pasar la fregona por la tienda tampoco le ganaba nadie, siempre estaba limpiando.

»Saliendo del restaurante, se le ocurre sorprenderme con un par de piropos normalitos, una mirada, solo una, un poco más sutil de la cuenta, pero escasísima, y todo seguido. Decidimos abandonar el piso donde estábamos e ir hacia la calle.

»Le comenté que yo tenía que salir por la puerta sur, y él se ofreció a acompañarme a casa con la moto, pero le dije que me apetecía caminar y solo eran quince minutos.

—*De acuerdo, Alma, pero te acompaño un trozo.*

—*Ok.*

Le indiqué la salida, y a los cinco minutos escasos, se paró en medio de la calle de sopetón y me dijo:

—*Bueno, ¿seguro que no hace falta que te acompañe?*

«¡Tócate las narices!», pensé, y encima me lo pregunta. Mierda de indecisión y poca sangre. «Si es que... menudos huevos tienes, chico», me dije.

—*No te preocupes, llego en poco más de diez minutos, estoy aquí al lado.*

—*Ah, ok —me dijo, quedándose mas tranquilo—. Pues bueno, ha sido un placer cenar contigo, Alma, me lo he pasado muy bien.*

Y yo, que de paciencia en ese momento iba justa, fui a lo práctico y, para evitar que me mareara más la perdiz, le di dos besos y le dije:

—*Lo mismo digo, Sean.*

»Pues nada, bonitos, llegué a mi casa a la una y media de la madrugada, solita y con un cabreo que ni os cuento.

»Pero ¿cuál fue mi sorpresa? Pues que el señorito, a las dos y media, me mandó un SMS, diciéndome:

Espero que hayas llegado bien a casa. Ha sido un placer cenar contigo, he disfrutado un montón, hasta pronto. Besos.

»¡Un placer, dice! Pues mal entendido lo tiene si se piensa que aquí lo de marear al personal sirve para ponerse a tono... ¡Placer! Paciencia y voluntad, eso es lo que necesito para tener a este tipo cerca... Placer...

5

Alan

Esa mañana había quedado con Selma; me pasaría a desayunar por el bar donde trabajaba. Después de una semana viéndonos casi a diario, discutimos y durante un par de días dejamos de hablarnos. Que nadie piense que estábamos saliendo..., para nada. Teníamos un rollo y nos entendíamos de maravilla en la cama.

Ella, con su ingenio, siempre hallaba localizaciones de lo más peculiares para realizar fantasías que tenía en su cabeza y haciéndome partícipe de la manera más gustosa que un hombre pueda experimentar. Su faceta artística ayudaba a crear escenarios allí donde la mayoría de los mortales solo vemos espacios sin más.

Aunque estuviera trabajando temporalmente en el bar, su profesión era la de actriz. Había actuado en programas de televisión, teatro, y como directora de alguna obra que ella misma había escrito. Siempre le estaré agradecido por ese ingenio que se gastaba y lograba hacer mucho más divertidas las veladas que compartimos durante bastante tiempo; he de decir, más, incluso, del que yo hubiese imaginado nunca.

Después de la discusión de ese fin de semana, Selma me pidió *por favor* que me pasara esa misma mañana por el bar para desayunar y poder hablar. Yo estaba molesto, y bastante cabreado, y lo único que me apetecía era disfrutar de mis días de vacaciones, que acababa de estrenar hacía poco más de una semana.

Ella, en esa época, cubría la baja temporal por maternidad de la camarera que era la mano derecha de la dueña del local.

Nos conocimos porque, normalmente, yo iba a tomar un café antes de entrar al hospital.

Esa mujer es pura espontaneidad; su carácter extrovertido y directo consiguió llamar mi atención en más de una ocasión, hasta llegar el día en que, descaradamente, me propuso una cita.

Admito que mi carácter es mucho más tímido, pero decidido cuando hay que sacar toda

la artillería; además, si la que me provoca sabe estimularme, el resultado acaba siendo glorioso.

Ella, muy viva, fue ganándome con su ingenio hasta lograr que un día tuviésemos nuestra primera cita.

La excusa fue una propuesta para ir a ver una obra de teatro; sabía, por conversaciones que habíamos mantenido en los momentos de desayuno, que me encantaba todo ese tipo de espectáculos. Así que, como la chica me había llamado la atención en más de un aspecto, no lo pensé dos veces y acepté la propuesta; al menos, si decidíamos ir a tomar algo a la salida, tenía garantizado tema de conversación, ya que ella era experta en la materia.

Hacía bastante tiempo que no tenía una cita con alguien que conociera de un día a día. Como mucho, un rollo de una noche inesperado, pero poco más. Nunca sabes de dónde ni cómo puede aparecer alguien que se convierta en una persona especial. Así que me dije: ¿Por qué no conocer a Selma un poco mejor?

La representación fue bastante larga, y finalmente cambiamos la opción de tomar una cerveza por la de ir a cenar, ya que a esa hora nos vino mucho mejor.

En la cena, aún recuerdo el momento en que sacó la artista que lleva dentro a escena, sorprendiéndonos tanto al camarero como a mí con una de sus salidas.

—¿Ya saben lo que van a tomar? —nos pregunto el chico, a punto de anotar nuestra elección.

—Cariño, si después de cinco años, aún no tengo claro lo que le apetece a mi marido, quizá que me lo haga mirar, ¿no crees? Apunta. —Sí, señor, tal cual; con esa seguridad dejó al camarero convencido, y a mí muerto de la risa.

La cena fue genial, con un sin parar de locuras de mi compañera de mesa, que junto al vino que tomamos, lograron hacernos reír en bastantes ocasiones. Los dos estábamos un pelín chisposos, nada exagerado, pero con ese puntillo que te hace más desinhibido. Después de sus salidas ingeniosas y risas, observé que Selma rozaba mi cuerpo con bastante frecuencia. El contacto físico me gusta, pero me conozco y sé cómo de burro puedo ponerme si me calientan y, por lo poco que conocía a Selma, podía intuir que esa mujer tenía mucha pasión por compartir si algún día decidíamos dar rienda suelta a nuestros cuerpos y mentes.

Era bastante tarde, así que nos dirigimos a por el coche. Ella entraba muy temprano a trabajar; aunque la que abría era su jefa, el bar se ponía en marcha a las seis y media, y ella empezaba a las siete de la mañana.

Una vez montados en el coche, le pregunté la dirección para dejarla en casa, y ella, en lugar de decírmelo, me miró fijamente, sonrió, me desabrochó el cinturón de seguridad, que acababa de ponerme, y se abalanzó sobre mí para besarme con toda la pasión que se puede besar.

¡Madre mía! Os aseguro que no me lo esperaba. Tenía clara la complicidad que se había fraguado en la cena, pero pensé que quizás en una segunda cita hubiese llegado ese «momento beso». No me las doy de ser un tío que vaya con la calma siempre, pero, si me interesa la persona para algo más que un polvo, me lo tomo con un poco más de tiempo. Por otro lado, tampoco tengo ningún problema para la improvisación o lo que se tercie. Si es agradable y, por supuesto, de calidad, que uno empieza a tener el morro fino y, por qué no

decirlo, no toda la gente sabe besar bien, cosa que respeto, pero admito que me deja sin ganas de mucho más.

Esa conversación sobre los besos, la tengo con mis compañeras de profesión. Se quejan continuamente, porque dicen que no hay hombres que sepan besar bien, y de la importancia de eso para ellas, y cuando yo doy mi punto de vista respecto al tema, me dicen que escasean los que opinan como yo. Pues me asombra, no os lo voy a negar, porque, para mí, *un buen besayuno* es indispensable para tener energía durante toda la jornada. Y cuando no tengo pareja estable, admito que lo hecho mucho en falta. Para mí, un buen beso contiene un componente erótico con el que logro endurecerme por momentos. ¿No me negaréis que con un buen beso todo se humedece y endurece mucho más rápido?

Una vez calmados, por decirlo de algún modo..., nos marchamos en dirección a su casa. Ese beso me calentó cosa mala; hacía bastante tiempo que no estaba con nadie. Tras separarme, recuerdo que todo lo femenino no me gustaba ni olerlo. Había tenido alguna noche loca de sexo que, si he de ser sincero, no recuerdo en detalle. Me deja tan vacío el sexo por sexo, que si no es porque tenga un calentón de órdago, paso bastante. Y ese comportamiento me asombra a la vez, porque me reconozco como un tío muy sexual, pero quizá también muy exquisito para llevarme cualquier cosa a la boca.

Aparqué, con mi chamba particular, delante de su portal. Vivía en uno de esos barrios que son como ciudades dormitorio. Era domingo, y no había nada de movimiento a esa hora por la calle. La mayoría de la gente, a las casi dos de la mañana, estaba en su casa durmiendo. Y a nosotros solo nos acompañaba la luz de una farola, que nos iluminaba el rostro.

Salimos del coche para despedirnos. Ella se acercó a mí y, una vez me tuvo enfrente, apoyó su cuerpo en la puerta del conductor y volvió a sonreír, invitándome con su dedo a que me acercara. Cuando nuestros cuerpos estaban a pocos centímetros, fui yo el que, en esa ocasión, se lanzó a por ese beso que antes habíamos comenzado. Nuestras lenguas empezaron a conocerse en profundidad; la intensidad fue subiendo de un modo brutal. Yo no podía parar; ella provocaba que mi parte más animal se pusiera en marcha. Necesitaba más, así que empecé a rastrear sus muslos con mis manos; su elección por un vestido me facilitó bastante el camino para alcanzar el objetivo que mis dedos buscaban. No me importó ni siquiera pararme a pensar en que estábamos en plena calle, expuestos a todo nuestro alrededor, con público o no incluido. Era tal el punto de excitación que mis manos fueron fieles a su objetivo; dar con el botón que encendiera la pasión de mi compañera de escena. Sus jadeos resonaban en mis oídos, ese sonido logró ponerme más loco aún. Ella respondía con total entrega, y la comunicación entre nuestros cuerpos fluyó sin esfuerzo. Estaba claro que tenían ganas de conversar y, diría, también de pasar a la acción.

Mi erección cada vez dolía más y pedía a gritos ser rescatada de ese pantalón que la apresaba de un modo demasiado contenido.

Selma se percató y me frenó.

—Alan, vamos a calmarnos, no podemos subir a mi casa porque comparto piso y tenemos reglas que no puedo franquear.

—No me digas eso, Selma, ¿tú ves cómo estoy?

—Por eso mismo te lo digo. ¿Podemos ir a tu casa?

—¡Joder! A mi casa no te puedo llevar hoy; un amigo de mis padres está con su hijo

estos días instalados en mi piso y hasta el martes no se marchan.

—Pues el martes nos vemos.

—¿En serio, Selma? ¿Me vas a dejar así? Vámonos a un hotel.

—Alan, cálmate, en dos días nos vemos.

Y lleno de frustración, apoyé la frente en el contenedor que tenía cerca y me di leves cabezazos para intentar mitigar el calentón.

Admiro la capacidad que tienen las tías por calmarse ante tal situación. Maldita excitación loca que me tenía atrapado. Hacía demasiado tiempo que no me calentaba nadie como lo había logrado ella, esa noche, solo con besos. Dos días y culminaríamos eso que habíamos empezado.

Si llega a decirme alguien que, esa tarde de domingo, terminaría empalmado en medio de la calle, no lo hubiese creído.

El martes llegó y, con él, nuestro momento de gloria. Habíamos quedado en que nos veríamos a media tarde, en mi casa.

Como ya esperaba, nuestra fiesta fue genial; la química entre nosotros existía.

No es fácil encontrar una compañera de cama con la que entenderte a la perfección casi sin conocerte. Es verdad que la actitud por ambas partes era muy positiva y eso facilitó que todo fluyera.

—¿Se puede saber adónde vas así? —le dije al ver que salía desnuda de la cama y se dirigía, sin pausa, hacia la salida de la habitación.

—Al baño.

—Selma, bonita, te recuerdo que no tengo cortinas, y vivo en una planta baja a pie de calle, hemos entrado dándolo todo, y quizá no te has percatado... Así que tu verás si quieres tener público expectante, admirando tu cuerpo tal y como tu madre te trajo al mundo.

—Primero, debes saber que tengo mucha memoria; para ser una buena actriz se necesita. Y, segundo, el público nunca esta de más para una artista.

Y, así, con una de sus frases, salió en dirección al baño, volviéndome a dejar con la palabra en la boca y una sonrisa en los labios.

Desde ese día, nos vimos en repetidas ocasiones. La química sexual entre ambos era buena, y estar de vacaciones facilitaba bastante que mis horarios fuesen más amplios para gozar del tiempo para vernos.

Pero como todo, esa historia no iba a ser distinta a las demás. Estaba claro que tendría algún bache, y conociéndome como me conozco, que rehúyo de las relaciones como de una avispa que intente atacarme, y siendo sincero conmigo mismo, demasiado tiempo le dediqué y aguanté sin huir. Pues bien, os cuento todo esto para comentaros que a los diez días nos cabreamos por una gilipollez.

Para mí, la excusa perfecta para dejar concluido otro capítulo de mi vida. Había estado bien, sí, pero si algo tenía claro era que no iba a complicarme la vida con nadie. A todo esto, también deciros, que ella, aparte de regalarme continuas muestras de deseo por acostarnos, no había recibido nada más; ninguna otra muestra de interés. Y lo expreso, tranquilo y

agradecido al mismo tiempo, porque su carácter loco me volvió a poner las pilas y logró que mi interés por las féminas volviera a resurgir de un modo más allá del sexual. Selma, con sus peculiaridades, consiguió ser distinta a los rollos anteriores; y si algo agradezco, es que abriera una puerta para valorar la posibilidad de volver a intentarlo de un modo distinto que ir a saco a por un polvo puntual de una noche, que fue la única posibilidad que durante bastante tiempo me permití.

Su insistencia por que acudiese a desayunar al bar, después de la bronca, acabó por convencerme. Así que, como no me considero un tío rencoroso y sabía que, tarde o temprano, nos volveríamos a ver porque el café lo iba a seguir tomando allí, sí o sí, y estando con un trancazo de narices, nunca mejor dicho, me pasé por la cafetería. ¡Vaya si me pasé! Cómo no recordar ese día...

Le mandé un *wasap* para comentarle que iría hacia el mediodía, no quería estar allí en una de las horas punta del desayuno porque sabía que no podría, ni tan siquiera, intercambiar tres palabras seguidas conmigo que no fuesen: «¿Qué te pongo?», que no es lo mismo que un: «¿Qué?... ¿Te pongo? ;»». Aparte, sabía que a esa hora la encontraría sola o con los últimos clientes; su jefa solía marcharse antes, lo tenían acordado así, ella abría y Selma cerraba.

—Buenos días, ¿o quizá debería decir buenas tardes?, porque esta hora creo que ya se considera horario de tarde —dije al entrar por la puerta, mientras andaba camino hacia el final de la barra para sentarme y quedar distanciado de los dos clientes que estaban al comienzo de esta.

—Buenas tardes, entonces, Alan. ¿Qué tal? ¿Un café? —contestó rápida, buscando un gesto de complicidad con la mirada, y adjuntando una sonrisa de las suyas a él.

—Solo, por favor.

—¡Marchando!

Mientras preparaba mi café, uno de los dos clientes de la barra dejó el dinero y se despidió hasta el día siguiente. Allí la mayoría de los clientes eran del barrio o trabajadores del hospital como yo que, antes de entrar a trabajar, tomábamos un café decente, no como el que había en la cafetería del hospital; pero bueno, para gustos los colores, quizá uno es un poco sibarita en ese aspecto.

—Aquí tienes, uno solo sin azúcar, como a ti te gusta.

—Gra... ¡achís! —El estornudo me dejó agotado, más de lo que estaba, por la congestión y por no haber podido descansar esa noche como me hubiese gustado.

—¡Uf! ¡Cómo estás! —exclamó ella. Y, aprovechando que el cliente que teníamos cerca estaba distraído con la máquina tragaperras, se acercó un poco más a mí, después de observar como me sonaba la nariz, y me dijo casi al oído: —Constipado, pero igual de *buenorro*. —Y finiquitó la frase guiñándome el ojo.

Reconozco que ese gesto logró sacarme una pequeña sonrisa. Notaba como ella quería enterrar el hacha de guerra. Y a mí también me apetecía.

En el fondo, yo quería buen rollo con ella. Os aseguro que no pretendía llegar muy lejos con esa historia; me faltaban piezas, o me sobraban miedos. Si soy sincero, después de la relación con Irina, la madre de mi hija, no quise, durante tiempo (años, mejor dicho), relaciones estables o nada que se le pareciera en mí día a día. Quebraderos de cabeza... No,

gracias. La vida me iba lo bastante bien como para complicarme. Podéis tacharme de cómodo, y no voy a ser yo quien lo niegue, pues el haberme habituado a no dar explicaciones por hacer y deshacer a mi antojo suponía un punto más en mi confort personal. Vale que estar en pareja, si estás bien, tiene también su recompensa, por supuesto. Es más, confieso que lo echo de menos, pero a cualquier precio no me sirve; quizá, si la vida no me diera otras alternativas con las que ser feliz, ese vacío estaría menos cubierto, pero reconozco que los amigos suman muchas alegrías a mi día a día.

Hoy por hoy, soy de los que no repite un polvo con la misma, si puedo evitarlo. Menos ataduras, y cubro mis necesidades más instintivas. Por hache o por be, las relaciones esporádicas que he mantenido siempre han sido con *perfiles* que, en el fondo, me han atraído lo mínimo para que el nivel de excitación hiciese acto de presencia, pero nunca ninguna de esas *candidatas* me había interesado en absoluto; reconozco que tampoco puse interés en saber más de ellas, no fuese a encontrar algo que me complicara más, y por ahora me iba bien así. Todas llamaron mi atención, bien por su simpatía, o por algún aspecto que, en el momento de conocerlas, lograba que fuese un ingrediente suficiente como para entablar una conversación que nos llevara a terminar deshaciendo alguna cama.

Me considero un tipo normal, pero mis amigos y amigas ven un atractivo superior al que yo pueda reconocer en mí mismo; siempre digo que los que te quieren te ven más de todo, y más guapo también. Pero bueno, si en algo tenía que darles la razón era en que, si quería, no me era difícil llevarme el pez al agua, si de ligar se trataba. Y que conste que no lo atribuí nunca a mi físico, aunque sabía que ayudaba, mi mejor baza la jugaba cuando mi carácter cariñoso y mi lenguaje ágil y seductor entraban en juego; de ahí a culminar la conquista con éxito iba un paso.

Desde que me separé, no he tenido ninguna historia con nadie que me diese para ir más allá. Con Selma fue distinto. Su plus de alegría derrumbó alguno de mis estereotipos, e incluso, diría que frenos o bloqueos; al menos, en el de repetir cama en más de una ocasión. Eso sí, lo de quedarme a dormir en su casa..., creo que no lo consiguió, quizá en una ocasión, pero si os digo que tengo dudas también me creeréis. El miedo a que ella se encariñara con algo que no fuese eso que teníamos, me aterraba. Y diciendo esto, me pregunto si no era yo el cobarde, pero fuera como fuese, entre nosotros no había ese punto de locura que te descontrolaba lo suficiente como para necesitar seguir viendo a todas horas con cualquier excusa a esa persona. Esa sensación que no entiendes, pero sí sientes, y que por experiencia propia, sé que en tiempo récord se puede experimentar.

Así que teniendo claro, a mi manera, que con Selma sería una relación esporádica la que nos uniría, hasta que entrara en juego alguien por alguna de las dos partes, agradecí que ella, con su carácter descarado, lograra llamar mi atención porque estaba bastante harto de relaciones de una noche sin pizca de sabrosura, ni interés más allá de una buena sesión de sexo.

Con ella me divertía en más de un sentido. Las citas o días que nos habíamos permitido pasar juntos iban cargados de ingenio, y casi me atrevería a decir, porque ella así lo expresaba, que ambos nos retroalimentábamos.

Tanto era de este modo, que me comentó que siempre solía llevar una pequeña libreta para tomar nota de «mis *momentazos*», como ella denominaba a mis salidas e idas de olla.

Fuente de inspiración o no, nos valíamos el uno al otro. Pero sin ser suficiente para llevar esa historia a más.

Bueno, retomado el momento del bar, ella se acercaba continuamente para lograr de algún modo llamar mi atención.

—A ver si este hombre deja tranquila la máquina y se marcha a su casa, que yo tengo que cerrar ya —decía ella, ofreciéndome algún guiño mientras me hacía el comentario sobre el único cliente, aparte de mí, que quedaba en la cafetería—. Vamos avanzando, caballero, que voy a cerrar.

—Voy, voy —diciendo estas dos palabras, el cliente dejó en la barra de forma sonora las monedas suficientes para pagar la cerveza que había consumido, y diciendo adiós, al mismo tiempo, salió por la puerta.

—Podrías ser sargento, se te da bien dar órdenes; ya ves como las acatan algunos —dije para romper un poco esa frialdad que nos precedía de días anteriores.

—No me des ideas, Alan, que igual terminas siendo mi sumiso, y puede que hasta te guste.

—Bonita, lo de cumplir órdenes me va lo justo, pero a ver si va a ser una indirecta de las tuyas para que piense en algún juego nuevo, en el que seas tú la sumisa para cumplir alguna de mis fantasías.

—¿Sabes qué, Alan? La fantasía de hoy la tengo muy clara, no padezcas, aunque pensándolo bien..., podría prepararte una lista con doce más, como hace la protagonista de *Trece fantasías*, de Rose Gate —me dijo, mientras iba directa hacia la puerta del local.

La observé, sentado, desde el taburete de la barra, y vi como bajaba de golpe la persiana del local, provocando un ruido contundente. Después, su cuerpo giró de un modo muy sensual y avanzó hacia mí lentamente, mirándome con el deseo que yo ya conocía en ella.

—Selma, frena, que llevo un catarro...

—No voy a frenar, Alan —dijo con voz *sexy*, mientras se desabrochaba la camisa del uniforme, botón a botón, tomándose su tiempo, y que yo también lo tuviese para observarla—. Ya me he reprimido bastante tiempo por culpa de esos dos clientes, así que... Sin terminar la frase, pasó a la acción. Me besó intensamente, como ella sabía que me gustaba, y me desató con ansia el cinturón del pantalón.

En ese momento, mi cabeza y mi cuerpo comenzaron a reaccionar. ¡Coño! ¿Dónde estaba mi cordura? ¿Y mi cansancio? ¿Y mi constipado? ¿Adónde se habían marchado todos? ¿Qué hacía esa mujer con sus manos y con mi cuerpo? Cuántas preguntas que acabaron respondidas en cuestión de poco tiempo; el justo para entrar en plena ebullición y lograr que me calentara de tal modo que acabáramos como dos locos, montándonos una escena de sexo de lo más brutal, experimentada en un entorno, para mí, excepcional. Primero, un taburete, y luego, una mesa fue la que permitió que diera soporte a cada una de las embestidas que, con ansia y pasión, le dediqué para lograr llevarnos al éxtasis.

Acabábamos de follar en el bar de los desayunos. ¡Madre mía! Si alguien me hubiese dicho que ese día acabaría follando como un loco, donde solía tomar el café de las mañanas, no hubiese dado crédito a tal comentario. Cuando os decía que, con Selma, todo era posible..., no lo decía por decir.

Recuerdo que cuando recuperé el aliento y aún con los pantalones por los tobillos, solo

me vino una preocupación a la cabeza.

—Selma, dime, por Dios, que no hay cámaras..., que me muero...

—Alan, estás fuera de peligro; pero, si quieres, un día nos grabamos, aunque sea con el teléfono...

—Tú estás fatal...

—Pero te gusta, admítelo.

6

El Exhibicionista

Ya estábamos todos sentados, cuando Nora llegó al restaurante; le había costado un montón aparcar. Después de saludarnos a todos con besos y abrazos, Sarah le presentó a Chester, su novio. Ese fue el día en que todos lo conocimos; bueno..., miento, porque Cecilia y Casimiro (Casi, para los amigos) no habían podido venir, estaban en Suiza por el nacimiento de su nieta.

Habíamos quedado para comer en el restaurante que yo propuse; una pizzería-brasería que conocía bien, pues había ido un montón de veces con un buen amigo, y hasta aquí puedo leer. ¡Curiosos! Que lo queréis saber todo.

Bueno, pues al lío. Ese lugar quedaba muy cerca del local donde, a media tarde, poco después de comer, nos esperaban para jugar. Habíamos reservado una sala de *Escape Room* para tener una experiencia en grupo. Yo ya había jugado en alguna otra ocasión con otros grupos de amigos, con mi equipo de trabajo y familia. Genial. Una experiencia muy recomendable; tanto, que alguien de nosotros, no sé quién del grupo, la propuso y no pude estar más contenta por tener de nuevo una ocasión para disfrutar de un juego de enigmas.

Pues bien, suerte tuvimos todos de que, ese día, nuestro nuevo compañero de grupo estuviese sembrado, porque si no, aún seguiríamos encerrados entre las paredes de aquellas celdas del juego. Madre mía, qué dominio tenía Chester en la materia.

Pero vamos por pasos, que es hablar de *Escape Room* y me pierdo.

—¿Qué hacemos? ¿Pedimos algo para picar y luego un plato cada uno?

¿Qué aconsejas, Alma? Tú has estado aquí en varias ocasiones, aunque supongo que estarías bastante distraída como para observar el contenido del plato; pero, dinos, ¿son grandes las raciones? —preguntó Adele, con un guiño y una sonrisa maliciosa y divertida. Consiguió hacerme reír, rememorando alguna de las citas que, ella supuso bien, había tenido en ese restaurante.

Adele es una tipa auténtica como pocas, es muy buena gente, como todos los de ese grupo. Ella, con sus salidas, siempre nos arranca una carcajada al resto; es ingeniosa y tiene un arte para subir las cejas a lo Groucho Marx cuando quiere decir algo, intensificándolo, que me encanta. Me muero de la risa, es muy buena. Una juerguista en toda regla, pero de las que sabe estar siempre en su lugar.

Tuvimos la suerte de conocernos todos en un viaje organizado a Noruega.

Digo *tuvimos* porque yo suelo viajar con Tessa, hemos recorrido mundo juntas; también ha viajado con mi hermana cuando yo lo hacía con mi amiga Vera y otro grupo. Tessa es muy querida por mi familia, es como nuestra hermana mayor, la queremos mucho, y no sigo que me emociono. Una es así, sentimental por naturaleza.

Este grupo entrañable estaba compuesto por Florence y Bern, un matrimonio con el que tuve *feeling* en el minuto uno. La sensibilidad de Florence me conquistó en más de una ocasión, y ella lo sabe... ¡Encantadores es poco!

Al igual que Cecilia y Casi, que aunque ese día no estuviesen de cuerpo presente, siempre tienen su lugar allí donde vamos. Cecilia tiene una inteligencia emocional que admiro, aunque, alguna vez, nos ha dejado perplejos defendiendo alguna causa política cuando menos lo esperábamos. Luego, estaba Sarah, que ese día estaba espléndida y deslumbrante, como casi siempre, pero ese día más. La presentación de Chester al grupo la hizo estar mas radiante aún. Me encantó verla por fin con un tipo que está a su altura. Me gusta ver feliz a la gente, soy así, y así me moriré.

Y creo que solo me falta Nora por presentaros. Ella es más cara de ver, pero siempre que puede allí está con nosotros, y la disfrutamos y exprimimos al máximo porque es encantadora; así que el día que esté en nuestros encuentros, la disfrutamos doblemente.

La comida estuvo de diez.

—Voy a traer a mi hija —dijo Adele, refiriéndose al restaurante.

—Me ha encantado, Alma, muy buena elección; me muero por probar los

postres, a ver si son tan buenos como los que hace mi hija —comentó Florence.

—Eso, eso; vamos a por los postres, aunque estoy que no me cabe nada más —dijo Nora.

—¿Te apetece que compartamos una tarta de la casa? —le dije, rápida, porque sabía que si me pedía un postre entero, no me lo iba a terminar; soy más de salado que de dulce, pero lo de ese momento era gula, lo admito.

Pues bien, mientras esperamos a que nos sirvieran ese fin de fiesta, Adele soltó una pregunta que ya le estaba escociendo hacía bastante rato.

—Alma, guapa, recuerdo que en la última comida nos comentaste que estabas hablando, y por lo poco que recuerdo, corrígeme si no es así, bastante animada, con alguien que tenías que conocer en persona, ya que solo hablabais por teléfono.

—Es verdad, Alma, ¿cómo fue esa cita? ¿Quedasteis y os conocisteis al final en persona? —añadió Sarah, muy animada.

—Eso, cuenta algo, tus historias siempre nos sorprenden. No sé cómo lo haces, Alma, pero tienes un imán para las citas extrañas como poca gente. Mira que mi hija me cuenta algunas de órdago, pero las tuyas lo superan por goleada —dijo Florence.

—Ups, pues sí, nos conocimos, pero me da un poco de vergüenza, sinceramente, comentaros la que me lio.

—¡Ah, no! Ahora no nos puedes dejar con la miel en los labios, guapa, después de decirnos que te la lio —dijo Tessa.

Y todos rieron, esperando a que yo volviera a abrir la boca para comentar la jugada de esa cita.

—Bueno, pues como algún día voy a escribir una novela, y de algún modo lo vais a leer, ¿por qué no daros la primicia hoy?

¡*Buenooooo!* Ya podéis imaginaros a todos aplaudiendo, y yo sin poder parar de reír, al ver lo animados y expectantes que estaban por escuchar lo que en breve les iba a contar.

—Chester, no sé qué opinión te vas a llevar hoy de mí, porque todos ellos me conocen un poco, pero, con todo y con ello, sé que van a alucinar con esta historia, porque ya os aviso que no es para menos.

—¡Ay! Cómo me gustan estos momentos —dijo Adele, frotándose las manos.

Con su gesto y sus palabras volvimos a reír todos de nuevo.

—No te preocupes, Alma, yo también he estado navegando por esos mares y pocas cosas me asustan —contestó Chester.

—Bueno, pues empiezo por el día en que ambos nos dimos cuenta de que las ganas de vernos eran de verdad, y que el *feeling* entre los dos empezaba a ser latente. El chico en cuestión se llamaba Oscar. Ese día había quedado con mi prima Lisa para ver una peli en el cine y, mientras esperaba en la cola a que ella llegara, aproveché para hablar un rato con él, como veníamos haciendo cada noche desde, más o menos, quince días atrás.

»Aún no habíamos tenido ocasión de conocernos en persona, porque nuestros horarios de trabajo no facilitaron la oportunidad. Ese fin de semana, él tenía a sus hijos en casa y yo cogía un avión para ir a la boda de mi amiga Glenn, en Londres. Así que dejamos para la siguiente semana la cita esperada.

»La llamada de ese miércoles la hizo desde París, tenía una reunión de trabajo, y durante el día no hablamos prácticamente nada, así que me comentó que, cuando llegara al hotel, aunque fuese un rato, si podía por la noche, me llamaría.

—Pero ¿es francés? —preguntó Tessa.

—Qué va, es de aquí, pero por trabajo viajaba a la sede que tiene su empresa en París.

»Pues bien, mientras estaba en la cola para sacar las entradas de la película que iba a ver con Lisa, me mandó un *wasap* para saber si estaba disponible. Mi respuesta, como era de esperar, fue inmediata, ¡cómo no! Estaba ansiosa por recibir noticias de él.

»Los principios de conocer a alguien, al menos en mi caso, son eufóricos. Si a ese sentimiento le sumo el *feeling* que día a día iba creciendo por ambas partes, podía empezar a contemplar la posibilidad de que allí algo estaba apuntando maneras. Cada charla nuestra lograba intensificar si es que aún era posible, la ilusión que había entre dos desconocidos, con ganas locas de verse en persona, y conocerse en más aspectos.

—Vamos, que os habéis juntado dos intensos. ¡*Mamma mia*, qué fórmula más explosiva! Esto promete... —dijo Nora.

—Cómo lo sabes, bonita —contesté, guiñándole el ojo—. «Hola, Alma, acabo de llegar al hotel, ¿te puedo llamar?». Ese fue el mensaje literal de él.

»Este tipo lograba dibujar una sonrisa en mi rostro de forma automática, aun sin conocernos. Tenía esa chispa que le hacía irresistible, pero no por ser gracioso, o tener una simpatía exuberante, ¡qué va! Quizá la clave de todo

esto, era que su seriedad quedara desmontada por mi espontaneidad. «¡Ya estás tardando!». Esa fue mi respuesta, antes de saludarlo. Ya os digo yo que mi pasión lograba que me olvidara casi de las normas de educación. «¡Hola, Oscar! Estoy en la cola del cine, esperando a mi prima. En diez minutos, supongo que estará aquí, así que marca ya, o nos quedamos sin nuestro momento.

»Después de mi «hola», al descolgar su llamada, las primeras palabras que oí fueron estas:

—*Alma, no te imaginas las ganas que tenía de oír tu voz.*

—*Es lo que tiene la almitis... empieza por gustarte y acaba convirtiéndose en una necesidad diaria.* Y estallé en una carcajada de las mías, ¡cómo no! *Además, Oscar, te recuerdo que aunque hoy no hemos tenido ocasión para hablar, la charla de ayer por la noche valió por partida doble casi.* Nos habíamos pasado más de dos horas largas hablando, por eso quise hacerle esa apreciación.

—*Lo sé, pero, Alma, cada día estoy más cómodo hablando contigo y, mira, te voy a decir una cosa; sé que esto no es amor, porque aún no nos conocemos, pero me llena tanto este día a día contigo que, solo de pensar en que hoy quizá no tenía ocasión de hacerlo, me estaba rallando bastante. Y sí, te podrá parecer extraño, pero es tal como me siento.*

»Os imagináis mi cara, ¿verdad? Mis ojos son grades, pues abiertos como platos me quedaron, ¡joder! Que a una no le dicen estas cosas cada día; al menos, a mí no, y mira que hablo con gente durante la jornada; pero no, cosas de esta índole no suelen ser las que normalmente debato con mis proveedores.

—¡Jajaja! Me imagino tu cara como si te estuviese viendo por un agujero, Alma; con lo expresiva que eres... como para no hacerlo —dijo Sarah.

—Pues nada, yo, con mi alucine particular por el comentario que me acababa de ofrecer, le dije: «Me alaga un montón oír eso, Oscar, gracias, de verdad. Yo también estoy muy cómoda, no te lo voy a negar; pero quizá mi forma de vivirlo sea distinta a la tuya».

»Entenderéis que dudara un poco, pues la realidad es que de lo único que estaba segura y tenía claro, es que estaba hablando con un desconocido. Y sí, *feeling* había, no lo negaré, de ahí mi respuesta facial con la sonrisa cada vez que veía un mensaje de él aparecer en mi pantalla de teléfono; pero no es la primera experiencia, ni creo que sea la última, que he comenzado de este modo y ha terminado más bien mal. Así que, por el momento, mi

predisposición estaba totalmente entregada a disfrutar de lo que mis oídos escuchaban, pero confieso que de la mano iba acompañada mi reticencia, por sí las moscas.

—*Oscar, suelo tener buen rollo con la mayoría de gente con la que hablo, y no quiero para nada comparar estas conversaciones con las que tengo con otras personas, pero reconozco que lo de «dejarme llevar» va unido a tener el freno de mano puesto hasta ver un poco la realidad con mis propios ojos, ¿me entiendes?*

—*Lo entiendo, yo soy un tipo muy racional también, pero ¿estás diciéndome esto porque crees que quizá no te gustaré en persona, cuando nos conozcamos, y por eso vas con pies de plomo?*

—*No, no. Bueno..., a ver, a menos que las fotos que me has enviado sean de tu primo o del vecino; porque si es así, me voy a cabrear mucho, y te vas a quedar sin ir a cenar el viernes, lo sabes, ¿verdad?*

—*¡Jajaja! Las fotos son mías, actuales, y no te vas a escapar de cenar conmigo este viernes, tenlo claro, porque yo lo espero con ansia.*

—*¡Cómo me gusta oír eso! Que me esperen con ansia..., me encanta. Y eso último no lo dije en voz alta porque todo no se puede mostrar a la primera de cambio, me gusta dejar cosas por descubrir.*

»En ese momento llegaba Lisa, corriendo.

—*Lo siento, Alma, me costó aparcar.* —Mi cara era de que me parecía maravilloso que le hubiese costado aparcar, pues estaba encantada hablando con él y no lo podía disimular. Ella se percató al minuto, saltaba a la vista que no estaba hablando con una amiga—. *Pero ¿con quién hablas?* —Me preguntaba con voz baja para que mi interlocutor no la oyera. Yo le hacía señas para que esperara. ¡Cómo me conoce esta prima mía! Se reía, me miraba y negaba con la cabeza, diciéndome: «Ya estamos otra vez liadas con un nuevo candidato, ¡Ay, Dios!». No pasó ni un minuto que me despedí para atender a Lisa y ponerla al día.

»El resto de semana transcurrió tranquila. No hubo ninguna frase más de las que te dejan un poco más atenta de la cuenta, pero ya me gustaba que fuese así. Una vez conoces a alguien, ya puedes mirarlo a los ojos y ver con qué intenciones salen esas palabras de su boca; en cambio, por mensaje o teléfono, la percepción es distinta, el factor imaginación entra en acción, así que pensé esperar al viernes para ver qué me decían esos ojos bonitos.

»Conseguí hacer mi diagnóstico morfopsicológico con las fotos de perfil y

frontal que me envió. El rostro era dilatado, tónico, con una zona instintiva súper interesante, allí había mucha fuerza; el control medio, pero su zona cerebral era buena, así que podía equilibrar el *reprís* instintivo que no podía esconder. Una zona emocional correcta, no podía esperar que transmitiera mucho porque su nariz era un poco inerte, pero había suficiente carnosidad para, al menos, tener una respuesta; una, aunque solo fuera una cariñosa. Sus ojos eran, con diferencia, lo más hermoso de su rostro. Y admito que con eso ya tiene una parte ganada de mí, pues si algo me llama la atención de la figura masculina es esto; el otro, la altura sigue teniendo el primera posición en el podio, no lo puedo remediar. Si hablamos de espalda y brazos, ahí también vamos a tener tema para comentar, pero sigo contando.

—Eso, Alma, continúa, que esto esta empezando a ponerse interesante — comentó Tessa—. Cuando hablas de altura, te pierdes por los cerros de Úbeda, que nos conocemos amiga. Y porque aún no sabías cómo olía, si no ahí también tenemos debate.

Después de ese último comentario de Tessa, todos rieron; ella me conoce bien y sabe que el tema perfume masculino me puede.

—A ver, cada una se fija en lo que más llama su atención. Algunas, sé que las manazas son una de las primeras partes que miran de un hombre; otras, el culo; pero, a mí, lo de la altura con una complexión fuerte..., me puede y me gana por goleada, ¡aunque no lo es todo! Amigos altos, fuertes, simpáticos, amables, cariñosos y con ojos bonitos... ¡tengo! Pero nunca los he visto de un modo que no fuese amistoso. Así que seguro que me entendéis, porque, a más de una, esto le habrá pasado.

»Mi fórmula es que ha de tener como base esos dos ingredientes para que, al menos, me llame la atención. Ahora, como además venga con pluses... ¡Ay, amigas! Más vale que no me pille con una copa de más, porque las consecuencias prometen ser explosivas. ¡Jajaja!

»El fin de semana era completo para ambos. Él tenía que llevar a sus hijos a una fiesta multitudinaria para críos que se organizaba en la ciudad. Sabía, por amigos míos, que era una locura, pues la excitación de los peques crecía al máximo, y para un padre solo era todo un reto; pero este hombre tenía un mentón muy potente para asegurar el aguante que requiere un acto multitudinario como ese.

»Por otro lado, mi *finde* fue idílico, pues se casaba una de mis mejores amigas, Glenn, a la que quiero con locura. Ella me brindó la oportunidad, con

su generosidad, de ser una de sus damas de honor y vivir una experiencia muy intensa y agradable en su boda. Conocí a gente con la que el *feeling* fue inmediato, y después de casi cinco años presumo de la amistad que tengo con todos ellos.

»En varios viajes posteriores compartidos, me demostraron ser tan geniales como los descubrí ese día. Con estas vivencias te das cuenta de que el sentimiento de *feeling* y empatía que sientes al poco rato de conocer a alguien, puede ser verdaderamente auténtico y sincero; eso sí, teniendo a la persona delante, por eso, en este caso, con él no podía estar segura de que lo poco que podía divisar solo con las fotos y las conversaciones telefónicas fuese suficiente para tener claro si se correspondía con una buena realidad.

»El viernes llegó, ¡vaya, si llegó! A solo cinco horas para conocernos en persona, os confieso que estuve ansiosa. Nerviosa, no, pero emocionada por que llegara el momento, sí.

»La necesidad de ponerle rostro a todas esas conversaciones, empezaba a ser inminente. Aunque tenía sus imágenes en mi teléfono, insisto, nunca son exactas a la realidad.

»Esa misma tarde, había ido a cortarse el pelo y, cuando salió de la peluquería, me envió un *wasap* para puntualizar las horas que quedaban para nuestro encuentro. Qué excitante es la cuenta atrás de un día así.

»Bueno, con lo que me encontraría, respeto a él, no lo tenía claro, pero de lo que sí estaba segura era de que cenaría en un restaurante con unas vistas maravillosas. Aunque previamente hubiéramos pactado ir a medias con la cuenta (sí, pésimo; lo sé), me cago en las modernidades estas...; en fin, con lo bonito que es que, al menos, en una primera cita, a una la traten y hagan sentir como una princesa. Podéis opinar de forma distinta, pero para mí esos detalles son parte del proceso romántico de una primera velada.

»Su posición económica era bastante desahogada; no es que presumiera de ello, pero sí hizo más de una apreciación sobre el tema. Me comentó que desempeñaba un puesto de directivo, en la multinacional donde trabajaba, y que tenía a su cargo más de un centenar de personas. Es por todo esto que pensé: «Qué lástima que, pudiendo, no insistas en invitarme». Pero estos detalles son los que van dando pistas, de que por algún lado la ecuación no cuadraba del todo. También, todo hay que decirlo, cuando uno está ilusionado, pocas ecuaciones valen. En este caso lo habíamos hablado, no recuerdo cómo llegamos a esa conclusión, pero así lo concretamos. Supongo que, al ser un

lugar de presupuesto alto, nos sabía mal que uno de los dos soportara el cargo total; pero, si no recordaba mal, fue él quien propuso el lugar, y a mí cómo me gustan poco estos sitios. ¡Cómo para negarme!

»A ver, soy partidaria, si hay confianza, de ir a medias, pero en un primer encuentro..., ¡jolin! ¡Qué poco romanticismo, por favor!

»Y llegó la hora...

»Salió del coche, y confieso que en conjunto no estaba mal, pero la altura... quizá podía haber sido mejor. No era para nada un chico bajito, pero tampoco alto y corpulento como a mí me gustan, y reconozco que las imágenes eran bastantes fieles a la realidad. Tenía unos ojos realmente bonitos, y sí, admito que me gustaron lo suficiente como para que, por el momento, esa altura quedase compensada.

»El saludo fue amigable, nada del otro mundo, pero correcto.

»Estaba extremadamente nervioso, pero al poco rato se fue calmando; llevar el mando del coche, creo que lo ayudó. Camino del restaurante, abrió la guantera y sacó un paquete.

—*Toma, Alma, esto es para ti.*

»Eso me dejó un poco sorprendida, pues sinceramente no me lo esperaba. ¿Un regalo? Y no estaba nada mal envuelto, que yo en estas cosas me fijo bastante, y allí había gusto...

—*¡Ostras! Gracias. Vaya sorpresa, pero no tenías por qué hacerlo.*

—*Es solo un detalle. Ábrelo, a ver qué te parece, venga.*

»Si con aquello quería romper el hielo del primer momento, lo consiguió... ¡Vamos si lo hizo! Para nada esperaba encontrarme lo que tenía en mis manos.

—*Vaya, ¡qué sorpresa!* —dije al ver que se trataba de un libro de recetas para cocinar setas.

»Muchos días, cuando conversábamos, salía como tema a comentar nuestra afición en común por la cocina. El ahí estuvo acertado, sabía de mi gran pasión por las setas. La verdad es que fue un detalle por su parte; y sí, cómo no, hizo que ganara algún punto más, todo hay que decirlo.

»Esos minutos en el coche, camino al restaurante, se hicieron bastante amenos. Las miradas tímidas iban buscándonos y descubriéndonos. Él debía fijar la vista en la carretera, pero yo no tenía excusa alguna, así que decidí contemplar a mi acompañante de forma prudente, eso sí; no era plan de intimidar a nadie, ni poner morritos, ni ojitos, ni nada que no tocara. No lo hago estando con una copa de más, como para hacerlo en esas circunstancias;

para eso se tiene que valer, y yo válida soy para muchas cosas, pero hacer la pava..., va a ser que no. La conversación era parecida a la diaria que manteníamos por teléfono. Este tipo aparentaba menos edad de la que me comentó tener. Pero esa era solo una apreciación mía, no le pedí el DNI, pero tentada estaba, por pura curiosidad. Ese rostro añado no se correspondía con la audaz osadía que demostró tener en lo que se refería a varios aspectos laborales. En fin, como me sentía cómoda, continuamos hablando, y con mi suerte para aparcar, dejamos el coche a solo dos metros de la puerta del restaurante.

»Nos dirigimos a la puerta, donde nos esperaba un hombre trajeado que nos abrió el ascensor que subía hasta el restaurante.

»Qué maravillosas vistas se divisaban desde el interior; todas las paredes eran acristaladas. ¡Cómo disfruto de las panorámicas! Cada vez que he viajado, busco poder ver los lugares desde donde se divisen con mayor altura y perspectiva.

—Nos quedó bien claro en la torre de Toronto, Alma. Sigue, sigue... —apreció Nora.

—Pues bien, chicos. Salimos del ascensor, y allí estaba la recepción con un *maître* de sala, muy profesional y amable. Rápidamente nos acompañó hasta la mesa que teníamos reservada.

»A día de hoy, tengo un recuerdo visual de esa panorámica alucinante que tuvimos como fondo de escenario, nunca mejor dicho, y ya entenderéis por qué he dicho esto, más adelante. Aún alucino, así que cuando le suméis este detalle a lo que vais a escuchar en breve, entenderéis que perpetúe ese recuerdo en mí, hoy en día.

—Alma, mira que te gusta darle suspense al tema, ¿eh? Venga, continúa, que estoy que me como las uñas —apremió Adele.

—La cena genial, la comida excelente y la conversación muy fluida e interesante. Por momentos se me olvidaba su altura y aunque su rostro continuaba pareciéndome muy joven... Creo, amigas, muy sinceramente, que en esos momentos mi segunda copa de vino hacía estragos, y os voy a decir más... No era la única a quien le había empezado a parecer todo maravilloso, porque a mi compañero de mesa se le dilataron las pupilas más de la cuenta, y un acercamiento a mi boca, de repente, me lo dejó clarísimo.

»¡Me declaro adicta a esa espontaneidad! Por favor, cómo me gusta. Decir que me gusta es poco, ¡me encanta! ¡Me chifla! Mucho, sí, sí, lo reconozco.

Este *papel*, chicos, siempre es vuestro —dije, dirigiéndome a Bern y a Chester, los dos hombres de nuestra comida—. Yo soy muy moderna para muchas cosas, pero me pone de lo más sexi, que algunas escenas sean propiciadas por la figura masculina, aunque admito que todo lo que vino a continuación quedaba muy lejos de mi imaginación. ¡*Mamma mia!*

»Terminamos de cenar. Cada minuto que pasaba lo veía, con diferencia, mucho más eufórico, y cuando digo «mucho más», me quedo corta; porque os juro que en sus acciones no eran de un tipo de casi cuarenta años. Que sí, que sí..., me encanta que me besen tan eufóricamente, pero decidme si os parece sensato que, volviendo del baño sola, después de haber insistido él en acompañarme, pero haberlo convencido de lo contrario, no se me ocurre otra idea que... sí, sí..., reiros, porque no es para menos...

»Percataos de la escena: subí del baño, me acerqué sigilosamente hacia la mesa, donde él estaba de espalda. Quise sorprenderlo por detrás para besarle..., no va el tipo y me agarró, no sé aún cómo, pero terminé despatarrada encima de la mesa, con sus manos locas por todas partes...

»¡Sí, sí! Reíd, reíd, ¡tal como os lo digo! No daba crédito a lo que mis ojos veían. La verdad es que éramos los últimos que quedaban por salir del restaurante, pero los camareros estaban de pie frente a mí, alucinados con el espectáculo, y yo flipada por ser la protagonista de este.

—*Oscar, por Dios, que nos están mirando.* —Entre risas le comenté con toda la excitación que estaba experimentando en ese momento; pero, si... ¡madre mía!, casi tiro las copas de la mesa, y eso que era una mesa ovalada grande, que nos permitía de sobra montar una bacanal encima. Pero, si algo estaba claro, es que con los tres camareros mirando, la cosa imponía un poco. Al menos a mí, porque a mi compañero lo vi suelto y muy entregado. Sabré yo lo que me costó que se calmara, pero cuando lo hizo, no tardó nada en pedir la cuenta a nuestro público devoto y, después de unas risas, pagamos.

»Madre mía, a mí me faltaban piernas para salir de allí, pero él parecía de lo más cómodo y no le importaba en absoluto que hubiese tres camareros y dos recepcionistas al lado. Es más, no sé cómo, pero en el *hall* de la entrada había una pareja que coincidió con nosotros en el momento de coger el ascensor para salir del edificio, la verdad es que no los había visto; bueno, sí admito que me despisté un rato con todo lo que pasó encima de la mesa del restaurante, pero realmente, si también estaban mirando el espectáculo, yo cada vez daba menos crédito a cómo me podía haber pasado eso a mí.

¡Hostias!, que estaba encima de la mesa de un restaurante público con vistas, eso sí, extraordinarias, pero... a aquellos dos comensales no los tenía controlados. Al final terminé por pensar que estaban en el bar de la recepción, tomando una copa.

»La cuestión es que en el momento de coger el ascensor, mi compañero me hizo una señal para dejar que la pareja bajara sola, y nosotros esperar al próximo viaje. A mí me pareció una sugerencia de complicidad muy chula, y pensé: «Mira, qué mono, quiere bajar a solas conmigo en el ascensor».

»Pues sí, bajar, bajamos solos, y con las bragas en los tobillos también, ¡¡joder!! Qué manera de perderme las vistas de la panorámica de ese ascensor. A ese hombre cualquier lugar le inspiraba; cómo gocé ese momentazo... Jajaja. No sé cómo no paramos el ascensor con tanto movimiento pélvico. ¡Madre mía! Yo quería controlar la situación por miedo a que se abriesen las puertas, y el botones me pillara con la falda subida hasta el cuello, las bragas en el suelo y... me callo porque, solo con recordarlo, me pongo mala.

Las risas de todos ya habían empezado a sonar desde el comienzo de mi bajada en ese ascensor acristalado.

Sin parar de reír, Adele me dijo:

—¡Bajar los ascensores así debería ser una recomendación médica! Bien por ti, Alma. —Y chocamos nuestras manos en un gesto de complicidad y alegría.

Y con ese comentario, todos nos volvimos a tronchar de risa.

—Sigue, sigue —me animó Florence, cuando consiguió secarse las lágrimas de tanto reír.

—Pues nada, pensé: «¡Pero qué instintivo es este tipo, por favor!». Parecía que se nos acabara el tiempo, ¡madre del amor hermoso!

»La puerta se abrió, allí no había nadie. Era tarde, supongo que el turno del botones había terminado. Respiré al mismo tiempo que bajaba mi falda, pero poco rato la pude mantener en su sitio. Tal como os lo digo: le faltó tiempo, no destreza, eso también, para, en medio de la calle, volver a intentar dejármela de bufanda. ¡Qué tío!

—*Pero, Óscar, ¿qué haces, loco? Que estamos en medio de la calle, y el poco tránsito que hay lo vamos a parar como nos vean cruzar el paso de peatones con mi falda en una situación poco habitual... ¡jajaja!*

—*Ven* —me dijo, cogiéndome de la mano, y apresurándose a cruzar la calle.

Observé que al otro lado, la acera estaba cubierta por unas arcadas, pero poco más. En ese instante, él localizó una entrada con una persiana que le pareció de lo más excitante. Me empotró con destreza contra ella y empezó a recorrer todo mi cuerpo de una manera brutalmente instintiva. ¡Jolín, qué pasión! Yo estaba sobrepasada por el momento, muy excitada y más que entregada. Me tranquilizaba pensar que la calle estaba prácticamente desierta; al menos, las pocas veces que tenía ocasión de abrir los ojos, eso me parecía.

»Las arcadas nos proporcionaban un poco más de intimidad, pero, si os digo la verdad, creo que ese detalle a él le importaba bien poco.

»De la persiana pasamos a una columna que había a cuatro metros de distancia; yo que pensaba que era una tregua para recuperar el aliento y ¡qué va, ni por asomo! Ahí estábamos otra vez, gozando de nuestra nueva ubicación.

»Os aseguro que cada vez el calentón iba subiendo de nivel, yo empezaba a perder el control por momentos; si la falda hacía rato que no la tenía sujeta donde correspondía, no os digo donde estaba mi escote, ¡*mamma mía!* El nivel de excitación era de categoría. No sé cómo, pero algo alteró de tal modo mis sentidos, que abrí los ojos de golpe; los tenía cerrados por el éxtasis que mi compañero me estaba proporcionando. Cuál fue mi sorpresa, cuando divisé otro rostro masculino, que no era el de mi compañero de juego, a solo un palmo de mi cara; alguien tenía toda la intención de unirse a nosotros, ¡joder, qué susto! ¡Por Dios! Me sentí tan intimidada por ese otro hombre, tocándose y queriéndome decir algo al oído, que pegué un bote como pude y reaccioné, golpeando a Oscar para que se percatara de que teníamos a alguien más cerca de lo que a mí me apetecía.

»Solo le hizo falta mirarlo una sola vez para indicarle que sobraba, pero os aseguro que no lo vi ni sorprendido ni, mucho menos, molesto. Eso sí, la situación logró tranquilizarnos un rato y propiciar un momento de conversación. Creo que se nos había olvidado por completo que teníamos opción de utilizar la lengua para otras cosas, como por ejemplo hablar; el lenguaje formaba parte de nosotros, pero el calentón de mucho cuidado, también.

»La noche continuó con un paseo corto hasta el bar de copas de un hotel de moda, que teníamos muy cerca.

»A los dos nos apetecía relajarnos, tomando una copa con vistas al mar; digo a los dos, porque eso es lo que yo creía, ya que pensé que un poco más de

charla no nos venía sobrando, pues la verdad es que tiempo para hablar habíamos tenido, pero justamente en la típica conversación poco lo empleamos. La pasión nos arrebatava instante tras instante, y como dejarme llevar me gusta, no puse trabas; porque si algo tengo, es que confío en que hay momentos para todo, y ese era muy divertido como para perdmelo. ¡Qué carajo! ¿A quién no le gusta terminar despejada de una manera impensable en plena calle a media noche?

—¡Pero si tu nunca te despeinas, Alma! Siempre vas con tu melena impoluta —dijo Tessa, medio riendo.

—¡Pues si me encuentras ese día por la calle, no me reconoces! —Allí, toda la mesa volvió a reír.

—Disculpen, ¿van a querer café? —preguntó el camarero.

—Vaya *cortarrollos* —dijo Adele, en voz baja a Tessa, que estaba sentada a su lado. Pero yo las tenía cerca y las escuché. No pude dejar de reír.

Una vez el chico tomó nota de la comanda de los cafés, continué con el final de mi cita.

—Chicas, la escena del sofá blanco impoluto del interior del bar de copas, jamás imaginé vivirla. Ese tipo, os digo yo, que estaba realmente loco. Insisto en que me gustaba el trato brutal instintivo, pero me llevó a un extremo que nunca imaginé también. A ver, todo esto, en el contexto de una habitación de hotel, me hubiera parecido genial, pero estábamos en pleno salón de cóctel, ¡por Dios! Y no éramos los únicos que estábamos allí tomado algo. Ya os he comentado que es un lugar muy de moda y un viernes como ese..., pues vacío, lo que se dice vacío, precisamente no estaba. Si os digo que tardaron muy poco, después de servirnos la copa, en invitarnos a abandonar el hotel, ¿cómo os quedáis? ¡Yo, muerta! No podía creer lo que el hombre trajeado vino a decirnos; eso sí, con una educación impoluta, pero la frase era clara, ¡muy clara!

—*Señores, si no cambian su actitud, me voy a ver obligado a pedirles que abandonen el local.*

»¡Por Dios!, que tenemos más de treinta y pocos. Yo me quería morir de vergüenza, pero él ni se inmutó, y si en ese momento no lo freno de nuevo, os digo que salgo despejada, avergonzada y a medio vestir... Con un especialista sube faldas al lado, la cosa funcionaba así. ¡Y por patas! Porque tiempo para salir de allí me hubiese faltado..., ¡por favor! Con lo que me gusta ese hotel, salir de ese modo era lo último que me apetecía, pero el morbo de

la situación y la adrenalina que generó ese instante hicieron que la noche se dirigiera en la dirección final que más me apetecía.

»Así que decidimos terminar de una vez en un lugar cómodo, y dejar nuestros cuerpos entregados al máximo placer. Pero terminar, lo que se dice terminar..., poco, porque al chaval se le aflojó el subidón que tanto me brindó hasta el momento.

»Allí lo entendí todo: él no actuaba sin público.

—¿En serio, Alma? ¿No me digas que no...? —preguntó Sarah.

—Del todo, así fue.

—¡No me lo puedo creer! Será *pichafloja*... —dijo Adele.

Allí algunos rieron, otros aún no daban crédito a lo que les acababa de contar.

—Chicos, tal como os lo digo.

»Él, en ese escenario, por muy cómodo que fuese el colchón, no estaba lo que le daba sustento y adrenalina. Si hubiésemos invitado a uno, dos o más mirones... ¡Allí triunfamos todos, vaya! ¡Lo que yo os diga! Y no por montar un trío o media orgía, ¡qué va! Con que le hubiesen mirado a él, ya hubiese valido.

»Pero, amigas, tachadme, si queréis, de puritana; pero para el primer día, va a ser que no; ese momentazo lo quiero para mí en exclusiva. Y si después de unos meses de relación con alguien, me apetece regalarnos algo del estilo, que va a ser de su agrado, no dudo en satisfacer la ilusión de quien me hace subir a lo más alto.

»A la pregunta: ¿Estás segura, Alma, de que realmente fue eso? ¿Sin público él no actuaba? Pues, claramente, os lo aseguro. La prueba irrefutable fue en el momento de la despedida al día siguiente a plena luz del día, en medio de la calle. Allí me propició de nuevo un momentazo de los suyos. No paró hasta dejarme la barbilla rasgada por la barba que asomaba en su rostro, y reventarme el labio superior como nunca nadie había hecho. Recuerdo que el maquillaje no lograba disimular tal estropicio. Cuando os digo que era bestialmente pasional, no exagero, ¡sangre, me salió sangre! Y no precisamente porque tuviese el labio seco; os aseguro que él había estado promocionándome una lubricación de lo más natural durante horas. Pero era estar en plena calle, con gente cerca, y agarrar mi cara y mi cuerpo, con fuerza, para que sintiese su intensidad. Cuando logré apartarme y coger aire, lo miré y le dije: «Tranquilo, nos vemos mañana, si te parece, esto no es una despedida,

¡por Dios!». Pero me equivoque, porque sí lo fue.

»Tras un par de semanas de lo más emocionantes y una noche de lo más excitante, llego un final de lo más decepcionante.

Creo que, la indignación por todo lo que prometió y expresó durante las conversaciones de los primeros días, fue más decepcionante para mis amigas, que siguieron esos principios con plena expectación, que para mí.

Era delicioso lo que mis oídos escucharon, pero para escuchar buenas melodías, optó por deleitarme con mi música, que es lo único que me garantiza un buen principio y un buen final.

Muchas veces pensamos que el momento más placentero de una cita pueda ser el orgasmo que nos proporcione nuestro compañero de aventura, y no siempre es así, al menos para mí. Ya que descubrir esos formatos nuevos de excitación en plena calle tiene un morbo que solo puedes ver en una peli, o con alguien como él, que sea un maestro de ceremonias en esos menesteres. ¡Uf! Qué antigua suena esta palabra, ¿no? En definitiva, que sepa conducir ese cúmulo de situaciones de un modo como supo ofrecerme él. Así que si se trata de experimentar adrenalina, os aseguro que no hace falta caer en los tópicos o esperar lo que uno cree que va a ser la guinda del pastel.

Mi Lisiado Favorito

Había quedado con Nell y Vera en que pasaría a recoger por la estación marítima a su primo Ralf y la que sería su mujer en pocos meses, Dona. Llegaban de hacer un crucero por las islas griegas. La estación marítima no quedaba demasiado lejos de mi casa, así que me ofrecí para pasar a recogerlos. Nos esperaban para comer en un restaurante del pueblo donde viven, que está a las afueras de la ciudad, a unos cincuenta quilómetros más o menos.

Ellas son hermanas y, entre otras muchas cosas, dos de mis mejores amigas.

Nell y yo nos conocimos en la universidad. Desde el principio, el *feeling* entre nosotras fue muy fácil y, cuando algo es así, tiene bastantes números de ser auténtico y muy verdadero. Recordaré que el primer día que conocí a sus padres, fue con mi prima Lisa, fuimos a visitar a Nell, y nos presentó a esa gran familia que hoy en día quiero con locura.

Con su hermana Vera, fuimos compañeras de viaje. Juntas recorrimos países mientras compartíamos risas, amistades y muchos momentos inolvidables.

En una de esas rutas por el mundo, nos encontramos al que es ahora el padre de su pequeño y su mejor compañero de vida. Ese encuentro también nos unió a mí y a él de algún modo, ya que ella conoció a un gran tipo y yo a uno de mis amigos en mayúsculas. Justin va diciendo por ahí que yo soy como su estrellita de la suerte, porque de algún modo lo guie hasta Vera. Y yo creo

que el mérito fue todo de él, porque me persiguió por toda Costa Rica hasta convencerme de que era la mejor opción para mi amiga. Yo de estrella tendré lo que él quiera, pero os aseguro que, a argumentos, a ese tipo poca gente le gana.

Gracias a sus primos, Nell conoció a Frederick, el que es su marido y padre de su pequeña. Otro del que solo puedo decir cosas bonitas. Fred, que es como solemos llamarlo, es una persona con una bondad e inteligencia increíbles, y presumo de ello porque esos dos adjetivos suelen costar bastante encontrarlos unidos.

Pero, tal como dice el dicho «de tal palo tal astilla», si conocierais a los padres de Fred y a su hermana, entenderías el gran significado de esas palabras.

¿Cómo voy a resistirme a pasar tiempo con gente como ellos? Si tienen un «síguemepollo» increíble.

Cuando llegamos al restaurante, en la mesa ya estaban sentados el resto del grupo. Xenxo y su mujer, Maya, con los niños, y Evelin y su marido. También mi amiga Mady y Beca, la amiga más trabajadora que conozco. Ese día nos brindó el placer de tenerla entre nosotros. En el tiempo de saludar a todos ellos, llegaron el resto, Nell, Fred, Vera y Justin, con los peques.

Era verano, y la mayor parte del grupo estábamos de vacaciones, así que, todo y siendo una comida un poco improvisada, nos vino bien reunirnos. La mayoría estábamos relativamente cerca del lugar donde decidimos encontrarnos, eso también facilitó la logística de la mayoría. Cualquier ocasión era buena para juntarnos de nuevo; no siempre conseguíamos coincidir todos, porque el grupo había ido creciendo, pero siempre que podíamos, así lo hacíamos. A ese día se sumaron los primos de Nell y Vera, que ya eran conocidos por la mayoría, y a los que aún no tenían el gusto de conocer, quedaron presentados en esa comida.

Una vez sentados todos, el camarero nos tomó nota de las bebidas y dejó que decidiéramos los platos que a cada uno nos apetecía comer.

Todos estábamos más pendientes de ponernos al día que de ver lo que la carta del restaurante nos ofrecía. Pues bien, una vez tuvimos la comanda de la mesa hecha, llegó el turno de preguntas y, como iba siendo lo habitual, servidora recibió una de las primeras.

—Alma, ¿qué? ¿Vas a venir acompañada a la boda o no? —preguntó Ralf.

—Creedme que me gustaría, chicos, pero, de momento, vais a tener que

contentaros solo con mi presencia. No es que por falta de ganas, ni mucho menos, os lo aseguro; pero, por el momento, no hay candidato a la vista y el último que estaba ganando puntos, ayer quedó eliminado del juego.

—¿Cómo? —exclamó Vera, que estaba sentada a mí lado.

—Sí, chicos, ayer finiquité una historia de esas surrealistas, que suelen pasarme, y que tan habituados estáis a escuchar.

—Pero ¿cómo puede ser que no te cruces con un tipo un poco normal? Es que no lo entiendo —dijo Fred—. ¿Tan difícil esté el mercado, Alma?

—Pues si te soy sincera, Fred, no lo sé. Os aseguro que lo intento, y no es por no conocer gente, porque conozco y voy haciendo amigos, pero entre ellos están los que no quieren compromisos, los que no quieren nada serio y los que no están muy bien de la azotea. Entenderéis que, con este repertorio, me sea imposible decidir. Pero que no cunda el pánico, que yo no creo en los imposibles.

—Un día, cuando menos te lo esperes, aparecerá, Alma, ya lo verás —dijo Nell—. Es cuestión de estar en el momento adecuado en el lugar exacto.

—Alma, sabes que, entre esos que has nombrado, también ha habido quienes eran más normales y hasta buena gente, me atrevería a decir; pero por tu parte, no por la de ellos, no hubo química, así que en parte, y con esto quiero dejar claro que me parece muy bien lo que decidas, para eso eres dueña de tu vida, decidir estar sola a acompañada por alguien que no te llene del todo es muy lícito.

—Mady, sabes que, si no hay atracción, yo no puedo mantener algo que no se sostiene. Puedo tener mucho *feeling* con alguien a nivel de carácter, pero, si no llega a existir una química, me es imposible intimar o ir a más. Esto que digo no va de guapos o feos, va de sentir. Además, los que más me han atraído no han sido precisamente hombres con una guapura excepcional, aunque sí con unas características concretas.

—Altos, con buenos brazos y espalda ancha, a ser posible. Sí, Alma, nos conocemos a tu prototipo perfectamente —dijo mi amiga Mady, con rapidez.

—Bueno, pues no te preocupes, que en la boda habrá muchos amigos y quién sabe... —comento Dona, como solución momentánea.

—A ver, que yo no desestimo ninguna oportunidad y, si en esta, conozco a alguien que me quita el hipo, ¡yo, feliz! Pero, Dona, vosotros vivís a casi mil kilómetros de aquí, y no es por ponerme quisquillosa, pero un romance a mil kilómetros de distancia no es mi ideal, sinceramente.

—Nunca se sabe —dijo Nell—. Mira Fred, se vino a vivir aquí, y él es de allí también.

—Sí, sí, por descontado, que no voy a decir que no a ninguna posible alternativa, pero yo, por si acaso, voy a seguir mirando por aquí, más que nada, por esas cosas de tener a alguien más a mano.

—Oye, Alma, y ese que dices que finiquitaste ayer, ¿quién era? Ahora hace tiempo que no pasas informes por mail «de los hombres de Alma». ¡Nos tienes un poco abandonados, amiga! ¿Qué pasa? ¿Ya no quieres nuestra opinión? ¿O es que no te fías por si venimos a controlar con quien quedas? —dijo Vera, esperando ansiosa mi respuesta.

—¿Qué es eso de que fuisteis a controlar a Alma, prima?

—Sí, sí, ¿no lo sabes, Ralf?

—Pues no, creo que ese capítulo me lo he perdido.

—No te preocupes que yo te ilustro en un momento.

—Alma, que nos hacías padecer, ¡jolín! —dijo Vera, justificándose—. Por eso nos presentamos con el coche y estuvimos espiando detrás del tuyo, mientras tu te presentabas a la cita. No te quejes, que nos comportamos y no salimos del coche, haciendo ver que te habíamos encontrado por casualidad.

—¡Solo hubiese faltado eso! ¡Bajáis del coche y os mato! Bastante nerviosa estaba por ver en persona al candidato en cuestión.

—Ese chico me gustó, Alma. —Después del comentario de Vera, solo pude reírme—. Venga, no te rías y no despistes, cuéntanos a quién le diste calabazas ayer.

—Bueno, primero os cuento de dónde apareció y de qué manera, porque sin estos datos, no tendría valor el comportamiento que iréis observando de lo que os cuente sobre ese chico.

—Alma, ritmo. Venga, dale.

—Y después dices que la ansías soy yo, ¡manda huevos! —dije, dirigiéndome a mi amiga Vera, que iba pinchándome.

—Tú vigila, Vera, en no caerte dormida, que aún nos quedan los cafés.

—¡Qué cabrita! —exclamó ella con una sonrisa en la boca.

—¡Eh! ¿A qué ha venido eso? —preguntó Justin, su marido.

—Tu mujer, bonito, ya sabes que hemos compartido habitación viajando por el mundo... pues bien, por si no lo sabes, es especialista en dar las buenas noches dos veces.

—Guapa, si tú no te pusieras a planchar toda la ropa de la maleta a la dos

de la mañana, mientras yo estoy en el primer sueño, no me despertarías confundíendome y no te diría «buenas noches» de nuevo. Encima que soy educada... —comentó en defensa propia—. Si es que, Almita... venga va, deja de hablar de mis momentos noctámbulos y empieza a contar por esa boquita qué te pasó con ese tipo, ¿cómo has dicho que se llama este?

—No lo he dicho, Vera. Este se llama Axel.

—Bonito nombre —dijo Mady, comentando que le encantaba porque le recordaba al personaje protagonista de la novela *Lía. Aquí y ahora*, de Edurne Cadelo.

—Tienes razón, Mady, pero *mi* Axel lo encontré en una ambientación muy distinta a la que sale en la novela, te lo aseguro. Una cama de hospital no se puede comparar con un resort de lujo en una isla del Caribe.

—¿En una cama de hospital? De verdad que lo que no te pase a ti, en cuestión de citas surrealistas, no le pasa a nadie —dijo Nell.

—¡Para surrealista el final de la historia! —comenté, haciendo el mínimo *spoiler*, para crear la máxima atención de todos mis amigos.

—Madre mía, en qué te habrás metido... —dijo Xenxo, mientras negaba con la cabeza, dando a entender que no tenía remedio.

—Comienzo desde el principio. Mientras desayunaba, recibí un mensaje por Facebook de un tipo desconocido, aunque su nombre me era familiar por alguna cosa, pero, en el momento en que apareció en mi teléfono, no lo identifiqué. Ese día no estaba para mensajes; me había cabreado con Román, el tipo con el que estaba comenzando a salir hacía un par de semanas. La historia había dado un giro muy extraño; su ex, según él, no paraba de acosarlo, haciéndole chantaje con el hijo de ambos. A mí entrar en juegos de tres, como que no me va, y viendo que a él solo le preocupaba que yo no estuviese celosa por cómo iba la relación con su ex, pues se cabreó. Las escenas de celos me sobran, no me interesan en absoluto, y si, además, las confunden con que no tienes interés por la relación, pues aún me interesan menos.

»Tachadme de práctica, pero no voy a entrar en ningún juego de ese tipo. Para mí la confianza en el otro lo es todo, y si tengo que demostrar con escenas de celos el cariño que le tengo a alguien, ya puede esperar sentado, porque se va a cansar de esperarme.

»En fin, esa mañana aún arrastraba el cabreo de la noche anterior con Román, yo insistí en dejar las cosas claras, pero él en esos días solo hacía que

marear la perdiz. Todo eran evasivas, así que poco a poco nos fuimos distanciando por días. Comprenderéis que lo último que me faltaba era un mensajito de un desconocido por Facebook.

»Así que olvidé el mensaje y salí de Facebook para centrarme en la oficina con todos los mails que habían llegado.

»Por la noche, después de cenar, y viendo que Román no daba señales de vida, me entretuve un rato con redes sociales, viendo qué habían colgado en Facebook ese día mis amigos. Y ahí fue cuando recordé que tenía un mensaje de un desconocido por abrir.

Hola, Alma. Espero que estés bien, acabo de ver este mensaje tuyo de hace dos años; estaba almacenado entre los mensajes anteriores y no me había percatado. Disculpa, estoy en una cama de hospital fastidiado, porque me han ingresado hace tan solo dos días, esperando a ser operado, así que, como el aburrimiento me come, me he puesto a trastear por redes sociales y encontré tu mensaje.

—Entenderéis que no me pudiera callar, ¿no? —dije, dirigiéndome a todos.

—Lo entendemos profundamente. Anda, Alma, continúa, que la cosa se pone interesante —dijo Vera.

—Pues bien, le contesté, y, sin darnos cuenta, nos pusimos a hablar por el chat del Messenger hasta las dos de la mañana. A ese chico lo había conocido en una página de contactos muy seria, de la que tengo un buen recuerdo porque las personas que llegué a conocer fueron todas muy normales, pero no llegó a surgir el amor. Bueno va, a lo que iba. Esto pasó hace dos semanas, justo, para ser precisos, la última semana antes de coger vacaciones.

»Él me preguntó si estaba casada o tenía pareja, cosa que comprendía perfectamente, porque habían pasado algo más de dos años de ese mensaje. Yo le conté justo mi situación con Román, en aquel momento y las ganas de dejar la relación. Pues bien, resultó que él, de algún modo, también estaba viviendo algo parecido, bastante más grave que la discusión mía con Román, eso también. Me contó que la chica con la que había comenzado a tener algo hacía algo más de una semana, justo antes de ingresar en el hospital, provenía de vivir una relación traumática con su ex. Por lo visto, el ex de la chica era un maltratador, y me contó que él personalmente había presenciado algún momento desagradable, producido por ese hombre. Total, que mi cara de

alucine la podéis imaginar. Él, en todo momento, se quejaba de que ella no había ido a visitarlo en ningún momento desde que había ingresado en el hospital. Yo flipé porque, según él, la relación con ella estaba bastante consolidada.

»En fin, que hablando de las penas del uno y del otro nos dieron las mil.

»Me despedí, deseándole que le fuera bien la operación, y él, muy agradecido por haberle contestado, me ofreció su amistad, por si tenía ganas de hablar de nuevo con él. El pobre estaba aburrido.

»A la mañana siguiente, continué sin noticias de Román, así que decidí que ya era hora de terminar eso que teníamos, por llamarlo de algún modo. Ya que no se molestó en contestar ninguna de mis dos llamadas. Pasé de enviar mensajes por WhatsApp, porque me parecía muy patético tener que comunicarme con él de ese modo. Su trabajo le permitía tener amplia libertad de tiempo para poder devolverme la llamada; su horario era bueno y terminaba bastante temprano. Pues bien, hasta tres días más tarde no recibí noticias suyas que, como era de esperar de alguien que se esconde, fueron a través de un mensaje.

Román

Alma, he estado reflexionando estos días sobre lo nuestro, por eso no he contestado a tus llamadas. Lo siento, no puedo continuar contigo, tengo aún a mi ex en la cabeza y quiero volver a intentarlo de nuevo con ella.

»Así que, como bien debéis imaginar, me faltó tiempo para animarlo a que lo hiciera y me dejara tranquila de una puñetera vez. Que nadie empiece con: «¿Y no le cantaste las cuarenta o no lo mandaste a la mierda?». Pues, señores, hice un poco de todo y nada. Soy bastante pasota con los gilipollas que se esconden. Mi tiempo y mi vida me importan demasiado como para compartirlo con dubitativos. Lo pasé bien una temporada, corta, eso también; pero cuando comenzó con querer darme celos con la vecina, con su ex y con todo lo que se movía, a mí se me terminó la paciencia.

»Así que, por primera vez, pude experimentar que alguien me dejara. Siempre los dejo yo a todos, ya lo sabéis; bueno, quien dice «dejar», dice finalizar el rollo que empiezo con alguien, porque lo mío son amagos de

relación. En fin, que padecí cero porque se me adelantó antes que pudiera hacerlo yo.

»A los dos días de haber cerrado él capítulo de Román, volví a saber de Axel. Me escribió, preguntando cómo estaba y cómo iba todo.

»Yo le contesté bastante contenta, pues en tan solo una semana cogía vacaciones y había terminado con algo que no iba a ningún lado.

»Axel seguía sin saber nada de su chica y me comentó que no podía soportarlo, y que por más que intentaba ponerse en contacto con ella a través del teléfono, del mail, de WhatsApp... no hubo manera de contactar ni dar con ella.

»Yo hasta pensé que quizá el ex le había dado una paliza y estaba ingresada, y, por eso, ella no contestaba a las llamadas de Axel. Le hice el comentario para consolarlo, pero creo que logré todo lo contrario. Y al día siguiente, tuve que darle la razón, porque de nuevo volvió a ponerse en contacto conmigo para pasarme el parte.

¿Sabes que me ha dicho, Alma? Que me va a poner una demanda por acoso, me ha dicho que no quiere estar con un inválido.

Pero, Axel, ¿qué estás diciendo?

Lo que oyes, Alma, me ha dicho que pare de llamarla y enviarle mensajes o me va a denunciar, que no quiere seguir con esto y que la deje tranquila. Que, en todo caso, cuando salga del hospital, ya hablaremos.

Estoy alucinada, Axel. Mira, no voy a entrar a valorar lo que os traéis entre vosotros, porque para algo es vuestro; pero, vamos, hay una cosa que se llama educación y otra que se llama respeto. Si ella no tiene ninguna de esas dos hacia tu persona, tenlas tú mismo por ti. Vamos, creo que es lo mínimo que se merece un ser humano, sea cual sea su condición. Si ella no quiere seguir con lo que teníais, por la razón que sea, lo tienes que aceptar y respetar, porque esto es cosa de dos, Axel. Mira, me sabe mal decirte esto, porque no te conozco en persona y hace tan solo unos días que hablamos por este chat. Ya sabes que mi historia tampoco era buena; pues bien, no te había dicho nada porque bastante tienes tú con lo que tuyo, pero si te sirve para pensar en que quizá estarás mejor sin ella que con ella a medias, yo te

animo a que te liberes de esa situación, como de algún modo he hecho yo.

¿Has dejado a Román, Alma? Pero ¿cómo no me lo has dicho, mujer?

Me ha dejado él porque quiere volver con su ex.

¡Oh, Dios! Pobrecita, ¿y cómo estás? Madre mía, seguro que fatal. Y yo aquí contándote mis mierdas.

¿Tú me notas mal con todo lo que estamos hablando?

Si pudiera escuchar tu voz, podría valorar esa cuestión, pero por Messenger, no puedo precisar mucho.

Estoy bien, Axel. Mejor, ya sabes que la recta final de mi historia no fue agradable. Ahora estoy feliz, liberada de algo que me hacía estar estancada y triste; no quiero nada que reste felicidad, mi vida es bonita de por sí, así que o me suma o a la mierda. Mira, en cuatro días comienzo vacaciones y no te haces una idea de cuánto las necesito. Así que no puedo estar más contenta. En un mes tengo una boda y voy a aprovechar para ir a la playa cada día y ponerme morenita, mientras leo novelas de las que me gustan.

Ya me gustaría estar en tu lugar.

¡Ostras, perdona, Axel! Por un momento, he perdido de vista tu situación, disculpa.

No, no te preocupes, mi vida es una mierda. Hay periodos en los que se junta todo, y yo estoy en uno de esos.

Bueno, ánimo, hombre. ¿Por qué no comienzas a solucionar cosas que estén en tus manos? Yo de ti me plantearía la relación con Marina, ya que, con el tema de la operación, no puedes plantearte otra solución, por lo que me has comentado.

Me gustaría conocerte, Alma.

¿Cómo dices?

¿No te gustaría? Hace varios días que hablamos por la noche hasta tarde, y cada vez me siento más cómodo contigo. Y ahora que ya no tienes pareja, pues creo que nos podríamos conocer y, quizá, lo que en su día no fue a más por el chat de la página de internet, puede que ahora funcione.

Uy, uy, uy... Axel, me parece que te estás embalando. Yo estoy cómoda hablando contigo, sí, y que, en su momento, hace dos años, hubo interés por mi parte también, porque de no ser así ese mensaje que descubriste por Messenger no te lo habría enviado. Pero entiende que ahora acabo de terminar con alguien.

¡Pues por esto te lo digo! Mira, yo voy a mandarle un mensaje a Marina y le voy a decir que por mi parte también se ha terminado, y que viendo el poco interés que me ha mostrado como persona, estando en la situación que estoy, no se merece ni una amistad conmigo.

A ver, Axel, tú haz lo que tengas que hacer, pero, por favor, a mí no me metas en tu decisión. Yo ahora quiero estar tranquila.

¿No crees en el destino, Alma? Yo creo que haberte encontrado ahora, ha sido una señal.

Mira, yo creo en muchas cosas, Axel, y mi mente comprende muchas otras, pero esto no va de entender o creer en el destino.

Yo creo que sí, y creo también que tienes miedo; exactamente, miedo a fracasar si comienzas algo conmigo.

¡Manda huevos! Esta sí que es buena. Mira, Axel, no me conoces, y no voy a entrar a discutir esto por Messenger.

Vale, pues hablemos por teléfono.

Pues mira, ahora mismo, creo que es lo más sensato, porque tantos mensajitos, igual, crean confusión, y me sabe mal que interpretes de forma equivocada o de un modo demasiado tajante mis contestaciones.

—Madre mía, Alma, qué paciencia tienes, hija. Pero venga, continúa, que si por mensajes erais así de extensos, no me hago una idea de lo que podía ser una conversación vuestra.

—Pues sí, Ralf, no te puedes imaginar lo que fueron esas conversaciones. Al principio, confieso que me sentí muy comprendida, porque él entró en razón con mis argumentos; pero, poco a poco, fue dándole la vuelta al tema, y esos días, antes de terminar las vacaciones, recuerdo que me quedé sin poder dormir, poco más de dos horas diarias, con las consecuencias que acarrea algo así.

»El tiempo que tenía para dedicarle yo a él, durante el día, era bien poco, y Axel, a su manera, empezó a reclamar mucha más atención. Se lo montaba bien, porque su dulzura ganaba muchos puntos. Es un tipo súper cariñoso. Como gozaba de tiempo libre, me dedicó muchas dedicatorias, tipo: «estoy pensando en ti todo el día», «esto me recuerda a ti...», «tengo curiosidad por cómo debe oler tu piel». Y, como comprenderéis, una no es de piedra.

»Mi estado, por falta de sueño, empezó a hacer mella, consiguiendo que llegara a estar más irritable; sin ser consciente de ello, claro. Así que imaginad la fórmula. Un espíritu libre como yo, con alguien dependiente de cariño, que no paraba de reclamar atención, entregando a cambio mucho cariño, aunque fuese de manera exagerada. La mezcla era explosiva, y nosotros, con nuestra borrachera personal, no teníamos neuronas disponibles para ponerlas a pensar de una manera racional. Las dos horas de sueño que me permitía dormir diariamente me la jugaron. De normal, me cuesta frenar con las cosas que me apasionan. Y os he de decir que las conversaciones con él eran apasionadas, así que imaginad el estado excepcional de cansancio cerebral al que me expuse por quedarme horas y horas hablando con él. Él no se dio cuenta, porque dormía durante el día, y, claro, por la noche estaba de un súper despejado que ni él mismo daba crédito. Pero en mi caso era todo lo contrario. Yo, durante el día, iba a todo gas, en todos los sentidos, así que el tercer día de charlas con Axel seguidas, me quedé dormida con el teléfono en la oreja y cuando desperté, me encontré con un mensaje larguísimo de él,

diciéndome que ya veía el interés que mostraba en conocerlo.

»Ahí, mi cabreo fue de órdago. Dejé que se me pasara porque, si no, lo iba a mandar a tomar por culo, por mucho mimo, dulzura y comportamiento encantador recibidos por su parte. Mi mente estaba agotada, y ese era el último día de trabajo, y por si no tenía suficiente, el más completo de todos. Comía con un cliente y, luego, al salir del trabajo, había quedado con una amiga para tomar algo y celebrar mis primeras horas vacacionales estrenadas. Él lo sabía porque, como cada día hablábamos por la noche, le comenté por encima que tenía un día a tope.

»Pues va, y casi a punto de marcharme a comer con mi cliente, me envía un mensaje por WhatsApp, diciéndome: «Espero que disfrutes de la comida con ese cliente tuyo. Quiero que sepas que no entiendo por qué tienes que ir a comer con un cliente, si ya habéis terminado, según tú, el trabajo realizado que él te encargó».

»Yo, después de alucinar por leer lo que me acababa de enviar, le mandé otro diciéndole: «Mira, Axel, el trato comercial que yo tenga con mis clientes es cosa mía; así que, por favor, no se te ocurra mandarme nunca más un mensaje de estas características, porque no me voy ni a molestar en contestar».

Axel

Ah, muy bien. Pues tú sabrás qué haces con tus clientes, si no eres capaz de buscar un espacio para poder estar por mí en toda la mañana y preocuparte por lo que me ha dicho el médico, es que no te importo una mierda. Así que lo entiendo, pero pensaba que entre nosotros podía nacer algo más que una amistad. Todas estas noches hablando y ahora pasas olímpicamente. Todo el día estás con eso de «me reclaman, te tengo que dejar...»

Alma

Bueno, Axel, ya está bien, ya he escuchado bastante; tengo prisa, me están esperando. Ya hablamos en otro momento, ahora cojo la moto.

Axel

¿Lo ves? Ya lo has vuelto a hacer. Alma, esto así no va a funcionar, las parejas hacen cosas juntos y hablan.

Alma

Madre mía, por favor, cálmate. Me parece que hoy la medicación te está alterando.

»No daba crédito a cómo había llegado a ese punto. Vale que hablábamos a diario, pero de ahí a tener algo con alguien que aún no conoces... va un abismo.

»La situación era surrealista, yo estaba a las puertas de mi periodo vacacional, en pocas horas comenzaba mis veinte días de descanso, y lo único que quería era terminar con lo que tenía agendado, que no era poco.

»A la vuelta de la comida con mi cliente, observé que tenía algún mensaje de él. Pues bien, como el tiempo apremiaba, decidí que le contestaría con calma, si me daba tiempo al terminar mi trabajo, antes de ir a tomar algo con mi amiga, y de no ser así, le mandaría un mensaje antes de ir a dormir.

»Y así lo hice. Como era de esperar, cabreado, me contestó que él no podía soportar tanto pasotismo por mi parte, que él necesitaba una pareja que estuviera mucho más por él y, sobre todo, por buscar mucho más espacio para los dos. Me echaba en cara mi carácter directo para decir las cosas y mi carácter independiente. Yo no pude más y le solté:

—*Axel, mira, yo no cambiaré y tú tampoco, así que no nos montemos más películas.*

—*Ah, muy bonito, Alma, ¿ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Me parece muy fuerte. Me tienes todo el día esperando, no recibo más que chascos; yo así no puedo, Alma. Lo dejamos, porque yo así no puedo.*

»En ese instante, pensé: «¿Que dejamos el qué? Pero ¿quién ha comenzado algo? ¡Yo quiero dormir, por Dios! Qué de tonterías tengo que escuchar...». Uy, ¿y ahora qué le pasa?

—*Axel, no llores, por Dios, que nos faltan horas de sueño... estamos nerviosos.*

»Y me colgó, después de decir «no puedo». A mí me dio mucha lástima terminar de esa manera, pero el sueño me atrapó y caí en los brazos de Morfeo.

»Al día siguiente, había quedado con mi amigo Leo, para comer, y por la noche con Joseph, Lola y Amber, para cenar. Mi primer día de vacaciones

tenía que ser completo; y lo fue... vamos, si lo fue.

»Me desperté tarde, dormí todo lo que pude y más. Después de una ducha relajante, me vestí, me maquillé y salí en busca de mi amigo Leo. En la comida, salió, como era de esperar, el tema de Axel. Leo es un tipo muy práctico.

—Alma, habla con él, pero no te desgastes. Estás de vacaciones, así que te toca disfrutar de tu tiempo.

—Ya sabes como soy, Leo, me sabe mal terminar las cosas de este modo, yo no soy así. En el fondo, es un gran tipo, tiene buenos valores, y, como amigo, sé que tiene que ser una gran persona con la que poder contar.

—Tú verás, Alma. Ya sabes que mi consejo siempre será muy práctico. Tú, por lo contrario, todo y siendo muy rápida en la gestión de la decisión que acates, sé que tendrás muy en cuenta las maneras para herirlo lo menos posible, así que, aunque él piense todo lo contrario, sé que tendrás capacidad de sobra para gestionar esto de tal modo que él pueda comprender, que es lo más beneficioso para ambos. Espero que hacerle entender que como amigos podéis estar de acuerdo en más de una cosa, no te cueste tanto, pero como pareja... esto no se sostiene por ningún lado. Él tiene que buscar a alguien que aprecie más su entrega y necesite algo como lo que él reclama, mucha más atención. Todo y que mi consejo sería que se trabajara esa dependencia emocional de estar con alguien para sentirse realizado.

»Le pasa a muchísima gente, incluso personas que no son conscientes de ello, pero actúan igual que Axel. Qué malo son los extremos; malo si amas demasiado, malo si te encuentras reclamando ser querido. Ninguna de estas dos preferencias debería ser una opción a tener en cuenta para ser feliz. Pero la gente quiere mantener cosas que, incluso sabiendo que no van a ningún lugar, les dan más seguridad que enfrentarse a lo nuevo y desconocido que les pueda llegar. Además, él ahora mismo está en una situación excepcional, que no es nada fácil para nadie, incluso el más positivo de carácter, teme por quedarse sentado en una silla de ruedas por las consecuencias de una operación como la que le tienen que practicar. Imagino, después de ver su rostro, lo mal que lo debe de estar pasando.

—Lo sé, Leo, si la Morfopsicología nos ha enseñado algo, es a percibir las herramientas que tiene cada individuo para gestionar cada una de las pruebas que la vida le traiga. Y sí, sé que su capacidad es muy grande para todo lo que sean temas de recordar datos y muchas otras cosas, pero para lo relacionado

con el campo emocional, lo va a gestionar dando una de vueltas que, en mi caso personalmente, nunca terminaré de comprender, y eso que me las doy de persona con empatía, pero...

—No me gustaría estar en su situación, Alma.

—A mí tampoco, Leo, así que si puedo hacer algo para que la parte de mal estar que ha recibido por mi culpa sea más leve, lo haré. Ayer, como me supo tan mal escucharle llorar, y teniendo en cuenta que tuvo que colgar el teléfono porque no podía sostener más rato la conversación que nos llevo a discutir, esta mañana, más descansada, le he mandado un mensaje proponiéndole una conversación tranquila. Reconozco que no supe actuar de un modo tajante que dejara el tema por finiquitado. Necesitaba dormir y reflexionar, y hablar con calma con él para terminar de un modo más correcto lo que había comenzado a ser una amistad.

—Pues claro, no me sorprende en absoluto de ti. Sé cómo cuidas a tus amigos, Alma, así que si este chico quiere continuar siendo amigo tuyo, lo entenderá, estoy convencido. Además, es un tipo muy inteligente, solo que un poco cabezón con sus temas y le da un exceso de vueltas a las cosas, con lo que solo consigue desgastarse más. Me atrevería a decir que él admira tu manera resolutiva de acatar las situaciones, Alma.

—Leo, empezó a decir que estaba sintiendo cosas por mí, que se estaba enamorando de mí por días, y allí, creo que yo me crucé; soy de las que cree en realidades, y no se me ocurrió otra cosa que decirle que entre la medicación y la idealización que estaba creando sobre mi persona se estaba confundiendo. Mi insistencia era que nos conociéramos y que, en ese momento, viéndonos al natural, hablando en vivo y en directo, veríamos si había el *feeling*, que por el momento parecía existir. No sé qué opinarás, Leo, pero he decidido que le voy a dar una sorpresa y me voy a presentar en el hospital esta tarde, antes de ir a cenar con los otros amigos con los que he quedado. No me viene de paso en absoluto, pero necesito terminar esta historia con el máximo de cuidado y respeto, y creo que este gesto le va a gustar. En más de una ocasión, me tiró alguna chinita, en plan «me gustaría que me visitaras», y claro, como comprenderás, yo que soy el antítesis de que me visiten en el hospital, porque me gusta controlar estar presentable en todos los aspectos, dudé de haber entendido la petición; así que, directamente, le pregunté si le gustaría que fuera a verlo al hospital. Pues bien, su respuesta fue un «sí» rotundo; aunque admitió que también es muy coqueto, y presentarse en

pijama en una primera cita no era su opción ideal, pero, aun así, me dejó claro que podía ir a visitarlo cuando quisiera.

»Pues bien, chicos, después de tener esa conversación con mi amigo Leo, decidí ir al hospital.

»Al llegar, pregunté en la recepción por la habitación; la chica me indicó la planta y me dijo que era la habitación que quedaba al final del pasillo.

»Cuando creí estar delante de la puerta, me pareció oír voces. La puerta de la habitación estaba abierta, teniendo en cuenta que estábamos en verano, podéis haceros una idea del calor que hacía en ese lugar. Por un momento, me extrañó que fuera esa su habitación, él me había comentado que solo su madre lo visitaba, y sabía que era cierto, porque un día me la pasó por teléfono, y la misma mujer me comento: «A ver si vienes un día y nos conocemos en persona, Alma. Mi hijo me cuenta que habláis cada día, pero el pobre está aburrido porque no tenemos visitas. Bueno, ha venido un día una amiga mía, pero esa no cuenta; a tu lado, sé que mi hijo preferirá verte mil veces a ti, eres mucho más bonita». Después del comentario de esa mujer, me quedó claro que lo que él me decía era cierto. Entonces, ese día, ¿quién había decidido ir a verlo? Esa voz era de mujer y más joven que su madre. Me asomé por la puerta para ver si podía ver de perfil algo más. Y allí me percaté de un bolso de mujer que estaba apoyado en una mesa, junto a la pared de enfrente. La inspiración me vino de golpe, esa mujer solo podía ser Marina. La chica que lo había abandonado, justo al entrar en el hospital.

—¿Y qué hiciste, Alma? ¿Entraste? —preguntaron, al unísono, todos mis compañeros de mesa.

—Por supuesto que entré. Pensé: «A este lo vamos a matar de sorpresas hoy». Pero la vida es así; las dos coincidimos en sorprenderlo el mismo día y a la misma hora.

—Qué fuerte, Alma, ¿en serio? —dijo Vera, con la palma de la mano tapándose la boca en muestra de sorpresa por la casualidad que la vida nos había brindado a mí, a él, y a su ex; allí, en ese mismo instante, todos fuimos partícipes de una situación inesperada.

—Del todo, Vera. La realidad supera a la ficción, para muestra un botón. La cosa podía haber ido de tan solo unos instantes, que ella se hubiera marchado, y yo hubiese llegado, y nunca hubiera pasado por esa escena, pero el destino, una vez más, quiso ponerme una situación peculiar por delante.

—Madre mía, Alma, lo que no te pase a ti, no le pasa a nadie. Le diré a mi

profesor de teatro que hablé contigo para que coja ideas y pueda inspirarse, así podrá crear nuevos argumentos para futuras obras teatrales —dijo Maya, la mujer de Xenxo, que hacía poco tiempo había empezado con su *hobby*; y, todo hay que decirlo, se le daba de maravilla.

—Bueno, pues lo que os contaba; respiré hondo y me dije: «Que sea lo que Dios quiera».

Entré y saludé a los dos, ofreciéndoles una de mis mejores sonrisas. Entonces, observé a Axel; su rostro de sorpresa y la necesidad de verme y rastrear con su mirada cada detalle de mi persona. La chica, os aseguro, que se molestó desde el minuto uno en que pisé esa habitación; su rostro, al igual que el de Axel, también era de sorpresa.

—*Alma, madre mía, qué sorpresa, no doy crédito. Hoy no esperaba ninguna visita; bueno, ni hoy ni ningún día. Mira, ella es Marina* —me dijo, señalando a la mujer que solo tenía cara de disgusto.

—*Disculpad, pensaba que estarías solo; pero bueno, en realidad, hoy solo tenía cinco minutos y venía a hacerte una visita en plan medico, pero, si te parece bien, la semana que viene me paso con más calma, y así puedes estar por tu visita. Me están esperando para cenar, chicos; así que no os preocupéis, tengo por delante cien kilómetros de distancia, os dejo y yo aprovecho para ir tirando.*

»La cara de ella fue cambiando, pero su lenguaje corporal me indicaba perfectamente donde tenía la salida.

—Así que, ya veis, cuando he recibido esta mañana un mensaje de Axel, mientras esperaba en el coche a Ralf y a Dona, diciéndome que era un desgraciado, porque solo le podía pasar una desgracia como esa a un cenizo como él, solo he podido reírme.

Axel

No he tenido ni tiempo para verte entera,
Alma, ¡no es justo!

Alma

Mira, bonito, si yo hubiese sido una cobarde, hubiese dado media vuelta en el momento en que oí e interpreté que quien te acompañaba en ese mismo instante era tu ex. Así que no te quejes, que si no llego a entrar, sí que te

hubieses quedado sin ver ni un ápice de mí. Por fortuna, me encantan las situaciones singulares y surrealistas, y aposté por llegar hasta el final. Mi creencia en que nos merecíamos terminar con una sonrisa, aunque fuese esa amistad que, con la tontería, habíamos ido cosechando, me hizo tener el valor para traspasar la puerta de tu habitación. Por eso te digo que no hay más motivo que el de alegrarse, ya que por fin nos hemos puesto cara y, quién sabe, quizá, un día, te conviertes hasta en mi lisiado favorito.

Mi Debut Como Mariliendre

Había pasado un año y medio de la boda de Glenn, y decidimos reunirnos para vernos de nuevo. Cuando os digo que el *feeling* con todos los de mi mesa fue increíble, no me quedo corta; mi amiga sabía muy bien lo que hacía cuando decidió sentarnos juntos.

Eché en falta a John, a la loca y divertida de Lulú, a Hugo y a Linda. Ellos no nos pudieron acompañar en esa ocasión, pero ya se encargó Glenn de provocarnos deliciosos encuentros durante años posteriores.

El destino elegido esa vez fue la ciudad donde residía Noa, que por esa época era Bilbao; Anne, que vivía en Donosti, estaba relativamente cerca, así que las que estábamos más lejos nos reunimos con ellas en esa ciudad que tan buenos recuerdos me trae.

Por la mañana, decidimos ir a ver el puente colgante de Portugalete; después de ver otros puentes, ese podía parecer uno más, pues no, al menos para mí no fue así. Quizá vemos y guardamos recuerdos de los lugares por las emociones que en ese momento vivimos en ellos, y creo que la culpa fue de esas tres pedazo de amigas que me lo hicieron pasar genial.

No solo me quedé con ese recuerdo, qué va, otro que me dejó marcada de por vida fue descubrir el Moscato.

Cuando mi amiga Noa pidió tal vino, yo ni me inmuté. Me gusta innovar, así que confíe plenamente en el buen gusto de mi amiga a la hora de elegir un vino que nos fuese apetecible. Al primer sorbo de esa bebida de dioses, fría como el champán más exquisito, abrí los ojos al máximo, mirando a Noa.

—¿Se puede saber qué es este elixir? Noa, ¿cómo has dicho que se llama este vino?

Ella rio, viendo mi cara de felicidad, y me sacó de dudas en un momento.

—Te ha gustado, ¿eh?

—¿Gustado, dices? ¡Estoy a punto de entrar en éxtasis!

Ahí, las cuatro reímos.

—Moscato, se llama Moscato. Es una variedad de vino italiano, no es nada caro, y aquí tampoco es muy conocido. Habrás apreciado que es bastante dulce.

—Me encanta —dije, mientras mi amiga nos iba documentando sobre ese brebaje.

—Esta buenísimo —dijo Glenn.

—Yo no soy muy de vino —dijo Anne—, pero reconozco que este entra muy bien.

—Un brindis, chicas. ¡Por muchos años de amistad, y por más momentos como este, que haga que nuestros sentidos experimenten alegría y emoción por vivirlos!

—Bien dicho, Alma. —Oí decir a Glenn.

—Noa, no sabes lo que me acabas de descubrir, ¡*mamma mia!*

Después de comer y disfrutar de ese vino, nos decidimos por hacer un poco más de turismo. Anne y Noa conocían muy bien la ciudad. Callejamos y nos entretuvimos con más de una tienda, ¿qué queréis?, no todo tenía que ser monumentos; algunas de nosotras somos débiles cuando tenemos tiendas cerca.

Nuestro paseo cultural, combinado con un poco de *shopping*, a esa hora bastante avanzada de la tarde, requería que nos regaláramos un descanso; así que fuimos directas a una cafetería muy bonita que habían abierto hacía pocos días, cerca de donde vivía Noa.

Empezaba a refrescar y agradecimos tomarnos algo caliente.

—Alma, ¿sabes que aún me estoy riendo de esa historia que nos contaste sobre el tipo ese que se estampo contra una persiana? —dijo Anne, mientras se reía.

—Bueno, para historia buena la del exhibicionista, ¡menudo personaje! —dijo Noa.

—Ya te digo —contesté.

—Algún día encontrarás al hombre de tu vida, Alma, estoy convencida; mientras tanto, tú prueba, ¡que nunca se sabe!

—No, si probar, pruebo. ¡Vamos, si pruebo!

—¡¡Uy!!! ¡Aquí hay capítulo nuevo, y nosotras no estamos informadas! —dijo, toda eufórica, Noa.

—Bueno... —contesté en voz baja, dando un sorbo a mi taza de té.

—Eso es un sí —dijo, mirándome fijamente, Anne.

—Anda, cuenta, Alma. Que ya estas tardando. —Esa fue Glenn, a ella no se le escapaba nada. Sabía perfectamente que alguna reciente me había pasado. Es verdad que nuestra conexión siempre había sido hábil, y si a eso le sumamos lo intuitiva que es ella...

—Veréis, chicas, más que capítulo nuevo, fue una noche un poco singular, de las que cuesta olvidar.

—Madre mía, ¿no me digas que te encontraste con otro exhibicionista, pero esta vez empotrador?

—¡Esta sí que es buena, Noa! No. Qué mentes más calenturientas y brillantes tenéis —dije, mientras reía por el comentario que nos acababa de ofrecer Noa.

—Tienen a quien parecerse. Alma, anda, suelta ya, que nos tienen en vilo —dijo Glenn.

—Vale, vale, pero quizá os parece una tontería de noche. A mí es que esas cosas no suelen ocurrirme y, la verdad, igual vosotras estáis habituadas y lo veis de lo más normal.

—Algo me dice que de normal tiene poco tu capítulo, Alma —dijo Glenn.

—¡Cuenta, cuenta, niña! Que me encanta cómo lo explicas, ya sabes que soy fan de tus historias.

—Qué bonita eres, Anne.

—Pues bien, chicas, comienzo por el principio, que es donde está una de las singularidades, y ahora entenderéis por qué.

»Todo comenzó cuando mi amiga Lola me envió un audio por WhatsApp.

—*Nena, Albert (alias Alberta), ayer, justo después de que te marcharas del cumpleaños, nos comentó al grupo que quería que fueras su mariliendre. Sí, sí. Tal como te lo digo. Me dijo: «Tú, Lola, te buscas a otro, te vas con la Ricarda, que yo me quedo con Alma, porque ella es más como yo, tiene un glamour como el mío, y seguro que si sale conmigo va a ligar, porque con los gais se liga».* Así que ya sabes, amiga, este hombre te quiere llevar con él de fiesta.

»A mí, como comprenderéis, me faltaron manos para contestar rápidamente

a ese *wasap*.

—¿Mariliendre? ¿Que quiere que sea su qué, Lola?

—Su mariliendre, amiga.

—Pero ¿qué es ser una mariliendre?

»Pues nada, en menos de un minuto, me ilustró con detalle. Y, chicas, ya os digo una cosa... ¡Una no es moderna hasta que sabe esto!

—¡Mamma mía! ¡Lo que nos queda por aprender! —dijo Noa.

»Lola me comentó que la labor de una *mariliendre* consiste, básicamente, en ser la amiga hetero de un gay, la cual tiene como principal función dar apoyo emocional a su amigo y hacer que, estando a su lado, los hombres heteros se acerquen a ella. A mí la parte de dar apoyo a quien sea ya me mola, ¿sabéis alguna de vosotras que el título de María Teresa de Calcuta II lo tengo ganado y, ya puestos a decir, medio cielo también? Pero vamos a lo que vamos, que me distraéis y me enrolló.

—A ver, Lola, si se tiene que ejercer, se ejerce; en peores plazas he toreado, y que conste que soy antitaurina, amiga, pero esta expresión me va al dedillo.

»¿No me diréis que no tiene guasa una petición como esta? ¡Retos a mí, Dios! Saben que digo «sí» solo por experimentar qué se siente.

»Total que no tuve más remedio que aceptar gustosamente.

—Eres lo que no hay, Alma —dijo, negando con la cabeza, Glenn, mientras Anne y Noa se reían.

—Bien, chicas, pues para estrenarme como *mariliendre*, Alberta nos invitó a cenar en su casa. Quedamos un viernes los tres; Lola, el anfitrión y yo.

»Él estaba emocionado porque, aparte de mi debut, él cocinaría una de sus recetas y nos obsequiaría con una buena cena con sus dotes recientemente adquiridos de chef. Según su mensaje, decía algo así como: «Chicas, hoy lograré que vuestros paladares entren en una nueva dimensión de placer desconocido, nunca habréis degustado tal manjar de dioses...».

Y la respuesta inmediata de Lola tardó en llegar menos de cinco segundos.

—Alberta, que a tus dioses ya me los conozco yo... Y aquí, mi rubia y una servidora nos morimos de hambre como sea ese el menú.

—Calla y trae vino, petarda —le soltó, ipso facto, Albert.

»Yo no pude leer la conversación del chat que teníamos hasta tarde, así que les dije algo como: «¡Que los dioses nos sean favorables! Hasta la noche, chicos».

—¿Y que tal estuvo su debut? ¿Dejó el listón alto? Porque con una cocinera como tú, Alma, cualquiera te tose, guapa.

Con media sonrisa, contesté a Glenn y a las chicas, que estaban muy atentas a mi respuesta.

—La cena estuvo deliciosa. Dioses ni uno, pero la comida riquísima.

»Yo llegué la primera y estuve ayudando con los preparativos de la mesa y trasteando en la cocina. Y cuando Lola decidió que era el momento de llegar..., ¡llegó! Ella nos recreó con su historia divertida, cómo no, causante de su retraso.

»Mi amiga es brillante, sabe que puede llegar tarde, o una hora antes, que a mí y al resto que la queremos, nos va a encantar igual.

»Esa mujer logra ser tan auténtica que lo que venga de ella nunca te deja indiferente. También es verdad que son muchas charlas telefónicas las que llevamos a nuestras espaldas las dos; la mayoría de ellas para convencernos mutuamente de que somos dos flores, a las que algunos regaron de manera poco sutil, y esos comentarios... ¡no tienen competencia cuando nos ponemos a filosofar! Ahí se notan nuestras horas de lectura profunda, pues son unos cuantos cactus cruzados los que nos han dejado sin pétalos y sin aliento también.

»La cena fue un éxito, el vino nos vino de lujo, valga la redundancia; y, cuando llegó el momento *gin-tonic*, todo era maravilloso; el historial de fotografías, que Alberta bajo de la nube, estuvo genial para dar pie a unas cuantas risas. Con música de fondo para ensayar un poco nuestros bailes, todo y que he de recalcar que Lola, ahí, en ese momento, estuvo un poco *porculera*... Tiene gusto mi amiga para todo, pero con Alberta coincidí bastante en el estilo musical que nos gustaba; y eso que, quizá, nuestra cultura musical no es tan *in*, pero es nuestra.

»Tras una sesión de moda, que nos ofreció allí el amigo, para decidir con que ropa salía a matar y unos cuantos bailes en el salón, llegó el momento de iniciar nuestra puesta en escena.

»Andando por la calle, Alberta nos comentaba que la sala donde íbamos a bailar era mixta, de *ambiente*, pero con bastante hetero mezclado. Llegamos y la verdad es que ambiente había, y bastante, por cierto; porque la sala estaba llena y tampoco era una hora muy tardía.

»La música estaba genial, nuestros bailes estupendos. Ahora, cero heteros a la vista. Lola y una servidora solo veíamos chicos divinos a los que nunca

les interesaríamos en el aspecto que a nosotras nos hubiese gustado. ¿Que tenía alguna duda con alguno? Nada, en un *pis-pas*, duda despejada.

»Después de un nuevo brindis que nos dedicamos los tres, por ser como somos, y para futuros triunfos de la noche, yo decidí que era momento de buscar candidato para que mi anfitrión, pues otra cosa interesante para mí no había, así que con mi impaciencia, mi radar y mi mareo... no llegue muy lejos. En un *plis*, me pegué un tortazo y aparecí en el suelo, dándolo todo. Me río con solo recordarlo, ¡menudo culazo me metí! Terminé en el suelo, aún no sé cómo, tal como os lo cuento. Lola, entre risas, me ayudo a levantarme, y Alberta continuó riendo y observando que el momento mareo empezaba a ser una alerta de que su *mariliendre* no estaba en plenas facultades, pero ese hombre tenía muchos vuelos pegados y recursos de sobra como para depender de una novata como yo en estos menesteres.

»No sé cómo, ni de dónde, pero observé, al levantarme del suelo, que alguien que no venia con nosotros se había unido al grupo de los tres. Mareada estaba, pero argentinos, de casa, con nosotros no venía ninguno, ¡os lo aseguro!

»Pues tal como os lo digo, allí, delante de mis ojos, estaba ese hombre, del cual costaba poco averiguar, que se moría por los huesitos de Lola.

»Ella quería marcharse a casa, pero Alberta la convenció para que fuésemos a tomar la última en otro local. Yo no estaba para decidir mucho y menos para opinar de un lugar que no conocía, así que una vez más confié en el buen gusto musical de mi amigo y me convencí de que era perfecta la opción del cambio de ubicación.

»La intención era marcharnos de esa sala para ir a otra que estaba a dos calles, y, no es por mal pensar..., ¡no, no, para nada!, pero estoy segura de que parte de la decisión venía motivada porque el amigo nuevo no acababa de encajar en el grupo. Y os digo esto, porque llegué a esta conclusión después de observar muchas caras de complicidad que Lola me regaló. Su rostro mandaba mensajes del tipo: «Alma, ¿qué coño hago con este? Porque yo no me lo llevo, ¿eh?».

»Por otro lado, yo prestaba atención a mi amiga, toda la que podía; pero, sinceramente, bastante tenía con reponerme de mi pirueta. Escuchar las reivindicaciones de Lola era todo un qué, observarla me era algo más fácil, y ahí fue cuando me *empané* (no me preguntéis cómo, porque no lo sé), pero me quedé observando fijamente al argentino para ver qué se me ocurría soltarle;

más que nada, por si lograba que se percatara que interés había poco por nuestra parte, digo «nuestra», porque ni Lola ni yo estábamos interesadas en su persona. Al observarlo, imaginaos lo discreta que podía ser yo en ese momento, él me miraba con una sonrisa, y yo allí, ya me veis con mi *empanamiento* particular, buscando complicidad con Lola por si me sugería alguna ocurrencia, pero lo único que divisé fueron los bufidos que ella iba mostrando, reclamando auxilio, tales como «¡por Dios, sacadme a este tipo de encima!». Volví a dirigir mi mirada hacia él, pero nada..., volvió a sonreírme, y entonces me di cuenta de que me faltaban neuronas para buscar recursos, así que desistí. Estaba claro que regalarle alguna de mis sonrisas era lo máximo que le podía ofrecer y dude de que eso ayudara de algún modo a Lola. Observé que Albert iba por faena y se implicaba poco en la causa de mi amiga, así que opté por sonreír porque otra cosa no se me ocurría hacer, bastante jaleo tenía con lograr encontrar y salir del guardarropía para luego llegar hasta la puerta donde me esperaban. En ese momento, me iluminé y automáticamente me percaté de que algo no iba bien. Salir de aquel lugar, sin hacer muchos destrozos, era todo un reto. Mi nivel de alcohol llegó a su límite, y os cuento esto porque me acuerdo perfectamente de todo; no estoy habituada a beber y dos copas con poco tiempo entre ellas fue demasiado.

»Salí a la calle..., ¡pero de culo! ¡Sí, sí! Mi salida del local fue triunfante. Yo creo que quería llamar la atención de alguien, porque tanta insistencia en ir por los suelos no era normal.

—*¡Madre mía, Alma! Pero ¿qué haces otra vez en el suelo, amiga?* —me iba diciendo Lola, mientras me levantaba con la ayuda de otro chico, que se ofreció también a colaborar en mi rescate, por así decirlo.

—*¿Estás bien?* —me preguntó él, mientras yo intentaba, entre carcajada y carcajada, responder.

—*Sí, sí, gracias. No me hecho daño, ni nada, no sé..., creo que he resbalado con algo.* —«Qué algo ni que ocho cuartos», pensé. Pero me quedaba dignidad, así que solo respondí—: *Nada, nada, no ha pasado nada, estoy bien.*

—*¿Seguro?* —insistió.

—*Claro, sin problema. De verdad, estoy bien.* —Y para ser un poco graciosa, le solté—: *A mí, es que siempre me gusta salir de los locales de manera triunfal..., aunque sea buscando excusas como estas.*

—*Pues vaya maneras las tuyas, bonita, porque menudo susto nos has*

dado...

—*¿Menudo susto? Vamos, hombre, ¡ya será menos!* —Pensé que me había tocado el *dramas* del grupo. Las cosas como son; a él lo vi muy poco afectado... y a los dos que venían conmigo muy resolutivos, y si hablo de los dos amigos de él, que también nos acompañaban, pues..., tres cuartos de lo mismo. Así que tenía claro que si, en ese momento, aún seguía a mi lado, cogiéndome del brazo..., apostaba seguro a que su interés no se basaba, en ningún caso, en nada que tuviese que ver con mi salud. ¡Vamos, hombre! ¡Con lo sana que se me ve! Y por Dios, que solo fue una caída de culo; en toda regla, eso sí, porque yo cuando me pongo, me pongo..., pero su interés era otro, estaba claro. Aunque admito que le seguí el rollo y me dejé llevar, porque el soporte de su brazo no me venía nada mal. Las aceras están un poco chungas, así que pensé: «¿Él quiere ayudarme?». Pues a mí lo de llegar sin caerme ninguna otra vez me motivaba bastante, pero desconocía por completo cómo sería la travesía. ¡Jolín! ¡Qué me iba a imaginar yo! ¡Sí, sí! Ahora, más de una de vosotras pensará: «Si es que, Almita... ¡Qué inocente eres a veces!». ¡Pues muchísimo y a mucha honra! Pero a ver, ¿cómo iba a pensar yo que, cuando estamos hablando y riendo tras unos minutos de conocernos, el tipo se abalanzaría directo hacia mi boca en menos de cero a cien? Con la consecuencia de crear un parón en plena calle y a todos los que nos acompañaban, claro.

»Pues nada, en el momento que logré recuperar el aliento, le dije:

—*¿Y esto?* —Entre risas; sí, lo admito. Porque me resulto cómico en ese instante.

Y va, el tío, y me responde:

—*Suelo presentarme de este modo, ¿qué te parece?*

—*Pues original, muy original..., sí, señor, y sorprendente también. Veo que a ti lo de «Hola, ¿qué tal? Soy...» lo encuentras de un soso y antiguo increíble, ¿verdad? Llámame clásica, pero para mí es de un práctico absoluto, y que sepas que de clásica no tengo un pelo.*

—*Me llamo Jonathan, ¿y tú?*

—*Alma.*

—*Encantado, Alma.* —¡Y va el tío y me da dos besos!

»Yo le sigo la corriente, pero me da la risa de golpe, ¡cómo no! Hombre, es que, a ver... Meteos en situación por un momento. Por dios, después de un morreo en toda regla, ¿dónde se ha visto que llegue el momento de las

presentaciones formales, con dos besitos, uno en cada mejilla? ¡Venga, va! ¡Menudo pitorreo!

»Él, después de ver mi descojone, me pregunta:

—*¿De qué te ríes, sonrisa bonita?* —¡Jolín, anda que perdía ocasión el presente para tirar florecillas!

—*Pues, muy sencillo, ¿a ti qué te parece?*

—*No lo sé, por eso te pregunto...* —Todo esto, con una sonrisa de sobrado, que no se aguantaba en él, y que me facilitaba que aún me descojonara más. ¡Por Dios! Era tan teatrero, que se le notaba un poco el «¡Voy a darlo todo, porque tengo una prisa y un calentón de tres pares de narices!».

»En fin, llegamos a la puerta de la discoteca, nos reunimos con los demás y entramos; pero, de nuevo, logró despistar al grupo, buscó un rincón ideal para perdernos un rato y, cómo no, allí, la volvimos a liar con más intensidad.

»Fue entonces cuando reaccioné. No sé ni por qué, ni cómo, pero me aparté un poco hacia atrás para mirarlo con perspectiva. Pero él seguía agarrándome, eso sí. ¡Todo porque no cayera de nuevo, malpensadas!

»Pues eso, lo que os decía, que con un poco de perspectiva todo se divisa mejor. Y ahí, mirándolo fijamente, en ese momento de tregua que me brindó, le pregunté:

—*Jonathan, pero ¿tú qué edad tienes?*

—*Veintisiete, ¿y tú?*

»Antes de contestarle, solo pude volver a reír. ¡Por favor! ¡Dejé de comer yogures hace mucho tiempo! Vale, vale. Sí, sííí... Un yogur crecidito, vale, admito que no era un crío, pero ¡ostras! Que hace mucho que no tengo una historia con alguien de menos de cuarenta y había bajado una década y media... Es más, os digo yo que aquel de los veinticinco no pasaba. Bueno, que nada, que no me interesaba, y punto. No hay más que hablar. Él solo tenía interés por saber si vivía sola, y yo por que se fuera con sus colegas a jugar. Así que le dije:

—*Mira, Jonathan, dejémoslo aquí. Ha sido divertido, pero me apetece bailar y estar con mis amigos. Creo que tu deberías aprovechar y hacer lo mismo, porque seguro que encuentras a alguien que, aparte de bailar, le interese algo más, y puedas triunfar del todo. No te voy a entretener, así que no te enfades, pero me marcho a buscar a mi gente.*

—*¿Estás segura, Alma? Porque me gustas, y podríamos marcharnos*

ahora...

—*Sí, sí, nos vamos a marchar, Jonathan, pero cada uno por su lado.*

»Y no sé muy bien cómo, pero no me entretuve más y seguí sin dirección concreta hacia dentro de la sala con esperanzas de reencontrar a mis amigos.

»Divisé a Lola en un *plis*, estaba el argentino a su lado, pero Alberta no estaba con ellos, y pensé: «¡Menuda *mariliendre* más independiente estás hecha, Alma!». Se trataba de estar al lado de Alberta y, aun teniendo esta obligación, pude reprimir mi instinto de ir por libre.

»Lola seguía resoplando... Fue entonces cuando me dijo:

—*Alma, cariño, yo tengo que ir al baño* —«¿Sería una estrategia para despistar al argentino?», pensé. Pero no, ella no es así, ella te lo suelta directamente y no se anda por las ramas, buscando excusas.

»El chico se dirigió a mí y me dijo si me apetecía beber algo, y mi «no» rotundo fue totalmente convincente.

—*Gracias, pero mi alcoholímetro físico marca que está en su límite, así que va a ser que no. Igualmente, gracias. Si os parece, chicos* —me dirigí a los dos—, *mientras Lola aprovecha para ir al baño, yo voy a buscar a Alberta.* —Él nos propuso a las dos que ese fuese el punto de reencuentro—. *Ok, ok, por mí bien* —contesté yo.

»A Lola tanto le daba, que le daba tanto; ella se estaba meando y empezaba a tener prisa por llegar al baño. Y ya no digamos por perder de vista a su compañero. Pobre tipo, no se le veía mal tío, pesado lo justo, también es verdad, aunque no sé qué coño opino, si yo apenas le vi el pelo desde que se había unido a nosotros; pero él me sonreía, y a mí, si me sonríen..., ya me tienen algo ganada.

»Empecé a sortear gente y me dirigí hacia el centro de la sala en busca de Alberta.

—*Pero ¿qué son esas prisas, belleza?* —Oí que me gritaban, al mismo tiempo que me agarraban del brazo.

—*Pero ¿dónde vas tan rápida? ¿No sabes que te puedes resbalar con tanto ímpetu?*

—*¡Uy, tranquilos, el cupo de caídas hoy lo tengo completado, así que no tenéis por qué padecer.*

—*Vaya, pues si es así, nos dejás más tranquilos.* —Y me guiña el ojo uno de ellos. Miré hacia el otro y le veo haciendo el mismo gesto.

—*Bueno, chicos, voy a buscar a mi amigo.* —Les comenté, mientras mi

ojos iban buscando a Alberta.

—*Pero, hombre ¿nos vas a dejar así?*

—*Es que, veréis, debería ir a por él, hace mucho rato que... Es igual, que no se por qué os estoy contando esto.* —En fin, no había terminado de hablar, cuando cortaron mi explicación para, seguidamente, regalarme una serie de piropos graciosos a más no poder, y yo, cómo no, me reí. Eran muy ingeniosos los dos; uno empezaba la frase y el otro le daba el toque final, así, simultáneamente, hasta que dije:

—*Un momento, chicos... Frenad. Ahora me toca a mí, ¡dejadme hablar, por Dios! Cogéis carrerilla y no hay quien os pare. Y mira que es todo un portento escucharos, ¡pero soy mujer y me gusta hablar!* —En ese momento nos reímos todos.

—*¡Muy mujer!* —dijo uno de ellos.

Y yo respondí, riendo:

—*Veo que os habéis percatado de mi feminidad, es por los tacones, ¿verdad?* —¿Podéis creer que me miraron los pies los dos a la vez? Esos dos tenían una sincronización bestial—. *Chicos, ¿todo lo hacéis a dúo?* — pregunté sin dejar de reírme. Y digo yo, ¿quién coño me inspira, según cómo, para preguntar según qué? Y digo esto porque la mirada de ambos se iluminó, la mía se quedo alucinada de verlos a ellos babear. Y fue entonces cuando me contestaron los dos a la vez, por supuesto:

—*¿Por qué nos preguntas eso?* —Y sin dejarme tiempo para responder, me colaron otra pregunta—: *Perdona, ¿cómo te llamas?* —«Mira, estos no te morrean antes de presentarse. ¡Qué detalle! Por lo menos algo más corriente, pero no sé por qué me da... que estos *de normales* tienen bien poco», pensé.

—*Alma, ¿y vosotros?*

—*Yo soy Lucas, y él es Mateo. Encantados, Alma, ¿dos besos?*

«¡Uuuuuuhhhh! Tanta corrección no me cuadra», pensé. «Yo flipo, ¿ahora me preguntan si pueden darme dos besos?». Jajaja. Mi cara era un poema, de pronto me reía, que alucinaba... «Alma, no puedes beber», me decía para mí.

»Nada, con la amabilidad que me caracteriza, me abalancé con un «claro, sin problema» hacia ellos, y me recibieron encantados, con los brazos abiertos. Empezamos a hablar y a reír simultáneamente, y un abrazo llevó a otro; un nuevo beso, a otro beso... Y, claro, como todo esto era doble, porque si antes ya os comentaba que aquellos dos sabían coordinarse bien, la prueba irrefutable la tuve en segundos. Aún no sé cómo, de verdad que no lo sé, pero

lo hicieron tan fácil... Empezaron a trasladar los besos a nuevas ubicaciones de mi cuerpo..., a la vez, ¡sííí! Lo habéis leído bien, a la vez; no es un farol, os lo prometo, tenéis que creerme; fue una pasada porque lograron besarme apasionadamente, cada uno respetando el espacio del otro.

»Amigas, si os digo que no sé cómo llegué hasta allí, tenéis que creerme. Tanta caricia, tanta mano, tanta lengua y tanto de todo consiguieron llevarme al cielo. Eso sí, bajé a la tierra y no llegué a caerme de culo. No, esta vez, tenía demasiados brazos ofrecidos para contenerme.

—*¡A ver, chicos! Vamos a poner orden. No lo digo porque os vea desordenados, ni descoordinados..., ¡no, no!, para nada; es más, veo que el dominio es brutal, pero... ¿cómo hemos llegado hasta aquí?*

—*Tú, Alma, eres como nosotros* —me contestaron, mientras mis ojos los observaba sin perder detalle, pero sin entender nada también, así que ahí... salté.

—*Perdona, ¿cómo dices? ¿Que soy como vosotros? ¿A qué te refieres? No os entiendo.*

—*Sí, mujer. Cuando te hemos visto, lo percibíamos, pero nos lo has confirmado del todo cuando nos contestabas a las preguntas que te hemos hecho.*

—*¡Madre mía, Mateo! Pero ¿qué os he contestado? Mejor dicho, recuérdame qué me habéis preguntado, porque no recuerdo ninguna pregunta del tipo: «¿Te van los tríos?».* —A mis preguntas y a mis respuestas, ellos seguían riéndose y, a la vez, aprovechando para seguir piropeándome... y más—. *De verdad, chicos, quizá os he confundido con alguna respuesta. Confieso que voy con más alcohol del que debería y...* —Sin dejarme acabar la frase, Mateo me agarró y me dio un morreo con la intensidad que a mí me deja fuera de combate, pero que añoro, muchas veces, cuando la gente no sabe besar. Respiré, cogí aliento, y Lucas entendió que era su turno. ¡Menudo otro besando! ¡Madre mía! Si no es fácil encontrar a uno que bese bien..., ¿cómo podía ser que yo dispusiera en ese momento de dos?

»Terminó y me ofreció una copa; por supuesto, no bebí. Mi única necesidad en ese momento no era la de saciar mi sed en el sentido de bebida, sino la sed por saber, por comprender y entender qué estaba haciendo yo con ellos dos.

—*¿Ves, Alma? Eres como nosotros. Me encanta la pasión que desprendes cuando besas, eres brutalmente apasionada.*

—*Es verdad, es verdad* —decía Lucas, todo emocionado por el comentario

que su amigo me estaba haciendo.

»Lucas solo hacía que dar saltos y decir: «¡Yo me estoy enamorando!». A mí volvía a entrarme la risa; me los miraba y no daba crédito a mi asombro.

—*A ver, chicos* —les decía, dirigiéndome a los dos... Allí todo era dual—. *No entiendo qué os hace pensar que soy como vosotros, pero sí que he de reconocer que me habéis hecho vivir este momento con los dos de un modo tan dulce y natural que aún no entiendo, pero, admito del mismo modo, estar cómoda. Supongo que estáis muy bregados en esto, pero os aseguro que yo no. Si que me gusta disfrutar, de una forma muy abierta de mente, mi sexualidad, pero esta escena tan relajada con los dos a la vez, no se me había presentado hasta el momento.*

—*Liberal, Alma; se llama ser liberal, bonita* —me contesto Mateo.

—*Supongo que se llama así, o como sea, no me importa; lo único que tenéis que entender es que me sorprenda. Que me entrego totalmente a la causa también, porque para muestra un botón, pero me gustaría deciros que yo no estoy en un momento en el que busque un rollo para pasar la noche, ¡y menos un rollo doble!* —Me reí—. *Me gusta disfrutar del sexo como a todo el mundo, pero tengo mi agenda de amigos infalibles para una sesión espectacular. A la pregunta: ¿podemos unirnos a tu agenda? Y antes de que me lo pidáis, os responderé yo... No quiero que os cabreéis; pero, hoy por hoy, no voy a hacer uso de vuestros teléfonos, por muy buena atmósfera que hayáis creado. No por vosotros, si no por mí.*

—*Bueno, Alma, ahora quizá no, pero te podemos llamar más adelante e, igual, en ese momento, te apetece que nos veamos de nuevo los tres.*

—*Ostras, Lucas, no sé. Madre mía, no sé qué responder, no sé lo que voy a comer mañana, como para responderte a lo que me propones. Está claro que nunca se sabe si volveremos a coincidir. Puede que sí, porque mi vida está llena de casualidades, pero daros esperanzas cuando, hoy por hoy, solo voy con un único propósito, me parece injusto.*

—*Bueno, mujer, tú no te preocupes, que nosotros tenemos paciencia* —dijo Lucas, mientras yo me reía.

—*¡Sois un amor! De verdad que alucino con vosotros* —les contesté.

—*Claro, Alma, una situación como esta solo puede ser gratificante, así que no vamos a hacerla difícil ni incómoda para ninguno de los tres* —contestó Mateo.

—*¡No, no! Evidentemente, chicos, pero vosotros queréis algo más, y a*

poder ser hoy, y a mí no me apetece.

—*Entonces, ¿de verdad que no te vas a venir con nosotros? ¿No te apetece que nos marchemos los tres juntos?*

—*De verdad que no, Mateo.*

»Entonces, Lucas, que era el más paciente de los dos y el más emocional, porque, cómo no, yo ya les había hecho mi estudio morfopsicológico particular a cada uno, sabía un poco como podía encajar mi respuesta cada uno de ellos. Evidentemente, el más emocional fue el más comprensivo, pero como tonicidad había mucha, su entusiasmo no desistió hasta que nos despedimos. Por otro lado, Mateo, mucho más práctico, más impaciente, no recibió del mismo modo mi contestación, así que me tocó lidiar un poco más de conversación con él, porque yo soy de esas personas a las que no le gusta acabar con malas caras.

—*Mateo, anda, no te cabrees, que no te he dado ninguna esperanza como para que te puedas sentir ofendido, es más, creo que he sido agradecida, expresando lo cómoda que he estado en cada momento con cada uno de vosotros, así que dame un beso y deja esos morros para otra.* —Conseguí robarle una sonrisa, pero poco convencido lo vi, y creo que Lucas tenía la misma opinión que yo, porque, para que hubiese consenso, se acercó a mí y volvió a intentar captar mi atención con las últimas peticiones e incluso con una insistencia quizá excesiva. Fue entonces cuando mis amigos, que observaban la situación, optaron por entrar en juego.

—*Alma, amiga, ¿va todo bien?* —me preguntó Lola.

—*Sí, sí, tranquila* —conteste yo.

—*¿Seguro?* —preguntó un chico que estaba junto a ella. Yo me dirigí a él sin saber quién era, pero le contesté que sí, que ellos se marchaban, y que nos estábamos despidiendo.

Total, que me dice Lucas:

—*¿Podemos llamarte?*

—*¿Para qué, Lucas? Si ya sabes que no voy ha estar receptiva.*

—*Bueno, pero si mi primo y yo lo hacemos no te va a molestar, ¿verdad?*

—*¿¿¿Qué??? ¿Cómo? ¿Tú y tu primo? Pero ¿Mateo es tu primo?*

—*¡Sí, somos primos!*

—*¡Madre mía! Yo flipo.* —¡Mi cara era una locura! Dicen que soy muy expresiva con las miradas y os aseguro que hubiese pagado por tener un espejo enfrente y ver mi rostro reflejado, porque estoy segura de que no me

hubiese reconocido, ¡madre mía! Casi me lo hago con dos primos. En ese momento no daba crédito a tal situación.

—*Por Dios, Lucas, haz lo que quieras, pero no te enfades si no respondo con un «sí».*

—*Ok, ok, Alma, sin problema* —se despidió y se marchó en busca de su primo, que ya había empezado a caminar.

»Yo me incorporé con mi grupo. Lola comentó que se marchaba y Alberta tenía ligue, así que también opté por esa opción.

—*¿Qué vas a hacer? ¿Te apetece quedarte con nosotros a bailar un poco más?* —me preguntó el chico que acompañaba a Lola, el mismo que se interesó por si me estaban molestando Lucas y Mateo.

»Vale, admito que fui un poco directa con mi contestación, pero es que no podía hacerlo de otro modo.

—*Perdona, pero es que no sé quién eres...* —Lo miré con fijeza, porque sonar me sonaba, pero no tenía claro de qué.

—*¿Cómo? ¿No te acuerdas?* —me preguntó él.

—*¿De que debería acordarme?* —respondí con mi cara de alucine, mirando a Lola, y diciéndole con la mirada... «Pero ¿quién coño es este, amiga?».

—*Te has enrollado con nuestro amigo cuando hemos llegado a la discoteca.*

«¡Ay, madre mía!», pensé para mí.

—*Son los que nos acompañaban camino a la discoteca, vaya tela. Perdona, es que no os tenía muy vistos, y como no he tenido ocasión de veros más, ahora no caía. Jope, qué vergüenza...* —En fin, decidí, cómo no, compensar ese despropósito sin intención, quedándome un rato con ellos dos porque parecían majetes y, como el colega que iba con ellos, no estaba allí... Pensé: «Va, total, un baile más y para casa».

»Pues sí, bailamos, nos reímos mucho y el amigo en cuestión se acercó, pero tenía un ligue a media conquista, así que no era nada peligroso, y por mi parte, pude observar que con sus dos amigos estaba cómoda, sin pretender nada, ¡por Dios! Los dos eran muy gais... Pensé: «Mira por dónde, Alma, finalmente vas a poder ejercer de *mariliendre*, aunque sea al final de la noche».

»¡Pues no! Estaba claro que esa noche, yo de *mariliendre* no hacía. Tampoco necesité esa excusa para tener opción de ligar con una tercera parte

de la discoteca, porque si no tenía bastantes pruebas hasta el momento, uno de aquellos dos me regalo la última. El otro no, pero el que quiso que me quedase con ellos a bailar saco toda la artillería en el momento final.

»Yo pensé: «Pero ¿qué me esta contando este hombre?».

—*¿Por qué no nos marchamos juntos?* —me decía.

—*No, no, Álex, yo me voy a mi casa, pero sola, así que va a ser que no.*

»Y se portó, otra cosa no puedo decir, aunque los besos de despedida fuesen más lentos y casi direccionados a un lugar donde la sonrisa pierde su curva.

»Logré marcharme a casa con una sensación de asombro.

Lo que esa noche experimenté fue realmente sorprendente, y no lo digo porque *se me ofrecieran* cuatro tipos para tener sexo con ellos, no; aunque admito que cuatro en una noche... ¡no está nada mal! ¿Eh?

No, no, ahora en serio. Me quedo con la lección que esa pareja de primos me dio. Con su actitud, aprendí que los prejuicios y los tópicos, cuando solo se trata de sexo, tienen que estar a un lado, porque disfrutar con respeto hacia las personas es factible, siempre que haya unanimidad de pensamiento. Todo es válido, si es consentido y hecho con respeto. Lo hicieron fácil, armonioso, y lograron fundirse en uno, porque yo sabía que tenía a dos personas, pero si me hubiesen vendado los ojos, quizá me habría arriesgado a pensar que era uno solo.

Os digo esto, porque siempre es bueno opinar desde una perspectiva, pero si tenéis ocasión de vivirlo o experimentarlo en persona, dejareis de juzgar comportamientos que desde fuera pueden parecer poco normales, e incluso criticables.

Yo no estoy en un momento en que me apetezca experimentar solo sexo, esta es mi opción actual, determinada por mí. Busco otro tipo de estímulos, y estos no me atraen a primera vista. Pero agradezco ser una persona seleccionada para entrar en juego. Así que si os apetece ser estrellas de cualquier fantasía que tengáis, olvidad las críticas, los prejuicios y haced realidad vuestras expectativas, porque si están bien dirigidas, hay cariño y respeto, siempre serán gratificantes y reveladoras para vuestra comprensión, vuestra mente y, cómo no, vuestro cuerpo.

9

Alan

Doctor, si le parece bien, voy cerrando; ya sabe que hoy me voy con mi marido a la ópera.

—Claro, Clare. Vaya, mujer, pásenlo bien y el viernes me cuenta, pero ya le anticipo que el final del primer acto es brillante, y no digo más... Venga, váyase, que va a llegar tarde.

—Gracias, doctor.

—Hasta el viernes, Clare.

—Por cierto, recuerde que tiene el paquete del señor William debajo de mi mesa.

—Váyase, Clare, es una orden. *Turandot* vale más que cien paquetes de mi vecino. —«A saber que habrá comprado esta vez ese loco», pensé.

Y acto seguido, escuché el sonido de la puerta cerrarse con un poco más de énfasis de lo normal. Esa mujer era pequeña, pero fuerza tenía para dar y regalar.

Le dejé escrita una nota a Will y se la pasé por debajo de su puerta, compartíamos rellano, así que, como era probable que a esa hora andase aún en el trabajo, y yo quería llegar pronto a clase de *spinning*, no me podía arriesgar a llamar al timbre y encontrarlo en casa, porque sabía que empezaríamos a hablar y no me daría tiempo a coger la moto y llegar al gimnasio. De todos modos, le mandé un *wasap*, informándolo.

La clase había sido dura, Jude está un poco loco, y creo que todos compartimos algo de su locura, al menos, los que sobrevivimos a sus clases, ya que siempre solemos ser los mismos. La gente prueba, pero salen como almas en pena, aunque la música que pone es buenísima. Pero, por cuatro clases que, muy de vez en cuando, ofrece un poco más moderadas, la mayoría suelen ser demasiado cañeras. Si eres capaz de seguir el ritmo que él impone, logra que vayas como si la vida te fuese en ello. Amí, personalmente, me encantan, suelo ser competitivo en todo lo que hago; y ver como la gente no sigue los últimos tramos y yo sí lo consigo, me vicia una cosa mala.

Una vez duchado y cambiado, cogí el móvil y observé que tenía dos llamadas perdidas de Will, pero no me había contestado al *wasap*; leerlo lo había leído, porque los dos vistos

estaban en azul, pero directamente me había llamado.

«Será importante el paquete», pensé, y lo llamé antes de coger la moto. No dejó que sonara el segundo tono; descolgó y me preguntó con mucha ansia.

—Hola, Alan, ¿estás en casa?

—Hola, Will. Qué va. Ahora mismo salgo del *gym*, dame quince minutos y estoy allí. Cojo la moto ahora mismo.

—Vale. ¿Tienes planes para cenar?

—Pero ¿tú no me llamas por el paquete?

—¿El paquete? ¿Qué paquete?

—Will, tío, si te he dejado un *wasap* y una nota por debajo de la puerta.

—¡Ah, sí, el paquete! Ya, vale, después lo cojo.

—Tío, ¿estás bien?

—Sí, sí. Solo un poco atacado, porque viene Laure con una amiga a cenar, y en poco más de cincuenta minutos las tengo aquí y voy a todo trapo. La invité el otro día con la excusa de que le presentaría a un médico *buenorro* que tengo como amigo para que conociera a su amiga y se me había pasado comentártelo, y...

—Y nada, Will, a mí no me líes —lo interrumpí—. Déjalo, que me buscas cada plan que ni te cuento; ya sabes que del último aún me quedan secuelas... —le dije, medio riendo.

—Alan, venga, que yo de la última no sabía de la misa la mitad, ¿tú te crees que le voy preguntando a la gente si le va el sadomasoquismo antes de presentártela? Además, bien que te lo pasaste la primera noche... por algo repetiste, ¿no?

—¿Quizá porque me montaste una de tus cenas-encerrona sin avisar en mi casa? Will, tú a veces no eres consciente de tus actos, te lo digo de verdad, ¿tengo que recordarte que os plantasteis en mi casa, tú y tus dos invitadas, con el postre? Tuviste la decencia, al menos, de no traer la cena entera, utilizar mi cocina y liar me una montaña de platos por limpiar.

—Alan, anda, no seas exagerado que tienes lavavajillas

—Y tú tienes unos huevos... que ni te cuento.

—A ti lo que te pasa es que te gusta que te avise con más tiempo, don Previsor. El chico debe tener la situación controlada desde el minuto cero, pues, Alan, deja que te diga una cosa...

—¿Otra?, pero ¿no decías que no tenías tiempo de nada, don Improvisación?

—Bueno, mira, muchas veces las situaciones inesperadas vienen llenas de buenas sorpresas, así que no te quejes, que mal tampoco te lo hicimos pasar...

—Will, sabes que si me calientan respondo, tío, que no soy de piedra, pero ya me olía yo que a la tipa le iban juegos más duros de los que a mi suelen gustarme, y sabes que no soy un angelito en mis citas amorosas. Pero lo de pegar a la gente para mí esta sobrevalorado, pues no me da placer, al menos, de la manera en que a ella le apetecía.

—Trae vino, a las diez estarán aquí.

—Madre mía, cómo va esa chica... ¡Uy, Dios! Se va a estampar con alguien, va haciendo eses. —Me despisté de la conversación con Will, y le relaté lo que estaba viendo en aquel momento frente a mí, en la calle.

—Pero ¿de qué chica hablas, Alan?

—Madre mía, la que esta liando... Se ha colado en un coche, del que ha bajado una chica,

que está gritándole que no se suba al coche de su novio. Pero estoy alucinando porque la novia en cuestión los acaba de dejar allí, con todo el jaleo, y en lugar de luchar por su novio, los acaba de dejar con el marrón, para entrar y colarse en la portería de su casa.

—No entiendo nada, Alan, ¿quién dices que se ha metido en un portal? ¿No has dicho que se había metido en un coche?

—No, no. La que se ha metido en un coche es la que bajaba la calle haciendo eses, y los chicos del coche la están empujando para que no se suba al vehículo, oigo los gritos desde aquí de lo que le dicen. «Bájate, no te subas», le dice el conductor. «¡Tía, que esto no es un taxi!», mientras le dice a su amigo, que esta detrás sentado, que lo ayude, empujándola hacia fuera para poder cerrar el coche. El amigo le dice: «Pero ¿quién es esta loca y por qué quiere entrar?». ¡Jajajaja! ¡Esto es muy cómico, Will! La chica piensa que es un taxi, y los chicos solo hacen que decirle que no entre, que eso no es un taxi.

—Pero ¿tú dónde estás?

—Delante de ellos. Tengo la moto enfrente del coche. Deberías escuchar los gritos que le esta pegando el conductor para que se baje, pero ella insiste en que quiere subir en el asiento del copiloto. Pobrecilla, va fatal. Creo que voy a echarles una mano.

—Alan, que te necesito en la cena, no me jodas, tío. No te metas en problemas, que...

—Will, esa chica podría ser mi hija; me da lástima, va fatal. Tendrías que ver el cuadro: ella sigue insistiendo en entrar, el conductor la empuja por las piernas, y el amigo por la cabeza, porque no alcanza a más. ¡Uy, espera! Creo que lo han conseguido. Uf, no te lo pierdas, ahora va a por otro coche que hay parado justo detrás, con el que ha estado luchando por entrar. Le hace señales como si fuese a pillar un taxi, y esta intentado abrir de nuevo la puerta del copiloto.

—Alan, son las nueve y cuarto y nuestras invitadas estarán aquí en cuarenta y cinco minutos.

—Sí, sí, nada, ya voy.

—Ah, y el paquete, *plis*, no te olvides.

Tenía solo veinte minutos para plantarme en casa de mi vecino. Me puse una camisa blanca de corte italiano, unos Dockers de color *beige* y un cinturón a juego con los zapatos marrones de Hugo Boss, que había comprado el día anterior en rebajas. La verdad es que del gimnasio había salido con ropa limpia, pero de *sport* y, aunque no pretendía impresionar a nadie, uno es coqueto por naturaleza.

A cinco minutos de las diez estaba llamando al timbre de la puerta de mi vecino, con una botella de vino en una mano y una bolsa de hielo, que me pidió por WhatsApp, en la otra. Sabe que siempre me gusta tener hielo en casa, y confía plenamente en mi congelador para cualquier improvisación.

—Hola, pasa, están en el salón.

—Coge el paquete, te he dejado abierto, con el hielo y el vino no puedo.

—Luego lo cojo, que se me quema lo del horno. Cierra, que luego me dirás que te han entrado a robar por mi culpa.

—¡Manda huevos! Si es que tienes unos cojones...

—Alan, ella es Laure, te he hablado de ella en alguna ocasión.

—Sí, sí, del departamento de marketing, ¿puede ser?

—¡Sí! —dijo la chica como si hubiera acertado el número de lotería.

—Alan, ella es Susanne. —Ella misma me presentó a su amiga.

—Encantado, Susanne.

Mientras mi amigo rastreaba por la cocina, las chicas y yo entablamos una conversación bastante entretenida, en el amplio salón. El piso de Will es igual que el mío, pero con la planta invertida. Pero después de la reforma que hace un año hice en el mío para separar la vivienda de la consulta no tiene nada que ver.

Mark, mi interiorista, hizo un buen trabajo; el mejor. Aunque reconozco que un toque femenino no le vendría nada mal; pero a mí me gusta, me siento bien.

La cena transcurrió genial, Susanne no era para nada mi tipo, pero agradecí que la chica fuese inteligente con la conversación; quizá un punto demasiado seca, pero cada uno tenemos nuestro carácter, y no todo puede agradar a los demás, eso está claro.

Will, por otro lado, estaba dándolo todo; Laure le gustaba mucho. El *feeling* entre ellos era bueno. Cómo anhelo esa sensación con alguien.

Hacían buena pareja; ella, una chica con una melena larga y ondulada de color negro azabache, unos ojos verdes realmente bonitos y una juventud que su cuerpo dejaba ver; y Will, el típico chico guapo, con facciones masculinas, moreno, ojos oscuros, de cuerpo atlético, pero sin pasarse. A esa pareja, la vida les había tratado bien. Aunque yo tampoco podía quejarme.

Mi cuerpo quedaba muy compensado con mi metro ochenta y siete de altura, a diferencia de Will, mi pelo es ondulado y mucho más claro, un tono castaño, ahora mismo un poco más oscuro que en verano, ya que con el sol se me aclara bastante. Mis ojos pequeños, pero de un azul bastante intenso, quizá sea el punto más atrayente para el género femenino, aunque las facciones masculinas en todo mi rostro también ayudan bastante. Por suerte, mi hija Clohe se llevó lo mejor de su madre y de su padre; logramos *crear* una criatura con una belleza espectacular y mejor persona; de eso último tengo mucho que decir yo.

Con Will me llevo ocho años, el tema de la edad para mí nunca ha sido algo que me incomode a la hora de conocer gente en ningún sentido, pero él tiene fijación por las mujeres más jóvenes; lo entiendo, tiene treinta y dos años recién cumplidos y yo el día seis de octubre hago los cuarenta, así que, aunque no sea demasiada la diferencia, sí admito que las de *veintimuchos* tienen que ser personas muy interesantes para llamar mi atención, y no hablo de físico, ya que considero esa una de las etapas donde las mujeres están en su pleno esplendor. Pero a mí, en cambio, me gustan, con diferencia y bastante, si he de ser sincero, las que se acercan más a mi misma edad; uno o dos años arriba o abajo. Sí, sí... no tengo ningún problema con las de cuarenta y pocos, pues me parecen muy interesantes en muchos aspectos. La experiencia es un gran qué, y treinta y nueve no es lo mismo que veintinueve, os lo aseguro. Una mujer de cuarenta años, si se cuida, tiene un potencial experimentado, para mi gusto personal, muy atractivo; pero, como bien dice el refrán: para gustos, los colores.

Conocí a Will hace cinco años, él había heredado este piso, que pertenecía a sus abuelos maternos. Y yo compré el mío en el momento que bajaron de precio, por la situación de crisis que pasaba el país.

Las situaciones de cada uno eran muy distintas, pero sí que nos unió algo, aparte de una fuerte amistad; un inicio de una nueva etapa en cada una de nuestras vidas.

La reforma la hice cuando Clohe aún era pequeña, ahora ya tiene veinte años (sí, reconozco que fui muy precoz, pero la juventud y el carácter apasionados de su madre y mío hicieron que ella llegara a nuestras vidas), y por mucho que la familia de Irina me apartara casi de forma radical, yo siempre luché por seguir estando a su lado. Mi familia y yo, por supuesto.

Los primeros años fueron duros y muy difíciles; los dos estábamos en primero de carrera, estudiando. Reconozco que a veces la vida te despeina. La llegada de Clohe solo fue el inicio de unos cambios radicales en mi vida; ella, siempre lo digo y lo diré, es lo mejor que me ha pasado, aunque las circunstancias fueron las que fueros en ese momento y no permitieron que hasta unos años más tarde, pudiese disfrutar y ejercer como padre, ya que la familia de Irina se trasladó de ciudad, al poco de nacer y esos casi seiscientos kilómetros dificultaron que pudiéramos disfrutarlos mutuamente mi pequeña y yo.

La relación con Irina, y esa distancia de por medio, sumados a los problemas que la pequeña, sin querer, provocó en nuestra relación, lograron que nuestra unión de pareja se diluyera.

Mis padres lucharon por su nieta para que yo nunca perdiera mis derechos como padre, pero, a cambio, me obligaron a terminar la carrera, porque sabían que, en un futuro no tan lejano, mi hija y yo lo agradeceríamos. Y así fue, gracias a ellos la relación con mi pequeña hoy es maravillosa. Durante años viajé cada semana o cada quince días, como mucho, para verla, disfrutar de ella y proteger y blindar el vínculo tan grande que nos une. He de decir que años después he recogido los frutos de todo ese esfuerzo.

Quizá la situación que viví facilitara que eligiera pediatría como especialidad. Pues en realidad, nunca tuve ocasión de cuidar de un bebé como años después he podido ejercer de un modo profesional.

Ironías que tiene la vida, pero de las que somos responsables de poner remedio para encontrar nuestra felicidad en ella.

Clohe está estudiando moda en París. Su madre y yo llegamos a un consenso para que ella pudiese ejercitar la carrera aunque fuese en otro país. Irina y los kilómetros nunca se llevaron bien, yo solo pude habituarme a ellos desde que nació. Así que ahora es ella, mi peque, la que se mueve para venir a visitarnos a nosotros, y nosotros también lo hacemos, por supuesto; aunque respetamos que ella quiera vivir su experiencia un poco a su manera. También la tecnología actual nos facilita que podamos hablar y vernos a diario de algún modo.

Qué diferentes hubiesen sido esos primeros años de Clohe, con Skype en nuestras vidas.

—Chicos, la compañía es grata, pero mañana tengo un día lleno de visitas, así que me vais a disculpar, pero voy a ir tirando.

Susanne, fue rápida también, y enseguida encontró la manera de abandonar el barco para que su amiga y mi amigo, tuvieran oportunidad de conocerse más de cerca, por decirlo de algún modo.

—Buenas tardes, doctor.

—Buenas tardes, Clare, ¿qué tal? ¿Cómo fue esa puesta en escena de Puccini?

—¡Oh! ¡Cómo me gustó, doctor! El final sobre todo. Fue tan emotivo; la muestra de todo un pueblo exultante al ver que la princesa alcanza el amor, y cómo lo celebran... ¡Oh, oh, oh! Mire, solo recordarlo se me eriza la piel —me comentaba mi enfermera, mostrándome el brazo—. Ya me gustaría poder estar así de contenta por usted, doctor.

—Clare... no empecemos, que tenemos mucho trabajo.

—Sí, sí, lo que usted diga, pero el trabajo es trabajo, y el amor debería ser algo tan importante como el trabajo, por mucho que le apasionen sus pacientes menudos, debería estar estimulado en otro aspecto, ya sabe a qué me refiero. Alguien con una edad similar a la suya...

—Clare...

—Sí, sí, ya me pongo con las llamadas, pero insisto... alguien como usted, con tanto potencial humano, o como se diga eso de la inteligencia emocional, que está tan de moda ahora... En fin, que no entiendo como un hombre tan atractivo, con su porte, con esa educación y carácter cálido... bueno, a veces un poco más serio de lo que se debería regalarse a usted mismo, porque a los demás no nos engaña; al menos a mí. Yo sé que usted es de sonreír más, aunque yo no haya visto demasiadas demostraciones, pero lo he visto con su hija y sé lo que me digo. Una ya es perra vieja... Se le está escapando una sonrisa, que lo veo con los ojos de mi espalda.

La carcajada que salió de mí, al oír ese último comentario, le dio la razón de algún modo.

Yo estoy cómodo con mi vida, no entiendo como la gente que te quiere y te aprecia, y no lo digo solo por Clare, Will también tiene una necesidad continua de emparejarme con candidatas que le parecen, a su entender (muy a su entender), interesantes para que su función de *celestino* se sienta triunfadora. Y aunque, de algún modo, lo agradezco, la sensación de vacío que suele preceder a la cita me deja un sabor de boca demasiado agridulce y, por qué no decirlo, decepcionante. No siempre, claro, hablo en general, ya que las citas con Selma siempre fueron divertidas, pero nos habíamos perdido la pista, porque cuando uno de los dos tenía pareja o estaba en serio con alguien, no nos decíamos nada.

Soy un tipo apasionado e intenso, y admito que los comentarios poco ingeniosos, banales y superfluos que solían hacerme las candidatas con las que tenía esas citas, me dejaban un poco deshinchado. Tampoco buscaba hablar de física cuántica con nadie, que no se me entienda mal, pero sí de algo con más sustancia, aunque fuese una pasión por alguna afición compartida o no; también me gusta ver a alguien comentado lo feliz que es desarrollando algún *hobby* o afición. A mi me encanta el mar y siempre que puedo voy a bucear, y quedarme en ese espacio de silencio, contemplando la maravillosa naturaleza submarina que hay en esas profundidades. Me da paz y felicidad, pero entiendo que no tenga que gustarle a todo el mundo, y digo esto por que viví un claro ejemplo en mis propias carnes.

Recuerdo que, cuando salía con Jodie, ella se quedaba en la orilla, con su lectura que tan

feliz la hacía; no necesitábamos compartir esa afición, aunque sí que, de algún modo, poder compartirla verbalmente con ella y tener una sonrisa en su rostro, contemplando cada detalle de mi explicación sobre las maravillas que se divisaban en ese mundo subacuático, lograba que mi rostro también sonriera y mi cuerpo se encendiera de pasión. Pasión que tanto nos hacía disfrutar a ambos, porque de besos pasábamos a caricias, caricias cada vez más intensas, llenas de deseo; hablo de esas que hacían que nuestras pieles se estremecieran y llegaran los primeros jadeos.

Los abandonos rápidos de la playa, si teníamos público a nuestra alrededor, eran insoportables; con un traje de neopreno, muy insoportables. Madre mía, juro que más de una vez me costó llegar al coche.

Sí, quizá ese tipo de felicidad la echaba de menos. Clare trabaja conmigo desde hace cuatro años, y lo de Jodie terminó hace tres. Creo que Clare se refiere a esa clase de sonrisa; ese tipo de felicidad que no logran ni las endorfinas que pueda crear con el deporte ni las sustancias que genera el cerebro después de una buena sesión de sexo.

No puedo decir que haya sido un tipo pasivo nunca; selectivo, bastante, pero activo a nivel sexual, y más si he tenido una pareja estable; si no ha sido el caso, tampoco me ha sido difícil satisfacer mi necesidad, pues mi físico, he de reconocer, me ha abierto muchas puertas. Admito que me encanta la liberación de la mujer, y su descaro actual me alucina, incluso en algún caso puntual hasta me incomoda, pero eso es otra historia que no viene a cuento. Pero sí que hago referencia a eso porque a mí personalmente me gusta más que me entren, y ahora esto suele ser lo más normal. Obtengo un tiempo y algo más de perspectiva para observar si la candidata será, al menos, un poco más ingeniosa, cosa que no abunda, también lo he de decir, para que logre llamar mi atención y conseguir que esa relación, puramente sexual, sea un poco más avispada. Luego si hay más conexión o más necesidad, por la razón que sea, pues bienvenida sea.

Suelo confiar más en conocer a alguien con calma, me gusta que me vaya entrando la persona con un roce diario, aunque sea con distancia de por medio. De todos modos, confieso que suelo ser muy rápido cuando lo tengo claro, y eso no suele ser muy tardío; mi impaciencia y, sobre todo, mi pasión tienen mucho que ver en ese aspecto.

Mis amigos insisten en que me apunte a una de esas aplicaciones que están tan de moda en Internet, pero yo no me fío. Aunque, este año que viene, tengo la boda de uno de mis mejores amigos, el cual conoció a su futura esposa en una de estas aplicaciones. Así que, si mi *sex appeal* baja de intensidad, no descarto curiosear en ese mundo de las redes sociales virtuales, aunque, muy a mi pesar, creo que antes adoptaré un perro e iré a la hora punta del paseo por el parque, que tengo oído por ahí que es una de las mejores maneras de ligar; al menos, con gente que ama a los animales. Eso también es un aspecto que favorecerá bastante para que me llame la atención la candidata en cuestión, ya que es algo importante para mí. Admito que si no hubiese estudiado Medicina, hubiera elegido Veterinaria.

En mi caso, las dos relaciones más importantes, hablo de las personas con las que he mantenido una relación de pareja durante años, con su convivencia incluida, nunca fueron encontradas de un modo tranquilo y pausado, ¡qué va! Recuerdo que en los dos casos (sí, sí; en los dos), el destino a veces es caprichoso y yo que soy de los que piensa que no hay dos sin tres; bien, en las dos ocasiones fueron en fiestas de despedidas de soltero, tal como os

lo digo. Podéis imaginar que, cada vez que me invitan a una boda, se me hace la boca agua solo pensando en el día de la despedida.

Supongo que tengo un fondo romántico, como casi todo el mundo; aunque, a los tíos, nos cueste más expresar en público según qué sentimientos. Siempre he dicho que la presión social por dar la talla en el aspecto sexual nos impone un respecto; el justo, también es verdad.

Muchas mujeres tienen una capacidad para guiarte impresionante, y eso se agradece y mucho. En momentos donde la pasión es la protagonista de la escena, que te faciliten el camino es una habilidad que no todas pueden presumir de saber transmitir.

Siempre me ha gustado el juego, recrearme en unos preliminares me hace disfrutar el doble. Pero admito que ha habido momentos en que me he visto sobrepasado por la pasión y entrar en acción ha sido pura necesidad.

Cada mujer es distinta, no sé que deben pensar ellas en ese aspecto. Supongo que (¡digo «supongo»!), sus cabezas deben de dar mil y una vueltas para llegar a un punto de reflexión e introspección al que el género masculino nunca llegará, por mucho esfuerzo y dedicación que pongamos. Dejemos lo que es del faraón al faraón; en este caso, a nuestras bellas *faraonas*.

Noches llenas de sexo, pero vacías de sentimientos, son más o menos fáciles de conseguir y, como todo en la vida, la actitud multiplica las posibilidades. Pero encontrar a la persona que te llene el alma ya no es una tarea tan sencilla, o quizá sí. A veces creo que el destino nos visualiza por un agujero y se ríe, viendo en qué jardines entramos...

Sé estar solo, por supuesto que no tengo ningún problema. Una parte de mí es lobo solitario. Y cuantos más años viviendo solo, más me va a costar que llegue alguien y me haga salir de mi zona de confort. Ahora, si alguien me pregunta si prefiero estar en pareja o solo, siempre respondo que prefiero estar acompañado, sea o no por deformación profesional, me gusta cuidar de las personas. Eso sí, conmigo, es importante saber que respetar mi espacio es sinónimo de saber hacerme feliz. No me veo, para nada, un tío complicado; con una cervecita bien fría soy el tío más feliz del mundo.

Vives, y no siempre es un jardín de rosas por donde paseas; hay travesías más montañosas y otras, donde tienes que sortear matorrales llenos de zarzales, que dejan pequeñas heridas y marcas en el cuerpo que, sin ser cicatrices de mayor importancia, algunas consiguen causar efecto en el carácter de uno mismo.

Con la edad y la experiencia, que es un grado, te das cuenta de que hay rutas y caminos por los que ya no te apetece transitar.

Reconozco que mi carácter ha cambiado, ya no soy el mismo de hace diez años. Que nadie piense que me he vuelto un amargado, para nada, que soy el primero en apuntarse a pasar un buen rato. Pero que me vengán a buscar, que ir de pesca no es lo mío, ni lo ha sido nunca; sinceramente, prefiero otro tipo de deportes.

Reconozco que Will tira mucho de mí, su carácter sumado a su edad y sus hormonas revolucionadas logran propuestas que siempre suelo aprovechar. Pero yo paso de relaciones con *locas* que me montan pollos por tema de celos, a los que no doy pie, pero ellas se reafirman plenamente en sus sospechas sin fundamento. Cuando veo que la histeria empieza a aparecer con mensajes tipo: «Estás en línea, y ya veo que, precisamente, no es hablando

conmigo...» o «Ya veo el interés que tienes en mí. ¿Sabes qué? ¡Que te den!». Y al cabo de cinco minutos, llega un nuevo mensaje, suplicando que la llame porque me perdona. Es ahí cuando pienso... ¿en qué momento he hecho algo para merecer que me vaya a tomar por culo y a los cinco minutos ya soy merecedor de que me levanten el castigo? ¡Vamos, hombre! Yo, precisamente, que soy un tío que lo deja claro, quizá hasta demasiado, porque en más de una ocasión rozo el punto de quitar romanticismo al momento de enrollarme con alguien, argumentando que eso no va a ser más que lo que está siendo; es decir, sexo puro y duro, sin más.

Mi trabajo me apasiona demasiado y mi vida me gusta. Tengo claro que me suman o me multiplican, pero no estoy dispuesto a que me venga nadie a restar en ningún sentido.

Si tengo que terminar mis días solo, lo haré de la manera más digna que sepa. Pero, destino, si me presentas a una mujer con la que consiga *besayunar* de nuevo y volver a enamorarme, te lo agradeceré en el alma.

El Puto Frutero

Ese domingo habíamos quedado para comer en casa de Jeff y Charlize. Celebrábamos el sesenta cumpleaños de él.

Nos habían invitado a todos a comer en su magnífica terraza. Jeff, con la ayuda de Adler, se encargó de preparar una paella para todos. Esos dos, con los fogones, son unas máquinas.

Charlize, Lindsey y Jack, su marido, llegaron algo antes para ayudar a montar la mesa del aperitivo. El resto nos fuimos incorporando a la hora que nos habían citado.

Aunque ya no íbamos a clases de baile, nos seguíamos viendo cada poco tiempo. De hecho, hoy en día, intentamos reunirnos una vez cada dos meses como mínimo, aunque no siempre lo logramos, ya que las agendas de los viajeros del grupo, Lindsey y Jack, principalmente, son muy complicadas. En realidad, lo son la de todos, ya que, en este grupo, viajamos todos. Aun así, lo de ellos nos supera con creces. Desde que se prejubilieron, su vida es un no parar. Adler no se queda corto, tampoco. En teoría, él aún está en activo, me refiero a que él aún trabaja o, al menos, eso nos cuenta. Cuando mi agenda me lo permite, todo hay que decirlo —el apodo de ministra me lo he ganado por algo—, también suelo hacerme mis escapaditas, por lo que la disponibilidad es mínima para todos. A pesar de ello, tal y como he comentado anteriormente, hacemos por vernos; al menos, una vez cada dos meses.

Al llegar, me encontré a Nancy y a Malcom en el vestíbulo del edificio.

Estaban a punto de entrar en el ascensor. Acababan de sacar a Michel del cochecito. Ese bebé de solo un año nos tiene y nos tendrá siempre a todos el corazón robado, porque no se puede ser más bonito. Es como un bebé de anuncio; tiene el pelo rubio y unos cristalinos ojos azules que hacen que su rostro parezca angelical, aunque, según sus papis, de angelito tiene lo justo. Ellos se conocieron bailando en la misma escuela en la que lo hicimos el resto, aunque yo, en esa época, ya no iba a clase.

Lo bueno de seguir quedando, hizo que ella y yo coincidiéramos. A Malcom, reconozco que ya lo tenía más que visto porque fuimos pareja de baile durante un tiempo y compartimos las coreografías que nos montaba Marlene, la *profe*.

Luego os hablaré de ella.

Nancy es una tipa extraordinaria, dirige una ONG, y Malcom es jefe de logística en una empresa importante dedicada al reciclaje de papel. Estoy convencida de que el pequeño Michael hará algo grande el día de mañana porque, con unos papis así, la genética buena la lleva asegurada.

Sin genética, también lo haría porque todas las mujeres que le hagan una entrevista de trabajo van a caer rendidas a sus pies al verle los ojos.

¡Ufff, qué bonito es, por favor!

Cuando el ascensor llegó al rellano, nos encontramos la puerta del piso entreabierta, preparada para que pudiéramos entrar. Una vez dentro, dejé a Malcom y a Nancy que aparcaran el cochecito del pequeño Michel mientras yo me dirigía hacia el salón, un habitáculo muy grande, ubicado cerca del recibidor, que tiene una forma muy peculiar. No tiene el típico esquema de salón rectangular ni cuadrado; más bien, parece un pentágono. A su derecha, está la puerta de la cocina. Al noreste, se abre una gran terraza que bordea todo el piso. En la parte frontal, en la pared principal donde se encuentra la televisión y a la izquierda de la zona del comedor, hay unas puertas que conducen a los distribuidores de las habitaciones y a los dos cuartos de baño.

En la mesa del salón encontré a Jack y a Lindsay, frente a un vermú.

—¡Almita! —gritó Jack al verme, abriendo los brazos de par en par.

Debéis saber que a los componentes de este grupo nos gustan la efusividad, los abrazos y los achuchones. Los besos tampoco pueden faltar. Somos un grupo cálido y cercano, algo que, por otra parte, me encanta.

—¡Jack, bonito, ¿qué tal?! ¿Cómo estás?

—Como un tren, nena, ¡como un tren! —respondió, mientras sus manos

recorrían de arriba abajo su cuerpo serrano—. Observa.

Lindsey, su mujer, me miró con una divertida sonrisa dibujada en los labios y con los brazos también abiertos, anunciando que había llegado su turno para saludarme.

—No le hagas ni caso, Alma, no tiene abuela.

Sonreí.

—¡Os he escuchado! —exclamó Jack—. Tened claro que no se puede negar lo evidente.

Las dos negamos con la cabeza, en respuesta a ese último comentario. Definitivamente, Jack no tiene remedio, aunque eso es lo que más me gusta de él: su efusividad, su sonrisa, su alocada forma de expresarse...

Jack y Lindsey son una pareja que nunca me cansaré de observar. Me encanta contemplar las muestras de cariño que se dedican entre ellos. Cualquier momento es bueno para una caricia o una mirada provocativa. Parecen recién casados, aunque no se dedican mimos chorras. No, no. Ellos tienen clase. Por eso los admiro tanto. Bueno, y por más cosas también.

Me dirigí hacia la cocina y me encontré con Adler y los anfitriones de la casa.

—¡Qué bien huele! —exclamé, nada más cruzar el umbral de la puerta.

—Alma, guapa, ¿cómo estás? —inquirió el homenajeador al verme.

—Muy bien, Jeff. Y ¿tú? ¿Qué tal, cumpleaños? Por cierto, ¡muchas felicidades!

—Gracias, guapa. —Me dio un beso en la mejilla—. Pues estoy muy contento. Con ganas de fiesta y de paella. No se cumplen sesenta primaveras todos los días.

—¡Ya te digo!

—Pero qué mona va esta chica siempree —vociferó Charlize, haciendo que en mi rostro apareciera una gran sonrisa. Siempre tiene un piropo bonito preparado para mí.

—¡Hola, guapa! —la saludé, regalándole un beso y un gran abrazo.

Cuando os digo que los miembros de este grupo son personas extraordinarias, no exagero ni una pizquita.

—Bueno, ¿a mí cuándo me toca? —oí decir a Adler, mientras yo abrazaba a Charlize.

—Estos chicos son unos ansias —me susurró Charlize al oído—. Ve a abrazarlo, Alma, que si no la paella corre peligro.

Reí otra vez.

—¡Hola, bonito!

—¡Ven aquí, bombón!

—¿Hacemos un sándwich? —preguntó Malcom desde la puerta de la cocina, mientras yo, que estaba de espaldas, abrazaba efusivamente a Adler.

—¡Nooo! —grité yo, tratando de frenar las intenciones de los dos—. ¡Estaos quietos, que os veo venir!

En clase de baile se aficionaron una temporada a hacer un sándwich conmigo en el centro. Yo era la chicha, y ellos las rebanadas de pan. Captáis el plan, ¿verdad? Pues eso, a la que me veían despistada con alguna musaraña de las mías, se acercaban poquito a poco como dos hienas y ¡zasca! ¡Refregón que te crio! ¡Menudo par! Qué le vamos a hacer, nadie es perfecto.

—¿Dónde están los demás? —le pregunté a la anfitriona—. ¿No han llegado aún?

—Marlene está en la terraza con Madison, que están preparando la mesa.

—Ah, genial, pues voy para allá, que son las únicas que me quedan por saludar.

Salí de la cocina por la puerta que conectaba con la terraza y me tropecé con Jack, que hacía el recorrido a la inversa.

—Si quieres volver a saludar a un cuerpo serrano —comentó, guiñándome un ojo con picardía—, aquí me tienes.

—No tienes remedio, Jack —musité yo entre risas.

—Este hombre es como el abuelo cebolleta —comentó Charlize.

—¡Pero con mejor cuerpo, bonitas!

En ese momento, todos los que ocupaban la cocina, incluida yo, comenzamos a reír.

Jack es un cachondo mental. Recuerdo que en las clases de baile siempre nos la liaba y terminábamos riendo. Aquellas clases tenían un plus de risoterapia que a todos nos encantaba. En ese grupo había mucho talento.

—Hola, guapas —le dije a las dos que me faltaban por saludar.

—Alma, bonita, ¿qué tal? —Madison se acercó a mí y me dio un abrazo de oso. Esa pequeña mujer tiene una fuerza desmedida. Sus abrazos contrastan con esa linda y delicada figura que tiene. Como yo le suelo decir, su fuerza se debe a su exuberante melena rizada, algo parecido a lo que le ocurría a Sansón.

Madison tiene un saber estar y una elegancia en su forma de expresarse

inigualables. Todo lo que comenta parece tener un doble de rigor. Sí, sí, de verdad. Utiliza una mezcla de contundencia y delicadeza que muy pocas personas saben utilizar.

Definitivamente, me encanta.

De los brazos de Madison pasé a los de Marlene, mi profesora y amiga, la mujer que tanto admiro y quiero. Me encantan esos besos tan auténticos y efusivos tan suyos que siempre me da.

Marlene tiene una capacidad de liderazgo brutal. Si tiene que hacer volar un zapato por encima de la cabeza de alguien para cuadrar su atención, lo hace. Y os aseguro que no le tiemblan ni las pestañas. A ella le debemos todos nuestros conocimientos bailongos. Todos la admiramos por su faceta profesional. Esa máquina de movimiento corporal tiene, además, un corazón enorme. Creo que me he quedado corta. Su corazón es grandioso.

Aunque resulte repetitivo, quiero haceros ver que cuando os digo que todos los miembros del grupo son personas increíbles, no es por exagerar. Con ellos siempre sientes el cariño sin filtros ni capas.

Os aseguro que yo hago todo lo que está en mis manos por estar la altura de semejante grupo.

Después de tomar el vermú en el salón y de compartir charlas de pie, llegó el momento de sentarnos a comer en esa mesa espectacularmente bien vestida y llena de cosas sabrosas que nos esperaba en la terraza.

Una vez estábamos cada uno ocupando nuestro asiento, empezamos a degustar los aperitivos. Luego le llegó el turno a la paella y, casi solapada, a la pregunta que ya venía siendo un clásico en nuestras reuniones.

—Alma, ¿algún capítulo nuevo que contar?

¿Os imagináis quién fue el que preguntó?

Pues no, no fue Jack. Esa cuestión es un clásico de Jeff, el anfitrión y homenajado de aquel día.

—Que conste que esta vez te hemos dejado un poco más de tiempo para experimentar —comentó mordaz, tratando de poner la puntilla a su pregunta anterior.

Y así fue.

Hacía algo más de cuatro meses que no nos reuníamos. Aquella había sido la primera vez que habíamos roto la norma de los dos meses. Somos un grupo grande y, como he comentado anteriormente, cuadrar las agendas es toda una aventura. De hecho, aquel día habíamos tenido una baja: Vivian. Ella había

asegurado que se pasaría, aunque fuese a la hora del café, pero finalmente no pudo ser. Creo que el culpable de su ausencia fue algún cubano que le robó más de un baile la noche anterior, pero eso es ya otro cantar.

—Sí, Jeff —afirmé—. Vengo con una historia que aún me hace estar indignada, sorprendida y, supongo, que asombrada también porque, aun hoy, no entiendo cómo me pudo pasar eso a mí.

—Nena, menos misterios y más soltar prenda. —El que dijo eso fue Jack.

Inspiré hondo y comencé a relatar:

—Bueno, pues todo empezó cuando volví a registrarme en una aplicación de esas que sabéis que están de moda para encontrar pareja y... Por cierto, chicos, esta paella os ha quedado de muerte. —Todos estuvieron de acuerdo con mi último comentario—. A lo que iba... Una amiga me habló sobre una web nueva que está pegando fuerte últimamente. Ella ha tenido ya tres citas y, salvo una que salió rana, el resto han sido muy divertidas. Según sus palabras, los dos chicos fueron muy amables con ella y, aunque no llegó a haber *feeling* entre ellos, siguen en contacto por el buen rollo que se generó cuando se conocieron.

—Sigue —sugirió Jack.

—Yo le dije a mi amiga que no quería apuntarme a una web para tener más amigos. Pensad que no tengo tiempo ni para quedar con los que tengo.

—Pero te convenció.

—Sí. —Sonreí—. Confieso que no le costó mucho, las cosas como son, porque esa misma noche me registré. Al poco rato de hacerlo, comenzaron a llegar los primeros mensajes.

»Al principio, no hubo ninguno que me llamará la atención. Y me aburrí. —Todos me miraron con los ojos abiertos de par en par—. Sí, lo sé. Lo reconozco. Ya sabéis que la paciencia no es mi fuerte.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Charlize.

—Abandoné la aplicación y me fui a buscar una novela que tenía a medio leer: *En la oscuridad o en tu corazón*. Si no la habéis leído, os la recomiendo. Es espectacular. La mala tiene un nombre que me chifla y... Bueno, da igual, que no me quiero enrollar.

»Al día siguiente, al mediodía, cuando iba de camino para comer con unos amigos, estando en el metro y a falta de la novela que me había dejado en casa, se me ocurrió abrir la aplicación de la página de contactos donde me había registrado la noche anterior y empecé a revisar los mensajes nuevos que

habían llegado. Me llamó la atención uno en particular. Ojeé el perfil del candidato. Creo que no me quedó nada por revisar. Parecía bastante correcto, así que le contesté al saludo.

»No había llegado a la siguiente parada de metro cuando recibí un nuevo mensaje en respuesta al saludo que le acababa de enviar. A ese mensaje le siguió una breve charla a través del chat de la aplicación que duró hasta que llegué al lugar donde me esperaban para comer. Así que tuve que decirle que continuaríamos hablando, si le apetecía, en otro momento.

—¿Y cómo reaccionó él? —quiso saber Jack.

—Bien. Me sugirió que le pegara un toque cuando terminara mi reunión y me avisó de que, si no me contestaba al instante, que lo siguiera intentando. En ese momento, iba a entrar al gimnasio.

—Mmm... —Charlize apoyó los codos sobre la mesa y alzó las cejas rítmicamente, haciendo que en mi rostro apareciera una sonrisa de oreja a oreja.

—Por descontado —proseguí—, le dije que me parecía bien y que me pondría en contacto con él a través de la aplicación una vez que terminara mi reunión.

—¿Le escribiste? —se interesó Adler.

—Claro que sí. Estuve hablando con él a través del chat de la aplicación durante tres días. Conversamos de muchos temas, entre ellos, sobre su profesión. No os lo vais a creer. Ese hombre se dedica a la venta de frutas exóticas al por mayor.

—¡Joder, qué puntazo! —exclamó Marlene.

—Había rapidez y agilidad en sus respuestas, eso me gusta, ya lo sabéis, y, aunque parezca algo sencillo, muchas personas no se sienten cómodas al hablar por mensajes y te dicen que prefieren quedar personalmente. Incluso una llamada de teléfono previa a quedar con alguien es más importante para mí que conocer al susodicho al natural. Creo que todo tiene su momento, pero...

—Pero... —repitió Adler, intrigado.

—Una vez conocí a un tipo, también por uno de estos chats. He de reconocer que el hombre en cuestión parecía un buen tipo. Sus mensajes me confirmaron que estaba en lo cierto, pero a mí aquel hombre no me acababa de gustar. Las conversaciones me aburrían bastante y no le pillaba la chispa. En fin, que un día me dijo que quería hablar conmigo por teléfono y, tras meditarlo concienzudamente, acepté. Me dije que, quizás, aquella iba a ser la

prueba de fuego que me iba a permitir ver algo más en él. Ya sabéis... Cuando la voz de una persona te llama la atención, puedes cambiar tus ideas y... Da igual. La cuestión es que hablar, hablamos. Lo justo, eso también, porque entre sus nervios y su acento cerrado, aquí servidora pillaba lo justo, la conversación fue de lo más caótica. De hecho, hubo algún momento en el que pensé: «Dios, que la vas a cagar en alguna de tus respuestas, Almita; que como digas que sí a algo que debería ser que no, la vas a liar parda».

»Fue toda una odisea para mí entenderlo. Os aseguro que mis caras hablaban por sí solas. Afortunadamente, él no podía verme, pero yo sí que notaba las gotas de sudor en mi rostro por intentar entender qué coño me estaba contando.

»Ufff —resoplé—. Madre mía, qué mal lo pase, chicos. El tipo se comía las palabras y, al final, tuve que hacerme la loca y decirle que se estaba cortando la conversación porque yo no tenía una buena cobertura donde estaba. La cuestión, en realidad, es que yo no podía más. Estaba a punto de estallar de la risa.

—Eres un caso, Alma —afirmó Jeff.

—Por lo menos no me quedé con las ganas de intentarlo —me justificué—. Él, por otro lado, insistió en seguir conversando, aunque fuera por WhatsApp, pero fui incapaz. A pesar de que le puso mucho énfasis a su petición, de hecho fue del todo reveladora para mí, no pude mantener por más tiempo el contacto con él. Ese hombre no era para mí. «Alma, no te he contado que, aparte de ser economista, tengo también una explotación de cerdos —insistió él—. Niña, ¿por qué no quedamos y te la enseño? ¡Ya verás como mi jamoncito te va a chiflar!».

»Aluciné en colores. No tuve más remedio que contestarle que yo soy más de zanahorias. —Todos comenzaron a reír a carcajadas—. Literal. ¡Esa fue mi respuesta literal!

»Definitivamente, si algo me dio, fue pena por esos cerditos y... ¡qué coño! Que yo no me veía con mis tacones en una granja de cerdos. —Las risas estallaron nuevamente—. En fin, ¿queréis que continúe narrándoos mi cita con el frutero?

—Sí, por favor —sugirió Marlene sin poder contener la risa.

—Con el frutero fue todo lo contrario que con el economista granjero. Cuando os digo que a mí me van más los plátanos es por algo. Su voz era masculina a más no poder. El tono contundente y seguro. He de reconocer que

cuando hablé con él por teléfono no me quedé corta porque... ¡estaba en mi salsa! Su agilidad verbal también resultó ser muy atractiva. Los temas que quisimos compartir los días posteriores a esa primera conversación telefónica fueron cada vez más interesantes.

»De ahí pasamos a una rutina diaria. Un mensaje por la mañana de «buenos días» seguido de un intento de charla a media mañana que no siempre era posible, pero que, al menos, por su parte, no dejó de intentar. Después de comer, siempre antes de volver a entrar en la vorágine de mi trabajo, me buscaba de nuevo con algún mensaje bonito. Recuerdo, incluso, que un día me hizo emocionar de lo lindo con una ópera. —Todos volvieron a abrir los ojos de par en par—. Sí, sí, con una ópera. Habéis escuchado bien. Me mando un fragmento por teléfono de *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi, para que la pudiese disfrutar. Y lo hice. ¡Vamos, que si lo hice! Mis hormonas también colaboraron para que no quedase ninguna emoción en mi interior, todo sea dicho de paso.

»Aquel hombre me habló de la importancia que tenía para él esa pieza operística y, os lo aseguro, eso también logró emocionarme mucho.

»Cada día, después de cenar con su hijo, pedía poder conversar un rato conmigo. Recuerdo oír de fondo al niño; y, a él, decirle que salía un rato al balcón para tomar el aire y charlar con una amiga de ciertos temas de adultos. Me alegré de que no se escondiera del niño y le dijera quién era yo.

»En una semana, me contó cantidad de cosas del crío y de la buena relación que mantenía con su ex. También entramos en el ámbito familiar, aunque, por sus reacciones, intuí que no era un terreno tan cómodo para él. Por lo poco que quiso contarme, dejó claro que la relación con sus cuatro hermanos no era satisfactoria. «Demasiadas cosas te cuento de mi familia, Alma —me dijo—. No sé cómo tienes esa capacidad de transmitirme tanta calma y confianza como para que, sin conocernos en persona, sea capaz de abrirme como lo estoy haciendo».

»Imaginad cuál fue mi reacción. Le dije: «Ray, gracias por la confianza. Yo también me siento cómoda y confiada cuando hablamos. Ya sabes que me apetece mucho que llegue el domingo y podamos conocernos en persona. Ese será el momento en el que podremos comprobar si todo este *feeling*, que parece que por ahora va bien encaminado, sigue manteniéndose en una posición buena y no se desvanece».

—Directa como siempre —comentó Adler.

—Alma, yo lo tengo claro —me dijo—. *Ve haciéndote a la idea de que, a*

partir de ahora, estas conversaciones van a ser parte de tu día a día, no lo dudes. ¡Créeme! Aunque me fijo en el físico, te mentiría si te dijese que no lo hago, te aseguro que lo que más me llena de ti cada día son tus palabras ingeniosas y tu carácter cálido y cariñoso. Admiro mucho el desparpajo que tienes. Si a eso le añado tu físico que, aunque solo lo conozco por foto, sabes que me gusta mucho, eres la hostia. Muy mal nos tiene que ir en esa cita para que nuestro feeling decaiga.

—Y tú, ¿qué le dijiste? —preguntó Marlene.

—Traté de mostrarme tal y como soy.

—¡Dispara! —exigió Jack, obligándome a decir lo que le había dicho yo a Ray, palabra por palabra.

—Mira, Ray, yo soy de realidades y, aunque coincida contigo en muchos aspectos, no voy a estar segura de lo que puede crearse entre nosotros hasta que no te conozca en persona. Evidentemente, hay feeling entre los dos. A los hechos me remito. Yo soy muy natural y tú parece que también. Al menos, esa es la impresión que me ha dado después de todos estos días de conversación telefónica. Pero, insisto, necesito conocerte en persona para saber si tú y yo... Dejé la frase sin acabar, otorgándole cierto misterio.

—¿Y? —preguntó nuevamente Jack.

—Él me dijo que él tenía claro que íbamos a formar una buena pareja y yo, sin poder parar de reír, le contesté que me alegraba por la parte que me tocaba.

»Después de diez noches de intensas conversaciones, llegó el domingo esperado. Quedamos en que yo pasaría a buscarlo con el coche por su casa porque llovía a mares. Él vive cerca. Nos separan poco más de veinte kilómetros. Como era domingo, no pillé nada de tráfico. En poco rato, me planté frente a su bloque de pisos. Aparqué en un vado con las luces puestas por si algún vecino aparecía y aguardé a que bajara. Lo hizo en menos de dos minutos. Se plantó junto a la puerta del copiloto, sin paraguas, esperando a que yo la abriera con rapidez para no quedar empapado por la lluvia.

»¡Qué momento, chicos! Recuerdo que me faltaban ojos para verlo. Deseaba comprobar si las imágenes que me había enviado durante quince días se ajustaban a la realidad. He de reconocer que sí. Aquel día no fue uno de tantos en los que el hombre que aparece en la foto tiene diez años menos que el que acude a la cita.

»Ufff, fueron tan reveladoras esas primeras miradas... ¡Aluciné, chicos!

Sentí la necesidad de descubrir si lo que mi cerebro había imaginado con cada una de las conversaciones e imágenes que había obtenido anteriormente era real.

—¿Lo era? —quiso saber Adler.

—Sí.

—Seguro que esa respuesta va cargada con un *pero*.

—También —admití—. Él también me observó con detenimiento, con una tímida sonrisa en los labios. De vez en cuando, carraspeaba ligeramente, hasta que percibí que su voz se entrecortaba un poco. «¿Dónde está esa voz segura y varonil que acarició mis tímpanos hasta ayer?», pensé. Entiendo que un momento de timidez al minuto uno entra dentro de un estándar. Yo jugaba con ventaja. Ya sabéis que conducir hace que me meta en mi papel y sienta que llevo el mando de cualquier situación. No deja de ser mi coche, mi espacio... y yo la comandante de la nave. Así que, aunque hubiese nerviosismo también por mí parte, quedaba bastante atenuado por esa pequeña ventaja.

»Llegamos al restaurante en poco más de ocho minutos de reloj. Allí me esperaba la primera sorpresa de la noche. Era un local bonito. Se notaba que el espacio había sufrido una reforma reciente. Lo supe al ver los detalles de la decoración, que remataban la tendencia del momento. El salón principal era amplio. Las mesas también tenían un buen tamaño. La mezcla de tonos plateados, dorados, negros y camel le daba un aire muy actual y sofisticado al recinto. Si a eso le añadimos el gran espacio que había entre mesa y mesa, que otorgaba más privacidad para los comensales, ya no podíamos pedir más. Al fondo, en la pared frontal, se divisaban unos grandes ventanales con vistas a la playa. La oscuridad no permitía que pudiésemos ver demasiado el paisaje, pero tampoco era nuestro máximo exponente en ese momento. Aunque el mar es el mar.

»El *maître* nos recibió con una sonrisa. Permitidme que os cuente cómo fue la conversación sin interrupciones, ¿de acuerdo? —Todos asintieron—. Muy bien, allá va...

—*Buenas noches, señor. ¿Cómo está? Veo que viene muy bien acompañado esta noche.*

—*Gracias* —contestó el. Yo completé aquel gracias con una sonrisa de las mías.

—*Tenemos su mesa preparada tal y como nos ha pedido.*

—*Muchas gracias, Andrew.*

—*Si son tan amables, acompáñenme, por favor.*

—Menuda conversación de besugos —oí decir a Jeff, haciendo que mis labios se fruncieran de forma reprobada.

—Shhh... —siseó Adler, mandándolo callar—. Alma, continúa.

—Seguí a aquel hombre. Ray me escoltaba, pegado a mi espalda. Yo no perdía detalle de cada rincón por el que íbamos caminando. Una es observadora, ya me conocéis. Supongo que Ray también iba atento a mi caminar. Cuando llegamos a la mesa, abrí los ojos de par en par y exclamé con una expresión sincera de las mías: «¡Ostras, qué sorpresa! ¡Menudo detalle!». El camarero no tardó en decir que el señor había pedido expresamente que le prepararan la mesa con aquellos acabados. Acabados que, por cierto, él mismo les había facilitado a los dueños del local.

—Eso es un detalle y lo demás son tonterías —bisbiseó Jeff, mientras se metía el tenedor cargado de paella en la boca.

—Shhh... —insistió Adler.

Proseguí con el diálogo que habíamos mantenido Ray y yo.

—*Alma, ¿te gusta?*

—No pude hacer otra cosa más que decirle que sí. Reconozco que no me esperaba aquello. En la mesa habían colocado un cartel con una docena de corazones entre los que aparecía sobreimpreso con rotuladores de colores el nombre de ambos. Todo era un poco hortera, no os voy a engañar, porque yo no soy de colorines, sí de manualidades, pero me pareció un gesto bonito.

—Fue un detalle bonito —afirmó Marlene, mientras se limpiaba la boca con el pico de una servilleta de papel.

—Sí —reconocí, completando mi respuesta con el diálogo que vino después de que Ray, que sostenía una copa decorada también con corazones, me preguntara otra vez si me gustaba lo que acababa de ver—. *¿Y esto?*

—*Ha sido una idea del chef* —anunció el *maître*, con cara de satisfacción y un entusiasmo desbordante que a mí me dejó con las patas colgando—. *Espero que le guste.*

»Madre mía, ¡cualquiera les cortaba el rollo y le decía que eso no pegaba en un restaurante de aquella categoría! En una casa con unos amigos, ni tan mal, pero en un restaurante... ¡Ufff, me pareció una *frikada*, sinceramente! Pero bueno, como soy una amante empedernida de las sorpresas y agradezco siempre la intención, opté por unirme al entusiasmo y lo compartí con los que rodeaban la mesa en aquel momento. Luego, mientras observaba otra vez la

decoración de la copa, le pregunté al *maître* cómo la habían hecho.

»Su respuesta fue clara: «Ha sido muy sencillo. El chef ha dibujado los corazones en las copas con caramelo, y luego les ha aplicado ese polvo de azúcar de color para que tengan relieve». Rápidamente, la parte alocada de mi cerebro me bombardeó con una pregunta de las mías: «¿Y eso me lo voy a tener que meter en la boca?». La parte racional de mi mente no tardó en protestar: «Alma, no seas bruta. Bebe con delicadeza. Quizá, de esa forma, evitarás que se mezcle el caramelo con el vino».

—Alma, seguro que peores cosas te has llevado a los labios —comentó Charlize.

—Lo sé. Por eso consideré que aquel no era el momento más adecuado para ponerse en modo tiquismiquis. La conversación que vino después os la relato tal cual. Escuchad.

—*Vaya, una técnica interesante.*

—Muy interesante —repitió Marlene abiertamente.

—*Alma, ¿nos sentamos?*

—*Uy, sí, sí, perdona. Con tanta sorpresa me había distraído.*

—*Me alegro de que le haya gustado la sorpresa, señorita.*

—*Sí, sí, muchas gracias, Andrew.* —Por primera vez me dirigí al *maître* por el nombre que aparecía en la plaquita que llevaba colgada de la solapa de su americana.

Y él, dirigiéndose a Ray, le comentó:

—*Señor, permítame que le diga que hoy su compañía es muy agradable y hermosa.*

—*Lo sé, Andrew, muchas gracias.*

—¿Y tú qué hiciste al oír eso? —inquirió Madison.

—Lo único que podía hacer; sonreír. ¿Sigo?

—Claro.

—Después de que Andrew anunciara que iba a llevarnos la carta, Ray me preguntó si me apetecía que pidiéramos una botella de vino. Por supuesto, acepté. Os enuncio cómo fue la cosa:

—*Tinto, ¿te parece?*

—*Muy bien.*

—*Andrew, si me traes la carta de vinos...*

—*Por supuesto, ahora mismo.*

»Una vez el camarero nos dejó solos, continuamos con la charla que

habíamos empezado en el coche. La conversación siguió siendo fluida. Su voz segura volvió a aparecer y consiguió que me sintiera muy cómoda. Entretanto, yo me dediqué también a observar cada uno de sus gestos. Su físico, por supuesto, también. La manera que tenía de expresarse, reconozco que era un rato basta, me sorprendió. Está claro que la finura no es el fuerte de ese hombre. —Esta vez fue Madison el que apoyó los codos en la mesa y me observó con atención—. Por teléfono, había conseguido disimular y suavizar su forma de hablar, pero ya sabes... Lo bueno de las citas en directo es que siempre sale la esencia de cada uno. No hay maquillaje que pueda disimular nada. Diría hasta más. En función del grado de alcohol que lleves en sangre, puede salir incluso lo peor de ti.

»En fin —resoplé—, que el muchacho era basto de cojones. Pero teníamos buen rollo y, ¡qué coño!, para fina ya estaba yo. Al menos, en lo que respecta al tema de la vestimenta porque, con la camisa de cuadros que llevaba, parecía un leñador. Un leñador con un perfil muy masculino, todo sea dicho de paso. Algo que, por otra parte, fue ganándome poco a poco.

»El vino fue exquisito. Ray pidió un ribera del Duero que valía una pasta, pero os aseguro que, hoy en día, está en mi lista de favoritos.

»La comida estaba riquísima. Acertamos de lleno con cada uno de los platos que elegimos. Para finalizar, compartimos los postres. Ambos somos muy golosos, más de caprichos que de otra cosa. En mi caso, creo que el vino causó ciertos estragos, sobre todo, a la hora de valorar los postres. Mi risa comenzó a ser cada vez más sonora. Sí que es verdad que el tipo tenía puntazos para arrancarme más de una carcajada, pero ya os digo yo que el vino le facilitó el camino. A ambos, diría yo. Mi descaró, elegante, pero descaró, comenzó también a asomar. Sí que es verdad que mi sinceridad siempre apuesta por complacer al contrario, si este se lo ha trabajado antes, y él llevaba casi quince días labrándose el camino.

»Trajeron la cuenta y él no me dejó hacer el gesto de sacar el monedero. Con su voz basta, aunque varonil, me dijo: *Alma, ni se te ocurra*. —Lo imité—. *Esta noche invito yo. Así tengo excusa para que lo hagas tú otro día*. ¿Eso es lo mismo que te digan que quieren tener otra cita contigo? Yo creo que sí.

—¿Qué contestaste al respecto? —preguntó Marlene.

—Que sí, que contara con ello. La sonrisa iluminó su rostro como símbolo de éxito.

—Normal.

—Chicos, no sé a vosotros, pero, a mí, el lenguaje que no es explícito del todo y deja las indirectas claras, me chifla. Después vienen los acercamientos más íntimos y... ¡Da igual! La cuestión es despejar el terreno. Ya me vais conociendo.

—Demasiado. —Se carcajeó Adler—. ¿Qué te dijo después?

—Me preguntó si nos íbamos a otro lugar a tomar la última. Decidida, le contesté que me parecía genial.

—*¿Vamos a Pencis?* —sugirió—. *Lo tenemos cerca y no hace falta que muevas el coche.*

—*Buena idea, pero antes quiero ir al baño, que esta...* Ya me conocéis. Dejé la frase sin terminar para darle un poco más de misterio al asunto y torneé la espalda con la intención de localizar la puerta del aseo de señoras.

—*Allí, Alma, sales del salón y, a tu derecha, lo vas a encontrar.*

—*Ok, pues ahora vengo.*

—*Te acompaño. Así aprovecho yo también para entrar al cuarto de baño.*

—*¡Wow, Alma, esto se pone interesante!* —exclamó Charlize.

—*¿Interesante?* Chicos, no me dio opción a negarme. Recuerdo que, en ese momento, lo miré fijamente y que le dejé muy claro, sin abrir la boca, que cada uno íbamos a entrar en el aseo correspondiente. Sentí que el señor vino se había apoderado de sus labios y había hablado sin pedir permiso. A ver, que no lo digo porque no pueda compartir un baño, pero a mí me gusta tener ese momento íntimo para hacer balance frente al espejo de cómo avanza la noche cuando estoy disfrutando, o no, con una cita. No pongáis esa cara. A las mujeres nos encanta retocarnos el maquillaje después de lavarnos las manos. Siempre hay algo que se puede mejorar: el color de labios, los brillos de la frente... En fin, que yo soy así y, como dice la canción de Alaska... «nunca cambiaré».

»Decidida, salí del baño y busqué a Ray. Casi me atraganto con la imagen con la que se tropezaron mis ojos. Ese hombre estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados a la altura del pecho en una pose un tanto chulesca.

»En ese momento, mis ojos se fijaron en unos detalles de su vestimenta que, por poco, me hacen caminar hacia atrás como la niña de *El exorcista* y entrar en el baño para pedirle explicaciones al espejo. —En ese momento, todo el grupo soltó los cubiertos sobre la mesa. La expectación estaba

garantizada—. Bueno, bueno, buenooo... «Respira, Almita, ¡respira! —dije en voz baja—, que el leñador que tienes delante, con camisa de cuadros, cazadora de piel negra dos tallas más grandes, vaqueros desgastados aceptables y esas... esas botas de mierda van a regalarte una gran historia para tu libro. Seguro». No os podéis hacer a la idea de lo feísimas que eran sus botas. Joder, pero si no las llevaba ni atadas. Eran muy parecidas a las botas militares. La parte superior, la de la caña, estaba abierta porque los cordones eran demasiado cortos y no llegaban a cerrarlas... ¡Ay, Dios! Allí, allí apoyado y decidido a mostrarme su atuendo con todo su esplendor orgulloso, estaba el hombre que había empezado a tartajear por los nervios cuando lo recogí en su portal. Y yo, que había hecho caso omiso a las exigencias de la parte racional de mi mente, lo observaba boquiabierto mientras caminaba hacia él. Precisamente, en mi cabeza no dejaban de surgir preguntas del estilo: ¿Esa pose medio desgarbada es natural? ¿El vino que he ingerido está haciendo que lo vea más torcido de la cuenta? Llegué a inclinar la cabeza para ver si su cuerpo se ponía más recto, pero nada cambió.

»Cuando lo tuve cerca, tragué saliva. Notarlo no sé si lo notó, pero que lo hice os lo puedo asegurar. Justo después, recogimos el paraguas y abandonamos el restaurante.

»Recuerdo que aproveché de manera delicada, eso sí, para agarrarme del brazo y hacer que nuestros cuerpos redujeran distancias para que el único paraguas que nos resguardaba de la que estaba cayendo no nos mojara.

»También os confesaré que, en el recorrido hasta el pub, logró hacerme reír en varias ocasiones. Si os soy sincera, allí volví a ver al hombre que me había acompañado durante la cena. Leñador o no, su masculinidad ganó por goleada. Ya sabéis que me encantan los tipos masculinos, pero leñadores desgarbados no, ¿eh? Que quede claro. Total, que con la oscuridad, esas botas de mierda no destacaban demasiado y... en fin —resoplé—, entramos en el pub. Creo recordar que nunca he visto el Penci's tan vacío. Claro, si tengo en cuenta que era domingo y la gente no suele salir tanto como un sábado, y menos a esa hora que aún era temprano para lo que normalmente suele ser una hora punta, no es tan raro. Da igual. La cuestión es que, como había tan poca gente, no nos costó nada que nos sirvieran un par de copas. Yo me pedí una tónica porque quería llevar el coche de vuelta a casa sin tener ningún resto de alcohol en mi cuerpo. Él se pidió un cubata.

—*Esta ronda la pago yo* —le dije de manera sutil y contundente a la vez.

Y no me hizo falta observarlo demasiado para comprender que él volvía a tomar nota de cada una de mis palabras.

»Levantamos nuestras copas, brindamos mirándonos a los ojos, bebimos...

—¿Y? —se interesó Adler.

—Buena pregunta. Solo recuerdo que nuestras miradas se cruzaron en el momento de saborear mi bebida. Ver cómo depositaba el vaso en la barra y me arrebatava el mío de la mano con sutileza para depositarlo junto al suyo me provocó un escalofrío. Decidido, se acercó a mí y, sin pensarlo ni un segundo, se lanzó a besarme como si la vida le fuese en ello. ¡Qué barbaridad de deseo y pasión! Reconozco que yo no me quedé corta. Ese tipo sabía besar bien —afirmé con una risilla pícaro dibujada en los labios—. Y ya sabéis lo que me ocurre cuando alguien sabe apoyar la boca sobre la mía y hacer que en mi estómago comiencen a revolotear las mariposas.

—Sueles animarte —susurró Charlize.

—Siempre. Sobre todo, para estar a la altura.

—Ay, esa loca...

—Sus manos rodearon mi cuello —proseguí con mi exposición—. Se ayudó de ellas para acercarme más a él, mientras yo entrelazaba los dedos en su pelo y me dejaba guiar, casi sin aliento, en aquel baile de lenguas tan sensual. Sin embargo, todo se fue a la mierda en un momento.

—*¡Para, para, que aquí hay demasiada pasión!* —exclamó cuando mis hormonas comenzaron a desatarse.

—Te cortó el rollo, vamos —intervino Jeff.

—Totalmente. Le pregunté por qué me decía aquello, entre alucinada y sorprendida, y lo único que conseguí es que mirara hacia otro lado. Mi cabeza iba rápida, pero no llegaba a comprender, y eso que mi cabeza siempre va rápida, por qué había dicho aquello de que había demasiada pasión entre nosotros. Vamos, aquel día era lo último que me faltaba por escuchar.

»Cuando intentó arreglar la situación, rodé los ojos hacia atrás y dije por lo bajini: «*Joder, a ver con qué sale este ahora...*». Su justificación no tardó en llegar. Os cito literalmente:

—*Alma, me gustas mucho.*

—*Pues eso no creo que sea un problema. Yo también estoy cómoda contigo, y creo que habrás podido hacerte una idea con lo que acaba de suceder.*

—*Sí, sí, lo sé. Por ese motivo, precisamente, prefiero decirte algo que no*

te he contado aún.

—*¡Joder, no me digas que estás casado, que...!*

»Sin dejar que acabara la frase, me volvió a besar. Luego me dijo:

—*No, no. No estoy casado, no es eso.*

—*Pues, ¿qué es? Suéltalo ya, Ray, que me estas poniendo nerviosa.*

—*No tengo la edad que te dije.*

—Recuerdo que hasta me reí. ¿En serio le preocupaba haberme mentido con algún año? Aquello era surrealista.

—*Alma, tengo cinco años más de los que te confirmé por el chat.*

—¿Tú qué hiciste? —me preguntó Adler.

—Simplemente le contesté que lo podría resistir. Esa fue mi respuesta rápida y contundente. Y para no dejarlo con ninguna duda sobre mi comentario, lo agarré con firmeza y lo besé como si aquel fuera el último beso que fuera a entregar en toda mi vida. Ya sabéis cómo soy yo. Si me dan pistas, aprendo rápido.

»Después de estar casi una hora más hablando, besándonos y rozándonos con cautela, porque a él lo noté, ¡vamos si lo noté!, súper emocionado, recuerdo que volvió a decir que entre nosotros había demasiada pasión. Empecé a cabrearme.

—*Alma, mañana madrugo. Quizá, deberíamos ir tirando, ¿te parece?*

—*Sí, sí, empieza a ser tarde. Vamos, vamos.*

»Conduje hasta su casa y nos despedimos en el coche. Yo tenía claro que aquella noche él no quería llegar más lejos.

—*Alma, recuerda que me debes una cena.*

—*Tranquilo, que de memoria voy bien. Mañana no puedo porque trabajo hasta tarde, pero, si te apetece y puedes, el martes podemos quedar.*

—*Perfecto, por mí, el martes está bien.*

»Y con esas últimas palabras y un beso de despedida más rápido, nos despedimos. Por la mañana, recibí un mensaje de «buenos días» tal y como me tenía habituada. Al mediodía, reservé mesa en un restaurante para el día siguiente. Y le pasé un mensaje con la reserva, la hora y la dirección del lugar. Él, al cabo de un par de horas, me contestó con tres caritas sonrientes por WhatsApp.

»La tarde fue muy entretenida y cerré puntual porque me esperaban unos clientes amigos para cenar y hablar de negocios. Al salir de su casa, cogí la moto, no sin antes consultar mi teléfono.

»Su mensaje era claro y conciso: «Alma, cariño, ayer no te lo quise decir, pero yo cobro 250 euros por pasar la noche».

—¿En serio?! —gritó sorprendida e indignada Lindsey.

—Venga, Alma, dime que no es verdad. —Esas palabras fueron de Charlize.

—Yo soy tú y le contesto: «mira, nene, mi tarifa son 500 euros, así que tú verás. Ve haciéndome la transferencia o no me ves ni por vídeo llamada» —dijo Jack.

—No me lo puedo creer. ¿Después de toda esa puesta en escena durante quince días? —Madison abrió los ojos de par en par—. ¿En serio, Alma?

—Pues si hace números y resta la cuenta del restaurante, que pagó a la tarifa del polvo, le deja muy poco margen —comentó Jeff, que de números entiende un rato.

—Eso mismo le contesté yo, Jeff. Porque, como comprenderéis, mi indignación no me hizo estar callada.

»Lo llamé al momento. Eran las once y media de la noche, pero me importó una mierda. Como era de esperar, no me contestó. De acuerdo que madrugaba, pero me pregunto cómo alguien puede lanzar un mensaje de esa índole y dormir tan tranquilo sin haber recibido respuesta de la otra parte. No lo entiendo. Si os soy sincera, se me pasó por la mente que pudiese estar gastándome una broma. Digo yo que, en ese caso, te esperas despierto para que la otra parte no te mande a tomar por culo, despotricando lo más grande. Este mundo está fatal.

»Durante días, no dejé de pensar en la sangre fría que había tenido en cada una de las conversaciones compartidas. Os juro que parecían sinceras y, hoy en día, aún creo que quizá lo fueron. Llegado el momento de nuestra primera cita, supongo que hubo cosas que no le gustaron de mí y pensó que podía ser una manera de escaquearse. Y, ya puestos, ¿probar negocio? ¡*Bluff*! Sí, *bluff* porque esto es para mear y no echar gota. ¿Me vería cara de rica para alquilar sus servicios?

»En fin, si algo os puedo decir es que me quedé bastante descansada con el mensaje que le escribí, pues menuda soy yo para que jueguen con los sentimientos de alguien. Más aún, cuando lo hacen frente a un menor como su hijo.

»Por la mañana, después de comprobar que había leído mí WhatsApp y percatarme de que no me había contestado, dejé que se me pasara el cabreo.

Por la tarde, insistí con el teléfono. En ese momento no recibí respuesta a la llamada, pero lo hizo al cabo de dos horas, mandándome un mensaje de WhatsApp que contenía un par de emoticonos: una carita con gafas de sol y una manzana como símbolo de la tentación. Los acompañaba un pequeño texto que decía: «¡Oh, qué bien, me has vuelto a llamar!».

»Pensé: «¿Qué *bien* ni qué niño muerto? ¡Este tipo es idiota si se cree que me lo he pensado y voy a contratar sus servicios! ¡Pero ¿estamos locos?! ¡Dios, me pregunto qué tipo de persona tiene que ser para utilizar una red social, invertir durante quince días energía para diariamente ir conquistando a la posible clienta y encima hacerlo delante de su hijo!».

»En fin, pensé que esto nunca me iba a pasar a mí, pero me equivoqué, por lo visto. Así es la vida, ¿no? —Todos asintieron con un sutil cabeceo—. Y que conste que me parece lícito que cada uno haga con su cuerpo lo que quiera, pero que en los planes de conquista pongan a un menor de por medio para hacer más creíble la situación, eso sí que me parece patético e increíble.

»Me voy a quedar con la parte buena de toda esta historia. Vivir quince días sintiéndote la protagonista de una novela romántica, con sus escenas eróticas incluidas, no está tan mal. Y, si encima me invitan a una cena exquisita y a tomar un vino excelente por un coste cero, ¿qué más quiero?! En una novela, como mucho, logran hacerme vibrar, pero de catar la cena ¡nada de *na*!

»Una vez oí por ahí una expresión que dice: «donde quiera que vayas, ve con todo tu corazón». Chicos, os aseguro algo... desde aquel día, me muevo por la vida atendiendo a esa frase, aunque, a veces, vaya acompañada de cautela y un poco de mala hostia.

Una Lupa, Por Favor

Recuerdo perfectamente que era martes porque tenía clase de cocina japonesa. Me acordaré siempre de ese día por dos cosas muy singulares. En realidad, a una de ellas la definiría como importante, ya que Mizuki, mi profesora de cocina, en aquel momento, se ha convertido en una de mis grandes amigas.

La clase empezaba a las dos en punto, como siempre, pero a mí aquel día me fue imposible ser puntual. Los grupos eran reducidos y dinámicos, algo que yo siempre he agradecido un montón. Formar parte de un grupo muy amplio hace que la esencia de una clase se pierda.

En principio, me apunté a clases de cocina por pura curiosidad. Todo lo que tenga que ver con Japón y sus costumbres me fascina; su comida es mi pasión. Aprender a hacer alguna receta un poco creativa me pareció divertido. Lo que nunca pude imaginar es que la situación se me fuera de las manos. El curso, que en principio iba a ser de tres meses, se alargó hasta los dos años y medio.

Mizuki es una *crack*. Sus clases son magistrales.

¡Siempre!

Es una mujer que hace lo difícil sencillo. Es, sin duda, muy práctica. Y rápida también.

Esas son algunas de las cualidades de ella que aún, hoy en día, siguen asombrándome de ella.

La cosa cambia sustancialmente cuando soy yo la que está en plena faena. Os aseguro, y no me duele en prenda reconocerlo, que cuando la complejidad

empieza a asomar —de tiempos rápidos mejor ni hablar porque mi puesta en escena es con otros tempos—, me vuelvo loca.

Aun así, no voy a ser tan tonta de no echarme alguna florecita encima. Atendiendo a la opinión de alguno de mis comensales, todo lo que cocinaba por aquella época estaba buenísimo. De hecho, había algún valiente que incluso repetía. Por algo será, ¿no?

Hoy en día, sigo cocinando, pero no al mismo ritmo de entonces. Si la memoria no me falla, por aquella época organizaba cenas en mi casa cada fin de semana. Siempre había algún invitado al que sorprender. Incluso en más de una ocasión recorrí kilómetros con el coche para cocinar en casa de unos amigos. Por supuesto, también en la de algunos familiares. A ellos los tengo siempre en la posición *number one* de la lista.

Imagino que más de uno estará diciendo: «¡Qué exagerada! ¡¿Cada fin de semana?! Ufff, como si esta tía no tuviese nada más que hacer o compromisos que atender».

Os respondo rápido a eso.

Soy una mujer que tiene muchas destrezas, sobre todo, a la hora de organizar mi tiempo. Cada fin de semana abría las puertas a mi imaginación y me dejaba atrapar por la satisfacción de cocinar para quien estuviera dispuesto a disfrutar de mis platos. Recuerdo que, incluso me encargué de elaborar el cáterin para alguno de los eventos que forman la BBC —bodas, bautizos y comuniones—. Es lo que pasa cuando se tiene un grupo de amigos muy extenso, mucha energía para cocinar y no tienes a un novio cansino pegado a tus faldas reclamando todo tu tiempo. Reconozco que durante el curso, no encontré al chef de mi vida.

Una tarde, una vez terminada la clase, observé que algunos de mis compañeros se acercaban a Mizuki para desearle que se mejorara su hermano. Como yo había llegado cinco minutos tarde, supuse que ella había dado alguna explicación antes de empezar la clase, algo extraño, por otra parte, ya que es muy suya en cuanto a temas personales se refiere.

Con la curiosidad burbujeando en mis venas, me rezagué recogiendo los platos para tener la oportunidad de conversar a solas con ella. Aquel día, la sonrisa no había lucido de la misma manera en su rostro y sus ojos parecían tristes.

—Mizuki, perdona.

—¿Sí? —Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa forzada al verme.

—He observado que todos te han preguntado por tu hermano. ¿Está enfermo?

—Alma, ¿tú sabes quién es mi hermano?

—¿Tu hermano? —Me llevé la mano al mentón, pensativa—. Ostras, pues ahora que lo pienso no.

—Es médico y trabaja en un hospital.

Aquel detalle insignificante no me reportó nada de información. No sucedió lo mismo cuando me explicó que ella era su hermanastra y que él era el exmarido de una íntima amiga de mi madre. En ese momento, me quedé helada. ¿Cómo iba yo a imaginar, ni por asomo, que ella, una japonesa, tuviera un hermano que casi le dobla la edad?

—Mi hermano es quien tú te imaginas, Alma.

—Pero...

—Ya ves. A pesar de sus rasgos europeos, es mi hermano.

—Vaya... —Suspiré—. ¡Qué sorpresa, Mizuki! ¿Sabes que mi madre era íntima amiga de su exmujer?

—¿De su ex? —Asentí—. Alma, ¿de qué me estás hablando? Creo que te confundes. Mi hermano nunca ha estado casado. ¿No habrás confundido a esa mujer con Alice, su última pareja?

—No, no. Alice no se llama. Es Megan. Me-gan —articulé, enfatizando las dos sílabas del nombre.

—¿Megan? —Moví la cabeza afirmativamente—. No recuerdo a ninguna Megan. Creo que te confundes, Alma.

—Que no, que no... Pero si yo fui una vez al hospital con mi madre y Megan cuando era muy pequeña, mucho antes de que ella tuviese al bebé.

—¿Bebé? Pero ¿se puede saber de qué estás hablando? Mi hermano no tiene ningún hijo.

—¿Cómo? —Abrí los ojos de par en par.

—Que mi hermano no tiene ningún hijo.

—Sí, sí. Te he oído, pero ¡no puede ser! Yo estoy segura de... A ver, que hablo de hace muchos años, pero, si no recuerdo mal, ya estaban divorciados. —Al ver su cara de asombro, me llevé las manos a la cabeza y exclamé—: ¡Ay, Dios, que acabo de meter la pata hasta el fondo, ¿verdad?!

—Alma, te juro que no sé de qué me hablas.

—Mizuki, yo era muy pequeña. Aun así, recuerdo que mi madre hablaba muchísimo con Megan. No sé por qué cortaron, lo reconozco, pero sí me

acuerdo perfectamente de que tu hermano no estaba convencido de la relación. Deseaba alejarse de ella. Al poco de saber que Megan estaba embarazada, tuvieron una discusión y dieron por finalizada la relación. —El rostro de la japonesa, dulce, casi angelical, se transformó de repente, mostrándome el de una mujer mucho más seria, más fría, más distante—. Da igual, Mizuki. Luego le pregunto a mi madre y te cuento.

—Alma, mi hermano se está muriendo de cáncer. Nunca me ha comentado que tenga hijos. Esto que estás diciendo es muy fuerte.

—Sin duda —musité avergonzada.

—Si fuera cierto, tendría un heredero. ¿Entiendes la gravedad de la situación? Si esto que me acabas de decir fuera cierto, se...

—Ese chico existe, Mizuki —le corté, dejándola con la palabra en la boca—. Solo lo he visto una vez, eso sí, pero ese niño es tu sobrino. Si quieres más pruebas, yo las consigo. No hay problema. Pero lo puedes encontrar tú misma en la facultad de medicina. Está claro que la genética familiar, una vez más, facilita que el legado familiar continúe.

Mis palabras debieron avivar su curiosidad puesto que no tardó en preguntar:

—Alma, ¿puedo hablar con tu madre?

—Claro, por supuesto —respondí tajante. A lo que, y después de sentir una pequeña duda pululando entre mis pensamientos, añadí—: Pero, si no te importa, me aseguro yo antes de todo, ¿te parece? No quiero meter la pata, no vaya a ser que eso que yo daba por hecho con toda normalidad no sea cierto.

—Ok, toma nota de mi teléfono. —Lo anoté—. Y llámame cuando hables con tu madre, por favor, para quedarme tranquila. Estoy convencida de que todo esto no es más que una confusión.

—Claro, claro, no te preocupes.

Al cabo de unos meses, padre e hijo se pusieron cara, aunque ese gesto no fue más que un breve acercamiento de dos desconocidos que continuaron decidiendo ser dos personas sin ningún vínculo de unión, salvo el profesional.

Donde sí surgió un vínculo especial fue entre Mizuki y yo. Ella agradeció mi insistencia y la seguridad que demostré el día que le anuncié que su hermanastro había mantenido una relación clandestina con Megan.

Cuando conoció a su sobrino, no le hizo falta ver, ninguna prueba de paternidad para darse cuenta de que aquel niño sobre el que yo le había hablado, convertido en un gran hombre, era el hijo de su hermanastro.

Padre e hijo eran como dos gotas de agua.

Mizuki nunca ha podido ejercer como tía. Eliot, así se llama su sobrino, se encargó en su momento de dejar claras sus condiciones para tener un acercamiento con su padre antes de su fallecimiento: no deseaba mantener ningún vínculo, de ningún tipo, con nadie de la familia.

—Lo siento —le dijo una mañana, cuando Mizuki se atrevió a telefonarlo—. Yo tengo mi propio legado y un referente masculino dentro de la familia que me ha criado, el del hombre que ha ejercido realmente como un padre durante toda mi vida.

Él siempre supo lo que había ocurrido. Su madre nunca le ocultó la verdad. La verdad que se le puede contar a un niño, por supuesto. Su padre biológico, el hermanastro de Mizuki, lo había abandonado cuando él tan solo tenía un año y medio. Afortunadamente, Megan se enamoró de James poco después. Él acogió a Eliot como a un hijo y se encargó de que nunca echara en falta a su verdadero padre.

Volvamos a esa tarde de aquel martes en la que le solté la bomba a Mizuki para no desviarnos demasiado de la historia.

Cuando salí del estudio de Mizuki y me dirigí a toda velocidad para coger la moto —tenía que entrar a trabajar en cuarenta minutos—, me sonó el móvil. Me senté a horcajadas sobre el asiento, clavé las puntas de mis zapatos en el suelo para desanclar el pie y respondí a la llamada con ansiedad al ver que en la pantalla se iluminaba el nombre de Kate.

—¡Hola, guapa! ¡¿Qué tal?! —vociferó, haciendo que tuviera que separarme el auricular de la oreja para no quedarme sorda, cuando la saludé.

—Menuda sorpresa —le dije eufórica, cuando conseguí que la reverberación de su voz dejara de atormentar mi tímpano.

—¿Qué tal, Alma? A tope, ¿no? ¡Te oigo *on fire*, ¿eh?!

—Calla, calla... ¡Me acaba de pasar una de órdago! Pues no acabo de descubrir un hijo secreto de...

—¿Cómo? —El tímpano estuvo a punto de estallarme otra vez—. ¿Qué dices de un hijo secreto? Ay, Dios, Alma, ¿en qué lio te has metido esta vez?

—Nada, nada..., ya te contaré. Has sido algo muy fuerte. Todavía estoy alucinada, Kate.

—¡Alucinada y *espitosa*! Anda que no.

—Bueno, bueno..., lo justo que se puede estar cuando una descubre un hijo secreto.

Ambas comenzamos a reír.

—Flor, yo te llamo para saber qué tal estás de amores.

Así, a bocajarro y sin adornos. Joder, ¿para qué necesitaba Kate saber aquello?

—¿De amores? ¿He oído bien?

—Alto y claro.

—Pues no hay ningún hombre apetecible en estos momentos al que poder hincarle el diente. ¿Satisface mi respuesta tu curiosidad?

—No mucho, aunque me sirve para...

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Kate, ¿qué estás maquinando?

—Verás, Alma.

—Miedo me das.

—Tenemos un cliente en la cafetería que siempre nos hace reír a carcajadas cuando viene a desayunar. Jane y yo hemos pensado que es el hombre perfecto para ti. Estamos convencidas de que formaríais una muy buena pareja. Si os dais una oportunidad, claro.

Kate tiene una cafetería y su prima Jane es su socia. A ambas las conocí hace muchos años. Cada mañana, solía ir a desayunar a su local, antes de empezar mi jornada laboral. El Pamper es como un club social donde, aunque no te lo propongas, siempre acabas entablando conversación con alguien. Si estás leyendo el periódico, siempre hay algún cliente que comenta el artículo que tienes entre manos o que te cuenta alguna vivencia personal.

Suelen decir que la realidad supera a la ficción.

En el Pamper, esa teoría se cumple.

Kate y Jane vivieron mucho mi día a día cuando yo visitaba su *club social*. Yo también disfruté del de ellas. Quizás por edad, por afinidad o por *feeling*, no lo sé, pero la cuestión es que, desde entonces, hemos estado siempre muy unidas. Hoy en día, son dos personas a las que quiero con locura y, aunque ya no las veo apenas —hace tiempo que cambié de zona de trabajo y mis horarios extralargos y su maternidad (son madres de dos bebés) no favorecen que podamos quedar como antes—, el teléfono no ha dejado de ser nuestro aliado. Doce años de amistad no se pueden olvidar por culpa de la distancia.

—Estáis locas.

—Alma, escúchame. Ese hombre ha venido esta mañana a desayunar. Como todos los días, me he puesto a hablar con él. De tonterías, por supuesto.

—Hasta que...

—Vale, lo reconozco. Después de echarnos unas risas, no me he podido resistir.

—Y...

—Y le he preguntado si tiene pareja.

—Habrá pensado que estabas ligando con él.

—No lo creo. Él ya sabe que yo... Bah, da igual. La cuestión es que siempre que ha tenido pareja, no lo ha ocultado.

—Supongo que ahora vuelve a estar soltero.

—¡Bingo! Lleva una temporada sin tirarle los trastos a ninguna mujer.

—Oye, Kate. Ese hombre, ¿cómo es? Tú sabes que hay cosas que... Vamos, que por mucho que pase el tiempo, aquí, tu amiga, es fiel a sus gustos.

—Nena, que a estas alturas de la vida ya sé perfectamente cuál es tu estilo de hombre.

En eso llevaba toda la razón.

—Es verdad —admití sin reparos—. No me hagas mucho caso hoy. Estoy flipada, Kate. Descubrir que el hermanastro de mi profesora de cocina tiene un hijo que nunca se ha dignado a cuidar ni a presentar a su familia, me ha dejado en *shock*.

—No me extraña. Eso me lo tendrás que contar detenidamente.

—A su debido tiempo. Ahora, cuéntame. ¿Cómo es ese hombre? ¿A qué dedica su tiempo libre? Ah, y ¿cuántos años tiene?

—Para, para, para...

—Kate, ya sabes que no me gustan los *yogurines*.

—Precisamente, de yogur no tiene nada —me dijo tímidamente.

—Uuuuhhh... Ese tonito lo conozco, Kate. Esto me suena a que hay un *pero* que me va a sorprender.

Comenzó a reír.

—No, no... ¡Espera! Calma, mujer, que ya te estás haciendo tus pájaras mentales. Ese chico es mayor que tú. Si no me equivoco, tiene unos seis o siete años más, aunque no los aparenta. Se cuida un montón. Es presumido, le encanta estar siempre presentable como a ti, tiene un carácter muy jovial... Cuando lo conozcas, estoy convencida de que la diferencia de edad no va a ser un problema. ¡Ese hombre te va a encantar!

—Kate, tú sabes que el proyecto de ser mami me apetece un montón y eso suele ser un inconveniente para...

—¡Frenaaa! Almita, que yo he hecho el trabajo de investigación al completo. Ese tío es el candidato perfecto para ser el padre de tus hijos.

—Jolín, ¿en serio le has preguntado si quiere ser padre?

—Por supuesto.

—¿Tiene hijos? Porque si...

—Bonita —me cortó—, ¿por qué no me dejas acabar?

—Porque has de asumir que, aunque pasen los años, hay cosas que no cambian y a preguntona poca gente me gana —respondí sagaz, tratando de controlar el tembleque que se había apoderado de mis piernas. Seguía sentada sobre la moto y, a pesar de que iba bien abrigada, la humedad de la tarde se me estaba metiendo hasta los huesos, haciendo que la temperatura de mi cuerpo se redujera unos grados.

Después de mantener un monólogo en el que Kate puso por las nubes al hombre con el que tenía intención de relacionarme; monólogo que, por cierto, duró casi diez minutos, se hizo el silencio al otro lado de la línea, momento que yo aproveché para tomar las riendas de la conversación y decir:

—Vale, me parece perfecto. ¿Cómo lo hacemos, Kate? ¿Le pasas mi teléfono y le comentas que me llame? Si puede, que lo haga entre la una y media y las dos y media, ¿de acuerdo?

—Deja de preocuparte, Alma.

—Oye, Kate, una cosita. No me has dicho aún a qué se dedica. Es pura curiosidad.

—Cariño, algo compartís seguro.

—¿Qué?

—La curiosidad, sin duda.

Aquella respuesta me supo al postre más soso que uno se puede comer.

—Y eso ¿es malo? —Kate chasqueó la lengua—. A ver, todos somos curiosos.

—Unos más que otros.

Rodé los ojos hacia atrás e inspiré hondo. Craso error. El aire frío se coló por mis fosas nasales y me heló los pulmones. Comencé a toser.

—¿Eso es lo único que nos une?

—Alma, desde luego, más ansias que tú no es, eso seguro —afirmó Kate con contundencia sin parar de reír.

Resoplé.

¿Por qué le costaba tanto soltar prenda? No hay algo que me joda más en

esta vida que mis interlocutores me dejen con la máxima expectación.

—Es detective, Alma —declaró al cabo de unos segundos de tenso y profundo misterio.

—¿¿Cómooo?!

—Detective privado —corroboró Kate.

—¡Joder, ¿qué me dices?! ¿En serio?

—Totalmente.

—Pero ¡qué bueno! —Comencé a reír—. Uy, cuántas preguntas le voy a hacer. Esto va a ser súper interesante. ¡Uy, uy, uy, qué morbo, nena! ¡Wow! ¿Cómo no me lo has comentado antes? Una cosa así no se guarda para el final. ¡Qué fuerte! Mira, no sé si voy a tener *feeling* con ese hombre, si voy a sentir alguna chispa cuando esté con él, pero si de algo estoy segura es que, si es solo un poco simpático y esta receptivo, me lo voy a pasar bomba porque el tema de su profesión me va a dar juego para un buen rato.

Kate soltó una carcajada tan fuerte como para que mi tímpano se resintiera otra vez y me viera obligada a alejar el móvil de mi oreja durante un par de segundos.

—¡Ya sabía yo que esto te haría decidir!

—No me negarás que tiene su morbo.

—Tu curiosidad te regalará grandes momentos con ese hombre, Almita. ¡Ya lo verás!

—Ya te digo, Kate. ¡Qué bien me conoces!

Con ese último detalle y con una foto que rescató de su perfil de WhatsApp para que pudiera ponerle cara terminamos la conversación.

He de decir que, cuando vi su foto, la fantástica descripción que me había ofrecido mi amiga Kate no me terminó de encajar. Quizá no era la persona más fotogénica del mundo, pero noté algo extraño en su frente, unas arrugas de expresión que no me gustaron demasiado. Su físico, en cambio, era bastante correcto, todo hay que decirlo. Tal vez, el hecho de que me sobrepasara seis o siete años, algo que, por otra parte, intuí que podían ser diez, hizo que mi ilusión se disipara momentáneamente.

Su pelo canoso le daba un punto interesante al conjunto, no así sus ojos, ya que fui incapaz de verlos a través de las gafas de sol con las que los cubría. Una mirada me transmite mucho. Los ojos complementan la información que transmite un rostro de maravilla. Afortunadamente, aquel día no analicé el de aquel hombre desde el punto de vista de la Morfopsicología.

Buenooo...

Un poco sí, lo confieso.

¡Para qué voy a mentir!

Después de que Kate le hubiera sonsacado que había estado casado, que se había divorciado al poco tiempo y que había estado en pareja con otras dos mujeres con las que ella nunca había coincidido, la partida corría de mi cuenta. Era yo la que tenía que lanzarme al ruedo para darle los primeros capotazos a una nueva vida en pareja.

Ese hombre enigmático que se dedicaba al espionaje —pero no ruso— estaba sobre el tablero de ajedrez de mi vida.

La partida acababa de comenzar.

La cuestión era averiguar si el destino iba a jugar bien sus bazas o iba a mover sus piezas para que la relación que aún estaba por empezar se abocara a matar al rey.

La reina, por descontado, era yo.

Al cabo de unas horas ya tenía un mensaje de él en mi WhatsApp. Me preguntaba cuándo me podía llamar para hablar un poco. En ese momento fue cuando me di cuenta de que, al menos, era respetuoso. Parece increíble que diga eso, ¿verdad? Pues no lo es tanto, ya que el respeto escasea últimamente en nuestra sociedad.

La llamada fue cordial.

Quizá, lo que voy a decir ahora os parezca una tontería, pero reconozco que oír la voz de un desconocido por teléfono me pone. Según la armonía de su voz, un hombre puede llegar a sumar muchos puntos. O a restarlos, en el peor de los casos...

¡Todo puede pasar!

Aquella voz varonil, con un timbre profundo, erizó mi piel al instante y me permitió comprender que Kate había elegido para mí a un hombre sexi y muy sensual.

¡Qué cabrones son los sentidos, ¿eh?!

Ay, juguetones, juguetones...

Quedamos en reunirnos después de trabajar para tomar algo. Él podía cuadrar su agenda para vernos a cualquier hora del día, pero yo no. Mi horario siempre está organizado al milímetro.

He de decir que, en todo momento, me lo puso muy fácil. De hecho, me dio la opción de elegir dónde y a qué hora quedar. Sin duda, aprecié que su interés

y su sensatez eran sanas.

Quedamos en un barrio de la periferia, próximo a mi puesto de trabajo y al suyo, para que ninguno de los dos se viera en la tesitura de tener que recorrer la ciudad con la moto de punta a punta para quedar en una zona mucho más céntrica.

Recuerdo que por aquellas fechas era mediados de junio, una época fatídica para la mayoría, ya que aún no hace ni frío ni calor, lo que te obliga a disfrazarte, literalmente, para no morir de congelación cuando vas en moto y a quitarte las ropa como las capas de una cebolla de encima cuando quieres causar buena impresión a una cita.

Para no hacer el numerito de quitarme el pañuelo del cuello y el abrigo, entre otras cosas, frente al restaurante, estacioné la moto entre dos coches a un par de manzanas del punto de encuentro, metí todo en el compartimento inferior del asiento y recorrí las calles con paso decidido para no perder el calor del cuerpo.

No sé a vosotros, pero a mí me encanta el momento cita a ciegas. Bueno, en realidad, no lo era del todo porque había visto una foto de él, pero...

¡Da igual!

Como al natural no hay nada. Seguro que la mayoría estará de acuerdo conmigo. Entre los filtros que algunas personas utilizan a la hora de hacerse las fotos, las poses que logran quitarles algún kilo y otras mil historias más, que ahora no voy a entrar a debatir, encontrarse por primera vez con algún desconocido se convierte en algo así como una cita con un desconocido.

¡Ah, y otra cosa!

En las fotografías, las arrugas siempre salen difuminadas como si la acabaran de hacerle un *lifting* a su dueño, las ojeras, que a algunos le hacen parecer un osito panda, no se ven e incluso las imperfecciones y las manchas de la piel desaparecen. Sin duda, las fotografías son un gran engañabobos en los tiempos que corren porque, en la mayoría de los casos, se pierde la naturalidad con la que luego te muestras a los demás en realidad.

Como habéis podido comprobar, no me importa hacer un poco de autocrítica. Yo soy una de las que utiliza también los filtros que me ofrece la cámara del móvil.

En fin, que todo y así...

A mí me resulta súper excitante tener una cita a ciegas porque, si hay flechazo, es lo más. Las pupilas te delatan, no controlas tu cuerpo una mierda

y, no sé por qué, pero a veces, si todo resulta bien y el *feeling* comienza a despertar entre ambos, rezas para que el tiempo no pase y se acabe la cita. Es la hostia porque, sin darte cuenta, tu cuerpo responde por ti enfrentándose muchas veces a tus miedos, esos que comienzan a martirizarte con preguntas del tipo: «¿Me estará mintiendo?», «¿Y si es un asesino a sueldo?», «¿Cómo reaccionará mi cuerpo cuando me meta con este tío en la cama?».

Quien haya tenido el placer de experimentar un momento como este, comprenderá a la perfección que ese tipo de preguntas surgen en nuestra mente sin avisar.

Vuelvo a retomar la historia...

Ese hombre al que yo había aceptado conocer, después de la insistencia de Kate, me había dicho por teléfono que me esperaría dentro del restaurante, un local pequeño situado en una calle con mucho tránsito en el que no estaban permitidas las reservas.

—Intentaré llegar antes de la hora convenida —me dijo—. Haré todo lo posible por conseguir una mesa.

—¡Qué momentazo, Alma! —exclamé cuando concluyó la llamada.

La parte alocada de mi mente se encargó del resto.

«Ese hombre podrá localizarte en un *plis*. Tú, según donde mires, tardarás poco en encontrarlo. En cualquier caso, él irá con ventaja porque solo tiene que observar un punto del local: la entrada».

Lo visualicé al momento.

Nuestros labios esbozaron una amplia sonrisa cuando nuestros ojos se enfrentaron. Eso siempre es un gesto que se agradece.

Luego llegaron los besos. Dos, para ser exactos. Al instante, en menos de un segundo, comenzamos a charlar.

Nuestro debate fue intenso.

No sé quién de los dos habló más. Eso es algo que no puedo recordar. ¡Qué dos máquinas! Madre mía, aún me río al recordar las palabras de Kate: «Ese tipo es un *showman*. Siempre tiene una anécdota que contar. Habla por los codos, tanto o más que tú. Alma, no se calla ni debajo del agua».

Fue fácil estar con él. Cómodo, en realidad, como si nos conociéramos de toda la vida. Quizá, y lo reconozco después de un tiempo, nuestra cita fue demasiado placentera. Pero su gentileza, su elegancia y sus formas me ganaron, lo admito. Su aspecto era mucho mejor al natural que en la fotografía. Kate ya me lo había avisado.

—Alma, esta foto no vale nada, hazme caso. Ese tipo gana muchísimo cuando lo tienes enfrente.

No se equivocó.

El chico era majo. Encantador. Y muy locuaz. Pero, si soy sincera, creo que... ¡Stop! Nada de creo. Permittedme que me autocorrija. Estoy segura de que lo que me convenció totalmente para volver a quedar con él fue la forma en la que me trató. Me sentí mimada y cuidada de un modo exquisito estando con él. Su entusiasmo por vernos otra vez ganó a mis dudas, algo extraño, teniendo en cuenta de que no suelo perder un pulso con facilidad.

A las once y cuarto de la noche, después de dos horas de cháchara, el local comenzó a despejarse. Él, muy amable, me comentó:

—Ostras, Alma. ¿Has visto la hora que es? —Asentí—. Siento no haberme dado cuenta antes. Tiene que ser tarde para ti, sobre todo, si tienes que levantarte temprano para ir a trabajar.

—No madrugo demasiado, no te preocupes.

—Solo si somos capaces de respetar y querer a los amigos, incluso en los mínimos detalles, crecerán sólidas raíces de amistad. ¿Nos vamos?

—Vale.

Pagó la cuenta y me acompañó a la puerta con la palma de su mano izquierda apoyada con firmeza en mi espalda, a la altura de las lumbares mientras yo rezaba por lo bajini, suplicándole a todos los santos por que no quisiera acompañarme hasta la moto. No me apetecía dar explicaciones de los motivos por los que la había aparcado a dos manzanas del restaurante.

—Alma, me lo he pasado genial.

—Y yo.

—Me encantaría verte de nuevo. —Sonreí—. Sabes que queda en pie la invitación para ir el viernes por la noche a la verbena que hacen todos los años en mi urbanización. Lo pasaremos bien. He quedado con unos amigos que, por cierto, estaré encantado de presentarte.

¿Lo veis? Ese hombre era encantador.

—Gracias, Connor. Lo he pasado genial y voy a valorar lo del viernes, te lo aseguro. Mañana te digo algo, ¿vale?

Faltaban solo dos días para esa noche, así que no podía demorar el tema demasiado.

—Perfecto.

Fui, por supuesto que fui.

Y lo pasé genial.

Sus amigos, dos chicos y dos chicas, estaban en su mayoría separados. Su media de edad superaba la mía en seis o siete años. Pero no me importó. Disfruto compartiendo momentos con personas mayores que yo. Además, los amigos de Connor eran muy cultos; personas con clase y saber estar, algo que hoy en día se ve muy poco en nuestra sociedad.

Aquella noche de viernes volví a sentirme cuidada y deseada. Y no solo por él, que estuvo en todo momento preguntando si estaba cómoda, si me lo estaba pasando bien o si necesitaba algo. Los amigos de Connor también me trataron con mucho tacto.

—Alma, lo tienes embelesado —me dijo uno de ellos, guiñándome un ojo con picardía.

Las dos chicas, algo más observadoras, sobre todo cuando la bebida comenzó a crear camino en sus venas, añadieron poco después:

—Connor está muy contento de que estés aquí.

—Has calado hondo en su corazón, Alma. Auguro que lo vais a pasar muy bien juntos.

Más entrada la noche, cuando me tenían leída y controlada en cada uno de mis gestos, miradas y diálogos, fueron ellas las que insistieron en venderme el artículo. A pesar de sus palabras iniciales, intuí que alguna duda habían visto en mí.

—Hazme caso —sugirió una de ellas, observándome por encima del borde del vaso—. Connor es un hombre que te conviene.

—Es muy cariñoso y servicial. Un amor de hombre que no puedes, ni debes, dejar escapar.

Cenamos, reímos y jugamos de forma improvisada a un juego que siempre agradeceré que me enseñaran. Es ideal para compartir buenos momentos en una reunión con amigos.

Connor y yo también bailamos, pegados y no tan pegados, mientras uno de los chicos canturreaba en voz alta la letra de la canción que interpretaba uno de los miembros de la orquesta.

Estuvo de diez.

Me refiero a Connor.

Recuerdo que sus manos envolvieron mi cintura cuando comenzó a sonar una canción mucho más lenta. Cariñoso, se mordió los labios y me impulsó hacia arriba. Cuando mi cuerpo regresó a la posición de origen, se acercó a mi

cuello y me susurró al oído:

—Gracias por estar aquí. Me encanta que hayas venido. Me has hecho muy feliz.

Acto seguido, me abrazó con fuerza, demasiada diría yo, y me dio un beso casto en la mejilla.

Me ruboricé cuando uno de sus amigos me hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

Mis ojos respondieron por mí. Dejé que mis pestañas cayeran hacia abajo con delicadeza y después sonreír. Es bonito que unos desconocidos sean los que te faciliten esa comodidad que se necesita cuando estás comenzando a sentir algo por otra persona.

El alcohol también hizo su labor, no lo voy a negar. Aunque yo había dejado de beber después de cenar —ya conocéis el dicho: si bebes, no conduzcas—, el alcohol estableció las bases de una bonita amistad.

—Chicos, esto está muerto ya —anunció Connor a las tres de la madrugada—. ¿Qué os parece si nos vamos a casa para continuar con la fiesta?

—Sí, sí —respondieron los cuatro, prácticamente a la vez.

—Alma, tú te vienes con nosotros —sugirió una de las dos chicas—. Te vienes sí o sí.

—Ehm...

—No te vas a marchar. Ahora es cuando va a empezar la fiesta de verdad.

—Connor, no la dejes escapar —le dijo uno de sus amigos, mientras me guiñaba un ojo y se acercaba a mi oreja para decirme—: A ver si se lanza de una puñetera vez. Este pobre hombre es más lento que una tortuga participando en una orgía de caracoles en mitad del desierto.

Admito que me hizo reír.

—Claro, Alma, no te vayas —comentó Connor, sujetándome con firmeza del brazo—. Es más, si te quieres quedar a dormir en casa, por mí no hay ningún problema. Así no tienes que coger la moto a estas horas.

—Pero...

—Ellas también se van a quedar —insistió para convencerme.

—Me quedaré un rato más con vosotros —anuncié—. Pero luego me marcharé a mi casa.

El piso de Connor era precioso. Pequeño, pero con mucho gusto. La terraza tampoco era muy grande, pero tenía las medidas perfectas para que

todos pudiéramos disfrutar de los últimos coletazos de aquella magnífica velada.

Volvimos a reír.

Mucho, en realidad.

Lo pasamos genial contando chistes, anécdotas del trabajo y tonterías varias que, a consecuencia de lo anterior, nos pasaron por la mente.

Cuando hubo un momento en el que una de las chicas y yo nos quedamos a solas, ella aprovechó para entablar una conversación más profunda y directa conmigo.

—Alma, dime una cosa. ¿Connor te gusta?

—Cathy, veo que no te andas por las ramas. Te gusta ir directa, ¿eh?

—Quiero mucho a Connor y no quiero que le hagan daño —anunció, ampliando la información que quería que yo conociese de él—. Debes saber que tú le gustas mucho. Hace demasiado tiempo que no sale con nadie. Que hoy, dos días después de que os conocierais... —Abrí los ojos de par en par—. Alma, lo sé todo. Sé que os visteis por primera vez hace un par de días y cómo fue vuestra cita con todo tipo de detalles. Connor y yo somos muy buenos amigos y nos vemos prácticamente a diario. Nos lo contamos todo.

—Verás, Cathy... —Me mordí el labio inferior, tratando de buscar las palabras adecuadas—. Connor y yo nos conocemos desde hace cuarenta y ocho horas. Algunas más si contamos las de esta noche. Es muy pronto para decir que estoy enamorada de él. Aun así, me apetece seguir conociéndolo. De hecho, no estaría aquí si no quisiera hacerlo. Me gusta lo atento que es en todo momento. Estoy habituándome a su trato exquisito y a...

—Me gustas, Alma —dijo Cathy, dejándome con la palabra en la boca—. Me gustas mucho para Connor. Creo que eres una buena persona. No le hagas daño, por favor. Solo te voy a pedir eso.

Tuve que apurar mi respuesta porque en ese momento los demás volvieron a reunirse con nosotros.

—Puedes estar segura de que jamás le haré daño. No te preocupes.

La música, las bebidas, las conversaciones, los acercamientos... Todo ello estuvo presente, pero no hubo ese beso que todos esperábamos porque, por la razón que fuese, Connor decidió que aquella no era la noche apropiada para que nuestros labios se fundieran. A pesar de la insistencia de uno de sus amigos, determinó que no era el momento adecuado para sacar las armas de un macho alfa a relucir.

Reconozco que agradecí que no se abalanzara sobre mí como un baboso desesperado. Yo soy una mujer a la que le mola que le seduzcan.

—Una que se va —vociferó Cathy a eso de las cinco de la madrugada.

—Podéis quedaros —anunció Connor, convencido de que no era conveniente de enfrentarnos a los controles de policía.

—Creo que yo también me voy a ir ya —comenté, después de que ella diera el pistoletazo de salida.

—Pero ¿por qué os vais si sabéis que podéis quedaros aquí? Mañana podemos salir a comer todos juntos y...

—No seas pesado, tío, que por hoy ya hemos tenido bastante como para estar servidos toda la semana —afirmó Alec, uno de los chicos, con una media sonrisa dibujada en los labios.

—Venga, sí, vámonos —sugirió Cathy—. Acompáñanos al *parking*.

—Tenemos que recoger los bolsos del trastero —comenté yo.

Una vez en el garaje, con todos los bolsos y pertenencias personales en nuestro poder, Connor se acercó a mí y me dijo.

—Alma, ¿quieres llevarte mi coche? —Su ofrecimiento me sorprendió gratamente—. Lo digo para que no cojas frío en la moto. Ha bajado demasiado la temperatura.

¿Su coche?

Flipé. Me dejaba su coche... ¡Un súper coche, joder! El modelo y el color de aquella belleza de máquina es irrelevante porque... ¡joder, Connor quería dejarme su coche! A pesar del tiempo que ha pasado, no puedo evitar asombrarme.

Asombrado, precisamente, estuvo mi rostro durante un par de minutos en los que solo fui capaz de mirarlo agradecida y alucinada a partes iguales, no por su ofrecimiento, que también, sino porque yo era una desconocida para todos.

Incluso para él.

—Connor, eres muy generoso, pero no puedo aceptar. Tranquilo, voy lo suficientemente abrigada como para no pasar frío de camino a casa.

—Insisto, Alma, llévatelo, me quedare más tranquilo. Esta noche el personal va muy pasado de copas. Creo que es peligroso que cojas la moto. En el coche irás mejor.

—Ehm...

—Si te da cosa aparcarlo, puedes...

—No, no. Aparcar no es un problema. Tengo garaje.

—En ese caso...

—De verdad, no hace falta. No estoy tan lejos de casa. Con la moto llegaré en poco más de veinticinco minutos.

—¡Connor, no seas pesado! —exclamó Alec, propinándole un puñetazo cariñoso en el hombro izquierdo—. Más besitos y menos coche.

Todos comenzamos a reír, unos de vergüenza como yo, y otros, los amigos de Connor, de desesperación, ya que estaban ansiosos por ver cómo entraba en acción.

Al final me quedé sin beso. Aun así, Connor me acompañó hasta donde había dejado aparcada mi moto para despedirse de mí. El resto nos siguieron a escasos pasos de distancia.

Los abrazos y los besos que recibí fueron entrañables. He de reconocer que todos me habían caído muy bien. De hecho, me atrevo a pensar que esa impresión fue mutua.

—Chicos, ¿por qué no vamos a comer una paella mañana todos juntos a la playa? —Observé que Connor estaba entusiasmado con su propuesta—. Venga, que yo me encargo de reservar en la Dalia Rosa.

—No seas pesado, tío. En este momento no puedo pensar en otra cosa más que en dormir. Son las cinco de la mañana y no sé vosotros, pero... —Cathy observó a sus amigos— esta menda que está aquí se va a quedar en la cama hasta tarde.

—Alma, al menos, dime tú que sí.

Comencé a reír.

—Si no me haces madrugar mucho, *ok* —anuncié con una de mis sonrisas, iluminando mi rostro.

Después de decir eso, me despedí de todos y arranqué el motor.

Llegué a casa con una sonrisa completa dibujada en mis labios, satisfecha de haber pasado las últimas horas en compañía de Connor y de sus amigos.

A la mañana siguiente, la cosa empezó de una manera menos agraciada.

No entiendo aún cómo me pude levantar con las pestañas pegadas. Cuando digo pegadas, no os estoy mintiendo. Estoy refiriéndome al aspecto más literal de la palabra.

¡Pe-ga-das!

—¡Madre mía, ¿qué les han pasado a mis ojos?! —exclamé en voz alta frente al espejo—. Esto tiene que ser culpa del puto desmaquillador. Tendría

que haberlo tirado a la mierda cuando me irritó los ojos. ¿Cómo puede habérmela jugado otra vez? Joder, y precisamente hoy que...

Estornudé.

La alergia me estaba atacando también. La garganta me picaba demasiado. La cosa pintaba mal. Mis ojos no estaban así por culpa del líquido desmaquillador. La cosa pintaba más a un ataque de alergia en toda regla.

Acelerada, rodeé la cama y me metí en el cuarto de baño para coger los antihistamínicos.

—¡Mierda! —grité al comprobar que la caja estaba vacía.

Desesperada, des hice mis pasos y encendí el ordenador. Aquel día era festivo y la farmacia a la que suelo ir siempre estaba cerrada. Como pude, busqué la dirección de la farmacia de guardia más próxima y la anoté en la solapa del sobre de una factura de luz que encontré en el segundo cajón de la mesilla. Luego me pegué una ducha y me lavé el pelo. Todavía quedaban dos horas para la una del mediodía. Tenía tiempo suficiente para arreglarme, ir a la farmacia y llegar a tiempo a mi cita.

Cuando terminé de maquillarme, mi rostro estaba casi perfecto, a excepción de mis ojos, hinchados por culpa de los alérgenos. Hay que reconocer que algunos potingues son como los polvitos mágicos de cualquier mago.

Literalmente.

Como ya iba justa para parar con el coche en la farmacia, determiné que enviarle un mensaje de voz a Connor era la mejor opción.

—Buenos días, Connor. ¿Qué tal? De camino al restaurante voy a tener que parar un momento en la farmacia. Tengo que comprar unos antihistamínicos para la alergia. Pensé que tenía en casa, pero... Da igual. La cuestión es que tardaré unos minutillos. Espero que no te importe.

Su respuesta no tardo nada en llegar.

—Alma, buenos días. No te pares en la farmacia. Ven directa a casa. Yo me encargaré de comprar los antihistamínicos. Así ganamos tiempo. Tengo una farmacia aquí al lado.

—No, hombre, no. No hace falta.

Al instante, el móvil me anunció la llegada de un nuevo mensaje.

—Permíteme que insista. Yo tengo la farmacia a doscientos metros. Seguro que tú tienes que recorrer más distancia para encontrar una. Vamos, no le des más vuelta. Ven ya y así tendremos más tiempo para ir a un sitio que estoy loco

por enseñarte.

—Vale, vale... Si lo pintas así de bien, no voy a ser yo quien te lleve la contraria.

Cuando os digo que el chico era encantador, servicial y atento no me quedo corta.

Cogí el coche y, en menos de media hora, me planté en su calle, donde no encontré mayores problemas para aparcar.

Como no recordaba el piso en el que vivía, volví a coger el móvil, aunque esta vez lo llamé. Necesitaba oír su voz en directo.

—Espera un segundo. Enseguida bajo.

Me extrañó que no me dijera que subiera.

Mi mente comenzó a maquinarse. ¿Cómo me iba a recibir? ¿Su saludo se complementaría con otro beso casto? Ahora mismo estaría de fábula que pudieseis ver mi carita de bichejo malo, como esas que aparecen en los emoticonos de WhatsApp.

Bueno, a lo que iba...

Mi mente estaba más pendiente de ver que mi ropa, mi pelo y toda yo estuviese presentable para su recibimiento que de otra cosa, así que no vi a Connor hasta que abrió la puerta del portal.

Me quedé a cuadros.

Joder, iba en chándal.

¡En chándal!

¡Sí, sí, de chiste!

Automáticamente, recordé sus palabras. Si lo de acudir con ropa cómoda era la excusa tonta para no decirme que tenía que ir con bambas y no con *topolinos* monísimos de la muerte, el mensaje no me había llegado muy bien.

Yo creo que mi cara de asombro lo dejó un poco flipado.

Vamos a ver, que el chico iba bien conjuntado, todo sea dicho de paso, con chanclas y unas bermudas muy monas, pero a fin de cuenta, eran unas bermudas de chándal y unas chanclas que yo solo usaría si me hubiera tomado un par de botellas de vino y me tuviera que ir a todo correr a la playa.

—Alma, hola, bonita. —Se acercó a mí y me soltó un par de besos, uno por mejilla—. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, gracias.

—Toma. Este es el medicamento, ¿verdad? —Tras darme la caja de antihistamínicos y comprobar que era justo el que le había pedido, me dijo—:

¿Subimos un momento a casa? Así te tomas la pastilla con un vaso de agua, y yo aprovecho para cambiarme. ¿Te apetece que subamos a aquella colina de allí antes de comer?

Observé en la dirección que marcaba su índice y me encogí de hombros. Luego dije:

—Vale, me parece genial.

Reconozco que el plan me encantó. Su entusiasmo y el mío sumaron comodidad entre los dos.

Mientras subíamos con su coche a la cumbre de la montaña, Connor me explicó algunos temas de su familia, sobre todo, de sus padres y de su hermano, que vivía en el extranjero.

—Todos los miembros de la familia estamos muy unidos. Cada semana hago lo imposible, siempre y cuando el trabajo no me lo impida, por reunirme con mis padres. Son ya un poquito mayores y necesitan tenerme cerca, más aún desde que mi hermano se marchó a vivir al extranjero. Siento la necesidad de tener que controlar que no les falte de nada. Si no recuerdo mal, creo que nunca he estado más de quince días sin verlos.

Connor también me habló de la relación con su ex y de lo mal que lo pasó durante una buena temporada, sobre todo, cuando ella le prohibió ver a sus gemelas.

—Alma, espero que esto que te estoy contando no te ralle. Ahora, las cosas con mi ex están mejor. Todo, en realidad. Nuestra relación es inexistente, por fortuna.

—¿Sigues sin ver a tus hijas?

—No. Aunque mi ex tiene la custodia, hemos llegado a un acuerdo para que yo pueda disfrutar de las niñas.

—Connor, te agradezco mucho que me hayas contado estos detalles de tu vida. No hace ni una semana que nos conocemos y me alaga que te sientas cómodo conmigo como para contármelo.

—Has dado en el clavo, Alma. A tu lado me siento muy cómodo. Siento que tú y yo vamos a congeniar bien. Me encantó que ayer formaras parte de la fiesta. Tener la posibilidad de presentarte a mis amigos y ver cuánto disfrutaste con ellos es lo mejor que me ha podido pasar últimamente.

—Gracias. La verdad es que todos son muy majos. Ayer me reí un montón con ellos.

—Lo vi.

—Que las chicas me invitaran a comer con vosotros también me hizo muy feliz. Agradezco mucho el acogimiento que me dieron y, por supuesto, toda tu atención.

Después de soltar ese pequeño discurso, pensé:

«Ahora verás... Dentro de unos segundos este tipo se va a venir arriba y... te va a dar un beso que te va a dejar seca».

Si algo tenía claro es que Connor estaba eufórico. Sin embargo, el beso no llegó. El vehículo fue el único que lo hizo, pero a su destino.

—Ya hemos llegado. —Corriendo bajó del coche, para abrirme la puerta. ¡A mí! Me dio la mano para ayudarme a bajar y me preguntó—: ¿Puedes bajar bien?

¡¡Dios, ese hombre era un galán!!

—Los *topolinos* no son el calzado más adecuado, pero estoy acostumbrada a subir alguna montaña con ellos, no te preocupes. Eso sí, no me compliques el terreno porque... —suspiré— aún no me he atrevido a hacer escalada con tacones.

Los dos comenzamos a reír a carcajadas.

—Ven. —Extendió su mano y envolvió la mía—. Llegaremos en un segundo. Eso sí, te advierto que...

—Me estás asustando.

—...vamos a encontrarnos con algún perro o gato atado a un árbol porque...

—Connor, por favor, ¿qué me dices? —le corté, dejándolo con la palabra en la boca—. Mira que yo soy una amante de los animales y me muero de pena como tenga que ver...

—No, no, tranquila. Lo que ocurre es que, de camino al mirador —esa palabra prometía—, hay un refugio de animales.

Suspiré aliviada.

—¿Un refugio?

—Sí. Algunas personas abandonan a los animales en la puerta porque no tienen coraje de dar la cara y...

—¿En serio?

—Completamente. Además, como saben que los voluntarios como yo... —Confieso que oírle decir eso me enamoró un poquito. Si algo tengo en esta vida es debilidad por las personas que aman a los animales, y eso fue un golpe bajo; o un punto a favor si hacemos una lectura positiva de la situación—. Ay,

perdón. No te he contado que fui voluntario durante un tiempo. Padebí más de una situación de ese tipo.

—Perdona mi cara de asombro —me disculpé con él—. Admiro mucho esa faceta. Me encantan las personas que tienen, o tenéis, la capacidad de trabajar de forma altruista en beneficio de los animales. Te lo puede corroborar Kate el próximo día que vayas a tomar café. Pregúntaselo y ya verás lo que te dice.

Sorteamos el refugio al cabo de un par de minutos y llegamos a ese mirador de vistas espectaculares.

—¡*Wow*, qué preciosidad! —exclamé cuando mis ojos recorrieron la inmensidad del mar que había frente a mí.

Connor me señaló cada pueblo que dibujaba aquel precioso mapa costero. No sé si Kate le habría comentado que una de mis pasiones es subir al punto más alto de cada una de las ciudades que visito para gozar de la panorámica y el *skyline*. Mi otra pasión, por si no ha quedado clara, son los animales.

—Deberíamos ir tirando —me dijo al cabo de unos minutos de intensa y profunda admiración visual.

—Sí, sí, perdona. —Sonreí—. Cuando tengo vistas como estas, pierdo la noción del tiempo.

—Alma, me alegro.

—Yo más —le contesté. Por supuesto, dilaté mi sonrisa anterior.

—Tenemos mesa en media hora.

—Tendremos que darnos prisa entonces.

—Llegaremos en unos diez minutos —afirmó él—. ¿Qué te parece si dejo el coche y vamos con la moto?

—Pero ¿no decías que el restaurante estaba aquí al lado?

—Sí, sí, pero ir con la moto mola más, ¿no crees?

—A mí me encantan las motos, ya lo sabes, pero si me hubieses avisado, habría cogido el casco.

—Tengo tres, tranquila. De hecho, uno está sin estrenar, así que te lo pruebas y, si te queda bien, es tuyo.

Mi cara de nuevo volvió a expresar asombro. ¡Que tío, joder!

Tres cascos, bonitos a rabiar, todos ideales... Aquel hombre tenía mucho gusto. Un gusto que, por lo general, solo tienen los pijos. Aun así, él era muy sencillo. Encantador también. Eso hizo que para mí se convirtiera en un hombre mucho más atractivo porque... mmm, lo reconozco. Guapete era.

Quizá tenía un rostro menos masculino de los que a mí me suelen gustar, pero el chico estaba bien. Las canas lo hacían interesante, sus ojos color miel casaban a la perfección con su color de piel, que rozaba el bronceado perfecto. Se notaba a la legua que ya había realizado más de un viaje a la playa. Su estatura rondaba el metro ochenta, metro ochenta y cinco, y su complexión era correcta. Para mi gusto, tal vez le faltaba un poco de espalda y de pectoral; algo de músculo en los brazos, también. Afortunadamente, su carácter y sus gestos suplían esos pequeños *defectillos*.

Subimos a la moto y, en menos de tres minutos de reloj —a pie eran menos de diez—, llegamos a la zona de aparcamiento de la playa.

Cuando Connor aparcó, me pidió que me bajara de la moto y que fuese al restaurante. Había reservado una mesa a su nombre.

Así lo hice.

Llegué al local y susurré por lo bajini: «joder, menuda cola».

Mientras esperaba mi turno, observé al *maitre* conversando con otros clientes para anunciarles que el restaurante estaba al completo. No había mesas disponibles.

Llegó mi turno.

—Hola, dígame.

—Hay una reserva a nombre de Connor...

Sin dejarme terminar de decir el nombre completo, me dijo:

—¡Claro! La reserva para dos. Pasa y elige la mesa que más te guste de esas dos de allí. —Señaló al otro lado de la sala.

Cuando Connor accedió al local, el *maitre* se acercó a él y, estrechándole la mano mientras con la otra le daba unas palmaditas en la espalda, exclamó:

—¿Qué pasa, tío?!

Sonreí. Acababa de encontrar a otro exaltado como yo. Ya no era la única.

Para mis ojos fue una auténtica delicia observar la escena. Me encanta ver a las personas contentas, soy así. Y ver a Connor y al *maitre* con aquel subidón, hizo que el mío fuera aún mayor.

—Pasad y poneos cómodos. Enseguida os tomo nota. Hoy estamos a tope.

—¿Cuándo no? —inquirió Connor con una hermosa sonrisa dibujada en los labios.

Desde la mesa que elegí había unas vistas maravillosas de la ciudad

—¿Te gusta? —me preguntó Connor al ver mi cara de asombro.

—Mucho —admití—. Las vistas son increíbles.

—No sabes cuánto me alegra oír eso, Alma. Aquí, las vistas son estupendas y la comida exquisita.

Recuerdo que pedimos una ensalada para compartir, una paella de marisco buenísima y una botella de vino blanco. O dos, eso no lo recuerdo tan bien.

Cuando nos sirvieron la bebida, hicimos un brindis.

—Por nosotros.

—Por muchos más momentos así —dije yo, justo cuando nos trajeron la ensalada para compartir.

—¿Me permites que te sirva?

Flipé, aluciné, casi hice un salto mortal hacia atrás. ¿En serio me estaba pidiendo permiso para servirme la ensalada?

—Cla-claro —tartamudeé—. Cómo no. Gracias.

Mis ojos dijeron el resto, sin dar ocasión a que mi boca hablara por ellos.

Recuerdo que la ensalada era buenísima. En realidad, todo estaba exquisito, tal y como había comentado Connor, aunque, pensándolo bien, y ahora que voy en un plan distinto, no sé si esa lechuga la encontraría tan rica como entonces.

Bueno, da igual. Voy a seguir contándoos la historia para que continuéis flipando.

Llegó el segundo plato y con él más cosas con las que seguí alucinando.

—Alma, me gusta hablar contigo, estoy encantado. Me siento genial a tu lado —declaró Connor—. Quiero que tengas claro que me hace feliz estar aquí contigo. Estoy disfrutando muchísimo. ¿Tú cómo estás?

«Alucinada», quise decirle, pero no lo hice. Aunque él estaba en plan confesor, yo no las tenía todas conmigo.

No sé si fue el vino o sus bermudas o el momento ensalada, pero mi grado de asombro acababa de alcanzar el nivel más alto. Todas aquellas confesiones me estaban dejando fuera de juego. Reconozco que también me gustaron. Desde que nos conocíamos, Connor no había dejado de hacer otra cosa más que estar pendiente de mí para que no me faltara de nada.

Me convirtió en una reina.

En *su* reina.

—Estoy muy cómoda contigo —afirmé al cabo de un par de segundos en los que mi mente no dejó de dar vueltas y más vueltas a los últimos acontecimientos vividos con él.

—Alma. —Envolvió mi mano derecha entre las suyas, con un gesto muy

cuidadoso, y, tras inspirar profundamente y cargar sus pulmones de aire, añadió—: Creo que no eres consciente de que te acaba de cambiar la vida.

¡¿Cómo no?! Mi cara de alucine volvió a asomar.

—Bueno... —me revolví en el asiento—, yo necesito seguir conociéndote, Connor. —Su rostro se ensombreció ligeramente—. Pero me encanta todo lo que haces por mí. Me gusta lo que experimento cuando estoy contigo. Si las cosas siguen así, poco a poco...

—Quiero y necesito pedirte algo —dijo, dejándome con la palabra en la boca.

«Ay, Dios —pensé—. ¿A que ahora me va a preguntar si me puede servir el postre?»

Lo siento. Espero que podáis entenderme. Lo mío es pasar de una cita en la que me cuentan del uno al cuatro en cero coma segundos a esto. ¿Es o no es para flipar? ¡Qué me estaba diciendo que me acababa de cambiar la vida y yo no era consciente! ¡Vamos hombre! Que eufóricos estábamos, pero, como para definirlo como un cambio de vida, no sé yo.

—Alma, de aquí a cinco meses cumplo cincuenta. Quiero que estés en mi fiesta de cumpleaños, sí o sí. Estará toda mi familia. Viene mi hermano de Japón. No quiero que faltes.

¡Joder con la petición!

Volví a alucinar.

Pero claro. A mí, si me hablan de fiesta, me falta tiempo para apuntarme.

—Cuenta conmigo —solté casi sin pensármelo dos veces—. Gracias por la invitación. Me hace mucha ilusión formar parte de tu fiesta de cumpleaños. Allí estaré sin falta, a menos que entre en el quirófano. Ya sabes que estoy pendiente de que me avisen para una intervención.

—Perfecto. Y ya verás como eso no es un problema.

—Bueno, tú quédate tranquilo, que yo me apunto a un bombardeo si hace falta.

—Quiero ver cómo te reservas el día en la agenda —sugirió, dejándome absorta durante un par de segundos. O tres, ¡qué se yo!—. Anótalo, por favor. Hazlo delante de mí. Me hace ilusión ver cómo te reservas ese día para mí.

Su insistencia fue tal, que no me quedó más remedio que sacar el iPhone del bolso para apuntar el día, la hora y el lugar donde tenía previsto hacer la celebración.

—¿Contento?

Su sonrisa amplió la luminosidad de su rostro.

—Gracias, bonita. Ya puedes perdonarme. No suelo ser tan insistente, pero es muy importante para mí que estés a mi lado ese día.

Sonreí sutilmente porque no tenía mucho más que decir.

En ese momento llegó el camarero.

—¿Qué tal, chicos? ¿Cómo ha ido todo?

—¡Genial! —exclamó Connor, entusiasmado—. Sabes hacer magia con tus platos, *crack*.

Observé que nos habíamos quedado solos. Éramos los únicos que quedábamos en el local.

—Estaba todo buenísimo, muchas gracias —respondí yo, tan correcta como me gusta ser siempre.

—Me alegro. Si no os importa os voy a traer la cuenta. Tenemos que cerrar caja.

—Claro, claro... —dije yo.

—Hoy ha habido muchísimo trabajo. Ayer, la noche fue también intensa por culpa de la verbena, así que... ha llegado el momento de descansar un poco.

—Ufff, tiene que ser muy tarde —comenté yo, tratando de dar por zanjada la conversación—. No sé ni qué hora es.

—Las seis y treinta y cinco para ser exactos —contestó Connor.

—¿¿Qué?! ¿¿Las seis y media pasadas?! ¡Pero ¿qué me dices?! —Perdonad, pero no pude evitar no alucinar otra vez. No fui consciente hasta ese momento de que fuera tan tarde—. ¿Me estás diciendo que llevamos aquí sentados más de cuatro horas y media?

—Eso parece, Alma —admitió Connor, sonriente—. ¿Tienes que ir a algún sitio? ¿Te están esperando?

—No, no, en absoluto. No lo digo por eso. Lo que sucede es que no entiendo cómo no me he dado cuenta del tiempo que ha pasado.

—¿Te apetece que vayamos a casa? Podemos ver una película. Tengo una buenísima. Creo que te va a encantar.

¿Una película?

¡Ay, Dios, pero qué bonito!

¡Y con qué poco me conformo!

¡Qué genial me pareció!

No estaba para nada acostumbrada a un tipo de cita con esos tempos tan

largos ni a que el elemento en cuestión no se hubiese lanzado a mi yugular.

Una de dos, o Connor pertenecía a una generación en la que se iba de otro palo —en cierto modo, creo que era eso lo que ocurría—, o yo estaba teniendo la oportunidad, por primera vez, de relacionarme con un hombre con calma.

He de reconocer sinceramente que de mi calma no me fiaba; de sus tempos calmados, sí.

—Vamos a ver esa película —le dije finalmente, tras unos segundos de profunda y necesaria reflexión.

La vimos.

La película, por supuesto.

Y dos más, ¡también!

Sí, sí, tal y como lo cuento. Me tragué tres películas seguidas bajo una mantita que Connor me puso sobre las piernas cuando me acomodé en el sofá. ¿Que qué hizo él? Supongo que algo normal en los de su generación: sentarse en el suelo, apoyar la espalda en el sofá cerca de mis piernas y fumar. También abrió una botella de vino.

Viendo que la cosa iba de cine y de pelis chulas, eso sí —tenía un gusto exquisito para el séptimo arte—, me relajé hasta el punto de tumbarme sobre el sofá. De vez en cuando, lo miraba. Era en esos momentos cuando la parte alocada que rige mis pensamientos me decía: «Alma, o este buen hombre te espabila o te vas a quedar frita». Que nadie olvide que la noche anterior habíamos dormido poco.

—Voy a preparar algo de cena —anunció al cabo de unas cuantas horas—. Son las once, y este vino nos va a sentar mejor con algo en el estómago.

Tenía razón. El vino había empezado a embotar un poco mis pensamientos.

Me senté en el suelo para tenerlo más cerca y poder alcanzar esa mesa improvisada que creó sobre la alfombra.

De repente, se levantó como un resorte y se acercó a la cocina con la intención de coger algo más.

—Alma, si con esta cena no te conquisto, ya no sé qué más tengo que hacer.

Como podéis imaginar, no me quedé muda. A viva voz, para que nada me interrumpiera ni siquiera él y pudiese escucharme de maravilla, le grité fuerte:

—¡Connor, desde ayer me tienes conquistada! ¡Tira *pa' lante!*

¿Dudas a esas alturas?

¡Vamos, hombre!

Lo que empezaba a tener yo era poca paciencia. Si los de su generación son calmados, perfecto; pero ¡oigan! Los de la mía no lo somos.

A pesar de mis sugerencias, salió de la cocina sonriendo, como si mis palabras no fueran con él, se sentó a mi lado y comenzó a comer otra vez.

¡Con un par!

Y ¿yo qué hice?

Pues aguantar estoicamente a que se decidiera a dar un paso más. Me estaba desesperando.

Volví a acomodarme en el sofá cuando él me insistió para que lo hiciera y cogí la copa que me ofreció después de la cena. La última película, la tercera, sonaba de fondo. Nuestra conversación hizo que nos despistásemos del argumento, algo que, en cierto modo, a él no le importó. Estoy segura de que había visto aquella película un centenar de veces.

A mí, por descontado, la película era lo que menos me interesaba.

La morriña de sueño no tardó en acecharme. Creo que la culpa la tuvo la combinación del alcohol, de la cena, de la manta y del sofá.

—¡Ay, Dios! —exclamé, frotándome ligeramente los ojos—. Connor, me estoy quedando frita. Perdóname.

—Tranquila. Es muy tarde y ayer no dormimos mucho. Quédate a dormir aquí. Sin duda, mañana será otro día.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Que me quede a dormir?

Lo siento, tenía sueño, no entendía qué coño hacía yo en la casa de aquel hombre. Habíamos visto tres películas, joder. Y no habíamos parado de hablar. Sin embargo, y a pesar de que nos habíamos conocido a un ritmo trepidante, no había llegado ninguna muestra física de cariño, algo a lo que yo no estoy acostumbrada.

¿Acaso los de su generación se dedican a jugar una partidita al juego de la oca a las dos de la madrugada después de haberle dicho a la mujer con la que han compartido toda la tarde que es la persona que ha conseguido cambiar su vida a mejor?

Pues ojo al dato, que aún no lo había visto todo.

—Alma, te puedes quedar a dormir sin que pase nada entre nosotros. Puedes estar tranquila.

—Connor —suspiré cuando conseguí ordenar mis pensamientos—, no va a

pasar nada porque mi cuerpo hoy no está en el mejor día para que pueda sentirme cómoda contigo por primera vez.

Ya sabéis esos malditos días.

—Quédate. Insisto.

«Esto es surrealista», pensé.

Me quedé blanca cuando él accedió a su habitación y me mostró desde el umbral de la puerta unas prendas.

—¿Pijama de manga larga o de manga corta?

No me aguantaba de sueño. Sin embargo, verlo con los dos pijamas, uno en cada mano, para que pudiera escoger, me hizo despertar de golpe.

—Corta, corta... —balbuceé—. Manga corta.

«Que se deje ver algo de carne —pensé—. ¡Manda huevos! ¿En serio me está pasando esto a mí?».

Me fui al baño con el pijama entre manos. Mi cabeza no paraba de dar vueltas.

«¡A saber qué vendrá ahora! Seguro que te estará preparando el sofá. —Volteé los ojos—. O te dice que quiere que duermas con él. ¡Por Dios! Como sugiera eso, vas a flipar, Alma. Porque está claro que este es capaz de taparte con la mantita y darte un besito de buenas noches en la frente después de leerte un cuento».

Reconozco que en aquel momento no supe si reír o llorar.

Salí del baño, a la expectativa, y me acerqué a él. Acababa de abrir la puerta de su dormitorio.

—Alma, ¿qué lado de la cama prefieres?

Ah, iba a dormir con él. Por lo visto, había decidido que era el momento de compartir algo más que risas y miradas de soslayo.

Nos tumbamos, él a la izquierda y yo a la derecha. En ese momento, mi cuerpo comenzó a reaccionar. A pesar de que le había dicho que no —reconozco que solo por disimular—, deseaba jugar.

—Alma, detente. No soy de piedra.

¡Joder, qué forma de cortarme el rollo en un momento, ¿no?!

A ver, ¿a quién le gusta que le digan que pare a un simple roce e intento de beso? A mí, por supuesto, no.

—Vale, vale... Pues ¡ale, a dormir! —zanjé. Y, a continuación, como si un bicho le hubiese picado, pegó un bote en la cama y me dijo.

—¡El antihistamínico, Alma! ¡Te toca el antihistamínico! Voy a por él y a

por un vaso de agua.

Flipé. De hecho, el nivel de asombro llegó más alto que los montañeros cuando alcanzan la cumbre del Mont Blanc.

—El antihistamínico, claro —resoplé, rodando los ojos hacia atrás.

No pude decir más; no daba crédito a todo lo que me había pasado en esa jornada.

Él no se quedó tranquilo hasta que tragué la pastilla.

—Te dejo la caja aquí, en la mesita, y un poco de agua para que mañana por la mañana no se te olvide tomar la siguiente dosis. Tienes que hacerlo cada doce horas.

—Sí, sí, hombre. —Con cara de no sé qué, me tumbé, cerré los ojos y empecé a alucinar de nuevo—. Connor, estás de coña, ¿no? Pero ¿esto qué coño es?!

Mama mía, lo de ese hombre no era normal. Se había quedado sopa en un santiamén. Sus ronquidos eran lo más exagerado que he oído en toda mi vida. Me había advertido que su respiración era fuerte, pero nunca imaginé que pudiera ser tan exageradamente ruidosa. Sinceramente, yo pensé que me lo había dicho por no molestar, o por si yo tenía el sueño ligero, pero, en realidad, había sido porque en su garganta habitaba un león.

¿Qué digo yo? Aquellos ronquidos eran peores que los rugidos de un león. Ciertamente, para aquello no existe ningún nombre.

Aquel tipo me dejó alucinada hasta cuando estaba dormido.

A la mañana siguiente, después de darnos cada uno una ducha —por separado, todo sea dicho de paso—, desayunamos en su terraza de lujo. Sobre la mesa puso de todo para que escogiera lo que me apeteciera.

En el momento de despedida, después de horas de conversaciones intensas, ya no pude más y le robé un beso. Se quedó petrificado. Inquieto, sonriente y petrificado. Luego dijo:

—¿Vas a venir mañana a comer? Vendrán los amigos sobre los que te he hablado hace un momento. Me encantaría presentártelos.

—Connor, mañana no puedo. Ya sabes que yo también tengo una comida. Si termino a una hora decente, te llamo y me uno a la fiesta, ¿te parece?

Asintió.

—Genial, pues hablamos.

Y con esa última petición me fui.

No conseguí verlo al día siguiente porque el mensaje que le envié para

anunciarle que acababa de terminar de comer con mis clientes me lo contesto a destiempo.

Después, todo fue muy complicado en su vida. Por teléfono, quedamos en vernos, pero nunca llegó el momento. Él estaba muy agobiado por una serie de circunstancias personales y otras que le dejaron sin mucha movilidad. Esto es un secreto: perdió el permiso de conducir.

Quizá, por su poco interés o por el mío, acabé desistiendo. Mucho misterio por resolver y muy poca paciencia por mi parte hicieron que ni con una lupa hubiera sido capaz de investigar el mínimo detalle de todo ese comportamiento final.

Kate, hoy, aún está esperando que Connor le diga qué tal fue nuestro primer encuentro.

Si soy sincera, todo este misterio final hubiera tenido un mejor recuerdo, al menos más divertido, si en lugar de los ronquidos hubiese sido un bonito cuento lo que hubiera acariciado mis tímpanos.

Lo Que Me Faltaba Por Hacer

Ese viernes tenía clase de Morfopsicología, así que me organicé para poder abarcar un día completo. Almorcé con Misuki, nos gustaba vernos cada tres o cuatro meses, aunque la vida nos programaba a su antojo. La escuela quedaba muy cerca de donde ella vivía, así que, siempre que mi agenda de ministra me lo permitía, la avisaba para poder comer y apurarnos tanto como nos gusta. Soy fan de los viernes, es mi día favorito de la semana, sobre todo la noche, y recuerdo claramente cómo empezó mi afición por ese día en especial.

Con ocho años, mi madre, viendo que me aburría fácilmente porque, aunque la afición por los libros la tengo desde bien pequeña, gracias a mis padres, por supuesto, todo y con eso, mi hiperactividad pedía más, con buen ojo, logró hacer con eso, y con muchas otras cosas, me enamorara del tiempo que empezaba a partir de la tarde de los viernes, después de salir del colegio.

Me apuntó a clases de teatro, y me gustaban tanto, que esperaba con ansia a que llegara el viernes; con los años fui yo misma la que consiguió hacer de los viernes el día por excelencia de la semana. El teatro quedó suplido por cenas con la pandilla; otras, a solas con mis florecillas; con cursos de Morfopsicología, y con muchas otras actividades que son muy de viernes, y para ser precisa, muy de viernes por la noche.

Ese día, había quedado con mis amigos, los Enmanguerados; Gero, Anouk, Atenea y su hermano Leo, que iríamos al salir de clase a cenar juntos. Cuando podíamos y a todos nos venía bien, intentábamos, aunque fuese uno de los dos días al mes que teníamos curso, ir a picotear alguna cosa, hacer algún brindis,

porque bien es verdad que siempre teníamos algo que celebrar.

Os preguntaréis por qué les llamo Enmanguerados, pues todo comenzó un día en el que nos percatamos de que nos interesaban mucho los temas relacionados con jardines y mangueras, hasta el punto de batirnos en duelo para averiguar cuál de nosotros tenía la manguera más grande. Y no, no diré quién ganó, porque no me acuerdo, pero lo que sí os aseguro es que nunca se me podrá olvidar. Fue uno de los ramos de flores más originales con los que Gero nos obsequió y logró dejarnos con la boca abierta. En una de las primeras cenas oficiales de nuestro grupo, Gero quiso hacer los honores de un modo que consiguió sorprenderos, y mis compañeras y yo, bueno, Anouk no tanto, pero Atenea y yo somos amantes de las sorpresas. A las tres, en ese instante, nos faltó tiempo para proveer de muestras de cariño a nuestro amigo por su idea tan genial. Nos obsequiaba con un ramillete precioso, en el que se podía observar perfectamente un trozo de manguera junto a las pequeñas flores violetas y blancas que decoraban cada uno de esos pequeños ramos.

Creo que a Leo también le tocó algún trozo de manguera, pero me parece que, en su caso, no había ramillete que la acompañara.

Son amigos que quiero y por los que siento una gran admiración; son grandes en muchos sentidos, pero en el de corazón poca gente les hace sombra. Agradezco que un día mi amigo Sean me descubriera ese mundo tan interesante que es la Morfopsicología para poder encontrarme con estos cuatro genios. Personalmente, si los he de definir, a Gero lo describiría como un verdadero jefe indio; a Leo, más bien, como brujo y mejor persona, ya os digo yo que le queda que ni pitado; y a mis dos amigas femeninas, Anouk y Atenea, como diosas, ya que, si os fijáis, sus nombres así las describen.

Ese día me encargué de elegir el restaurante donde ir a cenar. Todos me dieron su aprobación, al ver el lugar. Me gusta poder acertar con los sitios y hacer vibrar a cada uno de mis amigos con todos sus sentidos. La imagen de unos y otros observando la estética cuidada del local y los platos atractivos que el camarero nos iba ofreciendo, conseguir ofrecerles novedad, me encanta tanto como ver a los que quiero felices y, sobre todo, sentirme llena antes de haber probado bocado.

—Os tengo que comunicar algo importante, amigos, y por lo que quiero proponer un brindis —dijo Leo, una vez el camarero nos había traído nuestras bebidas.

—¡He conocido a la mujer de mi vida y me voy a vivir con ella!

—¡Menuda sorpresa, Leo! —dije sin poder reprimir mi alegría, alzando mi copa.

—¡Pues sí que te lo tenías callado, Leo! Nos la tienes que presentar, porque, una de dos, o se nos ha escapado algo o lo llevabais muy en secreto —dijo Anouk, mientras miraba de reojo a la hermana de Leo, a ver si ella soltaba prenda.

—¡Felicidades, compañero! —dijo Gero, chocando la copa con rostro de sorpresa pero de felicidad por su amigo.

En ese instante, teniendo el momento brindis controlado, me percaté, porque si algo tengo es que observadora soy un rato... y largo, para ser precisos; bien, viendo que Atenea no mostraba la cara que consideraba que se merecía la noticia, me hizo sospechar que algo de esa unión no nos iba a encantar, como de entrada había causado el efecto de la noticia. Así que, como a rapidez verbal tampoco me gana mucha gente, con cariño, pero directa, le pregunté a Atenea, por qué no me parecía observar en ella una alegría por su hermano, como supuestamente, creí que merecía la noticia.

—Atenea, ¿hay alguna cosita que no te gusta de esta chica?

—Qué va, Alma, la verdad es que creo que les va a ir muy bien.

—Entonces, ¿por qué me da a mí que tu cara no es de una alegría suma?

—Que os lo cuente Leo. —Fue oír esa frase, y cada uno de nosotros dirigimos por completo la atención hacia Leo.

—Chicos, me marcho a vivir a Chile, ella es de allí, nos hemos conocido a través de Internet, por una aplicación que me recomendaron, y la verdad es que estamos muy enamorados el uno del otro, y sé que es la mujer de mi vida.

Creo recordar que los ojos de todos se abrieron como nunca había observado. Gero, solo me miraba a mí, buscando complicidad por lo alucinados que nos habíamos quedado al oír a nuestro amigo; Anouk, todo y sorprendida, le podían más las ganas de saber y continuó preguntando todo tipo de detalles a nuestro amigo.

Yo, con mi experiencia y mi historial vivido en tema de páginas de contactos y redes sociales, no daba crédito a lo que mi amigo nos estaba contando. Sorprendida por ello y, sobre todo, por el paso que había determinado hacer, le pregunté:

—Leo, ¿cuánto tiempo hace que os conocéis?

—En realidad, Alma, hace algo más de un mes que hablamos.

—Ya, pero en persona, ¿cuántas veces os habéis visto?

—Ninguna.

—¿Perdona?! —dije avanzándome a los comentarios de mis compañeros.

—¿Qué dices, Leo? ¿En serio vas a Chile, a la aventura? —le preguntó Gero, con cierto miedo y admiración a la vez.

—Sí, ya sabéis que, cuando lo tengo claro, me lanzo, y si no sale bien, siempre tengo la opción de volver. Pero tengo claro que va a funcionar, os hacéis una idea de lo brujo que soy para según qué temas y, como podréis imaginar, tengo mis métodos para cerciorarme de que esta aventura es una pieza clave en mi destino.

—Tú ya sabes que yo soy escéptico en muchos temas, amigo —le dijo de nuevo Gero—, pero si tú lo tienes claro, yo te apoyo, así que brindo una vez más, por que seas feliz con esa mujer y en ese nuevo país que pronto te acogerá y será tu hogar.

Y brindamos, y seguimos alucinando.

—Yo os he traído una sorpresita —dije, pensando que iba a ser un sorpresón, pero visto lo que acababa de ocurrir...

—Alma, miedo me das —dijo Gero—. Después de lo que nos acaba de soltar aquí, el colega, vienes tú con una sorpresita. A ver, deja que lo adivine, ¿tenemos nuevo candidato a la vista?

Pues bien, después de reírme por el comentario de Gero, alcancé una bolsa de papel en la que traía un obsequio para cada uno.

—Tomad, esto es para vosotros —dije, dejando un paquete encima del plato de cada uno de mis amigos.

—¿Esto no será una invitación de boda? Alma, que de ti lo espero todo y cualquier día... Si nuestro amigo es de los que lo tiene claro, cuando lo tienes claro tú, bonita, no te quedas corta...

—Gero, ábrelo tranquilo —le dije con una de mis sonrisas, acompañada de un guiño—. Apresuraos en abrirlos, que vendrá la comida.

El paquete estaba envuelto con un papel que parecía un tejido y una cinta imitando a una cinta métrica que lo cerraba, creando un lazo muy decorativo. Me encantan las sorpresas y, por supuesto, que estas vengan con el máximo de detalle en su presentación. El hecho de que se tratara de una cinta métrica era porque, entre nosotros, el tema de mediciones era importante, pues buena parte de la materia que estudiábamos requería de ellas y bastante precisas, para ser exactos. Y ya puestos, si se querían medir las mangueras, siempre les podía venir bien esa cinta cerca.

—Madre mía, chicos, yo no he traído nada —dijo, disculpándose, Anouk.

—¡No, mujer! No se trataba de traer nada, pero me apetecía mucho, después del tiempo que...

Y sin dejarme terminar de decir mi frase, Atenea y Gero exclamaron a la vez.

—¡Oh! ¡Es un libro!

—¡Nuestro libro! —dijo Gero, todo emocionado.

—¡Eres increíble, Alma! —dijo de nuevo Atenea.

—Madre mía, bonita, pero... ¡si son todas nuestras fotos plasmadas en un álbum! —exclamó Anouk.

—Todas las que tenemos hasta el momento —dije, ofreciéndole un guiño de complicidad.

—Qué maravilla. Nuestra historia, hasta el día de hoy, contada con imágenes, de momentos que siempre nos va a gustar recordar. Gracias, Alma, este libro va a viajar muy lejos —expresó Leo.

A cada uno de esos comentarios, se sumaron abrazos y besos que nos encantó intercambiar. La presencia del camarero con los primeros platos nos hizo volver a ocupar nuestros puestos.

—Me encantará tener la colección completa de libros de los Enmanguerados, Alma —dijo Gero, con su gesto amable.

—Bueno, chicos, de momento, contentaos con este, os aseguro que no es por no hacer una colección entera, pero es que lleva un montón de horas de trabajo, y las noches no me dan para más.

—Sinceramente, Alma, no entiendo de dónde sacas el tiempo.

—Bueno, Atenea... ¡esta sí que es buena! ¿Me lo dices tú, que trabajas más de doce horas diarias y aún tienes tiempo de montar cursos para los fines de semana?

—Mujer, que muchos ya los he dado en más de una ocasión y ya me sé el temario.

—Atenea, estoy de acuerdo con Alma. Mejor vamos a brindar, que hoy tenemos muchos brindis por hacer y empieza a acumularse la faena —dijo Gero, levantando la copa, entusiasmado—. Me gustaría empezar por nosotros, los Enmanguerados. Por que la casualidad que nos unió en esa cena de final de curso nos dure para siempre. —Y a ese chinchín le siguieron muchos otros; teníamos muchas alegrías esa noche por festejar.

—Oye, Alma, ¿y tu última cita cómo fue? Nos comentaste que lo tenías que

conocer hace un par de semanas, más o menos.

—Pues sí, Anouk. La verdad es que, en realidad, aún estoy agitada con todo lo que pasó.

—¿Agitada porque fue la bomba o porque te la lio parda? —preguntó, con sutileza y a la vez con un punto de preocupación, Gero.

—La verdad es que fue más reveladora de lo que nunca hubiese imaginado, sinceramente os lo digo.

—¿Reveladora? ¿Ahora se le llama así? —le dijo Leo a Gero, en un gesto divertido, para que todos le oyéramos.

—En serio, chicos, de verdad —dije, justificando mi comentario.

—Pero ¿qué te pasó, Alma? —preguntó Atenea, con total curiosidad.

—Bueno, comienzo por el principio, porque vale la pena que os cuente el día que por fin nos conocimos en persona.

—Cómo me gusta oír tus citas, Alma. De algún modo, me meto en tu piel y vivo algunas escenas que me sacan de mi vida rutinaria —dijo Anouk.

—Este como se llama, Alma —preguntó Gero.

—Arthur.

—Cómo me gusta ese nombre —comentó Anouk.

—Pues bien, os cuento cómo empezó todo. Habíamos quedado en que el domingo me pasaría a buscar e iríamos a comer por la playa. Me preguntó si me atrevía a ir en moto de paquete. ¡A mí! ¡A doña Atrevida!

—Si te conociera, se hubiese ahorrado la preguntita, Alma —comentó, haciendo ese inciso, Atenea.

—Pues sí, la verdad es que cuando no te conoces en persona tiendes a desafiar al contrario, y él no lo hizo para retarme, porque me propuso que yo escogiera entre el coche y la moto; pero como es profesional del tema, pues le apetecía que fuésemos en moto.

»Así lo hicimos, volamos con la moto y fue un lujo. A mí me encanta la velocidad, y si algo pude, fue disfrutar de esa travesía con alguien que era un maestro en esa práctica. Su empresa organizadora de eventos moteros lo constata, pero esta información no la tuve en ese momento. Lo que sí tenía claro es que éramos dos completos desconocidos que tuvieron *feeling* suficiente al momento; fuimos generosos, apostando por una confianza a ciegas, uno con el otro, para emprender ese viaje. Tened en cuenta en todo momento que éramos dos desconocidos, pero sus ojos, su postura corporal y su tono me crearon la confianza del todo para poder acercar mi cuerpo al suyo,

hasta en ese aspecto, como comprenderéis, ganas de caerme no tenía ninguna y vergüenza poca. En resumen, me súper encantó la experiencia y puedo deciros que aprobé con nota la faceta de paquete.

—Lo que tú no apruebes con nota, bonita, es que no merece ser puntuado.

—¡Anouk! ¡En Morfopsicología nunca podré puntuar más que tú! Eres nuestra maestra por excelencia; y no me lo discutas, porque tengo a tres elementos en esta mesa sentados que estarán completamente de acuerdo conmigo en lo que acabo de comentar... ¡Sigo!

»La comida fue muy cómoda. Él, en todo momento, estuvo atento, amable, pero también muy directo; si tenía ganas de expresar algo, que a mí personalmente ni me iba ni me venía, él se sintió con el confort suficiente para hablar sin problema. Los temas para comentar seguían creciendo, y eso me hizo estar mucho más cómoda. Las miradas iban regaladas, los dos teníamos ganas de descubrirnos. Su aspecto me gustó, aunque reconozco que su punto *hippie* no me entusiasmaba de la misma manera; pero me dije a mí misma: «¿Por qué no probar con un estilo de hombre distinto al que estaba normalmente acostumbrada?». Pues bien, en menos que canta un gallo, tuve claro que yo en una furgoneta, recorriendo el mundo, no me veía. Llamadme pija, pero mis almohadas y colchones de hotel, y su baño con bañera de chorritos no los cambio por la mejor furgoneta del mundo. Su persona sumaba muchos puntos a la propuesta de la furgoneta, pero no los suficientes como para que mi naturaleza dijese «sí, quiero».

»Sus ojos verdes y su casi metro noventa también puntuaban alto, pero, de nuevo, no lo bastante. Si algo tenía claro es que sería sincera conmigo misma, ¿a quién quería engañar? La cabra tira al monte, y sí que es verdad que yo de cabra tengo poco y de monte menos; lo mío es la *city* y por mucho *feeling* cerebral que hubiese, porque eso os aseguro que había, creo que la mejor elección que podía hacer, en ese momento, era la de mí misma. Pienso que ser fiel a uno mismo es lo más sensato en muchas ocasiones.

»Él se percató al minuto cero, pues mis caras me delataban. A cada pregunta en la que me proponía posibles planes, que a él le apetecían, yo iba respondiendo sin tapujos, con educación siempre, pero con certeza también. Su rapidez en observar cada gesto mío, sumado a su inteligencia, porque sí, ese hombre tenía un coeficiente intelectual bien elevado; su modestia en hablar de ello también sumó algún punto más a su favor, pero, con todo, mis miradas respondían en negativo a cada una de esas propuestas que para él formaban

parte de su filosofía de vida.

»Total, después de disfrutar de una comida riquísima, en un lugar escandalosamente bonito, que con su elección logró excitar un poco más todos mis sentidos de un modo gratamente sorprendente...

—¿Dónde fuisteis? —preguntó Anouk.

—A un restaurante que está en una cala muy bonita, luego os lo busco por Google, y os lo paso al chat de Enmanguerados. Vale la pena, de verdad, que vayáis; la comida estaba riquísima y las vistas son espectaculares.

»Pues bien, finalmente, optamos por volver a la ciudad, el cielo se estaba enmarañando, y no queríamos que nos pillara la lluvia, se estaba nublando por momentos y, aunque no estábamos muy lejos, lo de mojarse, en ese aspecto al menos, no entraba en la lógica de los planes. Así que decidimos ir a por la moto para marcharnos lo antes posible.

»Él, muy amablemente, pagó la cuenta y me facilitó el camino hasta llegar a su moto. Una vez allí, en el aparcamiento, me distraje un segundo con un coche que pasó, ese modelo me traía por el camino de la perdición. «Algún día voy a conseguir tener ese coche», me dije. Y, aunque la facilidad que tengo para distraerme con una mosca es bastante normal en mí, él, muy astutamente, percatado por mi distracción momentánea, aprovechó la situación para, de manera muy hábil, llamar mi total atención de golpe.

—*Alma*. —Oí que me llamaba. Y en el momento de girarme, con mucha maestría, me agarró de la cintura, me acercó de un modo ágil y veloz hacia su cuerpo, y antes de que yo pudiese reaccionar, tenía sus labios pegados con intensidad a los míos, ofreciéndome un morreo de lo más excitante y pasional que alguien puede regalarte. A este, le continuaron besos y más besos. Nos gustamos, y así es como lo expresaba, sin tapujos, el lenguaje de nuestras lenguas valga la redundancia. Os aseguro que lo dejaron bien claro. Y sí, chicos, ya sabéis como es de importante para mí el tema besos; si va bien, claro, porque si no, os aseguro que sentencia la cita.

—*¿Estás bien?* —me preguntó, en el momento justo que logramos separar nuestros cuerpos, cuando volvíamos a recuperar de nuevo el aliento, pero con un escenario diferenciado al que teníamos antes de perderlo.

—*Sí, sí, muy bien. La verdad es que no me lo esperaba, Arthur.*

—*Era ahora o no sabía si tendría una ocasión nuevamente para pillarte con la guardia baja. Mira, Alma, me has tenido muy desconcertado toda la comida y no estaba seguro de haberte gustado, así que he querido armarme*

de valor y gastar mi última carta.

—*Me gusta la gente con valentía, así que te lo agradezco.*

—*Me encantas, ¿nos vamos antes de que nos pille la lluvia?*

Y nos marchamos.

—Muy bien, ¿no? Entonces fue de coña. Cómo me gusta que también os gustara conversar, como antes has comentado.

—Sí, sí, mucho, Anouk. Los temas de conversación, en todo momento, fueron muy cómodos entre nosotros.

—Uy, Alma, esa respuesta... ¿por qué me parece que no está siendo todo lo eufórica que creo que debería ser?

—Pues muy sencillo, Atenea, os he contado que había cosas de él que me gustaban, pero otras varias que ni por asomo podía con ellas, por mucho que él me asegurase que tenían su encanto. Me refiero a lo de viajar con un coche, tipo furgoneta, para poder despertarse en el lugar del mundo donde nos apeteciera, viendo salir el sol, desde el paisaje más idílico.

—Pero, a ver, Alma, ¿me estás diciendo que en la primera cita ya te estaba hablando de levantarse contigo en una furgoneta para ver la salida del sol más espectacular? —Ese comentario fue de Atenea, con mi currículum, ya esperaba que me pasara cualquier cosa. Y una petición como esa tampoco hubiese sido tan exagerada.

—Yo os transmito cada uno de los comentarios que salieron por su boca.

—La verdad es que, quizá soy de otra generación, que también, pero digo yo que esas propuestas en una primera cita... no sé...

—Gero, hablamos de las cosas que nos gustaban para tantear si al otro también le agradaban, pero no había ninguna propuesta en firme, solo nos tanteábamos.

—No sé, chica, es que ahora va todo tan deprisa que pensé que proponía pasar un fin de semana juntos.

—Qué va, Gero, pero te digo una cosa, ya sabes que a mí la velocidad me gusta, así que, a estas alturas de la vida y con nuestra edad, no estamos para pensar en planes muy a largo plazo. Eso sí, si se puede planificar todo con un poco de margen, mucho mejor, pero, vamos, que si la ocasión lo vale y hay que improvisar... ¡se improvisa! —dije, contestando a las dudas de mi amigo.

—Uy, cómo admiro esa facilidad tuya por la improvisación, Alma —dijo Anouk—. Ya sabes que a mí me causaría más problema que ilusión.

—Bueno, Anouk, en su caso, dio con alguien a quien eso, si algo le puede

producir es emoción, si la propuesta me gusta.

—Madre mía, Alma, está claro que a los retraídos laterales os delata del todo ese aspecto, y un claro ejemplo lo tenemos contigo, bueno, y con el resto de los Enmanguerados.

Cómo nos gusta hablar de Morfopsicología; cualquier ocasión era buena para aprender de nuestros propios rostros.

—Bueno, Alma, ¿y qué pasó? ¿Cómo continuó la historia? Nos decías antes que te la había liado parda, o al menos me ha parecido entender algo así, ¿puede ser?

—De algún modo sí, Atenea, pero en el buen sentido. Os cuento... El viaje hacia la ciudad fue con una comodidad absoluta y a ese momento se le sumó una complicidad brutal, pues las caricias que él me proporcionó en la zona que alcanzaba, mis piernas, para ser concreta, me lo dejaron más que claro. Yo soy una persona de contacto, ya lo sabéis, y admiraba su dominio con la moto y, a su vez, todo el cuidado que tanto me encantó recibir de él.

Me gusta saborear esos gestos, quizá porque han escaseado en mi vida.

—Un día, Alma, estoy segura de que tendrás gestos de ese tipo por la mañana a mediodía y por la noche, porque todo llega, bonita. Aunque mi consejo es que disfrutes de todo lo que el camino te ofrezca hasta lograr ese dulce ritmo en tu día a día —comentó con cariño Anouk.

—No voy a perder ni una oportunidad, ¡palabrita! Pues bien, os continuó contando... Llegamos a la ciudad, y él me propuso ir a tomar otro café, bueno, para ser exactos, un té. Le encanta cuidarse, el equilibrio entre cuerpo y mente es muy importante para él. Cuando os digo que es un tipo interesante, lo digo con conocimiento de causa. En su momento, cuando nos conocimos, me comentó que era *coach*; principalmente se dedicaba a implementar un método en las escuelas, que luego os cuento si queréis con detalle, porque si no me voy a alargar demasiado. Pues bien, recordé que había una cafetería-restaurante muy bonita en la planta superior de un edificio comercial. Una vez llegamos a la parte de la azotea del edificio, donde se encontraba el lugar, entramos. En ese momento, observé que mi acompañante, que en todo el recorrido hasta llegar allí me había ofrecido total atención, mimos y besos y más besos, se quedó boquiabierto, al divisar el exotismo y buen gusto que nos ofrecía la decoración del sitio. Sabéis lo que me gustan los espacios bien decorados y bonitos, y como él me había sorprendido anteriormente con el lugar de la comida, quise marcarme un tanto, y ser yo quien lo sorprendiera en

esa ocasión. ¡Y lo logré! Vamos si lo logré, pero él volvió a adelantarse a la primera posición con un gesto de lo más romántico. Os situó en escena. Tomamos asiento en uno de los *chill out* que estaba libre; a esa hora aún quedaba alguno disponible, pero nos fue por pelos que casi tenemos que ir a otro lugar. Bien, pues situados en ese sofá que nos permitía estar un poco tumbados, podéis imaginar cómo empezamos y cómo continuamos. Madre mía, la pasión entre nosotros era muy buena, sabíamos ofrecernos lo que nos gustaba y de la manera que mejor se nos daba. No es fácil encontrar a alguien que proporcione unos besos con esa pasión y unas caricias que me hacían estremecer por momentos.

—*Arthur, dame un segundo, que voy al baño. Ahora vuelvo.* —Y, ofreciéndole un beso más corto pero igual de intenso, me marche hacia la zona de los aseos. Pues bien, ¿cuál fue mi sorpresa? Que a la vuelta, él estaba esperándome con ansia y con ganas de preguntarme cosas.

—*Alma, me encantas, te lo he dicho y te lo vuelvo a decir, me gusta tu pasión; eres una mujer muy interesante, tenemos temas para hablar hasta el infinito y nos entendemos a la perfección, tengo ganas de que podamos vernos de nuevo, dime que también te apetece.*

—*Claro, por supuesto que sí, pensaba que esos besos te lo habían confirmado.*

—*Espera, ven, acércate, que quiero cerciorarme.*

¡Y vaya si me acerqué! Lo que me costó fue apartarme. Estaba segura de que el espectáculo que estábamos mostrando no era apto para menores, pero como soy controladora por naturaleza, ya me cercioré, por la cuenta que me traía, al volver del baño, que no hubiese nadie menor de edad para contemplar lo que nos continuaba apeteciendo a los dos.

—*Alma, ¿te parece que nos veamos este miércoles próximo? Yo voy a recoger a mis niños el jueves, así que, si te viene bien, puedo organizarme para vernos e ir a comer o a cenar, lo que prefieras; pero dime que sí, por favor.*

—*Espera, que miro un momento mi agenda y te digo si el miércoles me viene bien.* —En ese momento, al sacar el teléfono de mi bolso para consultar el calendario, me encontré con un mensaje de WhatsApp suyo. Me lo había mandado mientras estaba en el baño—. *¡Tengo un mensaje tuyo, Arthur!* —dije entre sorprendida y curiosa.

—*Te lo he mandado ahora, ábrelo, anda* —dijo, mientras yo, de manera

ágil, ya me había puesto en ello.

—*¡Oh!* —dije, poniéndome la mano en la boca, sorprendida por lo que acababa de leer.

Le hice un pantallazo, porque estas palabras no suelen aparecer en mi teléfono, así que, ya que la tecnología me permitía inmortalizar el momento, hice una captura de pantalla y, de este modo, poder leer literalmente su mensaje: «Hola, nena, me encantas. Si quieres, me atrevo contigo».

—*¡Un valiente, por fin, Alma!* —exclamó Anouk.

—*Me gusta este chico para ti* —dijo Atenea.

Y yo sonreí por los comentarios de mis amigas. Y a continuación les dije:

—Sinceramente, me encantó recibir y leer ese comentario cuando menos me lo esperaba. Él, en todo momento, estuvo muy atento y cariñoso, como imagináis, le contesté con un «a mi también me encantas y, al igual que a ti, me apetece vivir esto». Nos vimos ese miércoles y luego el fin de semana. Ese sábado habíamos quedado para cenar e ir a bailar con unos amigos. La noche transcurrió muy bien, pero yo lo había visto, desde que había llegado, más tenso que el último día que nos habíamos visto. Después de bailar llegamos a casa, y una vez sentados en el sofá, me dijo:

—*Alma, tengo que decirte algo.*

—*Uy, Arthur, ya decía yo que hoy, cuando has llegado, no estabas igual de relajado que el último día. Anda, suéltalo ya, que cuanto más rápido, menos va a doler. Pero como me digas que estás casado... te va a caer una hostia que no podrás decir que no la viste venir.*

—*No, no, Alma, ¿que dices?! ¿Cómo voy a estar casado?*

—*¡Uy! Como si no pudiera ser... bueno, va, ve al grano.*

—*Te he mentado en la edad.*

—*¿Esto es lo que te tiene tan preocupado?*

—*Te dije que tenía cuarenta y tres, pero tengo cuarenta y seis.*

—*Creo que lo podré superar, anda, ven aquí* —dije, dedicándole un gesto de complicidad para lograr que abandonara la butaca y se sentase a mi lado en el sofá.

—*No, espera, Alma, hay otra cosa.*

—*¿Otra cosa? Arthur, suéltalo ya, que se me está terminando la paciencia.*

—*Si después de lo que te voy a decir, no quieres ni hablarme, lo entenderé; pero es que le he dado muchas vueltas y no te puedo hacer esta*

putada. Táchame de puto egoísta, tienes todo el derecho.

—Arthur, ¿quieres hablar de una puñetera vez, por Dios?

—No quiero tener más hijos, Alma. Tengo dos y no quiero más, y tú me dijiste que uno de tus sueños es ser madre.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, tú no quieres y yo sí.

—Pues, ya me dirás cómo nos organizamos si estamos juntos. Porque yo te quiero de algún modo en mi vida, no te enfades porque te diga esto... ¡o sí! Hostia, la estoy cagando, pero es que no quiero perderte, que entiendo que me mandes a la mierda, eso también, pero...

—Pero te estás embalando, déjame ahora hablar a mí. Mira, Arthur, yo este proyecto lo quiero, pero no sé si lo voy a poder lograr. Y no porque no pueda contar contigo, sino porque es algo que ahora mismo, sin apenas conocerte, no me planteo. Pero, por otro lado, lo que sí tengo claro es que cosas que me lo impidan tampoco las quiero.

—Lo entiendo, pero es que yo no quiero. Pero dime si podemos continuar, al menos, siendo amigos; la conexión contigo es brutal, me interesa tu amistad, te quiero de algún modo en mi vida, Alma. Lo sé, soy un puto egoísta, me marchó; después de todo lo que he dicho, sé que no me merezco ni tu amistad, pero...

—Pero nada, Arthur, ¿me dejas que diga la mía?

—Debes de estar cabreada de lo lindo, pero es que...

—¿Te quieres callar y dejarme hablar, niño? A ver, no estoy para dar saltitos de alegría como bien debes suponer, pero no me gustan los dramas. Y te aseguro que por mi parte no habrá más bronca. Mira, Arthur, si tengo algo claro es que entre nosotros hay feeling en muchos aspectos, pero en alguno nos debe faltar, y esto te lo digo porque, igual que tú eres capaz de ser sincero conmigo, yo también lo voy a ser contigo.

—Ahora no sé por dónde vas, Alma.

—Pues te saco de dudas en un plis.

—Por favor.

—Mira, Arthur, bajo mi punto de vista, te lo diré como lo siento y como lo veo. Creo que esto de tener un hijo con alguien no se plantea o sí, pero, al menos, en el minuto uno de conocer a alguien no, o sí... Soy de la opinión de que si alguien se enamora perdidamente no tiene control ni en eso, pero no

ha sido nuestro caso. Cuando yo te comenté mi ilusión por tener un bebé, fue por que tú me lo preguntaste al poco tiempo de hablar por chat conmigo, y todo y sabiendo cuál era mi respuesta, continuaste queriendo conocerme.

—Sí, lo sé, Alma, pero es que he reflexionado y...

—Y nada, déjame terminar de hablar. Pues bien, yo creo que las cosas van surgiendo, e insisto, este tipo de decisiones se toman con las personas que consideras que debes y quieres tomarlas. A nosotros, por la razón que sea, no se nos dará. Porque déjame que te diga que yo soy de la opinión de que si uno está colado hasta las trancas por alguien, eso y descolgar la luna del universo para ofrecérsela a la persona que ama no son impedimento. ¿Y sabes por qué? Porque es con esa persona, por la razón que sea, y que nuestro intelecto no tiene capacidad de comprenderlo.

—Quizá estés en lo cierto, Alma, pero, aun así, yo me siento mal no pudiendo ofrecerte lo que te hace ilusión. Por eso entenderé que decidas terminar con esto.

—Mira, Arthur, expresándolo así suena muy dramático, y ya te he comentado que esa temática para nada va con mi forma de ser. Vamos a terminar esta aventura porque ninguno de los dos queremos una relación a medias. Y me parece bien que seamos sinceros y generosos con nosotros mismos. Está claro que, por activa y por pasiva, sabemos en lo que sí tenemos feeling y, como ninguno de los dos es imbécil, vamos a finiquitar nuestra historia romántica, dejándola como una amistad de las buenas.

—¿En serio, Alma? Me siento tan puto egoísta pidiéndote que me dejes estar en tu vida después de todo lo que te he dicho.

—Arthur, dime cuál es la parte que no has entendido de que no puedo con los dramas.

—Vale, vale, es que...

—Nada, no le des más vueltas. Lo hemos pasado bien juntos en estos días que hemos compartido, y quiero quedarme con ese buen sabor de boca. Si de algo tiene que servir nuestro grado de inteligencia emocional, como tú dijisteis hace unos días, creo que este es un buen momento para hacer uso de ese adjetivo, que tu mismo constataste que nos definía.

—Eres increíble, Alma. Bueno, se está haciendo muy tarde, así que, si te parece bien, voy a ir tirando, que tengo casi cien kilómetros por delante.

—¿Perdona? ¿Tú te crees que voy a dejar que te vayas así? Arthur, tú y yo vamos a poner final a esto mañana; hoy teníamos acordado que nos

regalaríamos una noche con todos los elementos que nos apetecía compartir, pasión incluida. Así que mañana se terminarán los besos apasionados, porque entre amigos no suele ser lo habitual, y empezaremos una relación en la que tengo completa seguridad de que continuará siendo bonita e interesante, si conectamos todo lo que cerebralmente nos interesa. Así que hoy es hoy y mañana nos iremos a comer a ese japonés que nos apetece, pero como dos amigos que quedan para comer un domingo cualquiera y, cuando decidamos que es hora de terminar el domingo, te marchas a tu casa.

Y con un beso de los suyos y un abrazo que nos sujetaba a ambos en nuestra decisión, retomamos lo que teníamos planeado para esa noche de pasión.

Por la mañana, después de despertarnos, cuidando el uno del otro con caricias y gestos de complicidad, él me ofreció algo que no pensé nunca recibir estando en la cama con alguien al lado.

—Alma, ¿quieres que hagamos una sesión de coaching para averiguar qué podrías mejorar en ti para atraer a alguien que esté dispuesto a tener una relación de pareja seria contigo? Reflexionaremos en voz alta y ya verás como al manifestar tus propósitos, a través de las preguntas que yo te haré, llegas a alguna conclusión que quizá te sorprenda más de lo que imaginas. ¿Te apetece? Después de lo de ayer, es lo menos que te puedo ofrecer. Bueno, la invitación a comer hoy también está en pie, por supuesto.

—¡Me parece genial! ¡Qué guay! Sí, sí, nunca he tenido ocasión de tener una sesión con un coach, así que, con lo curiosa que soy, ya estamos tardando en empezar.

Él sonrió y empezó con el regalo. Primero, una relajación previa para entrar en un estado de tranquilidad y poder lograr una sesión más placentera. A ese proceso le siguió toda una serie de preguntas y reflexiones que yo hice en voz alta hasta llegar a lo que, con creces, me llevé de esta historia vivida con él.

La pregunta por excelencia fue:

—Alma, ¿qué crees que te falta hacer para conseguir tener pareja?

—Pues, Arthur, yo creo que lo he hecho todo. Sabes que soy una persona dinámica y sin pereza para llevar a cabo cualquier reto que se me ponga por delante; voluntad no me falta, constancia para alcanzar objetivos tampoco, pero he llegado a un punto en que no sé qué más hacer.

—Quizá aún te quedé algo por hacer. Vamos a hacer una cosa, enumérame todas las acciones que has llevado a cabo, según tú.

—A ver, empezaré diciendo que receptiva, por lo general, he estado siempre, porque reconozco que alguna temporada desconectada he estado y he asumido las consecuencias, pero ya te digo que, cuando tengo el radar activado, no suele escaparse nada sobre las intenciones de todos los que tengo a mi alrededor. Otra cosa es que me haga la despistada, porque no me interese lo que se acerque, o diga que no me he dado cuenta, porque me conviene disimular. Después, siendo curiosa como soy y teniendo ganas de aprender, creí que una alternativa también interesante para encontrar pareja podía ser a través de distintas actividades; tipo, cursos, o llámalo como quieras, y sí, conocí a gente, sí un montón de amigos, para ser concreta. Dos años de cursos de cocina, algo más de dos años de clases de baile, más de cuatro años de Morfopsicología han dado mucho de sí, y no cuento los seminarios de fin de semana, porque no dan para interactuar demasiado, aunque yo, por si a caso, no perdí la ocasión. Y lo dicho, muchos conocidos, algunos, hoy en día, buenos amigos, pero nadie interesante en el aspecto sentimental. He ido a todas las fiestas y eventos donde se me ha invitado, que no han sido pocos, te lo aseguro. He tenido la gran suerte de poder viajar, pero nunca fui yo la que vino de vuelta con pareja de un viaje, cosa que no puedo decir que no pasara en más de una ocasión con el grupo de amigas con el que viajé. Arthur, créeme cuando te digo que he estado día tras día conociendo personas en distintos ámbitos, fiestas con amigos, salidas a bailar, cumpleaños, verbenas varias, amigos de amigos... y sí, claro, tener algún intento de historia con alguien tuve, pero se quedó en un amago de intento, y fue por ambas partes, todo hay que decirlo. Viendo que quizá ese no era el camino, decidí entrar en el mundo de las redes sociales e intentarlo en ese aspecto; pues bien, no me apunté a una ni a dos, con años de diferencia, hasta probé en cinco distintas, y puedo decirte que como bien sabes, se encuentra a gente interesante, para muestra un botón. En fin, si después de decirte toda esta lista de cosas hechas, me dices que aún me queda algo por probar, me sorprenderé, pero seguro que lo agradeceré, porque a mí ya se me terminan las ideas. ¡Ah! Y lo de las citas rápidas de cinco minutos también lo he hecho, te lo recomiendo; cualquier día de estos, te digo que vayamos a probar suerte los dos —dije, para hacer el final de toda mi explicación algo más divertido, ya que viendo todo lo que acababa de enumerar, fui consciente aún de mucha más frustración de la que recordaba.

—Pues sí has hecho muchas cosas, Alma. No tenía la menor duda de que no te hubieses movido, y sí, lo has hecho, pero hay una cosa que te falta en toda esa lista que me has enumerado.

—¿Una cosa? Pues habla, ya que, ahora mismo, todos mis sentidos están al máximo de expectación por oírte.

—Pues solo te queda... no hacer nada.

—¿Cómo? No te entiendo, ¿que no haga nada? Pero ¿a qué te refieres con que no haga nada? Explícate más porque no te pillo.

—Sí, lo has pillado y entendido perfectamente. Solo tienes que hacer... nada, y dejar que la vida haga por ti.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso? Yo no sé no hacer nada, y...

—¿Y por qué no lo pruebas? Esto aún no lo has hecho.

—Nunca pensé que no hacer nada sería quizá lo que debería hacer.

—Pruébalo de algún modo, si no ganas nada, tampoco perderás. La inversión es bien simple. Y quién sabe, quizá esta vez alguien esté preparado en tu camino, y tú no llegas porque te estás entreteniéndote en posibilidades que crees más adecuadas que las propias casualidades del destino.

Mi cara de sorprendida aún estaba asimilando la única cosa que me quedaba por hacer, ¿y si realmente era así? Eso no lo había probado. ¿Quizá había llegado el momento?

—Arthur, no te prometo nada, porque sé que mi naturaleza es de acción, pero que me hayas regalado esta reflexión hace que, al menos, por respeto, lo pruebe. Insisto, la cabra tira al monte, y no sé cuántos meses aguantaré sin hacer nada en el aspecto que comentamos, ya que, como sabes, voy a continuar mi vida social, pero, como soy de retos, voy a probar esto que me has aconsejado. Gracias.

A veces nos preguntamos por qué se cruzan ciertas personas en nuestra vida. Pues bien, yo sé por qué se cruzó Arthur en la mía. Su valentía y generosidad, junto a la mía, por supuesto, que nadie olvide que él estaba allí porque yo decidí que nos merecíamos un buen final para comenzar lo que sería una mejor amistad, si por ambas partes éramos capaces de llevar a cabo lo que habíamos decidido la noche anterior.

Por muy obvio que parezca, «no hacer nada» nunca hubiese sido una opción para alguien hiperactivo y entusiasta como yo.

Cinco Años... ¡Oh, La, La!

Las calles del centro estaban cortadas porque había manifestación. El taxista se estaba ingeniando una ruta alternativa para que yo pudiese llegar hasta el restaurante del hotel donde me esperaban mis dos amigas para cenar.

—Alma, tienes que escoger el menú porque van a cerrar la cocina, así que te voy a enviar una foto por WhatsApp de la carta y eliges lo que te apetezca —me dijo Nancy por teléfono.

—*Ok, ok*, pásame la imagen y ahora mismo os digo. Cuenta que en poco ya estoy con vosotras. Ya hemos salido del atasco y vamos subiendo por el paseo.

A los diez minutos de escoger el menú, me reuní con ellas.

El vestíbulo del hotel donde se encontraba el restaurante era amplio y bastante moderno. Reservé en ese lugar porque las opiniones eran muy buenas y me pareció una opción perfecta. La decoración no era nada del otro mundo; para mi gusto, un poco fría, pero todo estaba correcto. No me pude entretener en observar demasiados detalles, pues iba con el turbo puesto para llegar hasta la mesa de mis amigas.

Las localicé desde la entrada del restaurante. Estaban sentadas al fondo del salón, a mano derecha, frente a unos grandes ventanales que daban a una terraza espectacular bien iluminada. Por eso mis ojos la visualizaron en un momento.

—Hola, he quedado con unas amigas que están allí al fondo —le dije al camarero que, al verme entrar escopeteada en la sala, intuyó claramente que era yo la persona a la que estaban esperando mis compañeras de mesa. Me

indicó discretamente dónde suponía que estaba mi sitio. Aunque la deducción era fácil, ya que en la zona donde estaban ellas, a esa hora, solo quedaba nuestra mesa y otra que ocupaban cuatro personas más y que quedaba bien cerca de la nuestra.

—Lo siento, chicas —les dije, mientras las abrazaba y besaba—. No me puedo creer que un sábado la ciudad esté funcionando con la mitad de la plantilla de taxis. Aun así, he de decir que he tenido mucha suerte porque el tipo que he pillado ha sido súper astuto y rápido. Ha elegido una ruta alternativa, que, por cierto, ha sido la hostia y todo un descubrimiento. Vaya, que, en definitiva, ha sido una odisea llegar.

—Tranquila, Alma. Ya estás aquí. A mí también me ha costado un montón encontrar aparcamiento. He dado más vueltas que una sevillana en feria y todo para dejarlo aparcado a tres calles. A la pobre Nancy sí que le estamos dando la noche —comentó Ciara, medio riendo, mientras miraba a nuestra amiga.

—Bueno, chicas, eso con unos buenos brindis lo solucionamos. Nosotras hemos empezado con el vino hace un rato, Alma, así que terminamos ese culillo que queda en la botella y pedimos otra, que este vino empieza a estar calenturiento.

—No sé yo quién está más *calenturienta* esta noche. Y que conste que no lo digo por mí, ¿eh? Vengo un poco sofocada, no calenturienta, aunque, en función de cómo vaya la noche, todo se andará.

Las risas de las tres después de mi comentario empezaron a sonar.

—A ver, chicas, dejad que os vea... ¡Madre mía, vais a volver loco al personal, lo sabéis y lo queréis! ¿Me equivoco? —dije a cada una de ellas, refiriéndome a los *looks* que habían elegido para salir esa noche.

Ciara había optado por llevar su pelo negro recogido y un mechón suelto que le aportaba un aire muy sensual. De hecho, le quedaba genial porque lograba destacar sus facciones. Con ese tipazo de escándalo y ese escote de infarto que se había puesto, estaba espectacular. Las consecuencias que iba a traer, pasada la medianoche, cuando todos los lobos salieran a pasear, iban a ser apoteósicas.

Lo de Nancy tampoco fue normal.

Esa mujer siempre parece una muñeca, joder. ¿Cómo se puede tener tanta clase y ese pelazo?

Ufff, otra que de tipazo ni hablamos...

Será lo mejor.

—Niñas, permitid que os diga que hoy estáis súper sexis las dos.

—Mira quién habla —comentó Nancy, mirándome de arriba abajo.

La diferencia de edad entre Nancy, Ciara y yo es superior a los doce años, pero os digo yo que esa mujer tiene que tener hecho un pacto —o dos— con el mismísimo diablo porque... ¡eso no es normal! Bueno, si tengo en cuenta las horas de gimnasio diarias que se pega, puede que encuentre alguna explicación.

Lo mío no está mal, lo reconozco, sobre todo, cuando una tiene gracia y consigue sacar provecho al equipamiento de serie que la naturaleza me ha dado. Eso sí, horas de gimnasio ni una. El único músculo que ejercito diariamente es mi sonrisa, y mucho es. Bueno, también tengo muy bien desarrollada, la sinhueso, pero eso es ya otro cantar.

Con la sonrisa, precisamente, tengo de sobra para cautivar más de una mirada, aunque, como dice Alexa, la hija de mi amiga Yelena —Yeye para los amigos—, mi melena de «rubia peligrosa» también suele atrapar más de una mirada. Soy consciente de que un poco de movimiento corporal me vendría de perlas, aunque, en realidad, y no me duele confesarlo, soy más de otro tipo de movimientos corporales: los nocturnos, para ser exactos, con menos máquinas que en un gimnasio y más velitas románticas encendidas. Ahora bien, si encuentro un entrenador que me quite el hipo, soy capaz de apuntarme a atletismo y entrenarme para la próxima maratón si hace falta.

Otro punto a mi favor es que soy competitiva con muchas cosas. ¡Muchas! Con este último ejemplo, sé que mi amiga Mady me soltaría algo como: «nena, no tienes remedio. Cambias demasiado. Te mueves de los extremos al pasotismo más absoluto en un santiamén. Tú eres de blanco y negro. ¡Y los grises *pa* el vecino, ¿me equivoco?!».

Pues sí, lo admito. El gris lo veo un poco aburridito; el negro me gusta más. Me aporta elegancia y es intenso y consistente. El blanco me encanta. Algún día espero que los grises formen parte de una posibilidad de colores, pero, por ahora, reconozco que me posiciono en los extremos.

Dicho esto, os comento que la cena estuvo correcta, nada espectacular. Las conversaciones de las tres sí que fueron una pasada. ¡Madre mía, aquella noche estuvimos todas sembradas! En más de una ocasión pensé que los de la mesa de al lado, la única que estaba también ocupada, se unirían a nosotras porque las miradas con sonrisas incluidas nos las habían dedicado en más de una ocasión.

Los dos camareros que se ocupaban de nuestra mesa también se habían percatado de cada una de nuestras palabras y conversaciones subidas de tono.

—Nena, ¿tú has visto cómo te acaba de repasar ese hombre? —le pregunté a Ciara.

—Pero ¿qué dices, Alma? El vino te está empezando a subir a la cabeza y tu imaginación te está haciendo ver lo que no es.

—Anda ya... Venga, Nancy, dime que tú también lo has notado, por favor.

—Guapas, yo lo que he notado es que la estamos liando, pero tampoco sé de qué os extrañáis. Podemos hablar de sexo con un tono alto de cojones, la sala casi vacía. Vamos, apostaría lo que fuera, y seguro que no lo perdería, a que esos —señaló a los de la mesa contigua— podrían hacer un resumen y sacar conclusiones a nuestra charla sin ningún problema. Por lo poco que los he observado, me ha dado la sensación de que pocos detalles se han perdido de nuestra conversación. ¡No te gires, Ciara, que te veo! Así que... Alma, si te ha subido o no el vino, no lo sé porque... ¡joder, te veo fantástica, nena!

Recuerdo el momento en que el camarero se acercó para retirar los primeros platos. Ciara, cuando lo vio alejarse con ellos hacia la cocina, nos soltó el primer comentario sobre ese chico.

—La verdad es que ese camarero no está nada mal.

—Pues todo vuestro, guapas —añadió Nancy—. Para mí es un *baby*.

—Todo tuyo, flor —dije yo—. No es mi tipo, aunque admito que me está cayendo muy bien. Será el acento argentino que me trae buenos recuerdos o yo qué sé.

Las dos me miraron fijamente.

—Alma, ¿tienes un capítulo con un argentino? —soltó Nancy de sopetón.

Sin dejarme contestar, intervino Ciara:

—Guapa, esa historia no la sabemos... Anda, suelta por esa boquita, que vas tarde. Lo sabes, ¿verdad?

Después de reírme a gusto, observando la necesidad de saber que tenían las dos, les conté que los buenos recuerdos iban en referencia a una de mis mejores amigas que vive en Argentina, Lena, una de las mujeres que más admiro, hoy en día, por la fortaleza que ha demostrado frente a todas las adversidades que la vida le ha puesto por delante. No han sido pocas. Sencillas, tampoco. Lena siempre ha tenido —y tiene— fuerza y ánimo para salir adelante y demostrar que se puede salir de todo.

Si se quiere, se puede.

—Alma, creo que te mira más a ti que a mí, aunque no me extraña porque... ¡fíjate, vas bien bonita, chica!

—¿Qué dices, Ciara?! De eso nada, guapa. A mí me mira porque sonrío y él, amablemente, me devuelve la sonrisa. Simple y llanamente. Tiene que ser un tipo muy atento. En realidad, lo que le vuelve loco es tu escote, nena.

Estábamos en un hotel de cinco estrellas y la educación y el trato del servicio era exquisito. Debo admitir que muy profesional. Observé a los dos camareros, sobre todo, al que estaba más interesado en mi amiga, y deduje que, de no ser por el uniforme, hacía rato que le habrían tirado la caña a Ciara.

El tipo era muy correcto, no os vayáis a pensar. En todo momento estuvo de diez: amable, simpático, educado y muy profesional. ¡Nada que decir al respeto! Pero su acento argentino, junto a sus miradas provocativas, delataban que era un tipo de armas tomar, de esos que se lanzan a la yugular y te seducen con una simple caricia en la mano. Y yo, que con una copa de más observo sin discreción, eso sí, con mucha atención, no necesité mucho más tiempo para comprender que estábamos delante de un conquistador nato. He de decir que, en este caso, los conocimientos de Morfopsicología también fueron de gran ayuda.

—Chicas, hoy es nuestra noche —comentó Ciara—. Vamos a pasarlo en grande. Tengo una corazonada de las mías. Ya veréis... Estoy convencida de que nos vamos a acordar de esta noche toda la vida.

—Ciara, dime, por favor, que esa corazonada tuya tiene algo que ver con los hombres de nuestra vida —suspiró Nancy en modo simpático.

—Nena, afina bien o dale ideas al mío para que coja un cohete porque... ¡joder, tiene que venir en una bicicleta con las ruedas pinchadas! A ver si por telepatía le haces ver que hay métodos de transporte más modernos y rapiditos.

—Cogí su copa—. Trae, amiga, que te sirvo un poquito de vino para que te entones y tengas las ideas más claras. Esta noche tienes que ponerle más pasión a la petición telepática.

—Alma, si que estás mandona hoy, ¿no? —protestó Ciara, riendo.

—Ni Alma ni nada. Pide por esa cabecita, que esta noche tiene que ser «LA NOCHE». ¡Bebe vino!

Después de mi última orden, Nancy comentó tímidamente a la vez que me guiñaba el ojo:

—Oye, yo con uno que no sea tan alto como los que le gustan a Alma también podría hacer... malabares, ¿eh?

Las tres nos pusimos a reír hasta que Nancy levantó la copa y propuso:

—¡Vamos a brindar! —Ciara y yo levantamos nuestras copas también—. ¡Por los tres hombres de nuestra vida!

—Nena, ¿tres para cada una? —solté yo por mi boquita.

—Más vale que sobren. No estamos como para desestimar algo, amigas, así que.... ¡venga, a firmar! Perdón, perdón. ¡A brindar! ¡Jolín, Alma, me lías!

En ese momento, entre brindis y risas, se acercaron los dos camareros para traernos los segundos platos.

A ese último brindis le siguieron otros dos o tres más con peticiones similares.

Nuestras risas cada vez eran más sonoras.

Recuerdo que la comida no fue nada del otro mundo, sencillita y correcta, pero la compañía y el espectáculo particular que los dos camareros nos estaban ofreciendo sumaron puntos al resultado final.

—¿Todo bien, señoritas? —nos preguntó Thiago, el argentino, mientras retiraba los platos de la mesa—. ¿Les ha gustado la comida?

—Todo estaba muy bueno —respondió Ciara, aunque la cena no le había gustado demasiado—. Y el servicio, también.

Aquella frase le vino de perlas para entrarle al camarero y, ya de paso, hacerle una caída de ojos de las suyas.

—Muchas gracias —dijo el chico, sonriendo de un modo muy sexi y con un gesto lleno de sensualidad. Os juro que si lo hubieseis visto diríais, como yo, que solo le faltó pasarse la lengua por los labios.

Cuando Thiago se marchó con los platos vacíos, aproveché para comentar la jugada con ellas.

—Qué bueno, Ciara... ¡Este ya está en el bote, nena! Aquí algo empieza a coger color —dije, frotándome las manos y celebrando con mi excitación particular lo que empezaba a parecer un cortejo en toda regla.

Si os lo cuento de esta manera es porque así fue.

No hay cosa que me guste más que una escena de conquista. Por supuesto, si soy yo la protagonista, el disfrute es diferente. A mí me encanta y me chifla cosa mala todo lo que tenga que ver con el romanticismo, la seducción y la sensualidad. Admito que estoy un poco enamorada de la vida. ¡Me encanta, en realidad! Si la puedo vivir de manera intensa, soy feliz.

—Sigue atacando, Ciara, que vas bien. Cuando ese tío venga con los postres, ya verás. Seguro que te suelta algo y... ¡Ponlo a prueba con alguna de

tus salidas!

—*¡Y dale perico al torno, Alma!* —protestó Ciara—. Hoy estas intensita, ¿eh? Me parece a mí que te estás equivocando de lleno. Ese chico es muy amable, pero...

—Y muy educado, bonita, todo lo que tú quieras, no te lo voy a negar. Pero está como una moto desde que nos ha servido el primer plato.

Nancy empezó a reír con ese último comentario mío, y las demás la seguimos. Luego dijo:

—Ciara, creo que Alma no va mal encaminada. No sé si te habrás dado cuenta, pero ese tipo te acaba de pegar un repaso. Ha sido un poco descarado.

—¿Lo ves? —dije yo reafirmandome y casi aplaudiendo—. ¡Ainsss, es lo que hay cuando una es tan empática! Vivo lo mío y lo de los demás como si lo estuviese disfrutando yo.

—Les dejo las cartas de los postres.

Todas nos sobresaltamos al oír la voz de Thiago y comenzamos a reír a carcajadas.

Por supuesto, la primera en recibir la carta fue *su* princesa. Ella, sin abrirla, le preguntó directamente por lo que le interesaba, empleando el tono más sensual que podáis imaginar, casi relamiéndose de gusto.

—¿Tenéis algo de chocolate? Hoy me apetece algún alimento afrodisíaco. Sé que el chocolate lo es por excelencia. —Alzó las cejas rítmicamente—. A mis amigas y a mí nos va a venir estupendamente esta noche.

¿En serio? ¿Ciara acababa de decirle aquello a Thiago?

Nancy y yo nos miráramos y nos escondimos detrás de las cartas para disimular la risa que nos entró. ¿Por qué la cabrona de Ciara nos había tenido que meter en el lote? Había entrado al trapo en el juego del camarero, porque sí, allí había juego, pero ¿qué teníamos que ver Nancy y yo?

Una pirámide de tres chocolates, unas brochetas de frutas y unos canutos de hojaldre rellenos de crema fueron los tres postres que compartimos.

—Chicas, ¿vais a tomar café?

¿Chicas? ¿Habíamos pasado de señoritas a chicas? Me reí pensando que a alguien se le estaba terminando el tiempo de prórroga. Si no actuaba, iban a sacarle la tarjeta amarilla o, lo que es peor, ser expulsado del partido.

—Por mí no, gracias —dije yo.

—Por mí tampoco —contestó Nancy.

—Preferimos tomarnos una copa —dejó caer Ciara, que no se cortó un

pelo y soltó otra pregunta directa—: ¿Nos recomiendas algún sitio?

—Pues, sin duda, la terraza del hotel. Está en la azotea. Tenemos un barman excelente que hace unos cócteles maravillosos. El ambiente les va a gustar. —Ya no nos tuteaba, ¡mecachis...!—. Y el lugar es muy bonito —prosiguió, dedicando estas últimas palabras explícitamente a Ciara.

—¿Nos acompañas y te tomas una con nosotras?

¡¡¿Cómo?!! ¿Ciara acababa de invitar al camarero a tomar una copa con nosotras? ¿En serio? Sonreí al observar la cara de alucine del chico y la de Nancy. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Mis ojos hablaron por sí solos, incapaces de disimular una mierda mi asombro. El descarado, a esas horas de la noche, se había convertido en lo más normal del mundo.

El chico me sonrió en respuesta y yo hice lo propio con él. Creo que los dos pensamos lo mismo. Acababa de empezar la partida.

—Por mí, encantado. Será un placer. Terminó mi turno ahora, así que me cambio y subo en un momento.

Así fue como empezamos a tutearnos con Thiago.

Por lo visto, el hotel disponía de dos terrazas. La de la planta baja, al lado del restaurante, que en ese momento estaba cerrada al público, y la de la azotea, que es la que nos recomendó Thiago.

Salimos del salón donde acabábamos de cenar y nos dirigimos al vestíbulo del hotel. Allí estaban situada la zona de ascensores para subir hasta la última planta, donde nos esperaban unos buenos cócteles.

Las puertas del ascensor se abrieron y las tres entramos en el interior rápidamente, hablando de lo que acaba de pasar con Thiago. Observé que dos hombres de mediana edad accedieron a la cabina detrás de mí. Percibí que hablaban entre ellos en voz baja y me fijé en sus facciones. No tuve ninguna duda de que eran extranjeros. Supongo que serían huéspedes del hotel.

Ciara les dio las «buenas noches» de un modo y con un tono distinto al nuestro después de que la repasaran de arriba abajo. El vestido rojo que llevaba aquella noche la estaba liando parda.

Defino modo distinto.

Lo que hizo Ciara, en realidad, fue poner morritos y girar el cuello con sensualidad, adquiriendo una pose muy sexi, con la única intención de que se evidenciara su escote pronunciado. Los tipos no pudieron reprimirse y fijaron la mirada en su canalillo. Quiero remarcar que todo sucedió en silencio. Bueno, alguna palabrita que otra dijimos Nancy y yo, pero en voz baja.

La escena resultó ser de lo más cómica. Nancy estaba a mi lado. Ciara, frente a nosotras, con los dos hombres a su lado. Y yo, ligeramente en retaguardia, apoyada contra la pared interior de la cabina.

Desde mi posición, observé con descaro —no podía hacerlo de un modo que no fuese con total atención— la reacción de aquellos tipos. Ciara nos estaba dejando atónitas con sus contoneos y miradas hasta a nosotras; imaginad a aquellos dos... Me rio al recordarlo porque... ¡joder, estuvo sembrada!

«Menudo espectáculo —pensé—. Esta la lía de nuevo antes de llegar a la terraza».

Aquella noche, Ciara estaba eufórica y con un *sex appeal* de la hostia, e iba haciendo amigos por el camino.

—Igual, si seguimos con este ritmo, puede que al final sí que toquemos a tres para cada una, nena —le dije, riendo y en voz baja, a Nancy—. Eso sí, estos en mi equipo no van, también te lo digo.

Fue terminar la frase y reírnos las dos a la vez, flojito porque no teníamos ninguna intención de interrumpir el espectáculo que Ciara nos estaba ofreciendo sin ser consciente.

Pues bien, con mi alucine particular, volví a buscar la mirada de Nancy para valorar si ella me iba a contar qué coño estaba haciendo nuestra amiga con tanto contoneo. No creía, para nada, que aquellos hombres fueran su tipo.

En cuestión de segundos, por si no teníamos bastante con la escena divertida que Ciara nos estaba ofreciendo en ese espacio tan singular, llegó la nota graciosa. Nota que, precisamente, no la dio ella, aunque sí que puso de su parte para que ocurriera lo que finalmente sucedió.

El detalle en cuestión vino dado en el momento en el que las puertas del ascensor se abrieron. Los dos tipos se giraron sin ningún pudor y, dirigiéndose a nuestra amiga, le ofrecieron su tarjeta personal junto a un comentario que no pillé en absoluto. No me duele reconocer que no sé hablar otro idioma más que el materno. Ciara, en cambio, se defiende muy bien en muchos idiomas y, aunque no le hizo falta abrir la boca para cautivar la atención de aquellos personajes, entendió a la perfección que deseaban que ella pasara el resto de la velada con ellos.

Si os digo la verdad, aún no sé qué idioma hablaban esos dos. Solo les faltó escupir al acabar de decir la última palabra. ¡Joder, si parecían perros ladrando! ¡Ufff, menuda mala leche que se gastaban los amigos!

«¿Sabes una cosa, Alma? —me dijo la parte racional de mi mente—. Lo mejor que puedes hacer es quedarte en el ascensor y dejar que estos se larguen cuanto antes porque... ¡menuda mala hostia se gastaban! Alguien debería advertirles que los juegos de conquistas van de otro modo».

Cuando llegamos a la terraza, observé que no era muy grande, aunque sí muy bonita. La iluminación era la adecuada. ¡Qué coño, estaba genial! Y los cócteles que estaban repartidos por las mesas tenían una pinta increíble.

Si tenemos en cuenta el tamaño del espacio y lo lleno que estaba, hacer amigos nos costaría bien poco. Eso sí, todo dependía de que no nos tropezásemos con algún extranjero porque Nancy y yo, por si no ha quedado claro anteriormente, de idiomas andamos justas. Voluntad y descaro no nos falta, por cierto. Tampoco podíamos contar con Ciara de traductora porque, aunque ella decía que yo estaba equivocada en el interés del camarero por ella, sabía que al rato se largaría con él.

Enseguida nos encontraron un lugar, aunque algo apretado, para que nos aposentáramos. Pedimos un cóctel cada una. Todos distintos y, a la vez, buenísimos. El mío contenía, entre otros ingredientes, fruta de la pasión. Estaba de cine.

Levantamos nuestras copas y brindamos para que esa noche fuera LA NOCHE. Al alzar la mirada después de dejar mi copa en la pequeña mesita que teníamos para nosotras, divisé a Thiago. Acababa de acceder a la terraza.

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal? Veo que ya os han traído los cócteles. Voy a la barra a pedirme uno también y me reúno con vosotras en un segundo.

—Nenas, no me negaréis que lo de este tío no tiene mérito, ¿eh? Porque vaya tela, chica. Ciara, si aun así no te queda claro que ese tipo se muere por tus huesos, no sé qué más necesitas. Ahora bien, te advierto que le voy a preguntar hasta por el carné de conducir.

Después de mí comentario, Ciara y Nancy soltaron una buena carcajada.

—Bueno, por lo que veo, os lo estáis pasando en grande —comentó Thiago cuando se acercó a nosotras con una copa en la mano—. Yo también me quiero unir a esas risas, ¿eh?

—Ven, ven. Tú siéntate. Aunque me utilicen de portavoz, estas tienen ganas de saber cositas de ti —dije yo con ganas de más risas.

—¡Alma, pero bueno! —gritaron las dos, cada una a su manera.

—Ahora disimulan... —comenté, guiñándole el ojo.

Y, en ese momento, el que rio fue él. Nancy y Ciara, en cambio, si hubieran

tenido una zapatilla cerca, me la habrían tirado sin pensárselo dos veces.

—Así que tú eres Alma.

—Exacto. Tú sigue acertando que, a este ritmo, te llevas el premio gordo.

—¡Alma! —oí que gritaba Ciara.

—La que grita mi nombre con adulación es mi amiga Ciara. Y este pedazo de fémica que está a mi izquierda es Nancy.

—Encantado, chicas. Os he de decir que ha sido una delicia el servicio esta noche en el restaurante. Siempre se agradece que los clientes sean amables. Por supuesto, también quiero daros las gracias por haberme dado la oportunidad de compartir este momento con vosotras.

«Sigue así, campeón, que a este paso la morena te obsequia con un movimiento sexi como el que hace un rato les ha regalado a nuestros compañeros de ascensor», pensé en decir, pero finalmente me mordí la lengua. Sé que dos me habrían pegado una colleja de haber dicho aquello.

El chico estaba bien físicamente, aunque para nada era mi estilo. A mí me va otro tipo de hombres. Si te gusta un hombre delgado, mejor dicho, bastante delgado, con un cuerpo fibroso —me arriesgaré a decir que con tableta de chocolate incluida— modelado de gimnasio, pero sin formas exageradas, con una estatura que ronda casi el metro ochenta, con pelo corto bastante oscuro, ojos marrones no muy grandes, pero sí que con una mirada interesante, rostro con facciones masculinas y con juventud que asomaba en todo momento, Thiago es tu tipo, pero no el mío.

Tiraré una lanza a su favor diciendo que era un tipo bastante natural, joven —más de *ventimuchos* no le echaba, aunque esa información la sabría cuando llegara el momento, ya que mi amiga iba a ser quien tuviese ocasión de saberla de primera mano—, bueno y, posiblemente, con tableta de chocolate —de este detalle también se iba a encargar Ciara al igual que de otros tantos misterios que esconde el cuerpo humano—, y unos ojazos de impresión.

Thiago contó que era de Buenos Aires y llevaba ya un tiempo viviendo y trabajando en nuestro país. Y sin ninguna intención de marcharse, por cierto, pues se encontraba cómodo con el carácter de los españoles —creo que conocía más españolas, todo sea dicho de paso—, y en el trabajo también estaba muy bien considerado.

La velada en la terraza finalizó cuando el camarero que nos había servido las copas se acercó para comentarnos que estaban a punto de cerrar. Era casi la una de la mañana.

—Chicas, ¿vamos a bailar por aquí cerca? —comentó Ciara.

—Déjame que piense —dije, mientras mi cabeza se ponía a valorar algunas alternativas—. No sé yo si habrá alguna discoteca buena por esta zona. Ahora no caigo.

—Aquí al lado está Rouge —explicó Thiago con bastante entusiasmo—. Suelen poner música comercial, pero el ambiente está bastante bien.

—Perfecto, ¡pues ya lo tenemos! —aplaudió Ciara.

—Por mí genial —dijo Nancy.

—No recuerdo haber ido a ese sitio, así que será un placer descubrirlo —comenté, mientras nos levantábamos y recogíamos nuestras pertenencias.

—Thiago, ¿te apuntas a unos bailes? —inquirió la que pronto caería en sus manos. Eso ya estaba sentenciado. Solo había que verlos para averiguar que se comían con la mirada.

Salimos del hotel sin más amigos, por el momento, pero sin desesperar, pues aún quedaba mucha noche por delante.

Cuando cruzamos la calle, Thiago nos señaló el lugar donde nos iba a llevar. Estaba a dos esquinas del hotel, mucho más cerca de lo que imaginábamos.

Mi cara se fue transformando por segundos a medida que nos fuimos acercando. No hay nada mejor que ser expresiva, ¿verdad?

—¿Eso de la puerta es la cola? Thiago, dime que no, por Dios.

—Este lugar está de moda. Ya os he comentado que está muy bien y suele estar a tope.

—Pero aquí no entramos ni en dos horas... —protestó Ciara.

Nancy observó la cola con los ojos abiertos de par en par.

«¿Dónde coño podemos poner el huevo esta noche?», pensé. Mis esperanzas de acceder a aquel local eran mínimas.

—Conozco a un tipo que nos colará, pero no podrá hacerlo hasta que no salga de trabajar.

—¿Cómo? —dijimos las tres casi a la vez.

—Tiene el turno de cierre en el bar. Suele venir aquí después de trabajar. Alguna vez, por no esperar en la calle, he hecho tiempo tomando una copa en su bar. Esa es la única forma de llegar con él y poder entrar antes que toda esa gente. Si queréis podemos ir a tomar una copa y le pregunto a mi amigo si él nos puede hacer el favor de acompañarnos una vez que termine su turno. ¿Os parece bien?

—Bueno, no es un mal plan —dijo Ciara.

—Por mí *ok* —contestó Nancy.

—¡Genial, vamos entonces! —exclamé yo—. Thiago, ¿dónde dices que esta ese bar?

—Justo allí, en esa esquina donde está el cartel verde.

Entramos en el garito y la música estaba a toda pastilla.

«Como empezamos a charlar a todo trapo, nos vamos a quedar sin voz para ligar después», pensé, aunque no dije nada por no ser la primera en quedarme sin voz.

Antes de buscar un sitio para sentarnos, Thiago le preguntó a su amigo si tenía intención de ir luego al Rouge.

—Cómo no, ¡claro! —oí entender que le decía a Thiago. Ya os digo que la música estaba a tope, pero, si algo tiene de bueno el idioma del cuerpo, es que donde no llega la palabra lo hace el lenguaje corporal.

Nos buscó una mesa para los cuatro.

Una vez sentadas, Thiago nos dijo:

—Chicas, ¿os importa si me paso por casa para cambiarme? Me apetecería ponerme una camiseta más adecuada y otro calzado para no tener ningún problema con los porteros de Rouge. Vivo a tres calles, así que no tardaré.

—¡Claro, tranquilo! —exclamó Ciara—. Nosotras estaremos aquí tomando unos mojitos.

Thiago, que solo tenía ojos para ella —cada vez era más evidente—, le guiñó un ojo y le contestó:

—Genial. Enseguida vuelvo.

Y, dicho esto, se marchó corriendo como alma que ve al diablo.

—Bueno, nena, no me dirás que aún tienes dudas, ¿no? Porque... no sé qué te parece a ti, Ciara, pero lo vuestro está cantado, amiga.

—¡Alma, ja, ja, ja! Bueno, quizá, sí, porque con los comentarios que ha hecho...

—¡Pero si te mira con un deseo que no puede esconder! Solo le falta pegarte un mordisco. Ay, Ciara —suspiró Nancy—. Que te queda nada y menos para mojar las bragas.

Fue decir eso y las tres rompimos a reír. Estaba claro que el vino y los cócteles estaban dando facilidad a nuestras risas.

Solo nos dio tiempo a decir cuatro o cinco comentarios cuando Thiago

volvió a aparecer.

—Pues sí que vives cerca, ¿eh? —le dije yo.

—Sí, sí... Aunque también me he dado mucha prisa porque yo, tres minas así, no me las pierdo ni en pedo.

—¿Qué dice, Alma? ¿Está pedo? —inquirió Nancy, mientras el chico se reía de la frase que acababa de construir.

—No, cariño, no —respondí yo, acercándome a ella para que me escuchara—. No ha dicho que esté pedo, aunque lo esté, todo sea dicho de paso. Esa es una expresión argentina. Tómatela como un piropo, amiga.

Él, por otro lado, seguía comentando cosas. Que si esto, que si aquello... Que si me pasas el teléfono, que si quiero volver a quedar otro día con vosotras...

De repente, el camarero se nos acercó para avisarnos de que el local iba a cerrar y nos sugirió que esperásemos en la puerta.

Después de echarnos unas risas, nos pusimos en pie y nos dirigimos hacia la salida. Ya no quedaba nadie, salvo los camareros, en el interior del local.

En la fila que configuramos para dirigirnos hasta la puerta iba Nancy en primera posición. La seguía yo. Detrás de mí iba Ciara. El último era Thiago. Cuando llegamos a la calle, alguien tiró de la persiana y la bajó lo justo como para que todos pudiéramos ver lo que estaba pasando en el interior del local.

A lo lejos, dos figuras dibujaban un abrazo. Eran dos cuerpos unidos en un beso apasionado.

—Nancy, fijate. Allí hay una que acaba de pillar cacho —le dije con una gran sonrisa dibujada en los labios por la alegría que sentía por Ciara. Reconozco que por Thiago también. Me había caído muy bien el muchacho. De hecho, yo también le había caído bien. Al menos, así me lo había expresado él mientras matábamos los últimos minutos de aquel primer tramo de la fiesta frente a un mojito.

La parejita salió de la mano y, junto a ellos, el chico del bar que tenía que darnos paso a la discoteca más *cool* de la zona.

La fila continuaba, ¡qué locura!, pero la suerte estuvo de nuestro lado porque entramos sin más gracias al amigo de Thiago.

¡Madre mía! El local estaba repleto como si toda la ciudad se hubiera concentrado allí dentro.

Como pudimos, fuimos adentrándonos en la pista. Teníamos unas ganas increíbles de bailar. A las tres nos encanta mover el esqueleto, así que nos

dejamos llevar. Bueno, Ciara se despistó bastante; tenía alguien muy apasionado junto a ella que solo le pedía besos y más besos, y, entre tanto, algún baile para disimular ante los demás.

La música estaba muy bien. Lo que no nos gustó tanto, sobre todo a Nancy y a mí, fue la media de edad de los allí congregados. Todos eran de la quinta de Thiago. Reconozco que a mí que me gustan los hombres más maduritos; a Nancy, no digamos... Recordad que ella nos lleva unos años, aunque la tía no los aparente.

Bailamos mucho.

Mucho más que mucho.

Yo, con mi «radar», recorrí la sala un montón de veces para ver si alguien se había colado como yo, por despiste, en aquella discoteca. Pero nada... Todos los hombres que tenía a mi alcance no superaban los treinta. De hecho, veinticinco era la media de edad por excelencia. Aunque yo tenía treinta y ocho años por aquel entonces —bien llevados, todo sea dicho de paso—, no me apetecía bailar con veinteañeros. Los cuarenta era la edad ideal del hombre que yo buscaba.

A la hora y poco de haber llegado, Nancy dijo que nos abandonaba. Yo sabía que no tardaría mucho más en hacer lo mismo. Ciara y Thiago tenían la noche solucionada si querían, aunque no sé por qué, pero intuí que no iba a acabar como él tenía pensado. Conozco bien a Ciara. Ella no es de terminar la noche con alguien que acaba de conocer. Después de haber cursado los estudios de Morfopsicología, puedo comprender por qué actúa así y el motivo por el que yo, en alguna ocasión, he podido hacerlo de otro modo.

El comportamiento humano me fascina; por eso, quise estudiar esa ciencia tan interesante como es la Morfopsicología.

Bien, pues como vi que esa noche finalmente solo había salido el sol para Ciara, seguí bailando al son de la música, simplemente por apetencia, durante veinte minutos.

A los cinco minutos de haberse marchado Nancy, mientras yo seguía a mi rollo, se me acercó un chico y, alzando la voz, me dijo:

—Perdona, ¿tú has venido con el grupo de Yasmine?

—Siento decirte que no —respondí yo sin perder mucho el ritmo de la música.

—¿No? Pues vaya... Me había parecido que tú y yo nos habíamos visto antes —comentó él no muy seguro, pero sí que con bastante alcohol en su

cuerpo. Me dio un par de besos y se presentó—: Me llamo Dave.

—Yo soy Alma.

—Encantado. Perdóname porque, te lo digo en serio. Me ha parecido que estabas en ese grupo sobre el que te he preguntado antes. Como lo forman tantas personas, no he podido quedarme con la cara de todos, pero... —Me guiñó un ojo con picardía—. ¡Vamos, la tuya es para no olvidarla!

Sonreí al oír el piropo que acababa de ofrecerme.

—¡Hombre, gracias!

—Soy médico y he venido con algunos compañeros del trabajo. Soy estomatólogo.

—Vaya, qué interesante... No te lo tomes a mal, ¿eh?, pero espero no tenerte que ver nunca con la bata en tu lugar de trabajo. Prefiero cruzarme contigo con tus vaqueros y en un lugar de este tipo, aunque creo que difícilmente vuelva a pisar este lugar.

—¿No te gusta?

—La música está bastante bien, pero hay algunas otras cosas que no me terminan de gustar tanto.

—¿Te estoy molestando?

—No, no, disculpa, no lo decía por ti. Me refería a que hay mucha juventud por aquí.

—A mí me han traído esos. —Señaló a un grupo que bailaba desatado en la pista—. Trabajamos en el mismo hospital, aunque yo no soy de aquí.

—Me he dado cuenta. Tu acento no es de aquí.

—Sí. Vine hace unos meses porque me ofrecieron un puesto de trabajo para cubrir una vacante y me quedé. Me encanta esta ciudad.

—Es preciosa, sí.

Al ver que yo no le daba coba —eso implicaba que él no pudiera lanzarse a saco como pretendía—, se despidió alegando que iba a seguir buscando al grupo de la tal Yasmine.

Iba con una buena torta encima que, dicho sea de paso, me hizo reír bastante. A pesar de la borrachera, se comportó con amabilidad en todo momento. No se pasó de listo ni de gracioso. No fue pesado, en realidad.

—Chicos, os dejo. Me voy a casa —anuncié, acercándome a Thiago y a Ciara.

—Alma, nosotros también nos vamos. —Thiago le lanzó una mirada de sorpresa—. Bueno, al menos yo.

—Pero... —me acerqué a ella para hablar con cierta intimidad—. Nena, ¿no os vais a ir juntos?

A pesar de la música, Thiago captó mi pregunta y me miró con insistencia, tratando de buscar cierta complicidad conmigo, con la única intención de que yo convenciera a mi amiga. Pero si algo tengo claro yo es que nunca me meto en las decisiones de dos adultos. Para algo son mayores de edad, ¿no?

—Venga, vamos a buscar el bolso en el guardarropía —sugirió Ciara. Thiago intentó convencerla de que no se fuera con caricias y besos en el cuello, pero no lo consiguió. Ciara no estaba por la labor de pasar la noche con él.

Abriéndonos paso entre los bailarines que movían las caderas al ritmo de la música, recorrimos el local hasta llegar al guardarropía donde habíamos dejado todas nuestras pertenencias.

Al llegar a la zona final de la discoteca, apoyado en la última barra que queda más cerca de la salida del local, junto a una zona de sofás y los baños, me encontré con él.

—¡¡Joder!! —exclamé, tapándome la boca con la mano y abriendo los ojos al máximo—. ¡No me lo puedo creer!

Ciara alucinó en colores cuando frené de golpe. Me había quedado tiesa. No me esperaba para nada encontrar allí a ese hombre. Menos, después de haberle perdido la pista. Joder, hacía cinco años que no lo veía...

—¡Madre mía, esto sí que es bueno! —exclamé asombrada—. Nena, no me lo puedo creer.

—Sí, sí, eso ya lo has dicho, Alma. ¿Qué coño pasa? ¿A quién has visto?

—¡Qué fuerte! ¿Ves a ese tipo alto, el de los ojazos, el que lleva una camisa blanca y unos vaqueros de infarto?

—Nena, ¿me estás diciendo que conoces a ese tío? ¿Lo dices en serio? Pero ¿tú lo has visto? Joder, pero si parece un modelo... Y ¿los ojos? ¿Has visto qué ojos?

—Ja, ja, ja. Son los ojos más bonitos que he visto nunca, nena. Qué fuerte, Ciara, esto sí que no me lo esperaba. Hace cinco años que nos perdimos la pista. Él se marchó del barrio donde trabajaba y yo, años después, también cambié de zona. Total que no sabía nada de él. ¿Te acuerdas del francés aquel que te comenté que me mareó durante dos años? Que si *pum*, que si *pam*. Me refiero al que me esperaba junto a mi moto cada vez que iba a por ella para regresar a casa. —Ciara movió la cabeza en una clara negativa—. Que sí,

mujer, el que me llevó a tomar una cerveza en más de una ocasión. ¿No recuerdas que decía que no podía hablar de sexo con ninguno de sus amigos? Es el que un día quiso emparejarme con un colega suyo y luego me tiró los trastos, no sin antes invitarme a cenar un par de veces. Sin atacar, por supuesto, aunque, eso sí, lavándose las manos a cada momento. ¿No recuerdas el capítulo que te dejé leer?

—¿Cuál? —inquirió Ciara.

—*El francés no siempre es un placer.*

—Ah, sí, sí, sí... Joder, sí me acuerdo. ¡Ya te digo! Por cierto, a ver cuándo terminas el libro. Tengo ya ganas de leerlo.

—Estoy en ello, amiga. —Inspiré hondo y me armé de valor—. En fin, voy a saludarlo. Me está haciendo señales. Puedes comprobar lo discreto que es.

Aquello fue una ironía.

Ambas nos reímos a carcajadas, nos abrazamos y nos despedimos, ante la atenta mirada de Thiago. Luego recorrí la distancia que me separaba de mi presa, perdida durante casi cinco años.

—¡Alma, qué sorpresa! —exclamó eufórico mi amigo Sean cuando llegué a su altura—. ¡Te he visto y no lo podía creer!

—La sorpresa ha sido mutua, Sean. —Le di un par de besos—. Ahora mismo iba para el guardarropía y... ya tengo ganas de llegar a casa.

—Sí, cuando te he visto pasar con tus amigos, yo tampoco me lo podía creer. He pensado que estaba viendo visiones. Incluso he dudado de si eras tú. Cuando que confirmado que sí, por eso he comenzado a hacerte señales.

Solté una carcajada.

—Tú y tus maneras tan peculiares de llamar mi atención.

Dije esto porque, durante los dos años que estuvo tonteando conmigo a saco y a diario, tenía por costumbre llamarme desde la puerta de su tienda, que estaba situada justo en frente de mi negocio, con gestos y gritos. Sean no se cortaba un pelo cada vez que quería decirme lo guapa que estaba con el vestido o el atuendo que había elegido ese día. Yo me reía siempre; por supuesto, por lo salvaje y peculiar de la escena.

Nunca me molestó su forma de actuar. Fueron un montón de piropos los que recibí. Lo que ya no me gustó tanto fue la insistencia con la que se personaba en mi tienda. Tampoco que hiciera malabares con su horario para coincidir conmigo a la salida del trabajo con la única intención de charlar un rato. Bueno, en realidad, la charla era una excusa. Después de ella, siempre

llegaba una cervecita o una cena —esto solo en un par de ocasiones—. Una ya sabéis cómo fue. Supongo que ya habéis leído el capítulo del que es protagonista.

En fin, que acabe de él hasta la coronilla.

Aun así, encontrarlo en aquella discoteca me resultó gracioso. Estaba claro que, aquella noche, todo lo extranjero tenía mucho protagonismo para mí.

Mientras insistía en invitarme a una copa, percibí que alguien me había dado un codazo. Al principio no lo interprete como hecho expresamente —no suelo ser mal pensada, hasta que lo soy—, pero en pocos segundos pude observar y comprobar de dónde procedía el golpecito. Definitivamente no había sido casual.

—Mi tasa de alcohol ha llegado a su máximo hoy, Sean. Te lo agradezco, pero me voy a beber una tónica. Sé que me va a sentar mucho mejor.

En ese momento, mientras él pedía mi bebida al camarero, las dos mujeres que estaban situadas a mi lado me pegaron un repaso de arriba abajo, fulminándome. Estaba claro que Sean les encantaba. Él es como un modelo de anuncio. Tiene un cuerpo increíble y siempre viste con un gusto impecable. Su negocio, una tienda de ropa masculina, lo había ayudado a aprender cómo sacarse el mayor partido, aunque, con ese cuerpo y ese rostro espectaculares, tenía la mitad del camino hecho.

Me entregó mi bebida y, después de brindar por nuestro nuevo encuentro, me acerqué a su oído y le dije:

—Sean, esas dos están locas por ti.

Su respuesta fue fulminante.

—Son unas guarras.

—¿Cómo dices? —le contesté asombrada.

—Tienen novio y no dejan de hacerme señales. Hay otra que va con ellas y... —se acercó a mí para concluir la frase con un tono de voz mucho más bajo— es prostituta.

—Ostras, pues me han pegado un codazo cuando estabas pidiendo la bebida. Tengo la impresión de que estaban marcando el territorio.

—¿Cómo dices? ¿De qué territorio hablas? No te entiendo...

Yo de francés no tenía ni idea y él chapurreaba mi idioma a su manera, pero lo hablaba bastante bien.

—Nada, nada. No me hagas caso. Es solo una forma de hablar.

—¿Te importa si nos sentamos un rato? Podremos hablar mejor y, así, perderé a esas mujeres de vista. Ya me han molestado bastante.

—Pues sí, mejor. Me apetece descansar un rato, que no he parado de bailar con mis amigas y el chico que nos acompañaba.

—Solo he visto a la pareja que iba contigo. ¿Había más amigas?

—Vaya, veo que no has perdido detalle —resoplé yo entre dientes.

—Y, ¿cómo estás? Aparte de muy guapa, claro.

—Hombre, gracias, Sean. Bien, bien... Muy contenta. ¿Sabes que ya no estoy en el barrio? Me cambié hace un año y medio y, la verdad, estoy encantada con la nueva ubicación de la tienda.

—Yo fui a preguntar por ti hace unos meses al barrio, pero...

—¿Qué dices? ¿Qué hiciste?

—Fui al barrio y...

—Eso me ha quedado claro, Sean.

—Le pregunté por ti a esa mujer que se encargaba de coordinar todas las tiendas.

—¿Me estás diciendo en serio que fuisteis de nuevo a preguntar por mí?

—Claro, ya sabes que no conozco a casi nadie en la ciudad y, como ahora ya he traspasado el local que abrí hace unos años y vivo unos meses aquí y otros en París, pensé que tú y yo podíamos quedar para tomar algo. Ya sabes, tú y yo siempre lo hemos pasado bien juntos.

A mi mente regresaron las idas de olla que Sean había tenido con sus propuestas particulares y olvidos tan singulares a los dos días. Madre mía, anda que no me mareó poco el amigo... Por lo menos, ya sabía de qué pie cojeaba. Lo último que me apetecía era que me mareara de nuevo.

—Alma, ¿tienes novio? ¿Te has casado?

—¡Joder, veo que no te andas por las ramas, ¿eh?!

—¿Por las ramas? —Abrió los ojos de par en par.

—Es una expresión que utilizamos mucho aquí —respondí, medio riendo, después de escucharlo repetir con su acento las palabras que yo acababa de decir.

Justo cuando terminé de aclararle ese tema, oí que una voz masculina me saludaba a mi espalda:

—Hola, Alma.

Me giré y vi a Dave sentado a mi lado.

—Hola, ¿qué tal? ¿Encontraste a tus amigos y a los del grupo de Yasmine?

—Sí, pero necesitaba sentarme un rato.

—¿Es tu amigo, Alma? —me preguntó Sean al ver que el chico me estaba distraído.

—Sean, disculpa, que no os he presentado. Él es Dave. Nos hemos conocido antes, bailando.

Se estrecharon la mano.

¡Menuda noche tan surrealista! ¿No había más asientos libres? Los dos estaban a mi lado, tratando de ver cuál de los dos interactuaba más conmigo.

Centré mi atención en las preguntas que Sean me fue haciendo. Me contó un montón de cosas. Él es mucho de hablar, a pesar de la dificultad y de la falta de dominio de nuestro idioma.

Me puso al día.

Seguía siendo un tipo libre.

No tenía ninguna persona ni en París ni aquí. Me habló mucho más de su último negocio, montado justo a dos calles de la discoteca. La zona era buenísima; estaba en pleno centro de la ciudad. Al parecer, le iba muy bien, pero en los últimos meses le había bajado demasiado el trabajo. Eso, añadido a su inquietud, había hecho que tomara una decisión: traspasar el negocio para dedicarse a otras cosas que no le ataran tanto al horario comercial.

—Bueno, pues me alegro de que estés otra vez libre y con tantas ideas nuevas por llevar a cabo.

—Sí, sí, aunque no tengo prisa. También quiero comprar un piso en la ciudad, así que tengo que valorar qué me conviene más.

—Muy bien. Oye, por cierto, es muy tarde. Yo me voy a ir ya.

—Miró el reloj.

—Cierto, es tarde. Yo también me voy a marchar. Te acompaño.

—*Ok*, paso por el guardarropía ahora que no hay cola y nos vamos. Tengo que coger el bolso y el...

—No te preocupes, te espero aquí —dijo él, dejándome con la palabra en la boca.

En la salida, nos encontramos con sus *fans*, las mismas que un rato antes me habían golpeado con los codos.

Me reí porque se mordían las uñas viendo como me llevaba a su trofeo. Ay, Dios, si supieran lo que el chico mareaba, no hubiesen apostado tanto por él. Pero, claro, su físico era espectacular. Hay que reconocer que Sean estaba como para hacerle un favor. ¡O dos!

Sonreí al ver sus caras de cabreo. Lo que ellas no sabían, y yo sí, es que me iba a casa sola y él a la de su amigo con quien tenía intención de hospedarse unos cuantos días más.

—Alma, ¿quieres ver el local donde estaba la tienda? Está aquí mismo. Giramos por esa calle y, en la siguiente manzana, llegamos.

—Sean, estoy muy cansada y tengo ganas de llegar a casa.

—Solo será un momento. Es un local peculiar. Tiene una entrada bajita, pero en un edificio muy bonito. Me encantaría que lo vieras.

—Pero tú ya no estás allí, ¿no? Creo haber entendido antes que lo has traspasado, ¿me equivoco?

—No, ya no es mío, pero te lo quiero enseñar igualmente.

—Bueno, vamos... —acepté—. Total, está aquí al lado... Al final, me has creado curiosidad con tanto detalle arquitectónico de la edificación.

—Sí, sí, ya verás lo bonito que es.

Llegamos a los cinco minutos. Yo me asomé para ver el interior del local a través de los cristales. Y, en ese momento, me dijo él:

—Vamos, Alma, ¡vamos!

—¿Cómo que vamos? Pero ¿no querías que viera el local?

—Sí, sí, pero hay una china muy pesada en ese balcón —me dijo, señalando con el dedo el edificio de enfrente—. Si me ve por aquí, me preguntará cosas y... ¡vámonos!

—Sean, son las seis de mañana. A estas horas, la china debe de estar durmiendo en su cama plácidamente. Así que... ¡no te preocupes!

—Da igual, ¡vamos! ¿Quieres un caramelo?

—¿Cómo?

—Son de limón.

—No, no, no quiero ningún caramelo. Lo que quiero es un taxi para irme a mi casa cuanto antes.

—Sí, eso, vamos a buscar el taxi.

—Pero ¿tú en qué dirección vas?

—¿Cómo dices?

—¿En qué barrio vive tu amigo? Sean, que yo no sé si es buena idea compartir un taxi.

—No, no... Yo me voy contigo.

—¡Sí, claro! —dije, descojonándome de risa—. ¡Estás tú bueno! Rectifico, buenísimo, pero conmigo ya te digo que no vas a ir a ningún sitio.

Anda, no me marees. Vamos, pero ¿tú estás tonto?

—Alma, yo te conocí y estuve mucho tiempo tirándote la percha.

—La percha, no, ¡la caña! Sean, se dice tirar la caña... Las perchas son las piezas de madera o metal que se emplean para colgar la ropa en el armario y los sombreros u otros objetos de la pared. —No podía parar de reír y flipar al mismo tiempo.

Él aprovechó mi momento de flojera —era incapaz de dejar de reír— para agarrarme de la cintura y lanzarse a mi boca. El beso que me dio me dejó muerta, pero no porque fuera un besazo, para nada, sino porque fue un beso rápido e inesperado, como el de un niño de doce años que se acerca con miedo a la chica de su clase que tanto lo tiene enamorado para robarle un beso.

—¿Y esto? —pregunté alucinada, al tiempo que me limpiaba los labios. Acababa de dejarme noqueada en mitad de aquella avenida ancha por la que discurríamos en busca de un taxi.

—Me encantas, Alma. Me gustas mucho. Hace años que quiero besarte y...

—Me mareaste durante años. Joder, Sean, que fuimos a cenar dos o tres veces y me presentaste a un amigo tuyo que creías que me gustaba. Que compartimos un montón de cervezas y conversaciones subidas de tono, y no pasó nada. Solo me mareaste.

—Pero hoy me has mirado con deseo. Yo lo he visto, Alma, ¡lo he visto en la discoteca!

—Con sorpresa, chato, ¡te he mirado con sorpresa! ¡¿Qué deseo ni hostias?!

—Venga, Alma, ¡vamos! —Me agarró de la mano, *modo parejita*, para localizar un taxi.

—Esto es surrealista. ¿Lo estás diciendo en serio? —Movié la cabeza afirmativamente—. Joder, Sean, que han pasado más de cinco años... Yo no estoy igual. En ese momento, mi cuerpo era distinto y... ¿ahora me vienes con esas? No doy crédito.

—Me encantas, ahora y entonces. Tu personalidad, tu belleza... toda tú me gustas. Vamos.

Mierda de autoestima que nos hace menos bellas, menos apetecibles, menos de todo... a nosotras mismas. Sin embargo, para los ojos de los demás, el físico es solo físico, sobre todo, si no tienen ocasión de conocer tu

personalidad. Está claro que mejor boicot que el que se puede hacer uno mismo, no lo hay.

Reconozco que en aquella época era víctima de mi propio cuerpo.

Menos kilos no sirvieron para que me sintiese mejor; sí para sentirme más segura, o eso creí. De todas formas, tanta seguridad también asustaba al género masculino.

Así que, como vi que también me sentía vacía, opté por perdonarme muchas cosas y comencé a respetarme, dejando a un lado el machaque psicológico que le había dado a mi mente por no tener control sobre el tamaño y las formas de mi cuerpo.

Cuando hice las paces conmigo misma, después de pasar un proceso complicado de autogestión, todo empezó a tener mucho mejor color. Los hombres que encontré por el camino eran mucho más sensatos, más auténticos, mejores en esencia, aunque no me enamoraran como para emprender una relación de pareja.

Ahora, tenía un adonis a escasos centímetros de distancia que me decía que quería rollo conmigo, pero mi cuerpo no respondía a sus indirectas tan directas. Ese adonis que durante dos años estuvo buscándome con distintas excusas y con el que tiré la toalla por cansino me estaba ofreciendo un rollo sabrosón con mucho placer para el postre.

—Alma, si no es hoy, no será nunca. Me marcho a París y no sé cuándo volveré.

—¡Me cago en la puta! —exclamé sin pelos en la lengua. Creo que nunca había soltado tantos tacos seguidos hasta la fecha, pero no quería que me tomara el pelo otra vez—. ¡A mí no me puedes decir eso, joder! Que yo soy de coger las cosas al momento, hostia.

Quizá, no hablar el mismo idioma nos había separado más de la cuenta tiempo atrás, pero su petición era firme y decidida esta vez.

Un tipo que había deseado durante unos meses, años antes, me estaba pidiendo que nos acostáramos juntos. Y yo, tonta de mí, lo estaba pensando demasiado.

El mundo al revés, ¿no?

La tentación me pudo. Saber que quizá nunca más nos volveríamos a cruzar fue para mí decisivo. ¿Quería cerrar capítulo? ¿Era eso lo que quería él?

—Vamos —dije finalmente.

He de decir que no he visto a alguien más patoso en toda mi vida. Aquel

hombre con cuerpo de infarto fue muy poco ingenioso durante los preliminares que, por cierto, fueron casi nulos.

Por respeto, no voy a entrar mucho en detalles de cómo fue nuestra relación sexual. Simplemente diré que fue ruda, casi animal. Nada más.

Años atrás, me hubiese valido y hasta me hubiese gustado. Sin embargo, aquella noche me aburrí. Mucho. Mucho más que mucho. Demasiado, diría yo.

Sé que he dicho anteriormente que no iba a dar detalles, pero me pongo a teclear y...pasa lo que pasa...

Hubo cantidad, nada de calidad.

A mí me gustan los hombres activos, ingeniosos, generosos y románticos, adjetivos que aquella noche brillaron por su ausencia. Aquel cuerpo escultural no me ofreció nada de eso. Después de alcanzar un clímax brutal, decidí que no volvería a ver a Sean jamás.

Él no lo tuvo tan claro.

—Alma, ¿tienes mi teléfono? —me dijo antes de marcharse.

Yo, que tenía más ganas de dormir tranquila que de hablar, le contesté con rapidez, invitándolo a salir de mi vida lo antes posible:

—No, dámelo y lo apunto en el móvil.

—¿Me llamarás?

—Sí, sí... —mentí.

—No te importa que me vaya a la playa, ¿verdad? Quiero tomar el sol un rato. Ya sabes que me gusta estar morenito.

—Claro, claro... Por Dios, ve, que ahora son las mejores horas. Aprovecha, tú tranquilo. A mí me apetece dormir.

—Vale. Entonces me voy. Llámame, por favor, y nos vemos otro día.

—Sí, sí... Anda, vete a la playa ya, que te vas a quedar sin sol y yo sin poder dormir, joder. —Lo último lo dije en voz baja porque él ya estaba en la puerta, despidiéndose de nuevo.

Suerte que no tocamos a tres esa noche porque, si llegan a ser iguales que el adonis, me hubiera declarado en huelga durante mucho tiempo.

Me llegan a decir que me encontraría con Sean a los cinco años por pura casualidad, y os aseguro que no habría dado crédito.

A lo que sí di gracias es a la larga lista de cosas que me dijo que le gustaban de mi carácter y de mi personalidad. Reconozco que el chico estudió profundamente ese aspecto. Eso, sumado al ultimátum que me había hecho horas antes para que follara con él, fue lo que me hizo decidir terminar o

empezar —cada uno que lo mire como quiera— una no-relación con él.

Uno de los mejores piropos no es que te digan que estás buenísimo, sino que eres increíble y te enumeren, punto por punto, los motivos de por qué consideran que eres tan bella.

Eso sí que merece la pena ser escuchado.

Tuppersex

Uy, nena, que te veo cogiendo el tren cada semana.

—Calla, calla, Ariel, que se me ponen los pelos de punta.

—¡Vamos a ser vecinas! ¡Que yo veo aquí mucho *love*, rubia! Tú no te preocupes que no vas a abandonar tu *work* porque quinientos kilómetros dan para muchos momentos de *portable office*.

—¿Soy yo, Ariel, o estás tú muy *internacional*, hoy? —Después de mi pregunta, las dos nos reímos. Mi amiga había comenzado un curso para mejorar su inglés hacía solo una semana, y le salían las palabras a mansalva.

—*Baby*, tú no te preocupes; vive el momento, disfrútalo como tú sabes, amiga. Y si no funciona... ¡pues, a tomar por culo!

—Ya pensaba que te había abducido alguna corriente inglesa, pero no; ahí estás tú, con tus «a tomar por culo».

—Además, digo yo, que él tampoco tiene problema para viajar, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto, pero con los dos gemelos a su cargo no es fácil, Ari. Piensa que su ex los tiene muy poco, la custodia es suya.

—Nena, vamos por partes. Ahora toca conocerse, ¿no? Pues ya se verá cómo os organizáis. ¡Que no os conocéis ni en persona, Alma! Hace un mes que habláis a diario, eso sí, y está muy bien ser previsor, pero prever o sufrir por un problema que aún no existe, me parece un poco excesivo. Enfoca tu energía a alimentar esto, si es lo que te apetece.

»Mira, Alma, con tanto analfabeto emocional, quizá te sea difícil encontrar

a alguien que esté a la altura porque, amiga, no conozco a nadie que transforme el dolor. Porque sí, Alma, la vida duele, pero tu logras superar cada una de tus batallas emocionales; si algo tienes... es una guerrera ahí dentro de ese cuerpo bonito tuyo. No sé si eres consciente, amiga, pero tú te curas con el amor terapéutico que te producen la maravillosa familia que te tocó, el amor que te regalan las amistades y las buenas relaciones que tienes a tu alrededor. ¿Suerte? ¡Y una mierda! Qué suerte ni qué pollas; te lo has currado, y mucho. Tienes una carrera de muchos años en «medicina del alma», nunca mejor dicho.

—Ari, vas a lograr que me emocione, yo solo...

—Ni solo ni nada. Emociónate, si quieres, pero no dejes de poner el corazón a la cabeza, por que lo dejaste de hacer durante bastante tiempo.

—¿Cómo?

—Lo que yo te diga, Alma, así que sigue respirando esa atmósfera buena. Sigue con ese fuego y esa pasión tan tuya por la vida, y restaura la cultura del amor. Ojalá hubiera más personas como tú, que antepongan el corazón al intelecto; te aseguro que se generaría una cultura de comprensión amorosa, algo parecido al amor con discernimiento. Amiga, cuando nuestra inteligencia tenga amor y nuestra cabeza encuentre nuestro corazón, vamos a ser seres completos.

—Ariel, y después de estas palabras, ¿qué te digo yo?

—No me digas nada; tú sigue siendo tú, Alma. ¡Y vístete, nena! Tus amigos te esperan, y yo te estoy entreteniendo. Y si no recuerdo mal, me has dicho que has quedado para hablar con Derek, antes de ir a tomar esa copa con tus colegas.

—Sí, pero me he ido vistiendo mientras hablaba contigo, ya solo me falta retocar el pintalabios y poco más.

—Pues dale a ese rojo pasión, que tan bonito luce en tu rostro, y disfruta de esa noche, amiga.

—Gracias, Ariel, como siempre, un lujo hablar contigo, nena. A ver si pronto nos vemos como vecinas, o no; aunque a mi amiga Sofía también le parece buena idea que vaya a vuestra ciudad.

—Lo ves, *Almita*, si es te vamos a tener que clonar.

Una vez terminada la conversación con Ariel y aún un poco convulsa por esos razonamientos suyos, porque sí, la verdad es que lo había entendido todo, menos la parte donde me dijo que había dejado de hacer *algo* parecido a no

poner el corazón a mis razonamientos. En fin, pensaría en ello; de eso no me cabía la menor duda. Pero si algo me apetecía en ese instante era gozar una vez más de la conversación con Derek.

Estaba como una niña pequeña con zapatos nuevos.

Las conversaciones empezaban a ser un poco más profundas; había pasado un mes de nuestro encuentro en una de esas paginas de Internet.

Me habían recomendado esa en concreto porque no accedía todo el mundo, podíamos decir que era un poco exclusiva, y ese diferencial fue lo que me atrajo y animó a probar, una vez más, las redes sociales.

Nancy, en una de nuestras comidas con el grupo de salsa, me contó que una de sus mejores amigas había encontrado en ese portal a su alma gemela, así que, finalmente, me decidí a dejarme llevar por su consejo y probar suerte.

Derek me saludó con un mensaje muy educado, yo visualicé su perfil y, viendo que estaba a quinientos kilómetros de distancia, le di calabazas; aunque tenía que admitir que sus imágenes y sus palabras me habían gustado más de lo que me hubiese imaginado. Él, cada dos o tres días, me regalaba un nuevo mensaje, y yo finalmente me dije: «¡A la mierda! Después de tanta frivolidad, vamos a dar un poco de alas a esta conversación; al menos, es el único que habla de un modo normal, educado y sin cosas raras». Creo que es el tipo más natural que me he cruzado en chats de este tipo. Todo lo que me ofreció, día tras día, me gustó; sí, lo admito. De allí, fue creciendo el interés por ambas partes.

Él estaba divorciado hacía bastantes años, tenía la custodia de sus dos hijos, una buena relación con su ex y una pasión por la vida muy parecida a la mía. Nos conocimos día a día, sin pensar que lo estábamos haciendo, y a las tres semanas, la cosa dio un rumbo a mayores. Habíamos despertado el interés del uno al otro en más aspectos que el de una amistad pura y dura.

Nuestros miedos estaban presentes, porque tanto uno como otro habíamos tenido experiencias poco agradables con citas anteriores, pero nuestra pasión por encontrar a alguien un día u otro hizo que de nuevo nos registráramos en una página como esa.

Mi amiga Mady, que me conocía como si me hubiese parido, me sugería, después de escuchar los audios de WhatsApp, que le iba reenviando de él, que empezara a degustar el menú por el principio.

—Alma, yo te recomiendo que comiences a saborear el primer plato, que no sabes aún cómo va a ser el menú en realidad. Todo apunta a que será uno

de esos banquetes donde disfrutar manjares creativos de los que encuentras en uno de tus restaurantes favoritos, con estrellas Michelin incluidas. Eh, amiga, que nos conocemos, y tu morro es cada día más fino, y este tipo, por lo que cuentas y escucho en sus audios, apunta maneras.

»Alma, yo solo te digo que vayas con calma, aunque dudo que puedas hacerlo, porque escuchando los mensajes de voz, hasta yo me he emocionado al oír como esta haciéndose el duro, pero dejando entrever que está más colado de lo que podrá admitir nunca. Deduzco que os habéis encontrado dos intensos de mucho cuidado, bonita; aparte de que he flipado con la de cosas parecidas que tenéis. Mira, amiga, para que yo te diga que me recuerda a ti hablando, manda huevos.

—Mady, no te preocupes, que yo ya vengo de vuelta y, aunque esté dejando que todo fluya y disfrutando de todo lo que me ofrece, porque lo admito sin tapujos, en el fondo, no las tengo todas. Que sale bien, ya lo haremos maravilloso; que sale mal, pues gracias por venir.

—Esa es la actitud, amiga. ¿Y dices que viene el día 9?

—Sí.

—Ah, qué bueno, en menos de dos semanas ya salís de dudas.

El teléfono sonó y apareció el nombre de Derek, provocando al instante que saliera de mis pensamientos de golpe para poder alcanzar el teléfono y comenzar a disfrutar de todo lo que nos apetecía contarnos.

La conversación duró más de una hora. ¡Qué subidón de adrenalina! Ambos nos teníamos ganas; en ese dialogo había mucho que contar. Reímos a carcajadas. Soy consciente de que le eché mucha emoción y pasión a esa charla; él también lo dio todo.

Habíamos decidido subir a esa montaña rusa, donde sabíamos que nos encontraríamos con subidas inquietantes, bajadas de infarto y alguna que otra curva, que esperábamos con expectación a que el paso por ella fuese de lo más excitante.

Palabras era todo lo que nos podíamos ofrecer con quinientos kilómetros de por medio. Alguien, ahora mismo, sé que me dirá que existe la WebCam y se puede utilizar de muchas maneras y en muchos sentidos, Almita... y sí, no os lo negaré. Pero alguna novedad nos teníamos que reservar para futuros momentos a compartir. Además, en ningún momento quise caer en la tentación de entrar en connotaciones sexuales antes de conocernos, pues me era tan fácil pisar en ese terreno que no quise correr el riesgo de distraer a mi contrincante

y perderme todo ese disfrute, que tanto ansiaba diariamente, y que tanpreciado era para mí. No todos eran aptos para defender ese juego romántico con autoridad, quizá hasta con autenticidad; pero eso y muchas otras cosas eran aún una hipótesis que pronto sería desvelada.

Nunca sabes que te depara el destino; hoy estás y mañana no lo sabes. Oír las carcajadas de alguien a quien aún no conoces, pero que te va buscando día a día con complicidad, mola.

Su punto esnob me sobraba, y bastante, todo hay que decirlo. Su estatus era de un nivel muy alto. Yo me había encargado de decirle, en mas de una ocasión, que el mío no tenía nada que ver con el suyo, pero a él le importaba bien poco ese aspecto de mí. Su ambición era amplia y muy extensa, pues en muchas conversaciones me hablaba de los planes futuros para un negocio de nueva expansión que lo tenía muy ilusionado.

Un abanico de negocios de varios tipos era como yo definía su profesión. De familia bien aposentada, consiguió con su talento, tenacidad y competitividad llevar lejos el legado familiar. Si de algo podía presumir era de trabajador. «¡Menudo par!», pensé en más de una ocasión. Pero algo me decía que siguiera en todo momento a mi instinto y que, por mucho que gozara de cada una de sus charlas, reservara mi pasión para cuando lo conociera en persona. Admito que la última semana antes de conocernos me costó, mucho, a decir verdad. Él estaba sin red que lo protegiera, expresaba todos sus sentimientos a bocajarro y eso a mí no me daba ventaja, siendo como soy competitiva; era un sufrir de mucho cuidado. Y encima, él no reparaba en detalles; si es que... ¡así no se puede!

En fin, también es verdad que en mí siempre hay una parte de cordura, ya que soy de las que piensa que la mente hace de las suyas y puede lograr crear una realidad falsa y trasformada por algo que anhelamos y que queremos que sea como percibimos. Un buen ejemplo, o malo, depende de cómo se mire, podría ser comparar esto con ese destino al que deseamos viajar hace tantos años y, luego, cuando lo visitamos, nos parece mejor o distinto, por no decir peor, a lo que nosotros nos habíamos imaginado.

Con las relaciones en las que te conoces por Internet a veces pasa esto. Es distinto totalmente cuando conoces a alguien en persona por primera vez.

Otro detalle también curioso era lo relacionado que estaba con gente famosa; su estatus y sus negocios favorecían a que ello ocurriera. A mí eso me creaba curiosidad, pero interés bien poco. El mundo de la farándula política

me ha interesado lo justo. Cuando Derek comenzaba a hablar de sus amiguitos y las frivolidades de algunos de ellos, creaba una atmósfera bastante incómoda para mí.

Me gusta la gente discreta, nada de opulencias; no van con mi forma de ser. Derek, he de reconocer, estaba atento a cada una de mis respuestas y mis tonos de voz, pues cuando observaba que esa conversación, por mi parte, perdía interés, lo compensaba con algún comentario que lograba atraer de nuevo mi atención.

Como podéis observar, esta no era una relación por interés monetario. Es más, si algo puedo contar es que sus cuentas parecían muy desahogadas, su estatus era muy alto y negocios no le faltaban. Así que si alguien podía ser la interesada aquí, era yo, pero lo que él aún no sabía es que mi ambición iba más lejos de una buena economía. Encontrar a alguien rico en sentimientos y emociones verdaderas, sanas y de calidad, empezaba a ser algo imposible. Pero menuda soy yo como para dejar de luchar por mis sueños.

Allí estábamos dos ambiciosos. Con distintos y similares objetivos, y muchos otros por descubrir.

—Derek, te dejo, voy a terminar de vestirme, que ya tengo que marcharme. Luego te mando algún mensaje de audio, como hiciste tú la otra noche, aunque admito que no me hago responsable de la chispa que haya en él, pues igual es la copa que me tome la que hable por mí, así que me hago responsable de la mitad de lo que te diga mi parte inconsciente.

—Envía, envía, Alma. Si al natural ya eres la bomba, con el puntito tienes que tener una chispa de campeonato.

Y con esas palabras y poco más, terminamos la conversación.

A mí se me estaba echando el tiempo encima, y no quería demorarme mucho de la hora a la que les dije a mis amigos que llegaría aproximadamente.

Así que me pinté los labios con mi pintalabios rojo favorito, me calcé mis tacones y me fui en busca de un taxi.

En el taxi, escribí a mis amigos que iba de camino. Derek continuó con sus mensajes de voz, sacándome nuevamente una sonrisa. Puse los audios tan bajos, para que el taxista no los escuchara, que un poco más y yo misma me quedo sin oírlos. Sí, lo sé, podía haber esperado a bajar del taxi, pero una es una ansias y hay cosas que no cambian.

Saludé a un conocido en la puerta de la discoteca.

—Estás preciosa, Alma. ¡Cuántos días sin verte por aquí! ¡Esa sonrisa

divina tuya no nos puede abandonar así como así! —Ese gesto me hizo reír.

—Gracias, Teo. Sí, la verdad es que ahora hacía bastante tiempo que no venía. Oye, me alegro de verte, pero me están esperando dentro, así que te dejo.

—Pues a ver si los encuentras, porque hoy no sé qué pasa, pero está que no se cabe.

Y os aseguro que Teo no mentía. ¡*Mamma mia!* ¡Pero si no podía ni caminar! El vaivén de la gente me iba acompañando y acompasando, pero mi estado de felicidad provocaba que hasta me pareciera gracioso ir sorteando, con música de fondo, a toda esa multitud; la cual, he de decir, empezó a sonreírme en masa, y ese detalle me llamó mucho la atención, pues no comprendí el porqué de esa reacción. Os juro que no entendía nada; quizá la culpa era de la sonrisa permanente en mi rostro, igual sí. ¿O quizá el peinado? No lo sé. De lo que sí estoy segura es de mi estado de felicidad que me delataba, allí donde pisaba. Ser intensa hace que vivas con plenitud cada una de las emociones que pasan por tu cerebro, y el cóctel que a diario estaba saboreando me sentaba de maravilla. Por otro lado, estaba pletórica por ver y gozar esa noche con mis amigos, porque son personas que quiero mucho y veo menos de lo que me gustaría. Pero, eso sí, cuando los disfruto, lo hago hasta el final. Si tenemos que ir a por churros para desayunar, vamos.

—Alma, pero ¡qué guapa estás! —El que me obsequió con esas palabras fue Fer, un tipo grande, una de las personas más generosas y cuidadoras que conozco.

—¡Hola, Fer! —le dije mientras lo abrazaba y le daba dos besos.

—Pero, Alma, ¡estás preciosa! Y esa sonrisa hoy brilla más que nunca, y estás más delgada también, ¿verdad?

—Sí, Fer, estoy contenta y feliz, luego te cuento; ahora voy a terminar de saludar a esta gente bonita —dije, mirando a Peter y a Mery, que esperaban su turno.

Pues bien, después de saludar efusivamente como me gusta a mis amigos y preguntar por la ausencia de mi amiga Amber y su marido Joss, quienes no habían podido venir porque tenían otro compromiso esa misma noche, Fer me llamó de nuevo para presentarme a dos amigos suyos, que ese día nos acompañaban.

—Alma, ven, que te voy a presentar a mis amigos.

Yo me dejé llevar, me encanta conocer gente, así que, con mi sonrisa a

cuestas, fui encantada a saludar a nuestros compañeros de velada.

—Él es Ben, y él Charles.

—Hola, chicos, yo soy Alma. —Y tras mi presentación, les di dos besos a cada uno—. Veo que estáis todos servidos —dije al observar que cada uno de ellos tenía una copa en la mano—. Voy a por algo de beber yo también. —Y con esas palabras me marché de camino hacia la barra. Allí estaba Mery, hablando con Peter y otra chica rubia, que no conocía.

Pedí un *gin-tonic* al camarero, y mientras me lo preparaba, aproveché para ponerme al día con Mery.

—Aquí lo tienes —me dijo el camarero.

—Vamos a bailar, Alma.

—*Ok, ok* —dije mientras pagaba la copa—, ahora os busco, Mery.

Con ayuda de la pajita, removí los cubitos de hielo y saboreé la copa. Hacía varios meses que no ingería prácticamente nada de alcohol; la dieta que estaba haciendo no me lo permitía, pero esa noche estaba tan feliz y sabía que, con lo que iba a bailar, sudaría seguro cada gota de esa copa.

Unos toques sinuosos en la espalda provocaron que me girara y, aún sosteniendo mi copa, escuché que uno de los dos nuevos amigos, que esa noche nos acompañaban, me dirigiese unas palabras que lograron sorprenderme.

—¿Sabes que pensaba que no existías?

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, pero, tranquila, finalmente puedo ver con mis propios ojos que es verdad, que existes... ¡vaya si existes! —Y fue terminar de decir eso y guiñarme el ojo.

—Vaya, pues sí, ya ves que sí. —Yo no conseguía entender el porqué de todas aquellas preguntas. ¿Alguien le había hablado de mí a ese chico y yo no me había enterado? ¿O sí...? Porque al continuar hablando, recordé... algo recordé.

—Alma, hace dos años que te espero.

—¿Que qué? ¿Dos años? ¿Cómo?

—¿No recuerdas una comida en casa de Peter que te insistieron, con muchas llamadas de teléfono y mensajes para que vinieses, aunque fuese a tomar una copa a última hora?

Y allí, justo en ese instante até cabos. Él era muy amigo de Fer y Peter; me habían hablado de ese chico en alguna ocasión, incluso recuerdo que me

habían mostrado alguna imagen suya, pero, nunca, nunca mencionaron las palabras mágicas: «Alma, pasa de metro ochenta y cinco». ¡Joder! Ten amigos *pa* esto! Si lo llego a saber, voy. ¡Vamos si voy!

—Ostras —dije, poniéndome la mano en la cabeza—. Sí, sí, ahora lo recuerdo, pero la comida familiar que tenía se alargó y... —Como estaba quedando de pura pena y no sabía cómo salir de ese entramado, le di, por inercia, un nuevo trago a mi *gin-tonic*.

—Alma, ¿sabes que te brillan mucho los ojos? —Y volvió a sorprenderme con uno de sus guiños, que reconozco me hicieron gracia, provocando que mis ojos se abrieran más descaradamente al observar cada uno de sus gestos.

Y yo... ¡cómo no!, exaltada perdida, respondí con toda la pasión que me caracteriza y la felicidad que llevaba a cuestas. Lo di todo al responder. Todo, todo... ¡Madre mía, qué lástima! Digo lástima porque ahora soy sabedora de mi metedura de pata de campeonato, pero quiero dejar claro que en ningún momento fui consciente de ello; pues mi estado de éxtasis me hizo ser espontánea al máximo y le solté mi respuesta con todo el entusiasmo que traía de casa.

—¡Gracias! Sí, es que estoy muy contenta e ilusionada con un chico que en breve vendrá a conocerme en persona, está a quinientos kilómetros. —Y allí, en ese mismo instante, lo vi transformar su mirada y su rostro, impresionándome de tal modo, que no pude dejar de tomar, por inercia, un nuevo sorbo de mi copa.

En ese momento, era tal mi alucine por ver el cambio de registro de mi interlocutor que pensé: «Alma, algo has hecho mal». Así que sentirme tan intimidada en ese momento hizo que buscara alternativas de salida. Tampoco recordaba su nombre, porque soy un caso para esas cosas, y lo único que se me ocurrió fue decirle:

—Vamos a bailar con ellos, ¿te parece? —Y haciendo una señal a su amigo, que aún estaba cerca de nosotros, le indiqué que íbamos a bailar con los demás.

Esa noche, el local estaba tan lleno, y yo, sinceramente, no daba crédito. Intenté localizar a mi grupo, pero con mi altura no alcancé a ver dónde estaban, así que, aprovechando que la estatura de mi compañero era bastante superior a la mía, me giré hacia él para pedirle ayuda en cuestiones de localización. Pues bien, después de un giro un poco forzado, hasta el punto de casi perder el equilibrio, me topé con su pecho, subí mi cabeza y, aún

reponiéndome, le dije.

—¿Tú ves algo? Quiero decir... ¿si ves a alguno de ellos? Es que yo, con tanta gente, no veo nada.

—Deben de estar más hacia delante. Vamos para allá —dijo, mientras me indicaba que siguiéramos caminando.

Yo, entonces, volví a mi posición; para que os situéis, el estaba detrás de mí, mi espalda tocaba su pecho y sus brazos iban acariciando suavemente los míos. Yo cada vez estaba más relajada; esas caricias con fuerza, porque sí, allí había intensidad, lograron distraerme hasta tal punto que el interés por ir en busca de mis amigos quedó en segundo plano. ¿Qué coño me estaba pasando? ¿Cómo me podían poner tan loca y tan relajada aquellas caricias? Creo que, en algún momento la tentación de dejarme ir, y apoyar mi espalda en su pecho estuvo... ¡vamos si estuvo! Mi mente solo se preguntaba por qué estaba tan necesitada de esos brazos; nunca un desconocido me había acariciado con esa magia. Una mezcla de dulzura y protección me invadía por momentos.

Localizar de lejos a Fer, acercándose con cara interrogante, me volvió a la realidad. Bueno, volver, volver... lo que se dice volver, lo justo. Mi estado de relax era digno de estudio. Pues bien, nuestro amigo se acercaba despacio hacia nosotros y, desde lejos, observaba con sorpresa la posición de nuestros cuerpos; me lanzó la pregunta que, con las señas que la acompañaban, comprendí al momento.

—¿Estáis juntos, Alma?

Después de eso, mis ojos se abrieron exageradamente y, en cuanto lo tuve más cerca, alcancé a decir, sin acordarme de que mi compañero de abrazo estaba detrás de mí:

—No, no, Fer... lo que pasa es que había mucha gente y me ha abrazado, y no sé... no me he separado.

—Vale, vale. Bueno, yo os dejo, voy para dentro.

—¿Cómo? —Me quedé con la palabra en la boca, y como no tenía a mi amigo para seguir preguntando, giré de nuevo mi cuerpo en busca de una explicación a esa huida que no entendía.

—Pero ¿tú entiendes algo?

—¿Cómo? —me preguntó, con media sonrisa, mi compañero de fiesta en ese momento.

—Que si comprendes por qué se ha marchado y nos ha dejado plantados, porque yo estoy alucinada. No lo entiendo, he venido para estar con ellos, y se

largan a bailar, o fuera a fumar... y ahora que lo encuentro, me dice que se va para dentro de nuevo...

—Pero ¿tú estás mal aquí conmigo, Alma?

—No, no, pero he venido para pasar una velada con ellos, y han desaparecido desde el minuto uno. Vale, estoy bien contigo, pero es que también quiero estar bailando con ellos.

Él escuchaba atentamente cada una de mis palabras y me guiñaba el ojo.

A mí me hacía falta un espejo en ese momento para ver mis caras de alucine.

Sus guiños me sorprendían, me daban risa también, aunque admito que me encantaban, pero la indignación, por la estampida de mis colegas, la llevaba a cuestras.

Fue en ese momento, cuando se abrieron las luces del local, indicando su hora de cierre. Provocando que la gente empezara a salir en masa para abandonar la sala.

—Esto cierra, vamos a por las chaquetas —dije, separándome de él, e intentando encontrar un orden y una lógica a todo o a nada, porque sinceramente no sabía cómo definir ese rato de tanta intensidad, que había vivido por las caricias de mi compañero de fiesta esa noche.

Una vez fuera del local, en plena calle, mientras mis amigos se reunían para saber dónde querían continuar la fiesta, yo aproveché para mandar ese mensaje que había prometido a Derek. Cogí mi teléfono y tecleé:

Alma

Hola, bonito. Por aquí me dicen que me brillan los ojos, y yo solo sé contestar que el culpable de todo ese resplandor está a quinientos kilómetros.

Pero mi concentración con el teléfono duró muy poco. Fer, de nuevo, llamó mi atención con una nueva pregunta.

—¿Alma, te apetece ir a KOKO'S?

—Uf, no. Paso de ir tan lejos, no he traído coche.

—Yo te llevo a la vuelta —dijo rápidamente el chico con el que había estado paseando esa noche.

—No, no, tranquilo, gracias —contesté al momento.

Y sin dejarme casi agradecer el gesto, me volvió a interrumpir con

insistencia Fer.

—Alma, si nos quedamos en la ciudad, ¿te vienes?

—Chicos, de verdad, por mí no os preocupéis...

—Insisto, ¿te vienes si nos quedamos por aquí?

—Bueno, si es por aquí, vale. Pero...

—Ni pero ni nada, vamos a BLUES —dijo con contundencia al mismo tiempo que buscaba mi aprobación—. ¿De acuerdo, Alma? ¿Sí? ¿Ok?

—Vale, vale... Si a todos os va bien, por mí sí —dije hasta con un punto de timidez irreconocible en mí. ¡Joder con la insistencia! «¿Qué pasaba ahora? ¿Se sentían culpables por haberme perdido la pista toda la noche? Sería eso», pensé.

—Yo te llevo a casa luego, no te preocupes.

—No, no. Cojo un taxi y en un *plis* llego. No te preocupes —le dije, mirándolo sin entender tanta insistencia. El chico era encantador, pero en ese momento yo estaba a mi bola, pensando en enviar algún mensaje más a Derek, y cualquier distracción, por muy amable que fuese me sobraba. Yo estaba en mi burbuja o en mi nube; bueno, no sé dónde, pero colgada. Que sí, que también me apetecía un montón ir a bailar, porque no había tenido ocasión con tanto paseo por la discoteca. Ufff, solo recordarlo, mi cuerpo volvía a estremecerse... ¿de placer? Pues no lo sé, pero, por si a caso, iba a mantener las distancias con aquel hombre; no porque no me cayera bien, más bien al contrario, todos los gestos que me regalaba eran geniales, y mi cabeza se debatía entre todo ese tacto que me abrumaba y otra persona con la que tenía una complicidad desde hacía un mes, aunque estuviese a quinientos kilómetros de distancia. Así que pensé que lo más sensato era mantener un poco de separación entre nosotros; además, es que, en realidad, era un desconocido. Sí, lo sé, un desconocido que hacía dos años que esperaba conocerme, pero el destino es caprichoso y, por lo que fuera, no nos brindó la ocasión entonces, y ahora justo estaba a punto de conocer a otro. En fin, me llega a pasar un mes y poco antes ese encuentro y dejo que me acaricie hasta el alma. Pero, ese día, ya era mucho que le permitiera disfrutar de su amabilidad; pues, tenerlo cerca, me hacía sentir demasiado bien y yo tengo aguante, pero hasta cierto punto.

—Ok, pues nos vemos en la puerta. —Oí que decía Fer a ese chico.

Yo necesitaba saber cómo se llamaba, así que, ni corta ni perezosa, se lo pregunté a Peter, que lo tenía a mi lado, sin que él se diese cuenta, pues me sabía muy mal que supiera que no me acordaba de su nombre; pero, insisto,

para esto de los nombres soy fatal.

De camino al coche de Fer, le pedí a Peter que me refrescara la memoria.

—Oye, Peter, ¿cómo se llama vuestro amigo? Es que me habla, y no sé cómo dirigirme a él, porque no me acuerdo de su nombre, ni del otro chico tampoco.

—Estás un poco empanada hoy, ¿no, Alma? Se llama Charles, pero nos gusta más llamarle Charlie, aunque en su casa es conocido como «nene» o «niño», así que escoge. No creo que te ponga pega en que lo llames como quieras, mientras lo llames.

Y a ese último comentario de Peter le di la importancia justa, aunque no pude evitar quedarme con el *tonito* al final de su contestación. A mí me interesaba saber cómo se llamaba por si en algún otro momento de la noche se acercaba a entablar conversación de nuevo conmigo.

Subida en el coche, con el teléfono en la mano y a punto de mandar un nuevo mensaje a Derek, Fer, de un modo directo, me sacó de mi mundo para que no me quedase duda alguna sobre el *mensaje* que me quería aportar.

—Alma, tú sabes que vamos a BLUES por ti y por Charlie, ¿verdad? Te queda claro, supongo.

—¿Cómo dices? —esa fue mi respuesta; ni más larga ni más corta, y no fue porque no me gustara darle a la sinhuera, pero el comentario de mi amigo me había hecho bajar de mi nube.

—Alma, que, por nosotros, sabes que nos hubiésemos ido a KOKO'S.

—Pues no lo entiendo, Fer, ¿por qué no os habéis ido?

Y sin dejar acabar mi frase, volvió a ponerme en antecedentes de lo que estaba ocurriendo y que yo, con mi empanada particular, me había perdido, para ser precisa, hacía bastante rato.

—Alma, a Charlie le gustas mucho, y cuando digo «mucho» es mucho. Hace dos años que te espera, así que entiende que si vamos a este lugar es básicamente por vosotros. Así que tú verás lo que haces.

—¿Cómo? Pero, a ver, Fer, te recuerdo que os he dicho, nada más llegar, que mi sonrisa se debía a la ilusión porque en poco más de una semana vendrá a conocerme el tipo con el que estoy ilusionada.

—Pues por eso, Alma. ¿Quién te dice que ese chico no te está engañando? Y al final ni se presenta ni nada... ¿Qué seguridad tienes? No sabes si es verdad nada de lo que te ha dicho, no lo conoces. Vamos, hombre, que te puede estar tomando el pelo a lo grande.

Mi cara era un poema; no entendía a qué venía toda esa explicación. En ese momento, Peter salió con un comentario para rebajar la tensión que en ese momento había en el coche.

—Bueno, yo puedo dar fe de la intensidad de los mensajes que le manda porque Alma me ha reenviado alguno.

Mis ojos estaban fijos en Fer, que buscaba una contestación por mi parte.

—Alma, hoy es hoy, y mañana no se sabe, así que tú verás lo que haces con Charlie.

—Pero... —No pude responder porque Fer me interrumpió de nuevo para acabar de argumentar todo lo que me estaba diciendo. Si él supiese que ese «hoy es hoy» era lo único que necesitaba oír para que mi cerebro reaccionara... Y, sí, voy a aclarar ese tema, porque no quiero que nadie me confunda. Soy de vivir el momento, nunca sabes qué pasará mañana, y yo, por si a caso, lo tengo en cuenta, nada más.

—Ni pero ni nada. Él hace mucho tiempo que está esperando la oportunidad de conocerte, Alma, y hoy se ha dado, así que, por favor, no me digas que no te mola porque, en la discoteca, bien cómoda que estabas en sus brazos, que yo lo he visto con mis propios ojos, ¡eh, bonita! A mí no me engañas, que nos conocemos, amiga.

Allí, Fer me desmontó. Lo juro, aunque él no lo sepa, me desmontó. No tenía argumento para negar que ese hombre me había atrapado en sus manos (nunca mejor dicho), hacía solo un rato. Tuve tregua hasta ese momento. Así que pensé: «Alma, defiende el barco lo mejor que puedas. Sé amable, y Dios dirá».

—Venga, tira antes de que me arrepienta.

En ese momento, solo les faltó aplaudir al resto que nos acompañaba en el coche. Vaya tela, no daba crédito; pero si algo había allí era ilusión. Y yo no soy nadie para negar algo que tanto me satisface, como ver felices a los míos.

Llegamos a la discoteca. Esa, a diferencia de la anterior, no estaba nada llena. «Al menos vamos a poder bailar», pensé.

¡Pues poco y menos! Porque la cosa continuó de esta manera...

Los chicos se pidieron una copa, y mi amigo Fer, como sabe lo que me gusta, se acercó a mí y, muy sutilmente, me comentó:

—¿Un *gin-tonic*, Alma? —Yo negué con la cabeza, pero mi respuesta no le convenció en absoluto.

En cuestión de minutos en mi mano sostenía una copa balón de las que me

gustan. Estaba frío y muy bueno; poco cargado, cosa que agradecí.

Dejamos en un rincón chaquetas y bolsos, y nos situamos al lado de ellos mientras bailábamos. Había una pequeña barra que permitía dejar las copas mientras estabas apoyado en los taburetes.

La verdad es que el lugar estaba bien, pero reconozco que hacía un poco de calor, quizá mi vestimenta era demasiada exagerada, pero suelo ser friolera y no tenía ganas de pasar frío esa noche. Me resfrío con facilidad, así que mi jersey de cuello alto y mi chaquetita de punto monísima me protegían lo suficiente. Quizá un poco más tapada de la cuenta para salir de fiesta, pero ya os aseguro yo que mi plan de fiesta no consistía en ligar con nadie, ni en ir en plan Mata Hari, pues feliz que iba con mi jersey rojo a juego con mi pintalabios, mi chaqueta negra con una lazada lateral y unos pitillos negros con mis tacones a juego remataban el conjunto que tanto me gusta.

Arreglada pero informal.

Mery fue al baño, y yo me uní a ella. Solo había un servicio, así que aproveché para retocar mi pintalabios, aunque era permanente, el contacto con la copa y la bebida había hecho que perdiera algo de color.

—¿Te espero, Alma?

—No, tranquila, ve tirando, ahora voy.

Salí del baño y vi al grupo bastante animado; la mayoría bailaban, pero Charlie me hizo un gesto con el dedo, indicándome que me acercara hasta él.

—Toma, Alma, Peter nos ha invitado a chupitos, y yo me he reservado el tuyo y el mío para esperarte y brindar contigo.

—¡Oh, qué detalle, Charlie, gracias! —«Un gesto para tener muy en cuenta», me dije.

—Sabes cómo va esto, ¿no?

—¿Perdona? ¿Te crees que soy una principiante? —Después de hacer ese último comentario, acercamos nuestros vasos pequeños para brindar y, sin dejar de aguantar la mirada entre ambos, dimos punto final a ese brindis.

No tenía ni idea de que lo había pedido, solo sé que sabía de maravilla.

Mi copa de *gin- tonic* me la reservaba para dentro de un buen rato, porque en ese momento lo único que me apetecía era bailar; así que, después de dejar el vaso de chupito al lado de mi copa, me dirigí directa a la pista, pero alguien me detuvo.

La mano de Charlie agarraba mi muñeca.

—Alma, espera.

—Dime, Charlie, ¿qué pasa? Vamos a bailar, ¿no?

—Sí, sí, pero antes quería comentarte una cosa.

Después de escuchar esas palabras, cómo no, confieso que la curiosidad por saber de que me quería hablar me pudo. Y, por supuesto, le contesté con una nueva pregunta.

—¿Una cosa? Claro, dime, ¿qué pasa?

—Sí, pero ven, vamos para allá, que aquí hay demasiado ruido.

Y, ni corto ni perezoso, me cogió de la mano y me llevó hasta la zona casi de la salida, donde había un pequeño lugar más tranquilo, y... ¡zas! Me giró de golpe, sujetándome de tal manera, hasta tenerme a su vera, para propiciarme ese beso... ¡¡¡Joderrrrr!!! ¡¡Qué beso!! Os juro que allí el diálogo entre ambos era brutal; él sabía lo que se hacía y yo... ¿qué coño estaba haciendo yo? Disfrutar, mucho a decir verdad, pero ¿cómo podía estar abrazada y besándome con él con esa intensidad, esa pasión y ese de todo, que tanto nos tenía atrapados?

Cuando tuve un momento de cordura, y él logró dejarme coger aire de nuevo. Solté de golpe la frase, que aún recuerda y tanto le hace reír.

—Pero ¿qué coño estoy haciendo? —dije, mientras me tapaba la cara con mis propias manos. Él, en cambio, me miraba y se reía.

—Me gustas, Alma, me gustas mucho.

—Pero ¿qué dices, Charlie? Si voy con cuello alto, ¡joder! ¡Cuello alto, por Dios! —le decía con todo el furor que podía, mientras me agarraba yo misma el cuello del jersey, mostrándoselo para que viese que no iba nada sensual...

El se reía, con mi momento «cuello alto».

Yo no entendía cómo ese día él se había fijado en mí y estaba como estaba de entregado después de haberlo tratado como lo había hecho (involuntariamente, claro), porque mi intención no era en ningún momento darle coba, si estaba con otro en la cabeza... Pero poco me duraron estos y aquellos pensamientos porque, de nuevo, él volvió a atacar... Vamos, si lo hizo... y con maestría, ¡muchacha! Sus caricias ayudaron a que yo entrase en su juego y no me distrajera ni un momento, provocando que siguiéramos entregados a esos besos que tanta pasión desprendían.

—Vámonos, Alma. Vámonos de aquí juntos.

—No, no, ni hablar.

—Me encantas —me dijo, mientras acariciaba con delicadeza mis mejillas,

mi espalda y todas las partes de mí que estaban a su alcance de un modo elegante, fino... pero todas—. Alma, me gustas mucho, y hoy no te voy a dejar escapar, lo entiendes, ¿verdad?

—¿Que si lo entiendo? ¿Me estás preguntando si entiendo algo? Pues no, Charlie, sinceramente no entiendo nada. No comprendo ni cómo he llegado hasta tus brazos y mucho menos hasta aquí. No entiendo toda esta conexión, no esperaba nada de lo que esta sucediendo esta noche; estoy totalmente descolocada. No contaba encontrarte hoy a ti, ni a nadie, y, menos, terminar besándome apasionadamente con nadie. ¡Hostias!

—Me encantas —repitió, mientras acariciaba mi rostro y me miraba con deseo.

—Joder —dije, apoyando la cabeza en su pecho para no tener que ver esa mirada dulce, pero llena de deseo, y sentirme culpable por no haber tenido la fuerza de voluntad suficiente para evitar haber caído de esa manera y con esa entrega a él. Pero allí pasaba algo; algo que mi raciocinio no comprendía, no sabía lo que era, pero algo me dejaba fundida cuando su cuerpo entraba en contacto con el mío. Y tanto era así, que de nuevo con caricias en la espalda, abrazos y besos en el cuello... ¡La volvimos a liar! Y con qué intensidad estábamos enredados. Bufff, yo perdí el control totalmente; él no lo impedía, es más, lo vi disfrutando de ese rato que nos volvimos a dedicar con gusto. Recuerdo como nuestras lenguas se enredaban con intensidad y con pausas que agradecí para saborear más ese baile. Elegí sentir a comprender y entender. Esa noche no quise saber, por primera vez en mucho tiempo, contuve mi curiosidad para dejarme sentir.

—Vámonos, Alma.

—Hoy no puede ser —le dije toda digna.

A mí me gusta prepararme para una cita, con mi sofisticación particular, y esa noche, ni por asomo, llegaba a mi manera ideal. Arreglada iba, pero mi ropa sexi, mi perfume, mis cosas de chicas a mi manera... al cien por cien pues no, quizá al noventa sí, pero yo soy de cien por cien.

Él, a mi negativa, respondió con caricias, luego con algún beso, con más caricias... ¡hasta que llegué a mi máximo!

—¡Me cago en la pu...! ¡Vámonos! —Y lo cogí de la mano para ir en busca de las chaquetas. Nos despedimos de nuestros amigos, a los que, cuando nos vieron llegar, solo les faltó aplaudir.

Estábamos como para disimular algo; él llevaba más pintalabios rojo en su

boca que yo.

—¡Límpiate los morros, tío! —le dijeron Peter y Fer.

Ellos pensaron que no los oí, pero sí lo hice, y es que no daba crédito a lo que estaba haciendo ni pasando. Pero así fue y terminó genial.

La conexión de nuestros cuerpos fue fantástica en todos los aspectos, se entendían como si se conocieran. Quizá nosotros, con nuestra actitud, ayudamos a que así se pronunciaran.

Del modo más inesperado, me encontré con el placer más esperado.

Un sin fin de ideas me venían a la cabeza. Y una de ellas era: «¿Y ahora qué?».

—Alma, a mí me gustaría volver a verte, pero sé que quieres conocer a ese tipo, que solo empezar la noche me has comentado. Así que lo respeto, pero quiero proponerte lo siguiente: tenernos amigos en común para poder localizarnos de nuevo, si nos apetece volver a vernos. Yo no te voy a pedir el teléfono, ya que quiero que seas tú la que decidas. Si quieres que nos encontremos de nuevo, tú haces lo que sea para que así sea; yo solo te digo que a mí me encantaría y quiero que lo sepas.

Faltaban unas horas para que Derek llegará a la estación. Le comenté que lo iría a recoger. Fui a por un regalo porque él insistió en que no quería venir a verme con las manos vacías y me estuvo machacando una semana entera sonsacándome mi color favorito porque había visto un jersey da angora de una firma que a él le encantaba. No paraba de repetir a diario lo bonita que iba estar con esa prenda para ir a trabajar. Por mucha resistencia que puse, no sirvió de mucho; bueno, sí de algo, porque también quería regalarme unos pantalones a juego preciosos, según él. Pero yo estaba en esa época a dieta, con la que, por suerte, iba perdiendo peso y no podía permitir que hiciera un gasto en algo tan caro que quizá en poco tiempo no iba a poder ponerme. Sí, lo sé, más de uno diría: «pues lo cambias y problema resuelto», pero no; a mí me gusta vestirme a mi manera, y que me regalen ropa no es lo que normalmente me mola. Bueno, las únicas que aciertan bastante son mi hermana y mi prima Lisa, ellas me tienen el estilo pillado. Pero un desconocido no iba a intervenir en mi *outfit*, para eso ya está Katia con su boutique Mirada de Ángel, en la que siempre confío, porque si algo tiene es estilo y sabe ser sincera hasta con la mirada. Esa italiana sabe lo que hace; y así, con esa seguridad que ella nos

trasmite, defendemos nosotras, sus clientas, los *outfits* que tan bien sabe prepararnos de manera personalizada.

Bueno, pues como él era un amante de los *spa*, me fui a buscar un *pack* para unas termas, que sabía que lo iban a dejar con un muy buen sabor de boca. Son muy bonitas y, según lo que contrates en los *packs* que te ofrecen, te llevas aún un mejor recuerdo del lugar.

Con mi bolsita pequeña preciosa y elegante, que contenía el *pack* del *spa*, llegué a casa. Estaba segura de que le encantaría. Así que la dejé encima del mueble de la televisión, escondida detrás de este, pero dejando entrever esa bolsa bonita solo un poco para que no descubriera a simple vista mi sorpresa.

Aparqué el coche y corté la conversación que llevaba con Mady, hasta llegar al aparcamiento. Mi amiga estaba muy emocionada, pero había dicho que «veía» algo en Derek no le gustaba.

Mady es muy intuitiva y si mueve la nariz más de dos veces... sé que acaba de sentenciar el tema. Como en esa ocasión no la podía ver, porque la tenía al otro lado de la línea telefónica, se lo pregunté, pero lo justo, no quería saber demasiado. Y ella que es muy cuca, me respondió con un «disfruta, Alma».

Yo no la forcé en absoluto, soy una tipa muy respetuosa y, para que engañarnos, no tenía ganas de escuchar algo que me tumbara la ilusión que habíamos generado con nuestro comienzo de romance, si es que lo podíamos llamar así. En menos de quince minutos saldría de dudas.

Esperé y, mientras lo hacía, hablaba con él por WhatsApp.

Derek

¿Dónde estás esperándome, Alma? Dame alguna pista para que pueda localizarte al salir del tren, por favor.

La estación era muy grande, y él no quería perder ni un momento en poder localizarme.

Como referencia, le di una tienda de deporte que, justo al salir de la zona de vías, vería sin tener que forzar nada la vista.

Y allí, frente a mí, lo divisé al instante. Yo lo vi de lejos. Y mi cara delató por mí, en segundos, lo que mi pensamiento iba maquinando.

Uy, uy, uy... pues sí, no puedo decir que el chico no se pareciese a las distintas imágenes que nos habíamos intercambiado porque os engañaría. Él

era el de las imágenes, pero su altura, su mochila, su caminar, su... «Pero ¿por qué una mochila y no una bolsa de mano?», me pregunté. ¿No me iba de elegante? Que para nada me molestó que llevase mochila, bolso o lo que le de la gana, pero precisamente esa mochila no ayudaba a un caminar desgarbado, con el que tuve que tragar saliva. Sí, mierda de gestos que hablan por sí solos. Son muchas veces las que cuesta callar ese lenguaje que el cuerpo esta mostrando en todo su esplendor.

Mi cabeza, en ese momento, se debatía entre si me saludaría con un abrazo, un beso casto o se le iría la pinza. Pues salí de dudas al momento.

Los dos entendimos que un abrazo estaba muy bien para saludarnos con alegría en ese momento tan esperado.

Fuimos hablando mientras caminábamos hacia mi coche, y en ningún momento pudimos dejar de mirarnos con expectación.

Llegamos al aparcamiento.

—Alma, ¿dejo la mochila en el maletero?

—Ah, sí, como quieras.

Y fue abrir el maletero, dejar la mochila y, cuando lo cerró, me agarró hacia él y me propinó ese beso con pasión que hasta me pareció brusco. Y para que me pareciera brusco a mí, os aseguro que lo tenía que ser. Que estuvo bien, sí, pero bruto, nada sensual, bestia, muy bestia, y yo soy muy de pasión, pero no de brutalidad. Intensidad al máximo. Así que comenzaba a tomar nota de todas esas pistas que su lenguaje corporal me iba ofreciendo.

—Me gusta lo que veo —me dijo, ya sentados en el interior del coche.

—Me alegro —contesté, después de ofrecerle una de mis sonrisas.

—Si tengo que puntuar lo que veo, te pongo un once.

¡Joder, un once! Estaba de lujo esa puntuación, pero qué poco me gustó que lo hiciera, porque con lo competitiva que soy, puedo perderme en la competición rápidamente.

Me quedé con su intención de piropearme y punto, porque si le daba vueltas a eso, le quitaba un punto a él de nuevo, y con ese ya iban dos.

—Alma, no te lo vas a creer, olvidé el paquete con el jersey encima de la mesa de mi salón y se quedó en mi casa. —Y sin dejar de tragar saliva, ni mucho menos por el jersey, os aseguro que esa prenda me la traía bastante floja, por no decir que no me importaba en absoluto... le quité un tercer punto. Porque su cuerpo continuaba hablando—. Pero traigo una botella de Moët & Chandon para brindar por nuestro encuentro —dijo todo excitado y contento.

Y sí, brindamos, pero os voy a resumir la cita en cuatro palabras: basto, hiperactivo, cero sensibilidad, calendario femenino. Una mierda pinchada en un palo, tal cual. Tuve suficiente con unas horas para observar que éramos de mundos distintos. Diré a su favor que no le vi, en ningún momento, mala intención, pero es que en realidad no le vi ninguna gracia tampoco. He de confesar que gasté hasta la última prueba para ver si por ahí ganaba puntos, pero no. Se portó y punto.

Después de pasar la noche juntos, confieso que me cabreó bastante no encontrarlo por la mañana, en cuestión de términos sexuales; ni que, por su parte, tampoco me buscara, pues la noche anterior había sido muy activa, y cuando digo «muy» es mucho. No me dejó dormir en toda la noche, hasta que caímos en brazos de Morfeo a las siete de la mañana. La posible excusa de «estaría cansado» no la compro. Intuía que de él no podría conseguir mucho más que un rato de sexo; nos entendíamos en ese aspecto, y creo que en el único, porque ya se había encargado él mismo, en la velada de la noche anterior, de tirar todo el resto por la borda con sus diferentes meteduras de pata.

Eso sí, viendo que no pillaría más que un brindis o dos de Moët, tuve vista y fui rápida con la mano empujando la bolsita de mi regalo para que quedase, con un golpe de gracia, escondida detrás del televisor.

¡Punto para Alma! Sí, sí, decidlo, ahí estuve también de once.

Bueno, he de deciros que, por cuestiones personales que ahora no voy a extenderme en comentar, avanzó su billete de regreso. Llegó a tiempo para llevar a sus gemelos a cenar. Y yo cené de lujo, sola pero feliz. Con música de LP de fondo, cero pamplinas al lado y, sobre todo, con una tranquilidad que me sacaba una sonrisa de las mías al recordar que, por mi parte, había puesto fin a esa historia.

A la semana siguiente invité a comer en casa a Amber y su marido, Joss, los amigos que no pudieron ir a la fiesta en la que conocí a Charlie. También venían Peter, Mery y mi amiga Yelena, con su marido y su pequeña Alexa. Fer, esa tarde, no podía.

Peter me dijo:

—Oye, Alma, ¿como estás por lo de Derek?

—¿Derek? ¿De quién me hablas, Peter? —Solo puede oír sus carcajadas y reírme con él.

—Entonces, ¿todo olvidado y superado, Alma?

—Te aseguro, amigo, que ni rastro de recuerdo de ese tipo. Ni ganas. Que, aunque a distancia se porte mejor, no tengo ningún interés en absoluto para nada más que no sea, si nunca se da, una conversación de WhatsApp.

—Bien, entonces aquí tienes el teléfono de Charlie; envíale un mensaje, anda, que se pondrá contento, te lo aseguro.

—¡Pero Peter...!

—Llámalo, anda, no te hagas la remolona, que te mueres de ganas y te aseguro que él también.

—Bueno, pues le mando un *wasap* y le digo que se pase a tomar un café, si le apetece.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Que eres un cotilla! Peter, aún no me ha contestado.

—Bueno, pues tranquila. Seguro que acepta, si no tiene impedimento por alguna cuestión familiar. Ya sabes que tiene la custodia de su hijo, y eso no le deja tanta movilidad.

—Ostras, dos de dos, no sabía que tenía la custodia de su hijo.

Es extraño conocer a dos padres de familia, en el mismo momento, y que tengan tanto uno como el otro las custodias ellos, pero así era. Ya os digo yo que la realidad supera a la ficción.

En unos minutos, el teléfono se iluminó con un mensaje de Charlie en mi pantalla.

Mi sonrisa me delató frente a todos mis invitados, que estaban sentados y expectantes por saber qué había contestado Charlie.

—Peter, no puede venir, hoy no, pero mañana sí.

Y con un «olé», brindaron por que ese nuevo encuentro fuese tan bonito como el último que ellos mismos pudieron ver con sus propios sus ojos, la noche que lo conocí.

La música de Berry, una cantante francesa que me encanta, sonaba a través del altavoz que me había regalado mi amiga Gleen, y que tanto me tenía flipada. Me gusta la música y escucharla a través de ese pequeño aparato era un gusto.

En cuestión de veinte minutos tenía a Charlie en casa. Habíamos quedado allí, porque teníamos claro, muy claro, lo que nos apeteecía a ambos. Si luego

nos quedaba tiempo para tener ganas de conocernos más, ya lo iríamos viendo.

Y así lo hicimos. Volvimos a vivir con intensidad esa jornada que nos dedicamos semanas anteriores. Sus caricias, sus besos y todo era igual a como lo recordaba. Difícil de olvidar. Una química que habla sola.

Esa tarde-noche fue como esperábamos, o mejor. La confianza entre ambos era más fluida. Los nervios de esa primera vez con alguien, al que no conoces como compañero de cama, estaban superados. Aparte, tengo que decir a su favor que su generosidad era palpable en más de un aspecto. Si a eso le sumáis los momentos de pasión brutalmente instintiva, el resultado fue sublime.

—Alma, tengo que marcharme, tengo un niño y está a mi cargo; sé que algo te ha contado Peter, porque me lo ha dicho, así que no puedo quedarme más rato —dijo, mientras me ofrecía besos y más besos.

Me gustan tanto las despedidas que se alargan por no poder parar de besarse...

Bueno, pues sin prisas, finalmente sé marchar. Aunque no era muy tarde, tuvimos la suerte de que al día siguiente era fiesta. Así que puede descansar después de una tarde-noche larga y muy intensa.

Al día siguiente, decidí que era uno de esos días en los que me apetecía sofá, mantita y peli romántica. Y yo que soy muy de cumplir mis propósitos, así lo hice. Con lo que no contaba era con el mensaje de WhatsApp que llegó de Charlie, a las siete de la tarde.

Charlie

Hola, bonita, ¿qué tal la tarde?

Alma

Pues de lujo, tengo un sofá para mí sola, una mantita que me cubre como a mí me gusta y una de mis pelis en la pantalla del televisor; si, además, le sumas tu mensaje, podría, con un poco de esfuerzo, llegar al nirvana.

Charlie

Jajajaja. Así me gusta, Alma, que no te falte de nada. Verás, he pensado, porque el peque está hoy con mis padres, y yo he cocinado demasiado para mí solo, que puedo traer unos *tuppers* y

cenamos juntos en tu casa. Si te apetece, claro.

Alma

Oh, por favor, sí. ¿Hablas en serio?

Charlie

Sí, sí, claro.

No daba crédito a esa propuesta, nunca nadie, antes, me habían traído comida a casa; y con ella, pasión y ganas de mucho. Estuve sorprendida y agradecida.

En media hora, lo tuve con el delantal en mi cocina, calentando el contenido de esos *tuppers* y lo que no era el contenido de esos recipientes, para qué os voy a engañar.

Pues sí, de la manera más excitante, con un nuevo gesto de generosidad por su parte, disfruté de una cena buenísima, de muchos detalles bonitos, de sentir deseo en muchos aspectos y de una sesión del *tuppersex* increíblemente genial, aunque no sea la versión por la que todos conocemos ese término.

Hubieron *tuppers* y sexo, de eso no faltó nada. A esa jornada sorprendente, le siguieron muchas más, muy espaciadas entre ellas, eso sí; con semanas y meses sin un solo mensaje que lo alimentase, pero, si soy sincera, me vino de lujo que no nos insistiéramos, por dos motivos: uno, porque no podía pedir más de lo que él me había ofrecido hasta el momento. Su vida era compleja, y había decidido no incorporarme en ella. Y por otra parte estaba mi máster, que no me dejaba demasiado tiempo para dedicarle como a mi me gusta cuando conozco a alguien; así que, con él, todo era distracción y disfrute del bueno. Opté por disfrutarlo, cuando a los dos nos viniese bien, y seguir dejando que muchos nuevos momentos sorprendentes llegaran a mi vida.

Me va mucho mejor cuando las cosas no las fuerzo y dejo que el destino me sorprenda. ¡¿Qué queréis?! Soy adicta a la sorpresa.

15

Alan

Cuando salí de la consulta, fui directo hacia Marrie's, los grandes almacenes que me quedaban a dos calles; vivir y trabajar, en mi caso, en el centro, permitía tener una logística cómoda y bastante ágil a la hora de realizar compras. Pocas veces necesitaba coger el coche o la moto; bueno, solo en el caso de que la compra tuviera un volumen sustancial, pero aquel día no era el caso. Las gafas de buceo que me apetecía comprar no abultaban en exceso. Me gusta caminar y pasear, así que cualquier excusa es buena para calzarme las deportivas, unos vaqueros con estilo, por supuesto, y no volveré a comentar que soy un poco coqueto porque ya lo sabéis.

El vendedor era un apasionado del buceo. Me contagió hasta el punto de que su reflexión, muy lógica, por cierto, también he de decirlo, hizo que me replanteara el tema del producto que llevaba en mente. Verdaderamente, no todos los artículos que me enseñó los tenía vistos y, por supuesto, aún menos sabía las características técnicas de cada uno. Pero él sí. Ese chico dominaba perfectamente la materia y no es que yo fuera mal enfocado con lo que iba buscando, qué va, después de lo que él me ofreció, le seguía mi opción, pero desconocía ese artículo en particular que él, con tanto esmero y técnica, me sugirió. Al final, decidí comprarlo y me lo llevé a casa muy satisfecho.

A mí el trato humano me apasiona, aunque a veces me cueste arrancar, agradezco las personalidades de la gente como ese vendedor, que te lo hacen fácil y, no sabes cómo, consiguen sacar tu parte más relacional al exterior.

Feliz con la compra que acababa de realizar, bajé las escaleras mecánicas hasta la planta baja, donde se encontraba la sección de perfumería, cosméticos y complementos varios. Fui directo a la zona donde vendían la marca de mi perfume favorito. Limpio y perfumado, antes de salir de casa, siempre. Cada uno tiene sus manías; yo, no muchas, pero esa sí. Es algo que, por poco que pueda permitirme, siempre formará parte de mi esencia. Confieso que, en

la guantera del coche, suelo llevar una botellita pequeña por si surge alguna urgencia, o no me da tiempo de volver a pasar por casa. ¿Qué queréis? Cada uno tienes sus *fricadas* y, esta, admito que es muy mía.

Me pregunto si no me vais a etiquetar como el típico tío pijo. Pues haced los que os parezca, porque si algo tengo es que poco me importa la opinión sobre mi persona, si no se me conoce.

Soy un tipo muy normal, al que le gusta explotar lo que, de serie, la naturaleza le ha facilitado. Para nada soy un hombre con una belleza o guapura excepcional, qué va; Will sí que puede presumir de facciones que cumplen los cánones de belleza, ¡y de largo! De ahí sus pinitos como modelo. Lo mío es más un conjunto atractivo en general; me tachan de ser un tío que se hace mirar, y yo siempre digo que mi altura y mi forma o manera de explotar mi físico ayuda, todo y que asumo que no tengo un cuerpo diez. Me cuido porque me gusta, pero sin rozar ningún tipo de obsesión, pues para nada voy todos los días al gimnasio; aunque admito que me gusta y me divierte. Tengo mi barriguita, dependiendo de las cervezas que me tome, un poco más o un poco menos; pero como dice una de mis ex, con la que me llevo muy bien, por cierto: «Alan, lo tuyo es un conjunto embriagador y lleno de sensualidad. En resumen, eres un tipo que tiene un atractivo peculiar». Y pienso... pues qué bien, gracias mamá y papá por haberme hecho tan resultón.

Pues con el perfume y mi juguetito nuevo en las manos, salí de los grandes almacenes, camino hacia casa.

—Alan. —Oí que gritaban mi nombre, por la calle, sin saber muy bien de dónde procedía ese sonido que me era familiar. Me giré y observé a Will, con una copa en su mano y con la otra me llamaba con gestos para que me acercara. Pude observar que estaba en la puerta de Hill, la galería de arte situada en la calle paralela a la nuestra.

—¿Qué tal, tío? ¿Qué haces aquí? —le pregunte, después de saludarnos.

—Pues... ya ves, Laure me dice que quiere que la acompañe a ver cuadros, pues ahí que voy —me dijo con una sonrisa y encogiéndose de hombros, con ese gesto que tanto comunica.

—¡Te tiene comiendo de su mano, amigo! —Le guiñé un ojo.

—Ya te digo, Alan... pero pasa, vas a alucinar con las obras de este tipo; son una pasada, no te lo pierdas.

Y sin dejar posibilidad a que me lo pensara, me encontré situado dentro de la galería y con una copa en la mano, que solo entrar un camarero del *catering* me ofreció gustosamente.

Laure localizó, con su radar particular, a Will entrar por la puerta, con mi compañía, y se acercó hasta nosotros para saludarme. Era una chica encantadora, amable y tenía a mi amigo súper enamorado, porque llevaban viéndose a diario, pero saliendo solo tres semanas; justo el tiempo que hacía que habíamos cenado en su casa, cuando la conocí a ella y a su amiga Susanne. Will ya me había mostrado un reportaje completo de su chica, antes de que fueran pareja; había visto todas sus fotos de perfil de WhatsApp, y algunos robados que él le había hecho en el trabajo. ¡Qué tío! Y cómo me gustaba verlo feliz. Al fin y al cabo, era como un hermano pequeño para mí, y soy un tipo bastante empático, así que si él estaba contento, todos, a su lado, éramos un poco más felices.

—¡Alan! —La chica me saludó efusivamente y mostrando sorpresa, al mismo tiempo, por verme allí—. Vaya, no sabía que también te gustaba el arte.

—Bueno, verás... —Y sin darme tiempo a contestar y explicarle cómo había llegado hasta allí, un tipo de mediana edad distrajo toda la atención de Laure por completo, consiguiendo interrumpir mi principio de explicación.

Recuerdo perfectamente la cara de Will; sorprendido y enfurecido a la vez.

Nos enteramos de que se llamaba Ted, porque fue la primera palabra que salió de la boca de Laure en plena exaltación al ver a ese hombre, luego le siguió un cálido abrazo.

Nosotros contemplamos la escena sin abrir boca; lo mío es observar, me gusta. Pero a Will se lo comían los leones, viendo que alguien estaba siendo efusivo con su chica.

—Chicos, os presento a Ted y Lucía, son mis padrinos y mis precursores en el mundo del arte.

Cuando terminó la frase, el rostro de mi amigo se relajó.

Le dimos la mano a cada uno de ellos a modo de saludo y, muy amablemente, se disculparon por habernos interrumpido y le comentaron a Laure que iban a disfrutar de la exposición y luego ya se volverían a reunir con ella.

—Hacia mucho tiempo que no los veía —dijo con ilusión y cara de felicidad, dirigiéndose a Will.

—Me alegro, cariño —contestó mi amigo, comiéndosela con la mirada, y con la boca, mientras la acariciaba.

—Bueno, tortolitos, os dejo a lo vuestro, que lo de observar está muy bien, pero esto ya roza el voyerismo.

Y después de oír mi comentario, una carcajada sonora salió de sus bocas.

—Tú lo que no quieres es ponerte cachondo, cabrón —me dijo Will, aún con una sonrisa en su rostro.

—¡Que te den! Voy a disfrutar de una sesión de arte improvisada, que nunca viene mal.

La exposición me sorprendió muy gratamente, lo confieso. No conocía la obra de ese pintor y, si me permitís comentar, con mi poca cultura sobre el arte, me pareció de lo más hipnótico. En su obra había sorpresa, sutileza, delicadeza... y cada una de sus piezas transmitían tanto que, por un momento, pensé que debía ver más exposiciones de arte.

Todas las escenas no hablaban de la misma temática. Había paisajes con una técnica, a mi poco entender, extraordinaria. Algún bodegón, pero nada que ver con los bodegones clásicos. Creo recordar uno que me gustó en particular; se trataba de una escena donde se divisaba una rosa apoyada, con todo el tallo lleno de espinas, sobre un candelabro con la vela a medio encender. ¿Cómo coño alguien podía dibujar ese realismo? Sin estar bien definido, todo hay que decirlo, porque de rollo clásico allí no había ni un ápice. ¡Qué pasada! Todo estaba sostenido por un mantel pintado de modo extraordinario. Era una composición vertical, nada que ver con el típico bodegón horizontal. Eso es lo que más me alucinó, el encuadre, entre otras muchas cosas. El tipo había sostenido todos los elementos en una esquina de la mesa, donde se podía observar toda la largura de esa mantelería de lino tejida con delicadeza. ¡Joder, menudo don! Yo no entiendo de arte, pero aquello lo era y con mayúsculas. Seguí recorriendo cada uno de los cuadros, que con perfecta iluminación estaban representados en ese espacio. Creo que era la primera vez que pisaba ese lugar; y

eso que pasaba por delante prácticamente cada día, al menos una vez, ya que me venía de camino hacia el hospital. Tenía consulta privada en casa por las tardes, pero por la mañana trabajaba en el *hospi*, así que pasaba una vez al día; eso sí, con la moto, pero entrar no había entrado nunca, y agradecí una vez más que Will, con su euforia por hacerme partícipe de sus movidas, llamara mi atención, aunque fuese a gritos.

Toda la colección que allí se exponía era formidable, pero las que representaban escenas costumbristas... esas me dejaron helado e impresionado con diferencia.

Atónito, no sé si define bastante lo que sentí cuando divisé el cuadro que me dejó inmobilizado frente a él.

En la parte izquierda de la imagen, había un primer plano de una espalda masculina; el brazo musculoso, no en exceso, pero sí con tensión, demostrando la fuerza que emergía al abrazar con complicidad y ternura parte de una silueta femenina, que asombró de manera sutil. Tanto en el hombre como en el caso de la mujer, no se podía observar nada de sus rostros; el pelo ondulado rubio de ella, apoyado en el pecho de él, y sus manos entrelazadas con complicidad eran los únicos diálogos, que contaban con creces la escena. Esa pintura me hablaba por completo. Ese brazo rodeando el torso femenino, la mano ella acariciando y recibiendo su abrazo con complicidad, sus dedos entrelazados y ese magnífico escenario llamado mar, que aportaba profundidad y sustento a todo ese diálogo silencioso.

Esa línea infinita, como horizonte sin fin, y la luz del atardecer de la escena me tenían totalmente capturado.

—Es increíble, ¿verdad?

Una voz femenina me hizo salir de mi estado de éxtasis contemplativo.

—Mucho.

¿Mucho? Sí, penoso, lo sé, pero real; tal y como os lo cuento. Solo fui capaz de decir eso, y con voz entrecortada, que aún entiendo menos, porque recordé que mi copa de bebida, poco a poco, la había degustado, así que por tener la boca seca no era; quizá, y digo ese «quizá» con reticencia, que conste en acta... pues bien, dicho esto, creo que ese «mucho» con voz de ¿emoción? «¿En serio, Alan? ¿Qué dices, tío? ¿Cuándo te has emocionado tú así, viendo un cuadro?». En mi cabeza venían un sinfín de preguntas. Pero mi mirada solo estaba dirigida a ella, y cuando digo esto no me refiero a la pintura colgada en la pared, sino a la obra de arte femenina que tenía a mi izquierda. Esa mujer, con su voz, llamó mi atención.

Al oír sus palabras y verla contemplar el cuadro, caí totalmente embelesado. ¿Era eso un flechazo? ¿Lo era? ¡Joder, por Dios! Que alguien me conteste, que me voy a volver loco.

No me salían las palabras. De pronto, ¿había vuelto a tener diez años o estaba tonto? Me había comido la lengua el gato... y mi vocabulario ¿adónde coño se había ido? «Madre mía, Alan, pero ¿qué haces?», pensé. Para nada esperaba la presencia de nadie con quien comentar lo que estaba viendo, pero joder... No sé por qué digo esto, menuda tontería... si es que ya os digo yo que cuando no atino...

Si estoy con gente en la inauguración de una exposición de una galería de arte, lo más normal es que la gente interactúe entre sí; vamos, digo yo... He ido a pocas, pero supongo, y por sentido común, muy distinto, esto no ha de ser. Tonto del todo; así es como me dejó la presencia de ella.

Juro que el cuadro me impactó; tenía un magnetismo que no lograba entender. Pero lo de esa mujer... me dejó sin palabras.

Mientras ella guardaba silencio, observando la escena que teníamos delante, yo contemplé su rostro, su calma, su disfrute mientras observaba la obra y vi amagos de emoción en sus ojos. Menudos ojos marrones, pero con una mirada penetrante. Ella se percató y giró su rostro para mirarme y sonreírme; allí me morí. ¿Se podía tener una sonrisa como esa y transmitir tanta dulzura y emoción con esos ojos a la vez?

—No puedes dejar de mirarlo, ¿verdad?

—Sí.

«¿Sí? ¿Un sí, sin más? ¿De verdad, Alan? ¿Estás tonto, o qué te pasa, tío?», solo podía decirme esas palabras y cabrearme mucho conmigo mismo en ese momento. Pero ¿de verdad que solo podía decir «sí»?

«Espabila, joder», pensé. Y entonces, dije:

—Tiene algo que hipnotiza, embriaga, me emociona... —Y recuerdo tener que volver a girarme para volver a mirar el cuadro, porque me moría de vergüenza. Claramente, había vuelto a mis años de pubertad.

—Joseph es increíble, su talento es alucinante, cuando piensas que no te va a volver a sorprender, lo hace de nuevo. ¿Lo conoces personalmente?

—No, no.

«De diez, Alan. Dos palabras, iguales, pero dos; ánimo, machote, que pronto entrelazas tres seguidas».

—Es amigo mío... —dijo, mientras mi mirada iba por libre, deleitándose en sus labios pintados de un rojo increíble.

—Pues felicítalo de mi parte, nunca he disfrutado tanto de una exposición de arte.

—Bueno, piensa que una buena compañía hace mucho —contestó, volviendo a sonreír, y yo muriendo, de nuevo, un poco más. Y por si no tenía suficiente, continuaba hablando con una naturalidad y una confianza que mucho tenía que enseñarme—. Dime si no estás conmigo en que no es lo mismo beber una copa de vino comiendo en una reunión de trabajo, que degustándolo en buena compañía. Ese elixir no te llega a provocar el mismo efecto en las papilas gustativas ni de coña. Vamos, estoy segura. ¿Estás o no estás conmigo?

—Por ti... digo... contigo, contigo... perdona. —Madre mía, esa chica debió de pensar que era un poco corto, o demasiado largo, y no me llegaba la sangre a la cabeza, porque la vi recorriendo muy sutilmente eso también. Sus dotes de discreción eran buenos, pero la pillé mirándome de pies a cabeza mientras hablaba del ejemplo del vino.

—¡Almita, cariño!

Y ella, sorprendida, dio un pequeño saltito cuando alcanzó a ver a la persona que la abrazaba de cero a cien, en el momento en que se descubrieron.

Un sentimiento de pena con una mezcla de rabia se apoderó de mí.

«¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería de ella? ¿Y qué coño hago yo cuestionándome todas esas preguntas? Venga, Alan, por favor...», me iba diciendo a mí mismo. Pero que no la toque, ni le haga daño, que... y sin terminar la frase, me di un golpe con la palma de la mano en la frente, a ver si me resituaba, porque la tontería que llevaba encima empezaba a ser irracional; por momentos, esa escena me hizo enloquecer y no comprender nada.

—Estás preciosa, cada día más bonita, *pibonazo* —la saludó—. Veo que lo has encontrado —siguió hablando él, mientras ella tenía cara entre sorprendida y alucinada. Madre mía, todo lo que expresaba con esos ojos. Él continuó su explicación, señalando el cuadro—. Es mi favorito y no quería que alguien lo comprara sin que antes pudieras disfrutarlo; por eso, Alma, era importante que viniese hoy a la inauguración.

—Es maravilloso, Joseph.

Él si dirigió a mí y me ofreció la mano, al minuto de dejar de piropear a ¿Alma? Así es como se llamaba ella...

—Disculpa, tío, entre la pintura y Alma no veo más allá. Soy Joseph —dijo, mientras nos dábamos la mano.

—Alan, encantado —le contesté al momento.

—¿Te gusta?

—Es increíble, creo que llevo más de veinte minutos, quizás más... no lo sé, pero me tiene embobado, hipnotizado.

—Pero ¿hablamos de mi cuadro o de Alma? —dijo, muy rápido, el tipo en cuestión.

—¡Joseph! ¿Qué dices? Pero si nos acabamos de conocer —respondió Alma rápidamente, antes de que pudiera hacerlo yo.

—Sí, sí, es verdad. Tu obra nos ha unido.

«¿Unido? ¿De verdad acababa de decir eso?».

—¿En serio?

—Sí, nos ha encantado a los dos, Joseph. Amí, personalmente, me ha dejado sin palabras —explicó ella, mientras su amigo la miraba extrañado, cuestionando nuestro encuentro. Ella le describía los detalles de la obra con mimo y disfrute. Si soy sincero, creo que no había visto nunca a nadie tan emocionado con un cuadro.

—La pose de esos dos cuerpos silenciosos, diciendo tanto con un solo gesto, ha conseguido que pudiese escuchar el sonido del mar, como si fuese yo la que me sintiese abrazada en ese momento. Es increíble, todo; el encuadre, el color, la luz... Joseph, eres grande, amigo.

—Tú si que eres increíble, Almita. ¿En serio que os acabáis de conocer?

—Sí, sí —conteste yo, y añadí—: Estoy totalmente de acuerdo con ella, no lo podría haber definido mejor. Bueno sí, yo, en lugar de sentirme *abrazada*, me he sentido abrazando a alguien. —Y allí, con esas últimas palabras, casi vuelvo a perder la voz por vergüenza. Increíble.

—Me alegro, gracias a los dos. Os tengo que dejar, que me reclaman. Te llamo, Almita. Hablamos, ¿ok?

—Claro, ve a atender a tu público —le dijo ella entusiasmada, mientras lanzaba un beso al aire.

—Se nota que te quiere —apunté.

—Y yo a él, también lo quiero un montón, es un gran tipo, ¿sabes? Su arte lo puedes ver aquí, pero si consigues tenerlo como amigo, como es mi caso, te aseguro que todo su arte queda en un segundo plano, y mira que se cotiza alto —dijo la palabra final ofreciéndome un guiño.

—Alma, ¿verdad?

—Sí, y tú, ¿Alan?

—Exacto, ¿dos besos?

—Claro.

Rozar su piel, oler su perfume... Dios, ¿qué perfume era ese? Me enloqueció más, si es que podía alcanzar más grado de locura del que, en ese momento, me transmitía una desconocida.

—Alan, ¿no nos vas a presentar a tu amiga? —dijo Will, guiñándome el ojo.

—Claro, chicos. Ella es Alma. —Y dirigiéndome a ella, le dije—: Ella es Laure, la pareja de mi amigo Will.

—Encantada, chicos —contestó ella, después de darles dos besos a cada uno. Y añadió —: ¿Conocíais la obra de Joseph? Alan me ha comentado que no.

—Mi padrino, Ted, lo sigue por redes sociales, tiene una obra suya en casa que compró en esta galería hace unos años y, como sabe que me gusta el arte, me dijo que la colección costumbrista que estaba preparando Joseph para esta *expo* me encantaría, así que decidimos venir. Además, quedando tan cerca de casa de ellos... ¡como para perdérsela! Escribí un mail a la galería por si podía asistir con mi pareja. —Ahí, Laure le dedicó un beso a su chico, lo que complació a Will gustosamente...

—Chicos... que no estáis solos... —les dije, a la vez que miraba a Alma, y disculpándolos por no poder reprimir su amor en todo momento.

—Tranquilo, me encanta que la gente se quiera, y si quiere dar muestras de su complicidad en público, te aseguro que no tengo ningún problema; como mucho, se me puede escapar un suspiro —dijo ella con total naturalidad.

—Esta chica me gusta, Alan. ¡Espabila! —Ese fue Will, cómo no.

En ese momento, quise matar a mi amigo, pero la risa de Alma me hizo sonreír. ¿Qué era lo que tenía esa chica que me desarmaba? Tan pronto mostraba un carácter fuerte, enérgico, seguro... pero yo podía ver como sus gestos, sus expresiones, escondían amagos de fragilidad; incluso, me atrevería a decir inocencia. ¡Eso era, sí! Esa verdad que, sin conocerla, te hacía confiar.

Alma hablaba y se relacionaba de lujo con todos, teniendo en cuenta que nos acabábamos de conocer, claro; y lo más extraño de todo era que no teníamos esa sensación ninguno de nosotros, aunque Will también es un poco así; quizá por eso, Alma me ganó rápidamente. Eso y por toda su expresividad, y más cosas... que me voy a callar y punto.

Laure continuó comentando.

—Pues lo que te decía, Alma, la galería me mandó tres invitaciones, tal como pedí; lo que pasa es que mi amiga Susanne no ha podido venir, y Will se ha encontrado con Alan, y aquí estamos los tres. Y tú, ¿has venido sola?

—Sí, tenía que venir mi amiga Lola, pero coincidía con un retiro de yoga, y como ella es la profe, no podía saltárselo. Joseph me comentó que no me la perdiera, que uno de los cuadros tenía que verlo, sí o sí. Había hablado con él durante el proceso de creación en varias ocasiones; somos amigos desde hace muchos años. Así que no podía faltar el día de la presentación oficial y disfrutar, como sabía que lograría hacer, al ver el resultado final. Y, por supuesto, tener ocasión de vernos, que siempre es otro placer. Aparte de Lola, también tenía que venir Lisa, mi prima, pero se quedó en casa, cuidando de una de sus gatitas que

tuvieron que operar de urgencia.

—Oh, pobrecita, espero que haya ido todo bien. Me encantan los gatos —dijo Laure.

—Sí, sí, a mí también me encantan —contestó Alma, terminando la frase con una sonrisa.

—Chicos, ¿qué os parece si picoteamos algo los cuatro en el japonés de la esquina? —dijo Will.

—Es un lugar precioso —añadió Laure.

—Sí, lo conozco, he ido varias veces. La verdad es que es uno de mis restaurantes favoritos; me encanta la comida y la decoración de ese lugar. La propuesta es muy tentadora —dijo Alma, mirándose.

—Me encantaría que nos acompañaras, no siempre se conoce a gente tan interesante en una galería de arte.

—Eso, Alan, es porque visitas pocas.

—Punto para Alma —dijo Will.

Y después de recibir una colleja que su amigo le proporcionó al instante, las dos chicas rieron al unísono.

—Me cae bien, ¿qué quieres?

Y Alma volvió a reír, y yo volví a sentir una emoción que me hacía estar un poco más feliz.

—Vamos, ¿por que no? No siempre se encuentra gente tan divertida en una galería de arte —dijo Alma, una vez más, con su aplomo, que tanto me alucinaba, a la vez que nos regalaba un guiño a todos y una sonrisa de infarto.

—Y tan atractiva —dije.

—¡Punto para Alan! Bien dicho, tío —dijo Will.

Y con un choque de manos, de algún modo, celebramos ese empate.

—Vamos a tener que desempatar. No tenéis ni idea de lo competitiva que llevo a ser. Eso son los riesgos de cenar con una desconocida... —Y con esa frase, y regalando un gesto de complicidad a Laure, en plan «somos el equipo femenino, no vais a poder con nosotras», os juro que se me puso dura.

Es oír competición y mi radar se activa. Will se rio a gusto, porque si algo conocía de mí era mi faceta competitiva. Así que supo que pronto, con un poco de vino, la competición comenzaría a dar sus frutos.

Unidos Por el Arte Y La Magia

Ese sábado había quedado con Rita; siempre nos reservábamos un tarde al año para disfrutarlos. La peque estaba en esa edad súper divertida y yo no quería quedarme sin ver las locuras que a ambas se les ocurrían. Gozarlas en vivo y en directo era un disfrute para mis sentidos. Mi amiga Rita es una de esas personas que, con su luz y sus audios de WhatsApp, siempre logra divertirme, emocionarme y hacerme reír a carcajadas, y eso no es tan fácil. El don que tiene esa mujer para hacernos vibrar a distancia, a Lena, desde Argentina, y a mí, desde el lugar donde esté es de agradecer. Creo que es la amiga más creativa y original que tengo a la hora de grabar audios y vídeos; donde no sé quién es más trasto, si madre o hija. Bimba aún tiene perdón porque solo tiene tres años y es todo un torbellino. Deberíais ver la velocidad que pilla por la calle con el cochecito de muñecas, es algo digno de experimentar; yo creo que en poco la veremos haciendo algún maratón por el mundo porque, con lo movida que es, la ciudad se le quedará pequeña. Edu, su marido, trabajaba ese día, así que nosotras nos organizamos a nuestro aire para pasar la tarde apurándola, como tanto nos gusta.

Confieso que, ese sábado, mi cabeza aún estaba en la noche anterior.

Recuerdo que conduje hasta casa de Rita por inercia, ya que todos mis pensamientos seguían atrapados aún por ese hombre. Alan, con su mensaje de WhatsApp de buena mañana, había logrado que me activara de un modo brutal; a decir verdad, creo que no había desconectado de él porque dormí bien poco esa noche debido a que mi cabeza seguía recordando la velada que, de la

manera más inesperada, me ofreció la noche anterior.

Cuando sus amigos y él me invitaron a continuar el encuentro, proponiéndome ir con ellos a cenar algo, no daba crédito, pero en mi cabeza no había mayor deseo que el de pasar más tiempo a su lado. Por una razón desconocida, no podía dejar de mirar sus ojos increíbles de un azul prácticamente transparente y brillante, me tenían fascinada y atrapada; tal vez no eran los ojos, porque de ojos bonitos hay a montones, pero que hagan juego con esa mirada suya, que solo hacía que hablarme en un lenguaje que entendía a la perfección, pocos. Hasta mi mente pensó que había alguna conexión telepática, porque ahí había diálogo, ¡vaya si lo había! Y los que me conocéis, sabéis perfectamente que una servidora es de conversar, así que podéis imaginarme en mi salsa. Otro detalle embriagador, que tampoco pude dejar pasar por alto, fueron esos hoyitos que se le forman al sonreír; irresistibles. Vamos, para empezar a comérselo a bocados. ¡Ah! Y si tengo que opinar sobre su olor, aquí tenéis que saber que me voy a derretir un poquito, porque... ¡madre mía! Me pregunto cómo puede oler tan bien un ser humano. ¡Buf! Me encantó su aroma. Con deciros que en más de una ocasión me he llegado a girar de cuerpo entero, caminando por la calle, solo por el hecho de oler a alguien que lleve una fragancia que me atraiga, ¿cómo os quedáis? Tengo un problema con el tema de los perfumes masculinos, que no voy a confesar en la vida, porque decir que me excitan es quedarme corta.

Aparqué delante de la casa de mi amiga. Ella y la peque me esperaban en el jardín, dispuestas a coger los bártulos que tenían a mano e iniciar nuestro camino hacia la playa.

—¡Hola, bonitas! —dije, nada más bajar del coche.

—Mira quién está aquí, cariño —le dijo mi amiga a Bimba, mientras nosotras nos fundíamos en un fuerte abrazo y besos de los verdaderos, que notas en plena mejilla—. ¡Pero mira que estás guapa, pendeja! ¿Y esos ojos, Alma? Uy... esos ojos, ¿me lo parecen a mí, u hoy brillan más que nunca? Tú me tienes que contar muchas cosas —dijo, mientras veía mi sonrisa llena de complicidad, en el mismo instante en el que abrazaba y besaba a su hija.

—¡Estoy como loca, amiga! Ayer me sucedió...

—Espera, Alma, coge esa bolsa, *porfa*, que yo cojo a la peque, y vamos a por mi coche, que tengo la sillita para atar al bicho. Eso sí, de camino a la playa me lo cuentas todo, con pelos y señales, y sin dejarte ni una coma. De verdad que hoy tienes una luz distinta, Alma —siguió comentando, mientras

cerraba la puerta del maletero y sin dejar de mirarme fijamente, invitándome a entrar en el coche, para empezar la charla, que tan curiosa la tenía—. Nena, comienza ya, que los tiempos lentos no van conmigo, ni con mi hija; pues sabes bien que le va la velocidad, así que arranca, y con todo tipo de detalles.

—¿Crees en el amor a primera vista, Rita?

—¿Que te has enamorado, Alma, y no me has soltado nada hasta hoy?

—Espera, espera... no corras, que te cuento los detalles de cómo ha pasado.

—¡Madre mía! ¡La madre que te parió, pero cómo te guardas una cosa así!

—¿Que fue ayer, Rita! —le dije, riendo a medias, por ver la desesperación de mi amiga por que no dejara de contarle cada detalle del supuesto candidato.

—¿Ayer? ¿Como que ayer? ¡Ah! Te refieres a que ayer te diste cuenta de que estás enamorada de él, ¿es eso?

Bimba, en ese momento, empezó a reclamar atención, y su madre no daba abasto con tantos frentes abiertos.

—Bimba, cariño, deja a mamá que hable ahora con Alma, y luego las tres hacemos un castillo muy grande con la arena de la playa, ¿te parece bien?

Y como por arte de magia, la niña, después de decir que sí, nos brindo todo el viaje hasta la playa en su mundo, con sus juguetes y muñecos, para que su madre y yo pudiéramos hablar.

—A ver, Rita, no sabría definir exactamente el sentimiento que siento, solo sé que ayer me fleché...

—¿Que ayer te enamoraste a primera vista de alguien? ¿En serio, Alma?

—Bueno, bueno... Rita, si enamorarse es estar con alguien al lado, con el que solo tienes ganas de continuar pasando y compartiendo más tiempo; descubrir todo lo que os une con una conexión que no entiendes en absoluto, porque en ese momento aún sigue siendo un completo desconocido, pero un desconocido que te despierta una curiosidad desbordante y fascinante a la vez. El mismo que te deja sin control, porque no sabes cómo, pero no hay nada que puedas controlar cuando lo tienes a tu lado. ¡Yo, amiga, yo! Que me las doy de llevar la batuta, normalmente, para que suene la melodía con el compás que a mí me apetece... Quizá, al principio, sí que estuve más rápida que él, porque no parecía que fuese un gran hablador; eso sí, buen observador era, te lo aseguro, porque si no estaba disfrutando del cuadro, me estaba mirando a mí o a Joseph.

—Pero, Alma, ¿qué me estas contando de un cuadro? ¿Qué cuadro? ¿Y

Joseph?, recuérdame quién es, nena, porque como para acertarlo... con la de gente que tú conoces... vas bien si pretendes que lo adivine. Creo que me he perdido, Alma. ¿Dónde estabas tú ayer si se puede saber?

—Como Bimba salga tan preguntona, vuestras conversaciones prometen ser kilométricas.

—No mareas, Alma, y habla, porque será que tú no tienes delito también. —Allí las risas de las dos se unieron en una—. ¿Y es guapo? Anda, dime cómo es.

—Es mi tipo, Rita, por allí donde lo mires, mi tipo. Y tiene una mirada, amiga, que me despertó tanta ternura y deseo mezclado, que me dejó fulminada...

—De amor, Alma —dijo Rita, terminando mi frase.

—Te juro que le busqué la lógica, porque lo hago con todo, pero sus pupilas no entendían de eso, y yo ya no sé de qué entendía, así que sintiendo todo un nerviosismo inexplicable, mezclado con emoción, y un sentimiento de vergüenza a la vez, me quedé atrapada allí, justo delante de él, sin comprender nada e intentando disimular mirando el cuadro, al mismo tiempo que comentaba lo bonito e impresionante que era.

—¡Y dale con el cuadro, Alma! Pero ¿se puede saber dónde estabas? ¿En un museo? ¿Fuiste ayer a un museo? Pero ¿tú no trabajas los viernes?

Me reí por su expresión impaciente.

—Rita, fui a la inauguración de la exposición de mi amigo Joseph, y allí nos conocimos.

—Mirando un cuadro, ¿a que sí? —dijo la *cabrita* de mi amiga con sorna, mientras reía.

—Te juro, Rita, que fue así, y me atrevería a decir que algo parecido le pasó a él.

—Bueno, entonces, te tenía atrapada allí delante de él... y te pusiste a tono mirando sus brazos, ¿verdad?

Volví a soltar una carcajada.

—¡Qué cabrona! ¡Cómo me conoces! Pues sí, amiga, para qué engañarte. Sus brazos, su espalda, su torso entero, su pelo, su altura... y todo lo que alcanzaban a ver mis ojos. Rita, admito que había una atracción sexual total por mi parte, pero porque, aparte de tener todos los ingredientes que me gustan...

—Alma, dime que no resoplaste delante de él; que sé lo que te cuesta

aguantarte.

—¡Rita! ¡Que esa complexión me vuelve loca! No puedes pedirme imposibles.

—No me lo puedo creer, Almita. Dime, al menos, que fuiste discreta.

—Muy discreta —contesté, guiñándole un ojo, mientras ella conducía y controlaba por el retrovisor a su pequeña, y con la mano en su boca, haciéndome indicaciones como muestra de su alucine por todo lo que acababa de soltar.

—Hasta el infinito y más allá, Alma. Estás pillada como nunca te había visto antes. Mira que hace más de dieciocho años que nos conocemos y nunca, jamás, te había oído hablar de esta manera de un tío.

—Lo sé, Rita, no entiendo nada, solo sé que me apetece verlo.

—¿Os habéis enrollado, Alma?

—¡No, no! ¿Qué dices? Si lo conocí ayer.

—¿Y cuándo ha sido eso un problema para ti, amiga?

—Ostras... a ver, pero es que...

—Es que... hasta las trancas, amiga. Esto es un flechazo en toda regla. Rezo para que no sea un capullo más y te haga daño, porque me parece que nunca, antes, te he visto tan pillada. No es que no me alegre, entiéndeme, Alma, es que me aterra pensar que él no esté con la misma sensación, porque yo, así de vulnerable, no te he visto nunca y mira que te he visto con registros, ¿eh? Que si algo tienes es gracia para estar en todo tipo de escenarios, pero de los que te has llevado verdaderos chascos y has salido estoica de todos ellos. Sí, a tu manera, los has ido sorteando sin pena ni gloria; bueno, todo lo contrario, con alegría y fortaleza, y creo que ha sido siempre porque, en realidad, nunca te habían atrapado. Pero esta vez... ¡ay, Dios! esta vez tienes una luz distinta, amiga. Te miro y te veo más bonita que nunca, y sabes que eres hermosa, pero hoy es belleza de la buena lo que refleja tu rostro.

»Y dicho esto, cuéntame cómo sigue la historia, porque me muero de curiosidad y, conociéndote, sé que la cosa promete, porque si algo tienes, amiga, es un imán para atraer las situaciones más sorprendentes y extrañas que conozco. ¿Por qué no me pasan a mí estas cosas, Alma?

—¿Porque tienes un marido y una niña que te quieren con locura, y te bastas y te sobras, Rita?

—Pues sí. —Y acompañó su respuesta con una sonrisa—. Pero es que a ti, Alma, te han pasado cosas muy raras, ¿eh, amiga? Pero bueno, vamos a lo que

es importante. Venga, cuéntame bien desde el principio, porque, con tanto cuadro para aquí y para allí, te saltas los detalles, y lo quiero saber todo. Dónde, cómo y de qué manera os conocisteis.

—Verás, todo fue una casualidad. Tal como te he dicho, fui a la inauguración de la exposición de mi amigo Joseph, ¿sabes a quién me refiero?

—Sí, sí, supongo que es el que te regaló la pintura de ese mantel de lino alucinante con una rosa apoyada en él y un candelabro; el que tienes colgado en el salón de tu casa, ¿no?

—Exacto, ese. Bueno, pues bien, ayer inauguró, en la galería Hall del centro, su nueva exposición y me invitó porque tenía una obra que pintó inspirada en un sueño que a mí se me ha repetido un montón de veces.

—Tú y tus sueños, Alma. ¡Madre mía! Miedo me das, que tú eres muy bruja con ese tema...

—Espera, no te embales —le dije, mientras mi amiga aparcaba en el *parking* reservado para la zona de playa—. Pues bien, tenía que ir con mi amiga Lola y Lisa, mi prima, pero, al final, ni una ni la otra pudieron acompañarme por distintas circunstancias. Total que decidí que igualmente no me la perdía, porque ya sabes lo que me gusta el arte.

—Lo sé, doy fe. Espera, haz una pausa, que tengo que desatar a la fiera y, una vez estemos aposentadas en la playa, me sigues contando, que esto prometo porque deberías ver la cara que pones al darme cada uno de esos detalles. Como no eres expresiva ni nada, con esos ojos que Dios te ha dado.

—Rita...

—Sí, sí, Rita. Lo que yo te diga, Alma, de verdad. No sé lo que me vas a contar, porque con tus antecedentes, me puedo esperar cualquier cosa; un puto frutero, otro, que si no tenía público no se ponía palote... en fin... Mira, niña, te voy a decir una cosa, que hace poco he observado; más bien, escuchando, porque, vernos, nos vemos muy poco, pero nuestros audios y vídeos de WhatsApp cunden de lo lindo. ¿Y sabes que ocurre, bonita? Que solo por el tono de voz te tengo calibrada. Y seguramente... sí, no me mires con esa cara de no entender nada, que ahora mismo te saco de dudas.

—Pero...

—Ni pero ni nada, déjame que te cuente lo que quiero decirte. ¿Sabes qué pasa, Alma? Que tú; sí, tú, amiga... Desde hace poco eres la que hace dieciocho años conocí; sí, bonita, no alucines tanto, porque no sé dónde te fuiste, pero desapareciste, dejé de ver a la Alma que conocí.

—¿Cómo?

—Sí, pero tranquila, que ya has vuelto y, como no podías hacerlo de otro modo, entrando por la puerta grande. Agarra esa bolsa, *porfi*, y vamos, que a estas horas, ya no encontraremos a nadie, ya verás qué tranquila es esta playa.

—Vale, vale, ya la cojo, pero...

—Yo llevo la sombrilla y a la peque.

—Pero, Rita, o te explicas ya, o no sigo andando, porque no te estoy pillando en absoluto.

—¿Ah, no? —dijo sin parar de andar y dejándome atrás.

—No.

—Cuando nos conocimos, me contabas historias normalitas, de las que todos, en momentos de juventud hemos vivido, pero fuimos avanzando y, con nosotras, las nuevas tendencias, oportunidades... llámalo como quieras; pero me refiero a que la nueva era nos trajo portales en Internet donde conocer gente con ayuda de las nuevas tecnologías, y a partir de ahí, y no solo con eso, porque a ti no te hace falta entrar en una web para conocer tipos, pero, entrar, has entrado, y no me lo negaras.

—Y salido también —contesté, mientras aceleraba el paso para alcanzar a Rita y a peque.

—Y entrado más veces.

—Sí, porque, en sus inicios, esos formatos de antes daban pie a mantener una conversación y, aunque a mí no me funcionase, a mucha gente le fue bien. Mira mi amiga Mady, conoció, después de separarse, a los seis meses exactos, al hombre de su vida; así que ¿por qué no intentarlo? Cuando me registré, pensé que podía ser una fuente más; otra cualquiera para poder conocer al padre de mis hijos, pero, ya ves, ni en páginas de contactos, ni chats de citas, ni en cursos de cocina japonesa, ni en clases de baile, ni recorriendo medio planeta, ni en bodas, ni bautizos ni comuniones; tampoco en lugares de copeteo. Eso sí, amigos y *follamigos* los que quieras, pero ninguno con otro interés que fuera mas allá del amistoso o sexual, si así lo habíamos convenido.

—Alma, que alguno quería más, y tú no... Que si no tienes a alguien al lado es...

—Es porque a cualquier precio no me vale, y por conveniencia te aseguro que tampoco. Mi vida es bastante bonita, mí independencia económica me da alas y si no me suma, Rita, y con eso no me refiero a la parte económica, que bien sabes que he mantenido a más de uno, y haciéndolo totalmente

convencida, pero en el momento en que me hacen llorar... allí pongo punto final, porque no puedo ser menos feliz con alguien al lado; eso no entra en mis planes. Rita, he llegado a oír que por qué soy tan curiosa, por qué trabajo tanto, por qué me apasionan tantas cosas, por qué soy tan amable, por qué no soy un poco más rancia, por qué piso tan fuerte y por qué tengo que gustar tanto... ¡Vamos, hombre! ¡Joder! Si no les gusta, que no miren, y que se quiten de en medio, que molestan.

»Rita, en ningún lugar me encontré con alguien valiente, que quisiera seguir conociéndome más y que, por supuesto, a mí me gustara, claro, porque caerme bien, me cae mucha gente, pero que me atraiga, eso ya es otro cantar. Que la gente se confunde un *huevo* conmigo, amiga. Dan por hecho que ser amable y cariñosa, es sinónimo de buscar guerra; y sí, por eso me convertí en una rancia durante una temporada.

—Tú nunca has sido rancia, Alma. Y controla al *bicho*, mientras coloco la sombrilla.

—Rita, que lo último que se lleva es una aplicación donde eliminar al personal con un dedo, ¡imagínate! Me parece denigrante; la gente pierde las formas, la educación y la magia.

—Yo me refería a tu etapa *devorahombres*, Alma, pero gracias por instruirme en este mundo virtual relacional, donde nadie sabe conocerse. Tanta tecnología... ¡madre mía! Me pregunto dónde quedó lo auténtico, lo inesperado y mágico que la vida te trae sin buscarlo. Dicho esto amiga, sigue contándome cómo conociste ayer a ese hombre, que parece haber cambiado algo más que tu mirada.

—Vale, te sigo contando, pero antes voy a comentarte algo de esa etapa *devorahombres*. Primero, asumo que lo pasé en grande; segundo, que a nadie le amarga un dulce; y tercero, pensar que no encajas con nadie duele, y mucho.

»El amor mueve el mundo, Rita, todos los seres vivos necesitamos amar y ser amados; los animales, las plantas, sin ir más lejos, si les hablas, se ponen más bonitas; por no hablar del amor incondicional que recibes de tus padres, ese es fundamental para pisar firme en ese terreno llamado vida. Quizá fuese ese el origen del problema de pisar fuerte, amiga. Pero se lo agradeceré toda la vida, por que no me faltó nunca su amor. Pero somos unos inconformistas, los humanos, y siempre queremos más; llevamos la ambición por conseguir amor en nuestros genes. Nos conformamos relativamente, y tú, amiga, sabes que soy de las que hago por vivir mejor y no me recreo en el dolor, porque

hasta eso me aburre; por eso caminé, caminé con una máscara distinta, porque pensé que, quizá, esa fuera la solución. Un cambio de imagen, un cambio físico, porque algo tenía que cambiar en mí para llamar la atención de alguien nuevo, ya que la Alma que conocían, por la razón que incluso yo misma desconozco, no parecía ser suficientemente aceptable para conquistar el corazón de alguien que quisiera ir en serio conmigo. Cuando nadie apuesta en ese sentido por ti es frustrante.

»Comienzas por convencerte de que hay algo que falla en ti, y que tiene que ser físico, porque en todas las otras áreas te va de lujo; trabajo, familia, amigos... todo eso va más que bien, pero lo que representa tu imagen, a relacionarse de un modo emocional, me refiero, no funciona, empiezas a plantearte que quizá algo falla; a eso le sigue la duda, que precede a la determinación por no aceptarte, no gustarte y sentirte mal por no exigirte más en tener un cuerpo o un físico mejor. Te olvidas de todo lo que eres realmente y te dejas llevar por tus pensamientos erróneos. Y ahí, la lías. Porque, en ese momento, cuando peor estás, es cuando determinas que empezar a transformar tu físico puede ser tu salvación, con la consecuencia de no llegar a la meta u objetivo determinado y frustrándote de nuevo, ¡cómo no! ¿O crees que la anorexia es una comedia? No es mi caso, pero comprendo perfectamente el rechazo a comer por no engordar. Piensas que quizá tu forma de relacionarte con los demás no es la correcta, aunque sea muy exitosa, ya que solo logras nuevos amigos, y eso llena tu vida, pero de la mierda que muchas veces estos mismos te vomitan como si fueses su cubo de basura, solo por el hecho de escucharlos... Y sí, sigues conociendo a más y más gente, pero nadie especial. Es entonces cuando determinas una solución que solo puedes escoger si no estás en tu mejor momento, inducida por la contaminación sobre ti misma, que te facilita tener el coraje suficiente para subir a un *ring* y enfrentarte a contrincantes en los que nunca, estando en tu sano juicio, te hubieses fijado para retarte y dar rienda suelta a tu búsqueda de respuestas.

—¿Estás diciendo, Alma, que tú no te gustas? Pero ¿lo dices en serio?

—Sí, pero no te asustes, que eso ya no es así.

—Pero, Alma, ¿cómo puedes decir eso? Si tienes el interior y exterior más armónicos y bonitos que conozco. Por Dios, si eres preciosa por donde se te mire. ¡Me cago en los cánones de belleza de los cojones!

—Rita, deja que termine de explicarme y entenderás lo que te estoy diciendo. Tú sabes que yo soy de retos, exigente a más no poder y de buscar

respuestas a todo lo que me cuestiono y, ya puestos a decir, amante de las cosas lógicas. Pues bien, teniendo en cuenta que venía de un entrenamiento lleno de experiencias, con golpes incluidos, en lugar de sentirme abatida, no sé cómo, supongo que, cuando uno no está con la autoestima en su mejor momento, es una de las distintas reacciones a las que puede optar. En mi caso, saqué toda mi ira, acompañada de una fuerza no sé aún de dónde, para decidir que sería yo la que empezaría a decidir a quién y de qué modo seduciría, aunque fuese utilizando mis armas de mujer del modo más macarra.

—Tú no tienes nada de macarra, no me jodas, Alma.

—Cuando no estás fina, te aseguro que sale a la luz tu parte menos elegante y más a la altura de quien no eres. Si a eso le sumas todas tus estrategias y armas de seducción, del modo que menos me enorgullece reconocer, pero ahora que ya salí de ese lado oscuro, agradezco cada uno de esos combates, pues con ellos descubrí dónde no y dónde nunca. No te creas, fueron una fuente de inspiración para mejorar en muchos aspectos que desconocía de mí misma; y ¡zas! Un día llega alguien que te deja *KO* con una explicación... y allí terminan mis batallas.

»Rita, valió la pena todo ese entreno, te lo aseguro. Todas esas experiencias para encontrarme con alguien que me dejara abatida, para dejar de subirme más veces a ese escenario, que no iba con mi persona. Ni soy violenta, ni soy partidaria de pelear. Alguien me dio un mensaje suficiente para tener otro reto por el que apostar; y eso sí, de retos sí que soy. Bien podía parecer fácil, pero a mí me pareció el más difícil del mundo. No volver a olvidarme de mí. Me preocupé de todos y de todo, y me olvidé de mí; de mi esencia, de lo único en que poder confiar. Nuestra esencia, lo que somos, por lo que se nos distingue, lo que nos hace únicos, con lo que nacemos, y lo que, los que nos quieren de verdad, siempre aman, y anhelan por volverlo a ver. Después de tanto esfuerzo... no hacer nada era todo lo que tenía que hacer.

»Y lo hice, Rita, descansé de muchas cosas; de obligaciones, de retos con exigencias sobrevaloradas, compromisos excesivos con amigos... Fue entonces cuando mi cuerpo empezó a cambiar solo y mi mente estaba feliz por ver y sentir de un modo distinto. Descansé de una sociedad que exige cuerpos diez y empecé a dejar de padecer por quien no comprendiera que volver a mis orígenes me sentaba mejor. Te aseguro, Rita, que solo os quedasteis los que, como tú, confiaron a ciegas en mi persona y mi capacidad por salir adelante con lo que me propusiera, sin juzgarme. Gracias, amiga, por hacerlo siempre

sin pedir nada a cambio, por respetar en silencio esa huida de mí misma, por depositar esa confianza incondicional; la misma que hoy hace que solo deje espacio en mi vida a los que apostasteis por que algún día volviera la Alma, que sin saber cómo, se convirtió en una *devora-relaciones*... Y no llores, que voy a llorar yo también.

—Joder, Alma. Ser tan completa es una gran virtud, nunca un problema. ¡A la mierda los que tengan miedo y les asuste tu personalidad! Estoy cabreada e indignada que tanto talento te haya hecho dudar hasta de ti misma, ¡hostia!

—Pero si en la vuelta he triunfado un montón. ¡Alégrate, que hasta me han traído *tuppers* a casa!

—Calla, loca —dijo, mientras sus ojos se cristalizaban, a punto de derramar alguna lágrima de rabia—. Joder... no te vayas nunca más. Esta es la Alma que todos vemos y admiramos; preciosa por dentro, por fuera y por donde mires. Solo te necesitas a ti; no te olvides nunca más de ti, por favor.

—Rita, por desgracia, entendí, con mi propia experiencia, que son muchas las personas que un día se olvidan de ellas mismas; algunos lo hacen por cuidar de sus hijos; otros de sus padres o de personas o seres dependientes, cuando deberían cuidar de ellos mismos para poder atender del mejor modo a los que están a su cargo. Y otros nos olvidamos de nosotros mismos, quizá, involuntariamente, pero al mismo tiempo arrastrados por una sociedad que te marca; aunque no te dejes llevar por modas, sabe debilitarte de tal modo que tu parte más vulnerable duda hasta de ti mismo. Si a eso le sumas un boicot que te provocas y el estrés bárbaro que todo junto produce... Te aseguro que no tienes tiempo ni de mirarte al espejo y descubrir que tú también existes, eres y mereces...

—Quiero un castillo —dijo Bimba, mientras nosotras dos la mirábamos con ternura y con ganas de construirle ese castillo de arena y lo que nos quisiera pedir.

—Ven, cariño, vamos a buscar agua y luego nos reunimos con mamá.

Y con el cubo lleno de agua y sus palas en la mano, la pequeña y yo llegamos donde estaba Rita, esperándonos, ya más calmada por toda mi confesión.

—Anda, Alma, cuéntame como fue lo de ayer.

—Pues bien, cuando entré en la galería, decidí dar una vuelta por la sala. Había bastante gente, pero bien repartida, de modo que contemplar las obras no era difícil. Es un espacio muy alargado y las columnas que hay en la parte

central facilitan que se cree un circuito para que la gente se ordene bastante bien y disfrute de la exposición completa.

»Al llegar, enseguida localicé a Joseph. Estaba rodeado de gente que quería saludarlo; unos, hablando con él, y otros, esperando a que les llegara su turno. Así que decidí dar tiempo a que se despejara de gente para poder acercarme a saludarlo. No digo que esa decisión la tomara sin más, no; porque mi ansia por encontrar la escena interpretada por mi amigo, plasmada en ese lienzo, que tantas ganas tenía de descubrir, me podía... Vamos si me podía.

»Joseph no quiso contarme nada en todo el proceso de creación, solo me hizo muchas preguntas, eso sí, para no tener ningún detalle fuera de control. Pero todo era una incógnita, porque su estilo lo conozco, pero sus registros son amplios, y podía sorprenderme con una visión abstracta o, incluso, con una escena de hiperrealismo porque el arte es eso... una mirada desde los ojos de un artista. Un sentimiento de énfasis entremezclado con miedo a no reconocer mi sueño en ese lienzo me tenía muy atrapada, pero como soy fan de la sorpresa no podía disimular mis ganas desde que había entrado por la puerta de la galería por encontrar ese cuadro que tan curiosa me tenía.

»Viendo que mi amigo seguía rodeado de sus fans, decidí comenzar a visitar la exposición a mi rollo.

»Mis ojos se quedaron atrapados en una pintura que me recordó totalmente a un cuadro que me regaló por mi cuarenta cumpleaños; el cual ocupa una de las paredes principales de mi salón. En el mío, a diferencia del de la exposición, aunque aparecían los mismos elementos; una rosa, un porta velas con una vela apagándose... con un formato vertical como el que tengo en mi casa, Joseph, en este caso, determinó posicionarlos todos de distinta manera, consiguiendo así todo un espectáculo totalmente novedoso, pero con la misma magia con la que cada una de sus obras está sellada.

»La mayoría de obra que presentaba era nueva, había estado trabajando duro, bastantes meses. Entre los encargos de Canadá y los de las galerías nuevas de New York, apenas le quedaba tiempo para ver a los amigos, así que, como mi agenda tampoco facilitaba demasiado el tema, ese día decidimos reservarlo con tiempo, al menos para vernos en la exposición y disfrutarnos rodeados de arte, como tanto nos gusta a los dos.

»Y lo vi, mi cuerpo se paro frente a él, mis ojos no podían creer la imagen que se mostraba delante de ellos; una emoción interna se apodero de mí por unos minutos. Esa exactamente era la escena en mis sueños, esa que se repetía

una y otra vez. «¿Cómo?», me pregunté. «¿Cómo podía haber captado esa imagen y plasmarla con tal elegancia?». Con esos colores... ¡mis colores! Por favor, podía sentir el abrazo que se mostraba entre los protagonistas de la obra. Puto crack, que me tenía toda erizada, emocionada, haciéndome revivir todo un río de sensaciones. Pero allí fue exactamente, en ese instante, cuando el aroma de una fragancia masculina logró que saliera de ese estado de ensoñación.

»Alan, que es como se llama este chico, se situó a mí derecha, y pude contemplar cómo él también quedó atrapado por la imagen que teníamos delante. Rita, te aseguro que yo no voy de este palo, pero observar su muestra de sorpresa por lo que tenía delante me pudo; vale, también su metro ochenta y pico, acompañado de su espalda y su brazo, que pude observar desde mi posición, tuvieron parte de culpa para que me atreviera a decir una frase en alto dirigida a él, por supuesto. Podía recibir una respuesta cortante o lo que fuese, pero observar que estaba solo también me envalentonó. Si tenía mujer e hijos, novia o novio, ya lo descubriría, pero todo a su tiempo, y como yo, en ese momento, estaba en un estado un poco alterado de consciencia, me dije: «Alma, no pierdes nada, si no se gira, pues mira, mala suerte; si es un borde, lo has intentado, porque si no lo haces te vas a ir con el subidón a casa, le vas a mandar un audio a las florecillas con toda la excitación que ya conocen, contando que te has cruzado con alguien que te impactó solo de espaldas y... ¡manda huevos!, porque en tu sueño como ese cuadro bien refleja, donde solo podía visualizarse la espalda de aquel hombre sin rostro... protagonista de ese abrazo». Así que, decidida, no me lo pensé ni un minuto, aunque me arriesgaba a ver un rostro que me tirara totalmente para atrás. Pero como soy un poco camicace, lo dudé bien poco, no fuese que se marchara a ver otra obra, y me viera persiguiéndolo por toda la galería; aunque lo dudaba, porque por lo menos llevaba más de diez minutos largos delante de mí, hipnotizado con los detalles de la pintura.

—*¿Es increíble verdad?* —le dije con buena voz para que se percatara de que la pregunta iba para él.

»Y entonces, Rita, se giró, y yo tragué saliva, porque lo que vi me impactó más de lo que esperaba; pero creo que a él le pasó algo parecido, porque no le salió nada más que un «mucho» de la boca. Claro que no tenía nada seguro y me quedé un poco cortada, así que desvié de nuevo la vista hacia la pintura, pero mirándolo de reojo a la vez, por si me decía algo más y no pillara el

mensaje bien. Pero su primera reacción fue no decir nada, y yo cada vez estaba más cortada. Primero, porque contemplar esa escena del cuadro me removió por dentro; y segundo, porque tenerlo observándome, me intimidaba un poco.

»Así que, cuando capté que volvía a mirar de nuevo el cuadro y no me había dejado allí plantada, me dije de nuevo: «Lánzale otra pregunta, Alma, y si se arranca, genial, y si no, no te quedarás con la duda por no haberlo intentado».

—¿Y qué le dijiste, Alma?

—Pues nada del otro mundo, Rita. Creo que algo así como... «¿no puedes dejar de mirarlo, verdad?».

—¿Y él qué te contestó?

—Sí.

—¿Sí y qué más?

—Sí, sin nada más.

—¿Cómo? A ver, Alma, ¿desde cuándo te gustan los tipos parcos en palabras? Porque, una de dos, o te ha cambiado mucho el gusto o...

—Espera, Rita... no te embales. —Me reí—. En él, sí, te aseguro que noté una voz con un nerviosismo que no podía disimular fácilmente, y eso me gustó. Me dio la suficiente seguridad para continuar con una tercera pregunta y sentirme cómoda, controlando la situación.

—Ay, Dios, Alma, ¿y no salió corriendo? —dijo mi amiga, con la mano tapándose la boca, en plan *miedo me das*.

—No, y no solo eso, sino que se quedó allí, y hasta me atrevería a asegurar que un poco muerto de vergüenza, pero retenido por lo que fuera; ya que, lo que pasó a continuación, me lo dejó bien claro.

—Ostras, Alma, venga, sigue... que esto se pone interesante.

—Pues nada, Rita. Mi tercera pregunta fue si conocía al artista.

—¿Y qué te dijo? ¡¿No me digas que es amigo de Joseph?! Ay, madre mía. Ahora entiendo todo; él le hablo de ti, y me apuesto lo que sea a que le insistió para que fuera a la galería y se quedara mirando el cuadro mientras tú llegabas, y así podría disimular para conocerte, como si fuese un encuentro causal. Joseph sabía que si en algún lugar te ibas a parar era delante de ese cuadro.

—Rita, ¿sabes que eres un poco peliculera, amiga? Y no hagas apuestas, así a la brava, que igual...

—Venga, Alma, ¿no me digas que no lo conocía? Si estaba allí, es porque tenía invitación. Era una inauguración privada, me lo has comentado antes.

—Sí, sí, pero de la forma más casual fue a parar allí. Venga, que te cuento lo que pasó después de preguntarle eso. Tengo que decirte que, esa vez, no se alargó demasiado en su contestación tampoco, porque en lugar de un sí, me contestó con dos noes.

—¿Cómo? Pero a ver...

—Espera, Rita, que me dijo esos dos noes sin dejar de mirar mis labios, y eso, amiga, es un sí, aunque la respuesta a la pregunta fuera un no.

Ahí, Rita se ríe, y Bimba miró a su madre sin entender nada, pero se quedó más tranquila, ya que siguió con su cubo y su castillo de arena, jugando.

—Yo le dije que era amigo mío, y él me insistió en que lo felicudara, porque le había gustado mucho su trabajo y no había disfrutado de una exposición de arte nunca tanto como ese día; y claro, fue oír eso y a mí encendérseme el descaro de golpe.

—Ay, Dios, Alma, que te imagino... —dijo Rita, sin dejar de observar con atención lo que iba a contar.

—Pues nada, le contesté, algo como: «Hombre, piensa que no es lo mismo verla en buena compañía que solo; el arte es como el vino, si te tomas un buen vino en una buena compañía siempre sabe mejor. ¿Estás o no estás conmigo de que es así?». Y va, el tío, y me contesta: «¡Por ti!», rectificándolo con un «Contigo, contigo... perdona». Y te aseguro que, en ese instante, si no llega a interrumpirnos Joseph, me desternillo de risa allí mismo, delante de él.

—¿En serio?

—Totalmente, Rita. Por suerte, Joseph entró en escena con su encanto particular. Me saludó como siempre, súper efusivo, como nos gusta a nosotros cada vez que nos vemos, y no sé cómo, pero interpretó que Alan venía conmigo. Total, que viendo que yo no se lo presentaba, porque aún no sabía ni cómo se llamaba ese chico, ya sabes que era un poco parco en palabras, pues él le ofreció la mano en forma de saludo y, enseguida, oí cómo el otro le decía su nombre.

—Entonces, ¿ahí te enteraste de su nombre?

—Sí, y él del mío. Porque, cuando nos dejó Joseph, lo primero que hizo él fue preguntarme cómo me llamaba y pedirme dos besos; detalle que me encantó, como comprenderás.

A este momento, se le sumaron sus dos amigos.

—Ah, pensaba que decías que había ido solo a ver la exposición.

—Sí, yo también lo pensé, pero la novia de Will, su amigo, me dejó claro cómo había llegado Alan hasta la galería. Un total de casualidades, porque en lugar de él, por lo visto, tenía que ir una amiga suya, pero ella no pudo ir, y él paso por delante de la galería camino de su casa; su amigo lo vio por la calle y lo llamó para que se uniera con ellos a la fiesta. Y de ese modo, gracias a un momento de magia mezclado con una buena dosis de arte, surgió nuestro encuentro.

—¡Ay! Qué bonito, Alma.

—Dímelo a mí, que no me lo saco de la cabeza desde ayer.

—Bueno, ¿y qué pasó? ¿Os despedisteis y os disteis los números de teléfono? Porque me has dicho que te ha mandado un *wasap*.

—Sí, sí, nos dimos los números de teléfono, pero eso fue después de irnos a cenar los cuatro.

—¿Qué dices? ¿En serio? ¿Te fuiste a cenar con tres desconocidos?

—Tres desconocidos encantadores.

—Estás loca.

—Pero feliz, amiga.

—Loca... pero bonita. Si es que solo se te tiene que ver la cara.

—Surgió, Rita, y me dejé llevar. Llevaba una bolsa de Marrie's, así que no creo que tuviese muy malas intenciones. Es más, los otros chicos eran de lo más normal. Piensa que nos unió una exposición de arte, y sí que es verdad que puedes encontrar a gente un poco excéntrica en un lugar como ese, pero la mayoría de los visitantes solemos ser gente de lo más normal, te lo aseguro.

—Ya, pero no los conocías de nada...

—Pues, por eso. Me dijeron de ir a tomar algo con ellos, después de unas risas y una competición que nos montamos en un momento de chicos contra chicas.

—¡Ah! Ahora lo entiendo. Tú en medio de una competición; no hace falta que me cuentes más... ¡bueno, sí! Que quiero saber cómo terminó la cosa.

—Pensaba que ya habías tenido suficiente.

—No seas gamberra. Venga, sigue.

—Pues nada, fue una noche increíble. La complicidad con la otra pareja era como si los conociera de toda la vida. Will tiene un carácter muy parecido al mío, y eso facilitó bastante el camino para que su chica empatizara conmigo. Y de Alan... pues, ¿qué contarte? Que nos comíamos con la mirada, con

gestos, y que el vino hizo que las palabras llegaran a su cerebro y no callara en toda la cena, y en el momento de ir a tomar una copa. Las risas estuvieron presentes en toda la velada, y a las tres, cuando nos echaron del bar de copas porque ya cerraban, nos despedimos.

—¿Y qué? ¿Y qué? ¡¿Te besó?!

—No, Rita, no me besó —dije, sin evitar reír a carcajadas, cuando vi la cara de mi amiga con un amago de decepción—. Rita, no me besó, pero me *suplicó* que nos volviéramos a ver porque quería conocerme más, y solo hacía que repetir: «Alma, dime que nos volveremos a ver, dime que te apetece tanto como a mí. Me gustas, me gustas mucho, y quiero conocerte más. ¿Por qué no nos vemos mañana?». Y nada, le dije que había quedado con mi amiga Rita y que esa cita era inamovible.

—Pero ¿tú estás loca? Dime, Alma, que no le has dicho eso... ¡que te mato! Para uno que encuentras, que parece valiente y no sale huyendo...

—Pues, por eso, Rita, porque ese hombre quiere continuar conociéndome y no insistió en alargar la noche, ni propasarse en ningún sentido, y por su sinceridad; por todo eso y porque me encantaba todo lo que veía, le dije que hoy no podía, pero que mañana domingo nos veríamos, si a él le apetecía y podía, claro.

—Entonces, ¿tenéis vuestra primera cita mañana?

—Exactamente a las doce y media, hemos quedado para hacer un vermú y luego ir a un lugar donde ha reservado una mesa para comer.

—Te miro, amiga, y te veo más bonita que nunca. Si este hombre es listo, no te dejará escapar.

Cuando Encuentras Lo Que Nunca Has Perdido

Mi cama estaba repleta de ropa; la montaña era contundente. Encontrar modelito me estaba costando más de mi media habitual, si he de decir la verdad. Esa quería que fuese la cita, pero LA CITA en mayúsculas. Vale, vale, ya me sé el mensaje de que lo que gusta es el interior, y sí, vale, estoy de acuerdo, pero si le ponemos un buen envoltorio, digo yo que siempre nos alegrará más la visión, ¿no? Lo sé, no tengo remedio, pero, por suerte, los que me quieren tienen paciencia para comprender mi pasión por todo lo estético. Ah, y que nadie me tache de banal, que os aseguro que esto no va de lucir modelito, y sí de sacar todo lo de uno mismo con el máximo de armonía.

Soy una de esas miles de personas que come con la vista, entenderéis mi aprecio por todo lo visual. En fin, que por lo que observé, la noche que conocí a Alan, a él, todo esto que a mí me gusta, no creo que le moleste, incluso, me atrevería a decir, y eso que no lo conozco apenas, que él también es un rato coqueto. Porque me fijé en sus pantalones y su camisa de corte italiano. Y su perfume, que solo recordar ese olor... uf, mejor continúo con lo mío, que se me va a echar el tiempo encima.

La prenda ganadora fue un vestido largo azul oscuro con unos pequeños lunares preciosos de color *camel*. Unas sandalias de cuña de Guess de color *cognac*, con unos detalles dorados que le daban un punto sofisticado y, aunque la temperatura era buenísima, porque estábamos en pleno verano, me llevé un pañuelo de los que me gusta siempre tener a mano para resguardarme en ellos o, simplemente, adornar mi cuello. En el bolso seleccionado cabía sin

problema. Me encantan los bolsos grandes, así que lugar había de sobra para las gafas de sol, un pequeño neceser, el teléfono y poco más que el monedero.

Bueno, pues a cinco minutos de terminar mi sesión de maquillaje y con todo el armario ordenado de nuevo, justo en el instante que me estaba poniendo unos pendientes increíbles que había diseñado mi amiga Sofia, sonó el teléfono y en la pantalla apareció por primera vez el nombre de Alan. Nunca, antes, nos habíamos llamado, solo habíamos intercambiado algunos *wasaps*, pero llamadas aún ninguna. Así que podéis imaginar cómo me faltó tiempo, aire y de todo por coger esa llamada. ¿Aire? ¿He dicho aire? Qué tontería, pero si yo nunca... en fin, descolgué; eso sí, antes mirándome al espejo para ver que estaba presentable... Qué tontería, ¿no?

—¡Hola, Alan! ¿Ya estás aquí?

Habíamos quedado por la mañana, cuando me había dado los «buenos días» por WhatsApp, en que me pasaría a recoger, porque decía que el lugar del vermú quedaba un poco lejos para ir caminado; a pesar de comentarle que podía acercarme yo misma con el coche o la moto, él me dijo que prefería venir con su coche, ya que, de ese modo, sería más sorpresa.

La noche que nos conocimos se enteró, en el momento en que parecíamos íntimos amigos los cuatro (creo que el alcohol tuvo bastante que ver en ese aspecto), de que aquí, la presente, es una amante empedernida de las sorpresas; no me preguntéis a cuento de qué salió la conversación, porque sinceramente no me acuerdo. Lo único que sé es que él atento estaba, y bastante... porque, el sábado por la mañana, le faltó tiempo para mandarme el mensaje de «buenos días», que por cierto me hizo mucha ilusión, ya que di por hecho que no me diría nada hasta el mismo domingo, pues era el día que habíamos quedado para volver a vernos. Pues no, él me saludó *demasiado* temprano, para ser exactos. Para mí que este hombre es de estar despejado solo levantarse. Madre mía, igual que yo, ¿sabéis? Y eso lo digo con toda la ironía del mundo, porque mis despertares nunca son... bueno, ¡son nada!, que soy más nocturna que diurna, y ya. Pues eso, cuando vi su *wasap*, me hizo mucha ilusión. Me propuso de venir a buscarme y me preguntó si tenía alguna predilección por algún tipo de comida en especial, para de ese modo poder acertar con el restaurante que él quiso elegir. Por el momento, solo sabía que el japonés me gustaba, aunque el salmón no lo pudiese ni ver en pintura (creo que es lo único que no me gusta de ese color). Bueno, pues nada, que no sé aún cómo se lo hizo, pero ese tipo para nada parecía el que había conocido esa

tarde-noche en la galería. Tomó la directa y me organizo todo un plan al que solo pude decir que sí. Y sí, me encantó, lo confieso, porque estoy hasta los mismísimos cojones de que siempre me digan: «No, no, mujer, elige tú... donde tú quieras». Pues, ¡este no! Este dijo: «Te llevaré a un lugar que te va a gustar». Olé tú, Alan. Ahí te llevaste un punto, campeón.

—Buenos días, Alma. Llego en diez minutos aproximadamente, pero no te preocupes, baja tranquila; yo te espero en la calle.

—No, no, ya estoy lista, así que bajo en cinco minutos y así no te hago esperar.

—Perfecto, pues nos vemos ahora.

¿Podéis creer que estaba nerviosa al colgar el teléfono? ¿Yo? Que nunca tengo nervios y sí adrenalina a tope e ilusión para este tipo de movidas. Pero ese día estaba nerviosa, madre mía, no os negaré que tuviese mis dudas a que me volviera a llevar otro chasco a mi colección particular. Pero para qué es la vida, si no para vivirla.

Os aseguro que después de pasar por un accidente de moto, que me dejo sin aire unos segundos, y ver pasar mi película entera a un ritmo vertiginoso, y enfadarme mucho, muchísimo, porque tenía ganas de vivir más, ganas de volver a experimentar más, ganas de equivocarme. Habiendo sentido con anterioridad ganas de no fallar a los míos, no podía hacer pasar a mi familia por ese dolor, era absurdo. Mi historia no se podía terminar allí, en el suelo de esa carretera un día cualquiera. No, desde ese día decidí que las oportunidades son demasiado valiosas como para dejar que se nos escapen.

Como dice *Acuarela*, la canción de Rosario: «Mi vida es un lienzo que colorear». Y a mí tener un estuche lleno de pinceles me hace sentir feliz, así que pido que nunca me falte salud para ir utilizando todas esas brochas.

¡Joder con el médico! ¿En serio viene a buscarme con ese coche? Mis ojos no pudieron disimular lo mucho que le gustaban todo lo que estaban contemplando, porque esa máquina era preciosa, pero el que bajaba de ella aún me gustaba más. Como aún estaba lejos, esperé que no me hubiese oído suspirar, viéndolo acercarse hasta mí. Me encantan los coches y os aseguro que eso no se lo dije la noche que nos conocimos; y es que casualidad o no, ese coche era mi modelo favorito, ¿sería una señal? ¿O se estaban acumulando las pájaras en mi cabeza? Bueno, pájaras o no, Alan estaba delante de mí, y yo, al verlo bajar con ese estilo del coche, solo puedo deciros que provocó de nuevo una dilatación de mis pupilas a lo exagerado.

—Estás preciosa, Alma.

—Gracias, Alan. Tú también estás precioso... Perdona, muy guapo. — Madre mía, ¿en serio había dicho «precioso»? Él sonrió, yo lo miré de nuevo, y viendo esos hoyuelos en su rostro, que si algo lo hacían era estar más sexi de lo que ya era, decidí desviar la mirada hacia su coche para comentarle, eufórica, que justo ese era mi modelo de coche favorito.

—¿En serio, Alma? No será una estrategia de las tuyas para distraerme con tus encantos, ¿verdad?

—Tranquilo, lo pueden corroborar los míos; mi familia, me refiero. Ellos te lo pueden decir. Me encanta. Me giro cuando veo pasar este modelo por la calle. Solo tengo algo a objetar —le dije, mientras lo rodeaba para observar el vehículo—. El color no es mi favorito; este es negro, y a mí me encantan los coches blancos.

—El color lo eligió mi hija. Yo lo quería blanco, pero ya se sabe quién gana si hay una mujer en la competición.

—¿Tienes una hija?

—Sí, señorita, ¿algún problema?

—¡Ninguno! Al contrario, me encantan los críos.

—Bueno, digamos que cría, cría... no es. Pero vamos, entremos en el coche, que te lo cuento por el camino. Tenemos ochenta kilómetros por delante para hablar de lo que te apetezca.

—¿Ochenta kilómetros? ¿Me vas a llevar a hacer el vermú a ochenta kilómetros?

—Bueno, dicen que el secreto de ir avanzando es empezar, así que, por favor, señorita, suba al coche, que nos vamos. ¿Y esos ojos de sorpresa, Alma?

—Es que...

—Me encanta. Ver esos ojazos tuyos vibrar es lo más. Anda, entra —me dijo Alan, con esa sonrisa que tanto empezaba a gustarme contemplar.

La comodidad entre nosotros fue inmediata. La conversación fluía con ligereza, entre sonrisas, miradas y exclamación por ambas partes. Los nervios parecían haberse quedado en casa.

Él, en todo momento, estuvo amable y con toques descarados, pero sin descuidar un lenguaje inteligente; que si podía lograr algo, era hacer el momento más sexi. Amo, en una conversación, los tiempos ágiles y rápidos; también los lentos, por supuesto, siempre y cuando sean requeridos y con su

justa medida. Soy muy observadora en ese aspecto, porque si algo me gusta es conocer a la gente desde su tono de voz. A mí, oír cómo se expresa alguien, me da mucha información de su carácter y personalidad. Y allí había mucho de lo que a mí me gustaba.

Confieso que sus brazos en el volante también ganaron de largo mi atención, uf. Esa escena me parecía tan masculina y hasta, me atrevo a decir, un punto erótico, con el que quizá solo yo consiga excitarme un poco más. Lo sé, no tengo remedio, pero siento debilidad por los brazos masculinos. Los bíceps que escondía la camiseta con la que me sorprendió gratamente, por cierto... porque sí, ese hombre tenía un gusto exquisito para elegir estilismos, vamos que... apuntaban maneras.

Por suerte, como él era quien estaba al volante, si en algún momento tenía necesidad de tragar saliva, intentaba disimular y, discretamente, giraba mi cuerpo con un pequeño gesto para que él no me descubriera.

Esos ochenta kilómetros pasaron tan deprisa que si me hubiese dicho que estábamos a la mitad me lo hubiese creído. Que nadie piense que íbamos a doscientos kilómetros por hora, porque no. Una es controladora con todo, y con el cuentakilómetros también; soy mujer, ¿qué queréis?, puedo hacer muchas cosas a la vez.

—Me ha apetecido venir hasta aquí porque, aparte de tener el mejor vermú, este local tiene particularidades que creo que te van a gustar bastante.

Y allí, desde la entrada del local, pude contemplar y comprender el significado de cada una de esas palabras que mi compañero, en ese momento, me acababa de obsequiar.

—Es precioso, Alan. Me encanta —dije, mientras no podía dejar de observar todas esas paredes altas llenas de cuadros, llenas de arte, llenas de color y formas, que adornaban cada rincón de ese local con una belleza peculiar, muy especial.

—Ven, Alma —me dijo, agarrando mi mano y sacándome de mi momento de ensoñación y contemplación, por todo lo que mis ojos alcanzaban a ver—. A ver si ahora te voy a tener demasiado distraída.

—Es que esto es espectacular, Alan.

—Me encanta que te guste.

—De verdad, es increíble; el local, la decoración, la estructura arquitectónica moderna fusionada de modo extraordinario con la antigüedad del edificio. Sabes lo que me gusta el arte y, por si no lo sabías, la arquitectura

es otra de mis pasiones.

—Vaya, pues no sabes lo feliz que me hace observar tu rostro tan expresivo. Oír todo esto no tiene precio.

Y me sonrojé... ¡¡¡Yo!!! ¡Por Dios!

—Dijiste que te gustaban los museos; pues, qué mejor que traerte al Museo del Vermú. Está catalogado como el más grande del mundo

—¿En serio? —pregunté, mientras seguía perdiéndome en todo aquel arte que nos rodeaba.

—Sí. Vamos, tenemos la mesa preparada. Luego te muestro el edificio. Es modernista, y la remodelación que le han hecho es extraordinaria, pero han conservado la fachada original de 1918, si no recuerdo mal.

—Estoy impresionada, Alan.

—Pues espera a probar las especialidades de este lugar; bueno, todas no, porque tenemos mesa en el restaurante de aquí a una hora.

—Ah, pero ¿no vamos a comer aquí?

—No, cada cosa en su lugar. Aquí nos tomamos nuestro aperitivo, y la comida en un sitio al que me hace especial ilusión llevarte.

—Pues como sea del estilo de este, vas a volver a triunfar, y a mí que me lleves dos puntos de ventaja, me empieza a poner nerviosa, te aviso.

Su carcajada me hizo sonreír.

—Pues vas a tener que pensar en un plan B para contraatacar... ahí lo dejo.

—¿Me estas desafiando, bonito? —dije, con media sonrisa.

—No sé por qué me da que a ti te van los retos. Anda, dime si estoy en lo cierto.

—Bueno...

—¡Eso es un sí como una casa de grande! —dijo, mientras se reía, sabiendo que me había pillado—. ¿Sabes, Alma? Me encanta esa transparencia tan tuya, que comienzo a constatar con lo poco que te conozco.

—Quizá la transparencia que, según tú, ves en mí, es una de mis artimañas para conseguir dos o tres puntos, en esto que comienza a parecerme un juego bastante interesante, que lo sepas. Pero que esto no te distraiga. Anda, continúa con esos detalles que dices que te gustan y que vas constatando sobre mi persona. Es bueno saber lo que piensa de ti tu contrincante, ¿sabes?

—Con que quieres saber qué pienso, ¿eh? ¿Así que esas tenemos? Pues bien, para tu información, esa es una de las cosas que me llamó más la atención de ti cuando te conocí. Una de muchas.

—¿Una de muchas? Vaya, vaya, esto cada vez suena mejor —dije, abriendo mis ojos y poniendo cara de pilla, mientras mordisqueaba la oliva que tenía en mi vaso de vermú, de un modo sensual pero con naturalidad.

—Es que hay más de una, mujer. Y no me mires así... por cierto, que me mires así, también es una de las que me gusta.

—¡Alan! —dije, tirándole la servilleta de papel, que mientras hablábamos... había conseguido hacer una bala tipo bolita perfecta.

—¡Eh, esa violencia!

—Es de papel. Venga, no te quejes, pequeñajo.

—¿Cómo me has llamado?

—Pequeñajo.

—¿Mi metro ochenta y siete te parece poco?

—Me parece perfecto, te lo aseguro.

—¿Entonces? ¿A qué ha venido eso de «pequeñajo»?

—Alan, no desvíes la conversación, que estaba muy interesante. ¡Venga, dale!

—Alma, yo continúo contándote una de las muchas cosas que me llamaron la atención de ti, pero tú antes me explicas por qué me acabas de llamar pequeñajo.

—Nada, una tontería...

—Alma...

—Pero si te lo he dicho en modo cariñoso...

—Alma...

—Si te queda bien...

—Suelta por esa boquita, pero ya. —Y eso lo dijo con una sonrisa y sus hoyitos sexis en el rostro, que me dejaron desarmada para continuar haciéndolo sufrir por más tiempo.

—Bueno, pues porque es verdad.

—¿Que es verdad el qué?

—Que tú eres más pequeño que yo, te llevo un año.

—Dijo la Perejil...

—¡¿Perdona?! ¿Qué me has llamado? —pregunté con ojos de alucine, y casi atragantándome con el vermú que bebía de modo espontáneo.

—Perejil.

—¿Perejil?

—Sí, me has contado toda tu vida social, y he pensado que eres un poco

como el perejil; estás en todas las comidas. Pero te lo digo de forma cariñosa, eh.

—¡Pequeñajo, me las vas a pagar!

Y ahí, estallamos de risa los dos, momento en el que él, de un modo ágil, me ofreció un brindis que sirvió para sellar de algún modo nuestros apodos, que de la manera más espontánea se nos habían ocurrido.

No paramos de reír. Los temas a comentar eran continuos, y nosotros unos insaciables, que solo queríamos más y más. No sé de dónde sacábamos tanta inspiración, pero allí estaba, brindándonos a ambos una conversación, con la que solo podíamos disfrutar.

—Alan, ¿dónde está el baño? No me lo quiero perder. Observando cómo han dejado el local, seguro que está a la altura; al menos, interesantes tienen que ser. —«Un sello singular tendrán», pensé.

—Sigue por ese pasillo y, junto a las escaleras, los verás.

—Perfecto, pues ahora vengo.

—Genial, aquí te espero.

—Sí, sí, no te vayas ahora sin mí, que quiero llevarme un buen recuerdo de este lugar.

—El mejor, no lo dudes. Anda, *perejil*, ve al baño —me dijo sin dejar de observar cada uno de mis movimientos, con una sonrisa maliciosa y divertida en su rostro.

—*Pequeñajo*, ándate con cuidado, que la venganza puede ser...

Salimos del templo del vermú y nos dirigimos de nuevo al coche. Alan me había comentado, a mi vuelta del baño, que el restaurante estaba a unos quince kilómetros de allí.

Así que en poco tiempo llegamos y pude comprobar que era otro con suerte, como yo, a la hora de encontrar aparcamiento.

—¿Vamos a la playa? —pregunté, viendo que el aparcamiento tocaba la zona del paseo marítimo.

—Vas a comer el arroz con bogavante más delicioso que hayas probado nunca.

—Mira que superar el que me ofreció mi amigo Xavi, del grupo de los Enmanguerados, es muy difícil, pero tu verás... —le dije, levantando mis manos en señal de «yo pruebo, pero lo veo difícil».

—¿Enmanguerados?

—Sí, sí, has entendido bien. ¡Ostras, esto es precioso! —le dije cuando

divisé todo un mobiliario de diseño, con un ambiente de decoración refinado y elegante.

Los detalles de madera proporcionaban un toque cálido a todo ese ambiente lleno de blancos y azul agua, que tan bonito lograba hacer el lugar. Mis ojos no alcanzaban a visualizar todos los detalles que se mostraron delante de mí, ya que mi atención se repartía entre la decoración del lugar y la conversación que él tenía en ese momento con el *maître*.

—Ven, Alma, nuestra mesa es aquella.

—¡Oh, Dios! Estas vistas son impresionantes —dije cuando me quedé anonadada, sin poder decir más, ya que el paisaje que divisé me contagié de esa magia que la naturaleza sabe tan bien proporcionar al espectador para tenerlo cautivado, como lo estaba consiguiendo en ese instante conmigo—. Gracias, Alan, soy fan de las vistas donde el mar es protagonista.

—Lo imaginé. ¿Y sabes? De algún modo, ese escenario nos cautivó a los dos el día en que nos conocimos.

—¡Oh! Por favor, es verdad. —Y sorprendida por lo que acababa de escuchar, y con la servilleta de hilo blanco a punto de poner en mi regazo, me quedé sin palabras; solo pude contemplarlo y, cómo no, sonreírle, a modo del agradecimiento más sincero con el que podía obsequiarle.

—¿No me digas que lo habías olvidado, Alma? Que solo hace dos días y, por lo que observé, esa imagen te gustó.

—Mucho, te aseguro que mucho. —Sus palabras, su observación y su generosidad empezaron a hacer mella en mí. Que nadie olvide, que era la segunda vez que nos veíamos y que a las dos horas de nuestro reencuentro ya nos habíamos ofrecido apodosos o motes, llamado cómo queráis, uno al otro. Estaba claro que lo que notábamos por ambas partes era atracción, porque, a esa altura de la historia, allí había interés. Alan no imaginaba la importancia que tenía para mí la escena que Joseph había pintado, pero yo sí. Sinceramente, nunca imaginé que ese sueño, que tantas veces se me había repetido, lograra por esa pura casualidad haberme hecho coincidir con alguien como Alan, y que dos días después, gracias a esa escena, tuviese ocasión de poder estar comiendo delante de tal escenario, junto a él. «Ojalá esta casualidad nos dure para siempre», pensé.

—A mí también, me alegro entonces de que esta también sea de tu agrado.

—Es preciosa, Alan. —Y no, no le dije todo lo que pensaba porque, por momentos, alucinaba de tener a alguien como él delante de mí. Ese hombre me

gustaba muchísimo, y no hablo solo de su físico; su compañía me era placentera y cómoda, hasta sin lograr a comprenderlo; y excitante y divertida, por cada sorpresa que me ofrecía. Todos mis sentidos estaban vibrando con su ingenio. Allí, en ese instante, me di cuenta de que estaba segura de querer mucho más. Y en mi cabeza solo cabía la posibilidad de que él tenía que querer más también, porque su lenguaje corporal así me lo indicaba.

—Pues venga, vamos a pedir, que el vermú me ha sabido a poco y quiero que me cuentes qué es eso de los Enmanguerados. ¿Lo digo bien?

—Sí, sí, muy bien. Son mis grandes amigos morfopsicólogos.

—¿Morfopsicólogos? Madre mía, Alma, eres una caja de sorpresas.

—Ay, *pequeñajo*, y lo que te queda por descubrir.

—Tenemos toda la vida, querida. Pero estoy impaciente, así que comienza, creo que nunca voy a poder sorprenderte tanto cómo logras hacerlo tú cada vez que abres la boca.

—¿Me estás diciendo que acabo de obtener dos puntos de golpe y estamos empatados?

—Uno, *perejil*, no te emociones... Venga, cuéntame.

—¡Eh! ¡Eso ha sido un golpe bajo! Oye, tú eres un poco mandón, ¿no?

—Porque me parece que tú también tienes lo tuyo, bonita —dijo, mientras miraba la carta que el camarero, amablemente, nos había entregado a cada uno—. ¿O me equivoco?

—No... muy equivocado no andas.

—Entonces, ¡otro punto para mí! Estoy hoy bastante resuelto, creo que me inspiras, Alma.

—¡*Pequeñajo*, no te pases!

Y con unas risas, pedimos el menú que, por cierto, me supo a gloria, y no sé si fue porque realmente estaba bueno, o porque la compañía y esa copa de vino blanco, con el punto de frío perfecto, aún no siendo Moscato, estaba riquísimo. Soy de las que piensa que los vinos se puntúan según la compañía que tienes cuando los saboreas. Aunque algo sospechaba, Alan tenía mucho que decir al respecto. Intuición femenina.

—¿Te gusta el vino, Alma? —me preguntó, al ver cómo lo saboreaba.

—Me encanta, todo y que no es un Moscato. Me gusta, ya te he comentado que los vinos blancos con un toque afrutado son mis favoritos; los tintos me encantan también, ¡eh!, pero para el menú de hoy, este es ideal, no lo conocía.

—No es conocido, pero si lo encuentro en la carta, siempre lo pido.

—¿Eres entendido en vino, Alan?

—Mis bisabuelos trabajaban cuidando de unas viñas, y digamos que tengo la gran suerte de haberlos conocido y a los viñedos también.

—¡Ostras, qué sorpresa! ¿Sabes que siempre me ha interesado la cultura del vino? No solo por el hecho de encontrarlo sabroso, sino por todo lo que lo envuelve. Aún recuerdo que intenté apuntarme a un curso que daban cerca de mi trabajo y cuando, a la quinta vez de estar en lista de espera, me dijeron que tenía plaza, justo no lo pude aprovechar; así que cuando me volvieron a llamar, ofreciéndome otro para unas fechas que me eran favorables, no me lo pensé ni dos minutos. Lo único es que al llegar al curso, en la recepción, me comentaron que había habido una confusión de fechas y que, esos días, el curso era de cata de cervezas; así que, como a curiosa no me gana nadie, me apunte igualmente. Aunque soy muy poco cervecera.

—Bueno, siempre está bien tener una experta en la familia.

—¿Cómo dices?

—Que a mí sí que me gusta la cerveza y que, si quieres, un día, te muestro esas tierras.

—¿Los viñedos de tus bisabuelos? ¿En serio?

—Sí, me gusta ir de tanto en tanto, aunque solo sea para hacerme con unas cuantas botellas y pisar esas tierras que tantos buenos recuerdos me traen.

—Sí, quiero ir. —Así, a bocajarro, sin filtros, directa, es tal como se lo pedí.

—¿En serio? ¿Quieres que te lleve?

—Sí. Vamos, si no es en la otra punta del mundo, claro. —Y no sé por qué dije eso, porque si hubiese sido en la otra punta del planeta, en el punto donde estábamos, mi sí también lo tenía. En estos momentos, con preguntas de lo más naturales, es cuando te das cuenta de lo entregado que está tu acompañante; eso si no es que es un volátil.

—¿Eso sería un problema?

Allí, juro que tragué saliva.

—¿No me digas que están en California?

—Solo quería ponerte a prueba, *perejil*.

—*Pequeñajo...*

—¿Sabes una cosa, Alma? Me encantas, y para tu información, te diré están en la región del sur de Francia. ¿Te suena Banyuls, cerca de Collioure?

—¿Banyuls-sur-Mer? —dije con la voz entre cortada, por las palabras que

acababa de oír salir de la boca de Alan.

En ese instante, los ojos de Alan brillaron como nunca los había visto brillar.

—Alma, ¿en serio conoces Banyuls-sur-Mer?

—Estuve un fin de semana con mi prima Lisa de turismo. Me encanta el sur de Francia.

—Pero ¿dónde estabas escondida, Alma?

—Te aseguro que en ningún lado, o quizá sí, no lo sé. —Y respondí esas últimas palabras con amagos de timidez y nostalgia porque me vinieron a la memoria las palabras que mi amiga Rita me había comentado el día anterior —. Tranquilo, quizá sí que me di un paseíto por ahí, pero ya estoy de vuelta, y te aseguro que me encanta donde estoy y con quien estoy sentada ahora mismo, por si te interesa saberlo. Ah, y que sepas que no me voy a ir a ninguna parte.

—Me interesa, me interesa... Bueno, a los viñedos conmigo sí, ¿no? Me lo has prometido, *perejil*.

—¿Prometido?

—Es un decir... pero si te viene bien el próximo fin de semana, por mí...

—Es que tengo...

—No me lo digas, ¿una comida, quizá?

Y mi cara de niña traviesa me delató.

Reímos y terminamos con los cafés, sin parar de hablar.

—Alma, guarda el monedero, que hoy eres mi invitada.

—Pero...

—Pero nada, el próximo día me invitas a donde a ti te apetezca ir, y ya negociaremos quién paga.

—¡Alan!

—Venga, vamos a dar una vuelta por el paseo, que a esta hora se está genial con esa brisa que pasa.

—*Ok, ok*, no te voy a llevar la contraria, pero ya te aviso que el próximo día pago yo.

—¿Y tú eras la que decías que yo soy mandón?

La temperatura era ideal, la luz del sol había ido bajando y la atmósfera que nos rodeaba estaba envuelta de ese color que tanto me gusta.

Quise acercarme a la barandilla que protegía el paseo de la playa para ver desde más cerca la postal, que tan pintoresca se crecía delante de nosotros, con ese mar calmado de fondo, y dando soporte al atardecer.

Un padre y su hijo intentaban dominar el vuelo de una cometa.

Alan se percató y se acercó por mi espalda. Me rodeó con sus brazos, estrechando los míos con fuerza para que mi espalda notase que su pecho quedaba totalmente apoyado en ella. Sentir el latido de su corazón y oler su perfume, notando cómo se apoderaba poco a poco del control sobre mis fosas nasales y mis pensamientos, me hizo sentir más segura que nunca.

—Si quieres, te compro una y la hacemos volar juntos. Alma, déjame estar a tu lado.

Mi gesto, por hacer más cómplice ese abrazo, le dio mi respuesta afirmativa.

Y allí, contemplando ese paisaje de un atardecer cualquiera con el mar de fondo, coronando esa línea hasta el infinito, nos dimos nuestro primer beso.

El mismo beso que permitió sentirme recompensada por creer en la mejor versión de mí. Y el mismo que selló la promesa de que nunca más me olvidaría de mí.

La vida me dio una segunda oportunidad y quise aprovecharla al máximo. Encontrar a Alan, después de reencontrarme a mí misma, fue el mejor regalo que el destino pudo ofrecerme. Por eso, solo puedo darle las gracias al arte, a la magia y a creer en nosotros mismos.

Fin

Epílogo

—Tanto *besayuno*, tanto *besayuno*... Ya sabía yo que acabaría así de redonda. Si es que, Alan... no tienes medida.

—*Perejil*, anda, ven aquí. —Y después de ir al baño, de nuevo, a hacer pis, volví a la cama con el hombre que me tenía enamorada hasta las trancas y más allá—. Si quieres, te recuerdo, o mejor te explico con una clase práctica por qué has cogido peso, cariño —me dijo, mientras me besaba el cuello—. Ya sabes que los ingredientes no han cambiado; es más, Alma, te recuerdo que eras tú la que decías que, desde que empezaste a *besayunar* conmigo, habías perdido hasta alguna talla, que tenías más elasticidad y...

—Y... no tienes rollo ni nada tú... Antes, quizá sí, *pequeñajo*, pero ahora lo que tengo es un melón en mi interior que crece por momentos y me tiene las hormonas revolucionadas como nunca... Y eso que yo pensaba que en tema hormonas, con mis antecedentes, lo había visto todo.

Pero no, una vez más, la vida me dio otra lección. Cuando crees que, con la experiencia que arrastras, pocas son las cosas que te pueden sorprender, llega alguien como Alan, y ¡zasca!, te muestra que existe una nueva posibilidad de desayunar y la importancia de este. Vitaminas para la piel, endorfinas segregadas por el cerebro de primera calidad y un montón de energía positiva para todo el día. Recuerdo que la primera vez que me quedé a dormir en su casa, él me despertó con máxima sutileza y, como aquel que no quiere, se las ingenió para depositar un caramelo refrescante en mi boca. Solo un beso le hizo falta para que yo acatara órdenes y abriera mis labios, dando inicio a una práctica que se convirtió en un hábito mucho más frecuente de lo que yo hubiese imaginado. Ese caramelo refrescó de inmediato el interior de mi boca que, en cuestión de segundos, logró, casi por arte de magia, un efecto parecido al de una limpieza bucal improvisada. Desde ese día, en mi casa tampoco podían faltar caramelos de esa marca, porque sí, para nada me la iba a jugar;

esos te dejaban un sabor y un aroma inmediato, y os aseguro que yo soy ansias, pero aquí, mi chico, me gana por goleada.

Los primeros meses, agotamos nuestras existencias, se nos fue de las manos; más tarde, cuando nos calmamos de nuestros efusivos inicios, era uno de los dos el que se lo ofrecía al otro, y ese sigue siendo un código muy nuestro.

—Alan, cielo, tenemos que empezar a darnos prisa, que ya sabes que yo voy más lenta; y las florecillas, tus padres y los míos estarán de vuelta de sus compras en el mercadillo del pueblo en una hora, aproximadamente.

La casa era enorme y preciosa, su estilo provenzal, elegante y sencillo, nos encantó cuando buscamos un lugar para hacer esta celebración. Yo no estaba para movilizarme demasiado, pero, como mis amigas insistieron tanto, no pude negarme; en parte, me encantaba el motivo por el que estaba organizado. Alan se había encargado de todo con ellas, y, si os soy sincera, a mí no me faltan excusas para ir hacia ese territorio.

Abrir la ventana y tener delante todo el escenario que hacía algo más de un año había sido el mismo lugar donde nos habíamos dado el «sí, quiero», no tenía precio. Visualizar de nuevo esos campos del sur de Francia, llenos de viñedos, solo podía hacerme suspirar y sacarme una bonita sonrisa.

Realmente, ahora el motivo era otro bien distinto. Celebrábamos el final de la temporada del periodo vacacional, pero digamos que eso era una excusa, porque de verdad lo que pretendían las florecillas, aparte de gozar de un fin de semana juntos, era pintar mi barriga y hacer una sesión fotográfica casi tan bonita como el reportaje de boda que me hizo mi amigo Xenxo, con esas viñas que daban un toque especial a cada una de las imágenes. Bueno, los *protas* también pusimos de nuestra parte. En fin, que tener amigas muy artistas tiene un precio, y el de correr ese tipo de riesgos entraba en él. Lo que ellas no sabían es que la venganza por mi parte prometía estar a la altura; menuda soy yo organizando eventos, aunque, observando lo que se me venía encima, quizá mucho tiempo no tendría para elaborar un plan de los míos, pero, como todo, cada cosa en su momento.

Salía de cuentas en quince días, estaba realmente cansada, pero confieso que la luz solar del sur de Francia tuvo mucho que ver en la toma de mi decisión por aceptar en celebrar, a esas alturas de mi embarazo, la propuesta.

Las chicas habían insistido en que querían hacerse la foto con mi barriga a punto de estallar, así que ya nos veis a las cinco florecillas con una vestimenta

donde el color blanco era el establecido oficialmente para posar en esa imagen y, por supuesto, la cara ilustrada de mi futuro bebé en mi vientre, luciendo unos ojos grandes como su mamá y con uno de ellos ofreciéndonos un guiño a todos.

Olivia me había pedido dibujar, por activa y por pasiva, la cara del bebé con el gesto más tierno y gamberro que podía ofrecernos una ilustración que ella misma haría que decorara mi vientre. Y yo me dejé porque no estaba para discutir con nadie, o sí, pero esa no era yo... eran mis hormonas, lo juro, se habían declarado en estado de locura continúa. Pues eso, que ya me veis posando en una foto, con mi palo de *selfie* cerca, porque sí, eso tampoco podía faltar, era parte de mi equipamiento personal... finalmente, logramos una imagen que guardaré como oro en paño.

Mientras nosotras la liábamos con posturitas varias, la familia de Alan y la mía se encargaron de los preparativos de la comida y de montar esa larga mesa que ocupaba gran parte del jardín.

Se estaba terminando el verano, y coincidía que todas disponían aún de días de vacaciones. Así que se les ocurrió la gran idea de querer celebrar por todo lo alto ese fin de temporada; de una de las mejores maneras, llenándolo de risas e ilustrando mi barriga.

Yo no me ocupé de nada; por primera vez, tenía la excusa de llevar un melón conmigo a todas partes. Y esa era toda mi tarea diaria. Tengo que decir que Alan se desvivía en todo momento para que ni a mí ni al pequeño nos faltara de nada.

Las florecillas, mi familia y los padres de mi marido se habían encargado de llenar la despensa, la nevera y porque no había más rincones en esa cocina, si no también hubiesen estado repletos de víveres de todo tipo.

—A la mesa todo el mundo. Venga, que esto huele que alimenta —dijo mi madre.

Y una vez todo el mundo estuvo sentado, empezaron unos cuchicheos que me hicieron sospechar.

Miré a Sofia fijamente, en busca de respuestas, pero esta solo me miraba con complicidad, mientras iba llenando los vasos de limonada, ofreciéndome respuestas con gestos muy suyos, haciéndome entender que no podía abrir la boca.

—Sofia ten cuidado con la jarra, que me estás mojando los pies. —Oí que le decía Marifé, que estaba sentada a mi lado.

—No riñas a mi amiga, bonita. Soy yo, que acabo de romper aguas. ¡Me cago en todo lo que se menea! —grité—. ¿Esto no iba de sorpresas? Pues venga... ¡superad esta, flores!

¡Ostras, qué follón...!

Madre mía, en un momento se me lío una histeria colectiva que tuve que calmar entre espasmo y espasmo. No había visto tanta gente poniéndose de pie a la vez. Se levantaron todos de las sillas al unísono y empezaron a ofrecerse para llevarme al hospital o al fin del mundo.

Hasta mi teléfono se unió a todo ese revuelo, sonó justo en el mismo momento. En la pantalla apareció el nombre de «Sol (Valencia)», y mi cara, de nuevo, volvía a ser un poema. No daba crédito a las situaciones irónicas que tiene la vida preparada. Ahora os estaréis preguntando de qué hablo; pues nada, una casualidad para sumar a mi lista particular. Hace catorce años atrás, yo también la llamé por casualidad, cuando ella justo iba camino al hospital a punto de dar a luz su primer bebé... ¡estaba claro que se estaba vengando!

Pues después de dos horas de contracciones, de casi comerme a una de las enfermeras del hospital, porque no le daba la gana de ponerme la epidural, y de amenazar a Alan sin desayunar durante una buena temporada... nació mi bebé; un machote de cuatro kilos, rubio como su papi y con el rostro igual de bonito que el de la madre que lo parió.

Agradecimientos

Debería ser breve, después de haberos hecho leer tantas páginas, pero sois todos los que voy a nombrar demasiado grandes como para hacer esto pequeño. Así que, con vuestro permiso, voy a empezar por mis progenitores.

A vosotros, mama, papa y hermana de mi corazón, GRACIAS por decir siempre sí a ciegas, por apoyar todos y cada uno de mis proyectos, que no han sido pocos. Por ese amor incondicional y por estar siempre a mi lado. Os amo, y soy quien soy gracias a vosotros.

GRACIAS a mi equipo de trabajo por regalarme momentos únicos, como hacer un tapón en las puertas de un vagón de metro por estar concentrados en mi lectura, por no poder dejar de alucinar y reír a carcajada limpia al leerme. Por vender, ofrecer y transmitir mi proyecto con tanta devoción. Podía vivir solo con vuestra felicidad cerca. Gracias, chicos, Marc Poza, Alfonso Écija, Luis Pérez y Dani Pérez, José Castro, por vuestra profesionalidad y lealtad; por supuesto, a mi *sister* y mis papis y a vuestras respectivas familias, que también apoyan mi proyecto. Sabed que lográis hacerlo más bonito y más emocionante, si eso es posible.

GRACIAS a todos aquellos que insististeis en que este proyecto saliera a la luz; os quiero, y solo deseo que estéis contentos con vuestros personajes. La amistad se demuestra de muchas maneras, espero haberos cuidado también en esta. Mónica G., Sergi, Nuri R., Fali, Vicky R., Jordi, Victoria J., Xavi P., Marivi, Beatriz C., Loly G.P., Lita, Joan, Georgina, David, Gisela, Gemma B., Christian B., Nerea, Xavi, Angharad, Lara, Uri, Laure, Noelia D., Albert S., Marc P., Maria F.G. , Karina, Ana S.; a mi grupo de los jueves libertarios, Marta A., José C., Mari Carmen L., Laura y Jesús, Montse R., Ángel, Miquel y Neus, Vane, Ángel, Lluïsa y Sonia. A cada uno de mis Enmanguerados, Xavi A., Ana Ll., Cata M., Lluís M. A Carolina C., Neus V., Yoyo, Pep, Aina, Majo,

Eli G., Gemita, Susana e Isma, Amparo M., José G., Francesc M., Pablo C., Josep M. Chia, Marisa G., Mila B., Cristina G., Montse y Joan E.; y a todos los que componen mi grupo noruego, Carmina y Cefe, Amparo y Benet, Carol, Elisabeth, Nuria, Anna y nuestro último componente, no por eso menos importante, Carles.

GRACIAS a mis musos, muchos de vosotros sabéis que os llevo en mi corazón. Siempre seréis una de mis fuentes de inspiración, espero haber sido la vuestra en alguna ocasión. Sergio Q., Alex C., Lluís J., Fran.

GRACIAS a mis florecillas, vosotras aparecéis en el inicio de esta novela, pero, en realidad, aparecéis en muchos otros inicios de mi vida y en todos los que aún tenemos por vivir. Lidia S., Olga S., Silvia S., Maite. A ti, Lidia, por ser una de las personas más importantes de mi vida. A ti, Olga, por tu valentía, tu generosidad y por toda esa conversación sobre todas las maneras de traer vida al mundo, aunque sea con emociones encontradas.

A ti, Silvia, por descubrirme los lugares donde querer repetir con el hombre de mi vida.

Y a ti, Maite, por mostrarme tu paseo marítimo, por hacer que me enamorara tanto de él hasta querer crear la escena final de mi novela, eligiéndolo fondo de escenario.

A mis chicas creativas en esta aventura: la ilustradora de mi portada, que hizo mi sueño realidad; GRACIAS, Maruki Maremotto, por tu arte y por ser valiente y decidir ofrecerlo al mundo.

GRACIAS, Olga Serral Clarós, por crear esas piernas tan sexis que tan bien decoran y definen mi logotipo.

A ti, Elisabeth, por hacer ese prólogo que tanto y tan bien define el contenido de esta novela. GRACIAS, amiga, por ser como eres y hacer tanto por este mundo y por los que vivimos en él.

A mis pintores de brocha fina y brocha gorda, GRACIAS, por apostar siempre por mí y por hacerme tan feliz en los momentos que nos hemos dedicado. Pedro Vilarrubies y Mari, Manel Rodríguez y Josep Millas Chia.

GRACIAS, también a vosotros, T y J, por ser mis amigos, mis lectores e

inspirarme con vuestro ingenio hasta lograr que no volviera a ver los electrodomésticos, nunca, del mismo modo. Mostrarme lo apasionante que puede ser lavar los platos... hasta convertirlo en un placer. Y conseguir, del mismo modo, que, cuando hay ganas, una secadora encima de una lavadora no es problema, por muy conectada que esté. Gracias por dar rienda suelta a vuestra imaginación y ofrecerme con pasión todo lo que sabéis que me hace vibrar.

A todos esos amigos que tengo repartidos por este lugar llamado mundo, desde el que seguís venerando mi proyecto, hoy hecho realidad. GRACIAS a todos, por leerme y por querer seguir haciéndolo. A mis valencianos, Sonia Estruch, Javi Bolo, Nuria Prosper y Manolo. A Isabel, una valenciana que esta, mi ciudad, ha acogido y en un Sant Jordi tuve ocasión de conocer junto a mi amiga Lola. A la argentina que más quiero, mi amiga Majo B. A Eva Alarcón E., Cristina, Natalia Delgado, Nathalye Nallon. A esos madrileños que se cruzaron un buen día por motivos distintos en mi vida, Gema Martín, Sergio, Pedro Mari, Toñi Guerrero, Ana Isabel Martín, Mario Rubio, Toni San José. Pipe Tamurejo. Oscar C. Esthy Losa y Mario Neta. A esos vascos que calaron hondo en mi viaje por las perlas bálticas, Loly y Aitor. A esa gente bonita que hace poco descubrí viajando por tierras del oeste y que también se alegró con la noticia sobre mi proyecto literario, Mayte H., Nuria, Ilu, Rosa, Fátima, Laia, Juan Carlos, Mar, Helena, Lourdes, Lorena, Lola, Eva; Fernando, Xavi, Gonzalo, Ramón, Cristina y Nadia. A Mercedes Manzano, Carmen Coca, María Carmen Clares, y al resto de componentes de ese camping, que un día mi amigo-hermano Xavi P. me presentó y no pude más que enamorarme de todos vuestros corazones maravillosos, que tantas muestras de cariño me brindan cada vez que nos vemos.

GRACIAS a todos mis amigos y amigos-clientes, que os enterasteis por Facebook, o por otros canales, y dijisteis al momento de saber la noticia... «Quiero esa novela tuya», gracias por esa confianza en cada una de mis profesiones.

Disculpad si me dejo a alguien, pero sois muchos, y me han machacado en que esto tiene que ser breve, pero para una rebelde como yo esto va a ser como a mí me apetezca, que para algo le he dedicado la pasión y esas horas de sueño, mis horas. Así que gracias, David González, porque ese viaje a China

nos presentó, pero nosotros nos descubrimos en cada una de nuestras artes. Gloria Navalón, Eva Berenguer, Montse H. Aguilar, Mari, a mis gemelas favoritas Eva y Vicky, a esos malagueños que cada vez sois más, Javier Oftheriver, Rafa y Diana, Rubén e Isabel de Río, y a toda vuestra familia, que tanto sabéis que admiro y quiero. A Iris, y ti, Georgina, por obsequiarme con tus palabras, ser un referente para alguien solo puede hacerme feliz. A ti, Abel, mi casi alma gemela, un poco más... y cae un capítulo □ A ti, Pepi, por tus buenos deseos; a Miguel Ángel Franch y Olga, por apostar por cada uno de mis proyectos profesionales y personales; a Lourdes Guerrero, Conchi, Amparo, Pepe, Cristina Martínez y Carlos B., Anna Rodríguez R., Elisenda Fuentes, Mari Castro, Myriam Lima, Neus Mula, Charo Pareja, Manoli, Orietta Valladolid, Patty Castronovo, Laia Cabre, Sonia Llorente y LLuis, Dolors Rodríguez, Maribel Torres, Lourdes Pérez, María Isabel Sallent, Montse de la Maza, Luis Curia, Merche Nicolás, Anna Vilella y Pere S., Victoria Martínez, Mati Mismas, Carme Balbas, Ruth Moreno, Miquel Bordoy y Carme, Sara Espinosa, Esteban Regis, Pili Parrilla, Noelia Blackbird, Maruchi Cuadrada, Noelia Sintas, Arantxa Gc., Jesus Morente, Giorgio Aralla, Gigi, Maria Iñiguez, Josep Manel Moreno, Mari Carmen Baez, Raquel Gomez P., Cristina Gómez P., Montse Calvo, Nicolás Jódar, Rosana Talens, Montserrat Mari Abril, Cristina Ferrer, Dana Rodriguez, Sara Moyano, Paulina G., Anna Joval, Jordi Godayol, Toni Amenos, Josep Guarch, Lluisa Iniesta, Carmen Pacheco, Sabina Garcia, Inma Motis, Rosa Martín y Toni, Montse Calaf y José Luis Molpeceres, Javier Villalón, Jordi Villalón y Cristina, Antonio San Jose, Bea Mera, Albano Moreno y Anna, Mayte Cornejo, Sandra Teruel, Sandra Cano, Sergio Rodriguez, Pili Franco Invernón, Eva Martínez, Mons Piex, Quela Porquesí, Mar Serrano, Paquita Domingo, Mari Guijarro, Olga Lilian, Sara E., Lluís Sevilla, Laura Sanchís, Iñaki P.L., Jovita G., Juan Carlos Z., Mónica Gandoy, Juan Carlos Z., Txusmi S., Pilar Comín y Alex, Toñi F., Vico Vipama. A vosotros Xavi Barreda y Pili Barreda, Daniel García y Marina Lerma, Inma Ruiz, Montse Ruiz, Alicia y César, Eusebi y Anna, Eva Carrasco y Didac, Jose Castro, David R., Jose R., Antxon C., María Sánchez, Miquel Gruas, Isabel Del Río, Montserrat C., Raquel P., Olga G.L. y Robert, Jordi Serrate y Ester Sevilla, a María, mi tintorera favorita y mejor persona, Sonia DC Burch, Ramir Lafuente, África Navarro, por mostrar vuestro entusiasmo con cada uno de mis proyectos. Te nombro de nuevo, Maruki, porque en este bloque puedo introducir a tu mano derecha,

gracias a ti también, Miguel. Y por supuesto, a uno de mis fans *number one*, Jerónimo Hernández.

GRACIAS a todos y a cada uno de los que me seguís por Instagram, en el perfil de @almahendricks5, es un gusto disfrutar de cada uno de vuestros mensajes de cariño, de todos esos «me gusta», de lo flipada que me dejáis con tanta creatividad y sensibilidad, cuando creáis un post con la novela que vais a comentar o habéis leído. Lográis que esta fiesta sea muy emocionante.

GRACIAS a ti, Katia Castronovo, por abrazar mi proyecto como lo haces, por querer compartir nuestras artes una vez más. Y por ser tan generosa, ofreciéndome la oportunidad de que me lean todas las clientas de @mirada de ángel. Con tu profesionalidad, gusto y mi novela en sus manos, estoy convencida de que arrancaremos más de una sonrisa. Brindo por ti, amiga, porque sabes hacer felices a las personas.

GRACIAS a mis amigos morfopsicólogos, Ana Lladó, Xavi Albella, Cata Mellado, Luis Mellado, Teo y Mari, María Escur, María Papis, Diana Cáceres G., Sílvia Amorós, Marta Nadal, Jordi Jarque, Mar, Raúl, David Tomás, Blanca y Cristina Gabarre, Julián Gabarre. Deciros que he vivido este arte de un modo distinto y emocionante a vuestro lado. Espero que esta lectura os haya hecho sonreír, vibrar y seguir teniendo ganas para defender con elegancia y profesionalidad esta profesión que un día logró que nos conociéramos.

GRACIAS a ti, Belén, por ser el claro ejemplo de que el cariño existe, aunque pasen los años y haya kilómetros de distancia. Gracias por cuidar de los míos y por vibrar con mi proyecto y emocionarte con él. Eres grande, bonita.

GRACIAS a los que pudisteis asistir y a los que no os fue posible, por distintas razones, a la presentación de la portada de esta novela; sois increíbles y lo hicisteis mágico. Colapsasteis el aforo en tan solo dos semanas, sin darme opción a poder publicitarlo. Colaborasteis paralelamente con una muy buena causa para la investigación contra el cáncer. Cuidasteis de los míos, ofreciéndoles cariño, y me hicisteis muy muy feliz con vuestra presencia. Si por una sola hoja sois capaces de hacerme vibrar como lo hicisteis, no llego a alcanzar lo que sois capaces de hacer con la presentación del libro entero.

Os quiero siempre en mi vida.

Así que nombraré solo a los que no lo he hecho con anterioridad, aunque también asistieran, para no hacer esto más largo.

A los que vinisteis de Londres, a los que lo hicisteis de Madrid, de Málaga, de Valladolid, gracias a cada uno de vosotros.

A mis compañeras de mediodía favoritas Nuria, Victoria y Miquel, y a los tres que nos cuidan con mimo y hacen que sean mucho más sabrosos esos platos que nos sirven; gracias Cati, Quimet y Xènia. A los que me preparasteis desayunos de infarto, Montse y Joan E. A esos amigos artistas que admiro, Josefina y Raúl. A mis amigas Fina, Aurora Aroca, María y Susana, Adriana Salazar, Ester Franco y Jana. A mis client@s amigas Lluïsa y Adriana, Gina, David Espuga y Cristina Conesa, Emma y Ángel. A Myriam, que me hizo reaccionar cuando lo necesité. A Carles Jorge y su hermana Eva, a Eli Guspi, por venir embarazadísima, a Isaac Puig y Anna Caymel, a Mónica, la mujer de mi compi, bonita como ella sola, a Gemma Gómez Jiménez, y a todos los que no me falláis nunca.

A José Manuel Aparicio, por cada una de tus palabras y tus muestras de interés por mi proyecto; recibirlas de alguien a quien admiro solo puede emocionarme, GRACIAS de corazón.

Me falta nombrar a l@s lector@s como Mayte la Rosa, escritor@s amigas como Luz Guillén y José Antonio Moreno, gracias por ser mis padrinos en toda esta aventura. Quiero nombrar a las pedazo de organizadoras de eventos como Nuria Pazos y Noelia Moral, con las que también tuve el privilegio de contar con su presencia en ese día tan especial para mí y a las que no pudisteis como Raquel Sevilla, Tamara Marín, Edurne Cadelo, Judith Galán, ValentinaVincci, Mariló Lafuente, Lola Roda Ros y María José Sánchez, de Devoralibros, María Jesús Valls de Maynu Readers; debéis saber que solo con vuestro mensaje de respuesta a mi invitación, llegué a teneros de algún modo ese día a mi lado.

A Elisa Mayo, por hacer que mi novela tenga una corrección de la que pueda estar muy orgullosa, GRACIAS de corazón. Agradecerle también a José Antonio Moreno sus consejos en este proceso y en muchos otros; esas

conversaciones de WhatsApp no las olvidaré nunca, gracias por tu generosidad y valioso tiempo, eres grande, amigo.

GRACIAS a ti, Mar Mercurio, por visualizarme con esos éxitos, que tú y yo sabemos, gracias por cuidar de los míos. Te quiero, bonita.

GRACIAS a ti, Ainhoa S. Gómez, por ofrecerme la oportunidad de firmar como escritora por primera vez. Si esa firma algún día vale dinero, estaré orgullosa de que esté en tus manos.

GRACIAS A MIS LECTOR@S, debéis saber que los últimos siempre serán los primeros, así que gracias a las que, sin saber qué ibais a leer, dijisteis quiero leer tu novela, por distintos motivos; algunos tan solo por confiar en alguien que un día os sonrió en el momento de conoceros, mi total admiración por tod@s y cada un@ de vosotr@s, gracias por darle la oportunidad a este libro. Solo deseo haber logrado sacaros una sonrisa y pensar que habéis pasado unas horas divertidas con mi lectura en vuestras manos.

Podría nombrar a muchísimas personas que empiezo a conocer en este fascinante mundo de la letras que dijeron «quiero este libro tuyo en mi biblioteca», algunas de ellas, grandes escritoras y otras, muy grandes lectoras.

Marisa Gallen Guerrero y Mayte la Rosa, Roser Barceló, merecéis todo mi respeto en este mundo de lectoras, así que espero haberos gustado en mi debut como escritora.

Rose Gate, Kris L. Jordan, Sandra Parejo, Susana Rubio, Elisa Mayo, Tessa Cooper, Lara Smirnov, Ana Álvarez, Mariló Lafuente, Coco Duval, Yolhanda Muñoz, Patricia P. Guerola, Davinia Palacios, Lorena Doncel, Úna Fingal y su amiga del alma, Reme, Irene Mendoza, Luz Guillén, Tania Sexton, Valentina Vincci, por confiar en este libro a ciegas; sabéis todo lo que venero vuestro trabajo, así que solo puedo sentir agradecimiento, porque gente que admiro tanto quiera leerme.

GRACIAS también a los que no están en mi vida, pero que algún día también apostaron por esto. Especialmente a ti, Francesc Balsalobre, que desde allí donde estés, espero puedas sentir que todos tus sabios consejos como escritor, finalmente dieron su fruto; ojalá la vida te hubiese dado la

oportunidad de verlo, pero llegué tarde, amigo, lo siento. Solo espero que, si existe otra vida, puedas, por destino, tenerlo en tus manos.

Y GRACIAS a ti, por darle oportunidad a esta novela; un pedacito de mí se alegra, si te has entretenido y divertido.

SOBRE LA AUTORA

ALMA HENDRICKS es el seudónimo tras el cual se encuentra Claudia Sevilla Sanchís.

Nacida en Barcelona en 1977. En la actualidad, dirige su propia empresa de interiorismo, con más de veinte años de trayectoria. Su carácter cálido, apasionado e inquieto por naturaleza la conduce hasta adentrarse en temas donde las relaciones personales y emocionales son los protagonistas. Por este motivo, decidió, animada por la petición masiva de sus amigos y familia, emprender esta nueva faceta y autopublicar su primera novela.

